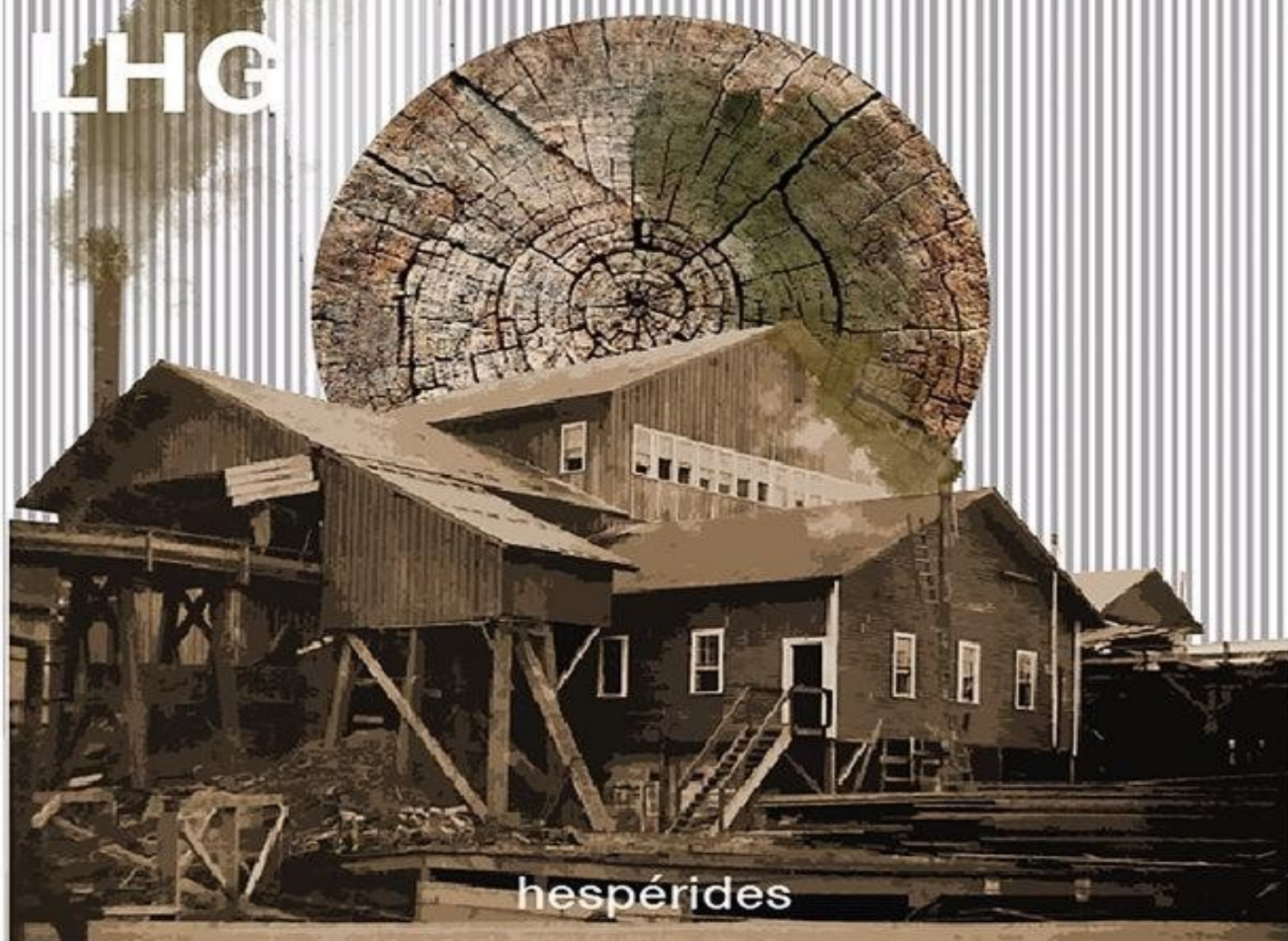


Tim Gautreaux

Luisiana, 1923

Traducción
José Gabriel Rodríguez Pazos

LHG



hespérides

LUISIANA 1923

TIM GAUTREAUX

TIM GAUTREAUX

Luisiana, 1923

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022



©Winborne Gautreaux

TIM GAUTREAUX (Morgan City, Luisiana, 1947) es autor de varios libros de relatos y de tres novelas. Sus trabajos han sido publicados en *The New Yorker*, *The Best American Short Stories*, *The Atlantic*, *Harper's* y *GQ*. Entre los premios que ha recibido destacan, en 1999, el SEBA Book Award y, en 2005, el John Dos Passos Book Prize.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas. *El mismo sitio, las mismas cosas* fue la obra con la que debutó y la primera que se tradujo en España y publicó, en 2018, La Huerta Grande. Gautreaux hizo su primera incursión en la novela con *El paso siguiente en el baile* (La Huerta Grande, 2019), en la que muchos críticos vieron a una promesa de la literatura norteamericana de los años 90.

En 2021, también en La Huerta Grande, se publicó su segundo libro de relatos *Todo lo que vale*.

Durante treinta años fue profesor en la Southeastern Louisiana University. Actualmente reside junto a su esposa en Chattanooga, Tennessee.

Antes de la Gran Guerra, Byron Aldridge llevaba una vida apacible en Pensilvania como heredero de un imperio maderero. Para su hermano pequeño, Randolph, Byron ejercía de guía y de ídolo. Pero tras la guerra, el carismático Byron regresa de Francia convertido en un hombre diferente. Atormentado, huye de la familia y, después de pasar por diversos lugares y oficios, se refugia en un pequeño aserradero de la remota Luisiana, en donde trabajará de alguacil. Cuando su padre descubre su paradero, decide comprar la explotación y enviar a Randolph como director gerente del aserradero.

Allí, en un claro entre los cipreses de los pantanos, rodeado por caimanes y serpientes, en un mundo de barro y con un calor sofocante, la labor de los hombres se realiza en condiciones extenuantes. Bajo la dura ley impuesta por Byron, y embrutecidos por los placeres ofrecidos por los sicilianos que controlan el mercado del *whisky* y de las mujeres, el futuro allí parece haber sido entregado a la desesperanza. Es el lugar perfecto para que un hombre se represente su propia destrucción.

Randolph acudirá al aserradero para intentar reparar tanto el negocio familiar como la dañada relación entre los hermanos. Inmersos en ese submundo, y acompañados y guiados por sus

esposas, fabulosos personajes, los hermanos Aldridge intentarán recomponer el vínculo familiar mientras se enfrentan a los rigores y peligros de los días y de la mafia que pretende controlar la zona.

Luisiana, 1923 es una historia de historias y un hipnótico y maravilloso viaje a lo más profundo del juicio que define el alma de las personas. Pero es sobre todo una elegía a la familia y al amor.

Ganadora del Southeastern Booksellers Award.

«*Una obra maestra moderna*»

Annie Proulx

Título original:
The Clearing
Traducción del inglés:
José Gabriel Rodríguez Pazos

© De los textos: Tim Gautreaux
Esta edición ha sido publicada en acuerdo con Stering Lord Literistic y MB Agencia.
©De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, mayo 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-191

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Producción del ePub: booqlab

A Winborne

Me gustaría dar las gracias a mi editor, Gary Fisketjon, que hace muy bien su trabajo, con precisión, intensidad y corazón. Gracias a mi agente, Peter Matson, de Sterling Lord Literistic, por su excelente consejo y orientación. Debo una gratitud enorme a mi madre, a mi hermano y a mi hermana, Florence, David y Lyn, por tantas cosas como hicieron y tanto amor como compartieron, y especialmente a mi padre, Minos, que me llevó a los pantanos para enseñarme lo que quedaba de las cosas. A Clarence Adoue, que padeció en Francia y vivió para contarlo. Y gracias a tantos ancianos, ya fallecidos, que no sabían que yo estaba escuchando.

CAPÍTULO UNO

1923

En un apeadero de Luisiana, un hombre corpulento y rubio llamado Jules se bajó de uno de los vagones del servicio diurno. Detrás de la parada del ferrocarril había un asentamiento de doce casas, y él fue el único pasajero que se bajó. En cuanto su pie derecho tocó el andén color ceniza, el revisor tiró del estribo, que se movió bajo su talón izquierdo, los frenos de aire soltaron un resoplido y el tren empezó a moverse entre el ruido metálico que producían los acoples de los vagones.

Recordó las instrucciones que le habían dado y caminó en sentido sur por un ramal en el que crecían los abrojos, hasta que llegó a una locomotora de vapor que tenía enganchados un vagón de transporte de personal y cinco vagones de plataforma vacíos. El maquinista se asomó por la ventanilla de la cabina.

—¿Es usted el que viene a hacer la valoración?

Jules dejó su talega en el suelo, levantó la vista hacia el maquinista y a continuación miró a su alrededor a los enormes árboles que surgían de aquella agua negra como el petróleo.

—Ya veo que estás informado. Cualquiera diría que publican un periódico por estas ciénagas o que hay una emisora de radio para los aserraderos.

Era un maquinista enjuto: parecía que las carnes que le sobraban las hubiera consumido el calor de su locomotora.

—Las noticias vuelan de porche en porche. —Escupió sobre el extremo de una traviesa—. Lo único que le digo es que más vale que el que compre esto sepa lo que hace. —Hizo un gesto hacia la parte de atrás del tren—. Súbase al vagón de personal.

La locomotora avanzó marcha atrás y se adentró en un bosque que no había sido talado. El vagón, de fabricación casera, se bamboleaba sobre raíles que en algunos tramos desaparecían bajo el barro. Después de unos pocos kilómetros, el tren dejó los cipreses y salió a la neblinosa luz de la explanada de un aserradero, donde Jules se bajó en marcha, mientras el tren se movía como una nube de madera que tronaba somnolienta. Observó las instalaciones y vio que eran más grandes que las del aserradero de Texas que acababa de cerrar, oxidado por el olvido y abandonado en medio de más de tres mil hectáreas de tocones de pino que babeaban resina. El aserradero que ahora tenía ante sí estaba formado por un buen número de naves de tejado metálico y tablas de madera gris, conectadas con la lógica de la vegetación: de la alta nave de la serrería salía, como una ramificación, la planta de cepillado, y de esta brotaban la nave de calderas y las numerosas tejavanas bajo las que se almacenaba la madera terminada. Estaba

pisando un apestoso charco de color chocolate y, después de buscar en vano con la vista un sitio seco sobre el que situarse, se inclinó para meterse los pantalones dentro de las botas. Al enderezarse, vio un hombre con camisa blanca y chaleco que salía de una casa de madera y se dirigía andando hacia él. Cuando estaba a cincuenta metros, Jules pudo ver por su estrella que no era más que el alguacil, que quería ver quién era el forastero que había llegado a sus dominios. Detrás de él, la sierra roía sus troncos y los chorros de vapor se elevaban al cielo por encima de los tejados salpicados de carbonilla y se desviaban hacia el oeste proyectando sus oscuras sombras sobre el claro del bosque donde se ubicaba el aserradero. Una válvula de seguridad se abrió con un rugido encima de la sala de calderas y un hombre gritaba en dirección al estanque de los troncos, mientras una recua de ocho mulos, acosados por las moscas y con el pelaje empapado en sudor, tiraban de un trineo para barro cargado hasta arriba de los trozos de madera que se utilizaban como combustible. Jules miró su reloj. Quedaba media hora para el almuerzo y todos los hombres de ese turno seguirían trabajando hasta que sonara el pitido del silbato.

El alguacil —de aspecto solemne y anchas espaldas— se acercó a él con paso lento.

—¿Qué le trae por aquí? —Echó hacia atrás su sombrero Carlsbad de abolladura central y lo miró con cara de póquer, como un idiota, o como alguien tan distraído que se ha olvidado de controlar la expresión de sus ojos.

—Tengo una cita con el gerente para estudiar los números. —Jules alargó el brazo y cogió la mano del alguacil, pero la dejó caer en cuanto pudo hacerlo sin que resultara ofensivo y pensó que, si un cadáver pudiera dar la mano, habría hecho algo muy parecido.

—Los número...—dijo el hombre, como si aquella expresión encerrase algún secreto significado. Detrás de él se escuchó un grito ahogado y el disparo de una pistola pequeña, cortante como una palmada, pero no se dio la vuelta.

Jules dio un paso y se situó sobre una traviesa.

—Estuve ayudando al gerente del aserradero de Brady, en el este de Texas, hasta que lo cerramos el mes pasado. El dueño..., bueno, vive en el norte y me encargó que viniera a Luisiana a buscar una nueva explotación por aquí. Quizás dos, si son pequeñas. —A lo lejos, tres hombres, que habían salido peleándose por la puerta de lo que Jules supuso que sería el *saloon* de la compañía, se revolcaban por el suelo—. Este es mi octavo aserradero en ocho días.

—Yo soy del norte —dijo el alguacil, dándose la vuelta para echar un vistazo rápido al alboroto.

Jules se fijó en cómo permanecía firme, con las manos en los bolsillos y meneando los pulgares como si fueran las orejas de un caballo.

—¿De verdad? ¿Y qué demonios hace aquí rodeado de caimanes?

En el porche del *saloon*, dos hombres le ataban a otro las manos detrás de la espalda: uno estaba arrodillado sobre sus hombros mientras el otro hacía el nudo.

—La oficina del gerente es aquella puerta roja que ve allí, en la nave principal —dijo el alguacil.

—Oiga, ¿por qué no...?

—Discúlpeme.

El alguacil comenzó a andar hacia la pelea, sin prisa, rodeando un enorme charco de barro, y Jules lo siguió unos cien metros, hasta que se paró bajo la banda de sombra que proyectaba la pared del almacén. En el *saloon*, dos hombres con gorras oscuras de lana y trajes ajustados como

la piel de un sabueso arrastraban al hombre fuera del porche y en dirección al estanque, mientras este no paraba de gritar. El alguacil llegó a su altura cuando lo subían por el dique. Lo único que Jules le escuchó decir fue «Basta».

Uno de los hombres —orondo como un barril y con el pecho asomando bajo la chaqueta— señaló al agua.

—Solo queríamos darle una clase de natación a este hijo de puta —gritó—. Debe a la casa cincuenta dólares que no tiene.

El hombre con las manos atadas —un enorme serrador con pantalones de peto— flexionó las rodillas y se sentó en el suelo.

—Señor Byron, estos italianos quieren ahogarme.

—¡Qué va! —dijo el gordo—. Solo queríamos ver cómo hacía burbujas y luego lo íbamos a sacar. ¿Verdad, Ángel?

Su compañero era un tipo macilento y de dientes separados, cuya única respuesta fue agarrar con más fuerza el cuello de la camisa del serrador.

—Desatadlo.

—Ni hablar —dijo el gordo y, con un movimiento rápido, el alguacil sacó una enorme Colt de debajo del chaleco y golpeó con ella al hombre en la cabeza, blandiéndola como si fuera un hacha y concentrando en el golpe el impulso del hombro y la espalda.

Jules se pegó a la pared del almacén y pudo distinguir el destello metálico del cañón sobre los pantalones negros, mientras el hombre caía de lado y rodaba dique abajo como un barril de petróleo. Su escuálido compañero se separó del serrador mostrando las palmas vacías de sus manos.

Por encima de Jules, en el porche del almacén, el encargado barría los terrones de barro que se desprendían de las botas y los lanzaba hacia afuera. Levantó la vista en dirección al estanque.

—Vaya —dijo, como si hubiera divisado una pequeña nube de lluvia que no esperaba.

—Se ve que hay problemas.

La escoba no aminoró el ritmo.

—Debería saber que no puede andar dando culatazos a esos espaguetis —dijo, girándose para barrer el borde del porche.

Jules puso una mano en la barbilla y observó cómo el serrador se ponía en pie y alargaba los brazos hacia el alguacil para que este cortara la cuerda con su navaja. Estaba pensando en la correspondencia que había mantenido durante años con un hombre al que no había visto nunca: el dueño ausente del ya inoperante aserradero de Texas.

—¿Cómo se apellida el alguacil?

—¿Quién quiere saberlo?

—El que va a decidir si se compra este aserradero o no.

La escoba interrumpió su susurrante monólogo.

—¿Es usted el tipo que decían que iba a venir a hacer la valoración? Muy bien. Pues con toda la madera que hay aquí, los que dirigen esto son incapaces de venderla. Se pasan el día mandando telegramas a todas partes, pero no venderían ni cuerdas de arpa en el cielo.

Jules fijó la vista en el encargado, un hombre pálido con unos brazos esqueléticos.

—Dígame cómo se apellida.

El encargado quitó un trozo de chicle que se había quedado pegado a las cerdas de la escoba.

—Aldridge.

Jules volvió la vista hacia el estanque, donde el más pequeño de los italianos, Ángelo, estaba acucillado junto a su compañero y le daba palmadas en los carrillos ensangrentados.

—¿Sabes si el gerente está ahora en su oficina?

—Es el único sitio donde puede estar. Se cayó del caballo la semana pasada y se rompió un pie.

El encargado dio una última pasada con la escoba y se adentró en la densa oscuridad del almacén, mientras Jules se alejaba en dirección al atronador chirrido que salía de la serrería.

Al atardecer, después de haber examinado asientos contables, mapas, facturas, nóminas, encargos pendientes y las propias instalaciones, Jules se puso el sombrero y anduvo hasta la casa del alguacil, contento de llevar puestas sus viejas y gastadas botas de montar. A media tarde, la tormenta había transformado la explanada central del aserradero en una piscina de barro en la que se reflejaban las imágenes de las garzas y los cuervos, que se movían por encima con objetivos encontrados. El aserradero estaba perdiendo dinero porque lo dirigía un borracho de Alabama, pero en realidad tenía un enorme potencial económico. Era una fruta en sazón lista para ser cogida.

El enclave se llamaba Nimbus —aunque ese nombre no figuraba en ningún sitio— y estaba recorrido por una maraña de senderos que serpenteaban entre la maleza y rodeaban tocones del diámetro de tanques de agua. Los capataces y el alguacil vivían en una hilera de casas amplias y despintadas, cerca de la vía del tren. Jules levantó la vista al oír la música intrascendente de una guitarra, cuyo rasgueo sonaba al fondo de un sendero como gotas de lluvia al golpear las latas amontonadas en la basura. Reconoció entonces el sonido amortiguado de un Victrola, que salía por la puerta mosquitera de la casa del alguacil, quien estaba sentado en una silla de enea, de espaldas a un decreciente sol rosáceo, con los ojos cerrados bajo su sobado sombrero. Jules se acercó y escuchó la quejumbrosa voz de una canción que hablaba de una acogedora cabaña en un bosque de pinos, donde un aya negra espera con los brazos abiertos. Los ojos del alguacil se movían bajo sus párpados como criaturas de un mundo subterráneo, sin seguir el compás de la música. A Jules le costaba reconciliar aquella canción edulcorada con la violencia del mediodía. Tosió.

—Ya sé que está ahí —dijo el hombre sin abrir los ojos.

Jules se quitó su sombrero Stetson.

—Bonita música.

—Estoy intentando que vuelva a ser como era —dijo el alguacil en voz baja.

—¿Perdón?

—Esta canción. Antes era de un modo. Ahora es de otro. —En el interior de la casa la música cesó y se escuchó el clic del final del disco.

Jules volvió a ponerse el sombrero, menos calado que antes, y levantó la vista por encima de las tablas de la base del porche, doradas por el sol. La fotografía que había visto una vez retrataba a un hombre más joven, pero este era el que habían estado buscando durante años.

—Las cosas cambian cuando las manecillas del reloj dan vueltas —dijo Jules.

Cuando Byron Aldridge abrió los ojos, parecían los de un caballo estrangulado en una alambrada de espino.

—¿Y viviré para volver a ver las cosas como eran antes?

CAPÍTULO DOS

Cuando el telegrama llegó a la oficina de Pittsburgh, Randolph Aldridge lo leyó y miró por la ventana, como si pudiera ver las mil millas de cable de cobre recubierto de gutapercha que traían aquella información desde Nueva Orleans. La telegrafía le interesaba por cómo compactaba el mundo y desvelaba sus misterios, lo bueno y lo malo.

Jules Blake, un empleado, había localizado a su hermano. Randolph se lo contó a su padre, Noah, y después de estudiar los mensajes posteriores que llegaron aquel día, decidieron comprar la explotación de Nimbus, hermano incluido. A la semana siguiente, en la gran casa del padre, que se elevaba tras la neblina de humo y hollín de las chimeneas de la ciudad, entraron en uno de los reservados y extendieron un mapa sobre la mesa.

—Puedes quedarte allí tres o cuatro meses —le dijo su padre—. Lo justo para poner orden y convencer a tu hermano de que vuelva.

—Va a ser duro para Lillian —dijo él.

—Traer a Byron a casa hará que valga la pena. —Noah se inclinó sobre el mapa—. Una buena esposa lo entenderá.

—¿Y qué pasa con City Mill? —Randolph pensó en la flamante planta que su padre había puesto a su cargo: un aserradero para maderas duras pequeño, pero moderno, con calles pavimentadas, un auténtico pueblecito de la compañía, formado por casitas blancas, motores eléctricos y calderas alimentadas con antracita de combustión limpia, donde el título de director gerente del aserradero tenía un peso similar al de alcalde o juez.

—Lo has hecho tan bien ahí que aquello puede funcionar solo una temporada. —El padre levantó la vista como para cerciorarse de que no dudaba de sus palabras—. El sufrimiento del sur te va a hacer valorar lo que tenemos aquí.

Randolph había oído hablar mucho de sufrimiento, pero nunca lo había experimentado y ni siquiera se había tomado demasiado en serio las historias que su padre le contaba sobre lo dura que había sido su juventud. La compañía la había levantado su abuelo, que había empezado después de la Guerra Civil con una máquina de vapor de tercera mano con la que cortaba traviesas para contratas del gobierno. Randolph se inclinó sobre la ancha mesa de caoba y puso su copa de brandi sobre una esquina del mapa. Debajo de aquel aserradero de Luisiana se extendía una esponjosa zona verde —una ciénaga de cipreses, explorada sobre todo por serpientes—, y debajo, una estrecha banda de marisma sobre las aguas azul pálido del Golfo. A unos cuarenta kilómetros al oeste de Nimbus, el mapa mostraba un pueblo sobre el que habían hecho indagaciones. Se llamaba Tiger Island, era puerto del río Chieftan, nudo ferroviario y un sitio donde se bebía mucho. A unos treinta kilómetros al este del aserradero estaba Shirmer y las

plantaciones de caña de azúcar de la región de Terrebonne. Ocho kilómetros al norte, había una mota en la línea principal de la Southern Pacific que se llamaba Poachum; y hasta más de un centenar de kilómetros al norte de ese punto, se extendía una tierra deshabitada que solo visitaban equipos de prospección con vistas a destruirla, porque era muy rica en petróleo, madera, gas natural, azufre y animales apreciados por sus pieles.

Había leído el informe de Jules —plagado de faltas de ortografía, pero muy detallado— y sabía que era una tierra rebosante de ciprés de los pantanos: madera a prueba de plagas, imputrescible, de textura suave como la mantequilla, en troncos de más de dos metros y medio de grosor en la base, que estaban esperando a que los transformaran en tablas que sobrevivirían trescientos años a banqueros y abogados que aspirarían su aroma dulce y picante, sentados en la paz de los porches de sus casas de campo, junto a un lago. Randolph puso el índice debajo de Poachum, pero no consiguió imaginar aquella fructífera tierra, ni a su hermano en un sitio así, sirviendo a la ley y granjeándose enemigos en el fin del mundo. Cogió su copa y dio un trago.

—Esto es matar dos pájaros de un tiro. Un buen aserradero y Byron.

Su padre se enderezó y se quitó las gafas.

—He dado órdenes de que allí nadie diga nada de la compra hasta que tú llegues.

—¿Crees que saldría corriendo?

—Sí, si se entera antes de que tú te plantes en su porche. —Su padre le tocó levemente el hombro, como lo hubiera hecho un camarero—. Tú eres el único que nos lo puede recuperar. No te olvides de eso.

—Mi mujer...

—Eres el único —repitió el anciano, girándose y saliendo de la habitación.

Randolph se acercó al piano y tocó un acorde de do. Su hermano mayor era un hombre de buena formación, robusto y apuesto, y a pesar de tener un carácter que oscilaba entre la euforia maníaca y una lúgubre seriedad de maniquí, había sido elegido para asumir la dirección de los negocios familiares. Pero entonces se fue a la guerra y, cuando volvió, la euforia y la seriedad habían desaparecido. En su rostro se había fijado la expresión ausente de un perro envenenado y era incapaz de tocar a nadie o hablar más de unos segundos sin volver la cara lentamente para mirar por encima del hombro. Randolph vio encima de la chimenea la fotografía sepia de un hombre joven de pelo negro peinado hacia un lado, un hombre de mirada penetrante que parecía tener ese don de los políticos de hablar a desconocidos y conseguir tranquilizarlos. Después de Francia, Byron hablaba a la gente con unos ojos como platos que a veces temblaban de pánico, como si temiera que de repente pudieran empezar a arder. A finales de 1918, se había enrolado en la policía de Pittsburgh, lo cual había enfadado y avergonzado a su padre, quien no esperaba que su primogénito prefiriera pelearse con matones de ciudad y escoria de las fábricas, antes que trabajar con él en el negocio para el que había nacido.

Al cabo de seis semanas, Byron desapareció y a Randolph se le confió la misión de buscarlo, pero los investigadores a los que contrató no encontraron ni rastro de él.

Cuando en 1919 empezaron a llegar cartas procedentes de Gary, Indiana, su padre envió un detective para que lo localizara, pero sin éxito. Dos meses después apareció una postal de Cape Girardeau, Misuri, y lo siguiente fue una nota con una única frase, enviada desde Herber Springs, Arkansas. Se produjo entonces un largo silencio, durante el que la familia solo hablaba de él en la templada conversación de las cenas de domingos y festivos. En 1921, llegó un párrafo enviado desde un pequeño pueblo de Kansas que hablaba de trabajo de policía y vigilancia en una cárcel;

lo siguió una nota escrita a lápiz en un lugar de Kansas más al oeste; y un mes después, otra, desde un pueblo de Nuevo México que no aparecía en ningún mapa. Llevaban un año sin recibir ni una palabra, como si Byron hubiera encontrado por fin un lugar en el que él fuera el único habitante, pero su soledad le impidiera ser ni siquiera eso.

En ausencia de su hermano, Randolph empezó a comprender que la mayor parte de lo que sabía de música, mujeres o el negocio lo había aprendido de Byron. Él y el anciano habían sacado los detallados mapas que utilizaban las compañías madereras y habían deslizado sus dedos por cañones, fronteras de estados, bosques y el blanco espacio de los desiertos, intentando adivinar dónde estaba. Ahora lo sabían y eso les había elevado el espíritu.

Randolph abandonó Pittsburgh con la cara pegada a la ventanilla de su coche cama, mientras el tren avanzaba entre pulcras granjas, cuyo cereal cubría las bajas colinas como piezas cosidas de una colcha; a través de modernos pueblos con impolutas estaciones de ladrillo en las que siempre se alzaba una imponente torre, tranvías eléctricos, largas filas de coches aparcados frente a tiendas rebosantes de todo lo que un americano pudiera desear... Su aguda vista detectó las carreteras de macadán recién hechas, e imaginó cómo se vería la región desde una avioneta: una tela de araña de avenidas que se extendían hasta las carreteras estatales y comarcales, formando una red que afianzaba aquella próspera tierra.

Hizo transbordo en Richmond y se subió a un vagón más viejo, de asientos de felpa y madera barnizada a la que el desgaste había dado un acabado satén. Observó cómo la noche caía sobre un campo que pasaba zumbando a su lado: estaciones cada vez más pequeñas, más deterioradas y, detrás, carreteras de gravilla. Al día siguiente, más al sur, volvió a hacer transbordo, y empezó a ver en los campos, junto a plantas de tabaco comidas por los insectos y amarillas por el calor, a hombres demacrados como si padecieran insolación, con ropas que parecían una segunda piel hecha de harapos de tela burda y remaches de cobre. No había casas de piedra ni calles asfaltadas y lo único que rompía la línea del horizonte eran algunas chimeneas de fábrica. Randolph se preguntaba si los graneros de Georgia y su pintura ampollada por el sol encerrarían alguna pista sobre el motivo de las andanzas de su hermano. Por qué *esta* dirección, se preguntaba una y otra vez, lejos del dinero y de la gente como él. Contempló aquel país desconocido —el Sur—, el calor plomizo, los arañazos que los mulos habían dejado en la superficie de aquella tierra agostada y cobriza...

Para la cena, el camarero lo sentó con una mujer que llevaba un elegante vestido de talle bajo, cuya hija jugueteaba a su lado. Randolph envidiaba la energía y la prontitud de los niños, y durante seis años él y su mujer habían intentado tener un bebé. Pidió su cena y fijó la vista en la niña.

—Cuéntame un chiste —dijo.

La niña miró a su madre, quien se encogió de hombros educadamente.

—No sé ninguno, señor.

A él le sorprendió su acento, provinciano y atiplado.

—Seguro que sí. Las chicas listas como tú saben un montón de chistes. Piensa en alguno que te haya contado tu abuelo.

La niña levantó los ojos bajo el flequillo y no dijo nada. El camarero trajo las ensaladas, que mantenía horizontales en los brazos, y relleno los vasos de agua con largos chorros que adoptaban en el vaso el balanceo del vagón. La madre apenas dijo nada, aparte de que iban a un

funeral, y Randolph pensó que las dos eran bastante sosas.

Después de la lechuga y las chuletas de cerdo, la tarta de manzana y el café, el nuevo director gerente del aserradero miró su cuenta y plantó un pie en la moqueta del pasillo.

—Una señora le preguntó a un granjero... —soltó la niña.

—¿Qué? —Él estaba levantándose de la silla. La madre volvió la cara hacia la oscuridad de la ventana, que reflejó un rostro al que aquello no le hacía ninguna gracia.

—Le preguntó qué profundidad tenía su estanque. —La niña pasó una sonrosada mano por su pelo rubio y la dejó caer en el regazo.

—¿Y qué contestó él?

Ella se puso derecha en la silla y trazó con el dedo una línea de un lado al otro de la clavícula.

—Dijo: «A mis patos les cubre por aquí».

El sobresalto le impidió reírse en el momento y, a continuación, lo hizo de manera excesivamente forzada, al tiempo que felicitaba a la madre por el ingenio de su niña, les daba las buenas noches y se dirigía a su compartimento. Sabía que se había comportado de forma extraña y que había mostrado una sorpresa exagerada, pero aquel chiste era uno de los que le había contado su hermano hacía veinte años, tumbados los dos en la cabaña que les habían construido en lo alto de un árbol, detrás de la casa de campo que la familia tenía al sur de Pittsburgh. Byron tenía un don para contar chistes: hacía creer al que le escuchaba que estaba contando una simple historia y saltaba entonces con la broma final, que era como una inesperada palmada en la espalda. El gerente miró por la ventanilla al borde de una carretera que pasaba veloz, iluminado por un rectángulo de luz, y recordó otras de las respuestas que el granjero había dado sobre la profundidad de su estanque: «¿Pues qué profundidad va a tener? La suficiente para llegar al fondo» y «La profundidad suficiente para marcharse andando, porque por lo menos tiene dos pies». Podía ver las frases formándose en la boca de su hermano, y cerró los ojos mientras volvía a escuchar sus palabras.

Amanecía en Alabama y vio que las estaciones eran de madera, pintadas todas de blanco, y que el barro rojizo de los campos solo servía para fabricar ladrillos. Volvió a hacer transbordo —vagones más viejos, locomotora más pequeña—, y empezó a ver en los campos trabajadores que se inclinaban entre filas de plantas de algodón o que se resguardaban del sol, echados sobre pilas de melones, bajo el toldo de carromatos salpicados de boñiga. En Meridian, Misisipi, se bajó del tren, sintió la humedad y recordó que su abuelo había sido capitán allí, a las órdenes de Sherman. El anciano le había dicho que la guerra se había inventado en Meridian, donde aquel general había ordenado por primera vez a sus tropas que desmontaran toda máquina que encontraran, machacaran los engranajes con mazos, aporrearan las calderas hasta que se rajaran, rompieran las piezas de fundición de los motores de vapor, doblaran los raíles alrededor de los árboles e hicieran un buen fuego con todos los volantes de inercia, hasta que en el pueblo no quedara ni medio mecanismo en funcionamiento. Randolph distinguió las chimeneas de un par de fábricas, nada más, antes de que llamaran a los pasajeros para volver a subir al tren; y mientras el tren serpenteaba rumbo al sur, hacia un calor cada vez más agobiante, se preguntó qué industria se habría encontrado allí de no haber habido guerra, qué prosperidad habría favorecido a aquella gente, qué bosque de chimeneas de hierro negro se elevaría hacia el cielo como los mástiles de los barcos en un puerto.

A mediodía, el tren dejó atrás los últimos pinos, se adentró en tierra de marisma y se

balanceó a lo largo de puentes de madera cada vez más largos, hasta que llegó al mar interior del lago Pontchartrain. Camino del vagón restaurante, atravesó varios vagones donde los pasajeros llevaban pañuelos alrededor de sus cuellos sudorosos, para evitar que el hollín les manchara el cuello de la camisa. Por las ventanillas, abiertas de par en par, se veía pasar la carbonilla de la chimenea de la locomotora, que acababa en los ojos de quienes cometían la insensatez de asomar la cabeza en aquella brisa caliente y cargada de humedad.

Su coche cama entró en la estación de Nueva Orleans. Cuando se bajó, caía una lluvia cálida. Un taquillero con un bigote enorme le dijo que el puente de Lafourche Crossing se había hundido sobre el *bayou*, que podía coger un barco de vapor hasta Tiger Island y, desde allí, retroceder hacia el este, en el tren que iba a Poachum, la población que marcaba el fin de trayecto de su billete. Era un hombre menudo que sobreactuaba mientras sacaba impresos y les estampaba un sello de caucho.

—Puede esperar cuatro días a que se restablezca la línea ferroviaria o le puedo hacer una reserva para Tiger Island en el E.B. Newman.

Randolph metió el pulgar en el bolsillo de su chaleco.

—Quiero ir a Poachum, pero no en barco. ¿No hay autobús?

El taquillero levantó la cabeza y lo miró.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—Pensilvania.

El hombre cogió otro impreso de una bandeja.

—Señor Pensilvania, aquí no tenemos demasiadas carreteras pavimentadas. No ha parado de llover en tres semanas y la interestatal 90 parece un río de melaza. Los autobuses consiguen atravesar esa zona pantanosa a duras penas, cuando hace buen tiempo.

Randolph observó cómo el mozo de estación que llevaba su equipaje lo balanceaba en el carro, ajeno a la conversación, y se volvió otra vez hacia el taquillero.

—Pensaba que los vapores de pasajeros eran algo del pasado.

El hombre miró con detenimiento la ropa de Randolph, como si estuviera intentando imaginar cómo sería su casa.

—Señor, aquí todavía hay pueblos a los que no llega ninguna carretera. —Cogió un teléfono de tijera que estaba colgado en la pared, reservó un pasaje en el E.B. Newman, selló varios impresos más y le entregó a Randolph un elaborado billete verde, adornado con la filigrana típica del papel moneda—. Cuando desembarque en Tiger Island, puede coger un tren mixto que cubre los últimos treinta y cinco kilómetros hasta Poachum.

El gerente miró sus billetes, incapaz de leer la pequeñísima letra impresa.

—¿Tiene estación?

—Podríamos llamarla así.

—Y desde allí hay un tren de la compañía maderera que va hasta Nimbus, ¿no?

El taquillero bajó la vista hacia el cuero reluciente de los baúles de Randolph y sonrió maliciosamente.

—Nimbus... —dijo—. Supongo que lleva unas buenas botas.

El E.B. Newman era un espectro de barco, un escorado vapor de rueda en popa con el casco combado y la pintura cayéndose como si fuera una piel quemada. Dos chimeneas oxidadas se

erguían delante del puente de mando, cuyos aleros estaban rematados por arriba con un trabajo de carpintería ennegrecido por el hollín. En su oscuro y reducido camarote, Randolph se quitó la camisa, se restregó la cara para quitarse el polvo del viaje en tren y se enjabonó las axilas, utilizando una jarra de agua del río y una pastilla de jabón de color barniz. Se cepilló el pelo hacia atrás y se secó con una áspera toalla, manchada por el óxido del clavo del que colgaba en la pared, encima de la jofaina. El olor a humedad del camarote era muy intenso, así que salió a cubierta, apoyó los codos en la barandilla y observó la pasarela por la que los estibadores cargaban en el barco cajas de madera en las que decía «CODOS DE HIERRO FUNDIDO» y sacos de semillas de algodón grandes como butacas.

—¡Vamos, pandilla de puercas tullidas! —rugía el contraamaestre cuando la hilera de hombres sudorosos volvía a subir por la pasarela—. Cargáis como niñeras negras resbalándose sobre mierda de cerdo.

El gerente estaba admirado por la ira empresarial de aquel hombre, porque la eficacia de cualquier tipo —desde siempre, la obsesión de su padre— hacía que volviera la cabeza como si fuera el tintineo de una moneda de plata al caer sobre el pavimento. La eficacia era algo que su padre le había inculcado. Observó a aquellos hombres que subían esforzadamente por la pasarela, entre el sudor y el aliento de aquel heterodoxo guía, y los clasificó como si fueran tablones: madera dura de veta retorcida.

Una vez que toda la carga estuvo a bordo, le llegó el turno de subir por la pasarela a mulos y burros, para acomodarlos en un corral de madera tosca instalado delante de las calderas. El primer mulo se resistió a subir cuando llegó a la pasarela y Randolph contempló asombrado cómo cuatro fornidos y jóvenes estibadores apoyaban los hombros contra las patas y lo subían en volandas, trescientos sesenta kilos de peso vivo. El hombre que iba delante levantó un brazo, retorció una oreja del mulo como si fuera una bayeta y el animal soltó un chorro de orina que salpicaba al caer sobre la pasarela. Los estibadores cargaron sin problemas otros seis mulos de tiro y cinco burros, pero el sexto se empezó a volver hacia abajo, rebuznando y levantando los ojos en su lanuda cabeza gris, hasta que dos hombres lo levantaron y lo lanzaron como un fardo sobre la paja y los excrementos del corral.

El último animal era un burdégano grande, de cuartilla larga, embridado, de monta, que se paró en seco a mitad de pasarela. No hubo forma de convencerlo para que embarcara, ni con patadas ni con los azotes que le dieron con una cuerda de amarre. El contraamaestre —corpulento, barbudo, curtido por el sol como un ladrillo— cogió un mango de madera de nogal de un cabrestante y descargó tal golpe entre los ojos del burdégano que este se desplomó con estrepito sobre la pasarela. Randolph escuchó una ventana corredera que se abría encima de él y levantó la vista hacia el puente de mando, donde vio asomado al capitán con un uniforme azul marino.

—Señor Breaux, ¿se ha hecho daño el animal?

El contraamaestre levantó uno de los párpados del burdégano con el mango.

—No, señor —gritó—. Es viejo, pero todavía necesita que le enseñen modales. —El animal intentó a duras penas ponerse en pie, pero apoyó dos patas fuera de la pasarela y cayó al río, produciendo una especie de detonación al chocar con el agua—. ¡Lollis! —rugió el contraamaestre.

Entonces, un estibador negro bajó de lado por la rampa del muelle, saltó sobre el lomo del burdégano, sacó las bridas del agua y se puso a golpear la grupa del animal con la palma de la mano, hasta que sus patas delanteras se apoyaron en la madera del muelle y sacaron a los dos del

río. El estibador soltó un grito de satisfacción y espoleó al ensangrentado burdégano alrededor de una pila de sacos de café, hizo un giro que recordaba el de la prueba de los barriles en los rodeos, subió la pasarela con un ruido atronador y metió al animal en el corral de cubierta, donde las herraduras patinaron sobre una capa de excrementos y el animal se dio de costado contra un mamparo.

Randolph entró en el restaurante —donde inmediatamente un camarero negro le indicó dónde sentarse— y pidió algo de comer. Estaba dando unos sorbos a su limonada, cuando el zumbido del silbato del barco hizo vibrar la vajilla y vio el muelle alejarse, a medida que las paletas de la rueda daban dentelladas al agua con susurrante diligencia.

El camarero puso en la mesa un plato de chuletas con patatas, haciendo una leve y socarrona inclinación de cabeza.

—¿Alguna cosa más, señor?

El gerente levantó la vista. A lo lejos, el uniforme azul marino de botones de latón le había parecido impecable, pero al observarlo de cerca, era como todo en aquel barco: cuidadosamente parcheado y desgastado por el uso.

—Me vas a estar atendiendo un día y medio. Me llamo Randolph Aldridge. ¿Cómo te llamas tú?

La cara del negro —con barba de tres días— no se inmutó. Se inclinó hacia él y le contestó:

—Me llaman Speck, señor.

—¿Y cuál es tu verdadero nombre? —Randolph extendió la servilleta sobre su regazo.

—Supongo que es ese —dijo, y sus ojos reflejaron la vibración amarilla de la luz eléctrica que latía bajo un polvoriento ventilador de techo.

—¿Vives en los alrededores de Tiger Island?

—No, ahí no. Claro que no. —Meneó la cabeza con gesto triste—. El jefe de máquinas sí vive ahí. ¿Alguna cosa más, señor?

El gerente dio un sorbo a su vaso.

—¿Cuánto ganas, Speck?

Los negros ojos del hombre miraron de reojo al fondo de la sala, donde un enorme espejo dorado duplicaba la estancia, para asegurarse de que el camarero jefe no los estaba observando.

—Alrededor de un dólar al día, más un catre, más mi comida, señor. Y hay gente que tiene la amabilidad de dejarme una moneda bajo el plato, si les doy un buen servicio. —Se colocó la bandeja bajo el brazo y se alejó, poniendo así fin a la conversación.

Cuando Randolph acabó de comer, sacó unas monedas del bolsillo y deslizó una por debajo del borde del plato. En la palma le quedaban cuatro monedas de cuarto de dólar. Cerró la mano y pensó que aquello le daba derecho a disponer de un hombre durante un día.

A la mañana siguiente, el E.B. Newman descargó los animales en un desembarcadero de tierra llamado Vane, donde una banda de arrieros medio desnudos los condujeron dique arriba, a base de varazos, a través de un barrizal. El barco volvió a coger el curso del río y el piloto buscó agua menos brava en la parte interior de los meandros, como si los motores no tuvieran fuerza suficiente para enfrentarse a la corriente que levantaba barro en el centro del cauce. Cuando el sol se estaba poniendo, entraron en la esclusa de Plaquemine, una cámara de hormigón cubierto de manchas. Randolph observó cómo se vaciaba la esclusa y el barco bajaba como los ataúdes después de las oraciones. Entró en el restaurante a cenar y vio que solo había otras tres mesas

ocupadas y, en ellas, hombres sin corbata y con grasientos pantalones sujetos por tirantes. Las luces iluminaban muy débilmente y parpadeaban con cada vuelta del generador. Después de cenar, Randolph contempló unos instantes las convulsiones de las bombillas y el efecto aturdidor que producían en la recargada decoración de aquel salón; se levantó entonces, bajó a la cubierta principal entre los pulimentados pasamanos de latón de la majestuosa escalera y caminó a popa, hacia la sala de máquinas. En el interior, un engrasador estaba rellenando las cazoletas de lubricación por goteo del motor de babor, ajeno a las toneladas de maquinaria que se agitaban a un lado y a otro, una pulgada por debajo de sus brazos. En una silla pegada a un muro de relucientes manómetros, estaba sentado el jefe de máquinas, un hombre bajo de poblado bigote y pelo del color de la lana de acero. Llevaba pantalones azul marino, un chaleco negro y una corbata de lazo que le caía sobre una camisa blanca con los puños subidos y sujetos por unos brazaletes.

—¿Le importa que pase? —preguntó Randolph.

El hombre levantó la vista y lo observó desde su silla, y a continuación se fijó en los caros zapatos de Randolph.

—*Mais*, por supuesto que puede pasar, si quiere, claro.

El gerente entró —olía a esmalte caliente y al aroma de esencia de avena del vapor condensado— y observó el generador y su panel eléctrico: una plancha de porcelana negra en la que había voltímetros e interruptores de cuchillas y un reostato del tamaño de un pequeño tambor. Alargó el brazo y giró la manilla del reostato una pulgada, y las luces se hicieron más intensas y el parpadeo disminuyó.

—Algunos contactos están sucios. —El maquinista miró para otro lado—. ¿Dónde está su casa?

El hombre volvió la vista y vio el traje, la cadena de oro del reloj y el cuello limpio de la camisa.

—Mi casa está en Tiger Island.

—Usted debe de conocer otros maquinistas con licencia en el pueblo.

El hombre asintió.

—Conozco algunos. En los aserraderos.

—¿Conoce al de Nimbus?

El toque de una campana atornillada a una viga encima de su cabeza hizo que Randolph parpadeara. El maquinista se levantó, dio medio giro a una reluciente rueda de metal y los vástagos de los pistones de babor y estribor disminuyeron su velocidad.

—Eso está muy metido en la ciénaga. De ese tipo no oigo hablar mucho.

—Es alemán, creo.

—Eso dicen —dijo el maquinista, girando un poco más la rueda—. Un condenado teutón.

—¿Le llegan noticias de ese aserradero?

—¿A qué tipo de noticias se refiere? —Se apoyó sobre la rueda caliente y entrecerró los ojos.

—Mi hermano es el alguacil del aserradero. Hace cuatro años que no lo veo.

Una campana pequeña colgada de un muelle de compresión encima de ellos empezó a sonar; entonces el maquinista abrió la válvula y los motores hicieron que las bielas de madera empujaran con más rapidez la rueda de paletas, mientras el pulimentado engranaje de la válvula tableteaba con la vibración.

—Ojalá llevara yo cuatro años sin ver a mi hermano —dijo—. Todavía tendría una cuenta en el banco...

Se acercó al engrasador, le dijo algo en francés y este asintió y salió a la oscuridad de la noche. Randolph seguía de pie junto al motor de estribor observando cómo el vástago, de más de dos metros, entraba y salía del cilindro.

—¿Son siempre así de ruidosas estas válvulas?

—Sistema californiano, amigo. —Se limpió las manos con un trapo y lo agitó contra el motor—. Esta puñetera máquina es más vieja que yo. En diez o quince años no va a encontrar un motor de estos funcionando en ningún sitio. Las cosas están cambiando, es así. —Metió una esquina del trapo en su bolsillo trasero.

—¿A qué se refiere?

—Algo he leído. —El maquinista levantó el dedo índice—. Un motor diésel transforma en energía mecánica el treinta por ciento del combustible. Con el vapor, si tienes suerte, consigues un cinco por ciento. —Dio un manotazo al revestimiento de amianto, que era tan blanco como un molde de escayola—. Ya lo verá. Diez años. Da miedo la velocidad a la que van las cosas...

Randolph habló de máquinas de vapor, porque eso era algo que también había estudiado. Al cabo de un rato, el pequeño maquinista se puso un guante y alargó el brazo entre dos válvulas de asiento cuyos vástagos subían y bajaban, para coger un tarro Mason lleno de café caliente.

—¿Quiere café? Me lo trajeron de la cocina hace un par de horas. —Cogió dos tazas de metal que estaban colgadas de unos ganchos, debajo del manómetro principal, y sirvió el café. El gerente echó un trago del fuerte café torrefacto y sintió cómo el sabor impregnaba su lengua.

—¿Quedan muchos barcos como este en funcionamiento?

El maquinista se sentó en su silla y apoyó el pie en una larga palanca. Detrás de él, los vástagos de los pistones silbaban y bufaban como gatos en una pelea.

—*Non*. Puede que dos barcos, para los comercios de Natchez. Uno cubre el lago Pontchartrain y esa zona. El otro, Atchafalaya y *bayou* Teche. El capitán Cooley hace el río Ouchita. Ahí vive gente pobre y no tienen carreteras. —Dio un sorbo a su café—. Pero esto no da dinero a nadie. Si el piloto se despistara y un tronco atravesara el casco, cogeríamos el bote, nos volveríamos remando a casa y nos olvidaríamos de esto.

—¿Y en qué trabajaría?

—Ferris. La fábrica de hielo. Puede que en un aserradero. A veces utilizan vapores para arrastrar los troncos por el río. —Levantó la vista y miró a Randolph—. ¿A qué se dedica usted? ¿Compra madera? Lleva ropa demasiado buena para ser un simple viajante.

—Soy el nuevo director gerente de Nimbus. Me llamo Randolph Aldridge.

El maquinista no parecía muy impresionado, pero le alargó la mano.

—Minos Thibodeaux —dijo.

—¿Su familia ha vivido siempre en Tiger Island?

—Desde los tiempos de las cavernas. —Sirvió más café en su taza y a continuación en la del gerente—. ¿De dónde es usted?

—Pensilvania

—Ahí sí que nieva, ¿eh?

—No he sabido mucho de mi hermano —dijo, fingiendo leer uno de los manómetros.

Minos desvió la vista e inspiró con ruido por encima de su bigote.

—¿Le perdió la pista?

—Se fue al oeste y desapareció una temporada.

—¿Y viene a vigilarle?

—Vengo a dirigir el aserradero y a asegurarme de que hace bien su trabajo.

El maquinista lo miró con dureza.

—¿Sería capaz de despedir a su hermano?

—No. Lo que quiero decir es que estoy preocupado por él.

Minos se quedó pensativo.

—Quizás no sea para menos.

Randolph dejó su taza junto a una lata de aceite.

—¿Por qué lo dice?

—A ciertos caballeros italianos de Tiger Island les gustaría devolverlo a Pensilvania...

El gerente se rio.

—Sí, sabe cómo molestar a la gente.

—Troceadito y metido en un frasco.

Randolph miró hacia otro lado.

—Es el alguacil —dijo entre dientes—. Supongo que es lógico que acabe teniendo algún enemigo.

—Esos eran sus enemigos antes de conocerlos.

En ese momento, sonó la enorme campana plateada de la marcha atrás y Minos se levantó de un salto y agarró la rueda y la palanca de aceleración y cambió el sentido de giro de la maquinaria. El barco dio una sacudida y salió hacia atrás del atolladero en que lo había metido el piloto.

Randolph subió a la oscura cubierta de camarotes, donde avanzó agarrándose a la barandilla exterior. El barco atravesaba con dificultad un *bayou* estrecho como una acequia, y la alargada luz de lámpara de arco del foco delantero incendiaba a su paso las puntas de las raíces aéreas de los cipreses, que brotaban del agua color obsidiana. Algo parecido a un lobo de pelo largo se movió hacia él por encima de la barandilla, y él se pegó contra el mamparo mientras la rama cubierta de musgo español se encajaba en el ojo de buey que había a su lado y retrocedía después como la zarpa de un monstruo. El corazón se le aceleró cuando la rama arrastró un aro salvavidas que estaba colgado en un soporte; y el barco se escoró cuando el piloto rozó la orilla con la popa, al dirigir el barco hacia el centro del cauce, en busca del agua profunda que recordaba.

Más tarde, desde su litera dura y áspera, Randolph oyó que el sonoro silbato se reafirmaba ante el muelle al que habían llegado, y durante una hora escuchó el rodar de los barriles de madera y los pintorescos juramentos del contramaestre. Volvió después el profundo tono de aquel silbato excesivo y la sensación de que el barco se alejaba de algo más que de una cenagosa orilla: la rueda de paletas golpeaba el agua de color alquitrán en un viaje que lo llevaba más allá de las cosas que él conocía. Pensó entonces en su hermano, buen nadador al que el agua jamás infundía miedo, ni siquiera de noche; y se quedó dormido mientras recordaba cuando había aprendido a flotar de espaldas y cómo Byron le movía la columna con las puntas de los dedos, enseñándole la posición en que el cuerpo flotaba sobre la superficie.

El que siguió fue un día de calor y niebla, y el vapor tuvo que rodear árboles caídos sobre los que se alineaban tortugas de orejas rojas y pelearse con densas balsas de nenúfares, hasta que se

adentró en una masa de plantas que se extendía una milla y se quedó finalmente atascado. El gerente había bajado a la sala de máquinas y estaba hablando con el maquinista, cuando el piloto hizo sonar una campana para pedir más potencia. Minos empujó la palanca grande hasta la última muesca y le gritó al fogonero que meneara las rejillas de la caldera.

—*Fils d’putain*, no vamos a atracar hasta las tres.

Y tenía razón. El vapor rodeó un *bayou* y se adentró en una bahía cuya agua olía a sal. En la orilla este se divisaba una pequeña población de edificios de madera, la mayoría, almacenes y depósitos. Dos enormes aserraderos marcaban el límite del pueblo en sus extremos. El Newman llegó al muelle dos minutos después de las tres y lo amarraron entre vapores de arrastre de troncos y remolcadores de hélice. El aire olía a una mezcla de humo de carbón y tufo de conchas de ostra. Detrás del embarrado muelle había una calle en la que se alineaban varias camionetas Ford cubiertas de salpicaduras y dos carros con una capa de barro reseco y tirados por mulos de lomo hundido. Randolph bajó por la pasarela rodeado de estibadores y se abrió paso entre el grupo de comerciantes y agentes que se habían acercado al barco. Atravesó la calle principal, que era una mezcla de barro y grava de conchas, se subió al camino de madera, restregó las suelas de los zapatos contra las tablas del borde y anduvo en sentido sur hasta la estación de tren, donde el ferroviario le dijo que el tren a Poachum salía a las seis de la mañana. Randolph dirigió la vista a la vía.

—Pensaba que salía a las seis de la tarde.

El ferroviario dejó caer un lento escupitajo de tabaco en algo que había detrás del mostrador.

—Sí, a veces. Mañana sale a las seis de la mañana. —A Randolph le hubiera gustado preguntar qué tipo de vía permitía variaciones de doce horas, pero se dio cuenta de que en un pueblo como aquel debía tener cuidado. El ferroviario sonrió mostrando sus dientes marrones—. Usted es del norte, ¿verdad?

—Sí. —Randolph le dijo quién era.

—Laney —dijo el ferroviario, sin alargarle la mano.

—¿Podría alquilar un automóvil en algún sitio?

Al sonreír de nuevo, una gota ambarina apareció en la comisura del ferroviario.

—Sí, pero ¿qué iba a hacer con él?

—¿Disculpe?

—La carretera está cubierta de agua. Podría llegar a Poachum..., pero podría no llegar.

Randolph sacó su reloj, le dio cuerda y lo puso en hora con el reloj de la estación.

—De acuerdo. Pues ¿dónde están los establos de alquiler de caballos?

El jefe de estación volvió a escupir.

—Caballero, si lleva una calesa, las ruedas se le van a acabar quedando en alguna rodada. Y si quiere montar los casi cuarenta kilómetros de lluvia y moscas, a mí me parece muy bien, pero ya puede hacerse con un caballo gordo que flote bien. Si no le rompe las patas, en algunas partes más profundas va a tener que llevarlo como si fuera un bote de remos, y cuando llegue, va a tener más barro usted que el caballo.

Randolph observó el color del cielo por la ventana que daba a la bahía.

—¿Hay algún teléfono que pueda usar?

—¿Adónde quiere llamar?

—Nimbus.

El ferroviario se rio entre dientes mientras bajaba el lápiz a un impreso.

—La línea telefónica llega hasta Poachum. El agente ferroviario tiene un cable local que va hasta Nimbus. —Levantó la vista—. He oído que hasta un búho un poco grande podría derribarlo.

—Quiero hablar con el alguacil que está allí.

—¿Para qué?

—Lo conozco.

El ferroviario meneó la cabeza.

—¿Y todavía sigue queriendo hablar con él?

Randolph se pellizcó debajo de la barbilla e inspiró profundamente.

—¿Cuándo va a Poachum el tren del aserradero, para cogerlo de vuelta a Nimbus?

—No lo hace de manera regular. —El gerenteladeó la cabeza y enarcó una ceja, y entonces el ferroviario añadió—: Bueno, vale, me pondré en contacto con el hombre que tengo allí destinado, por así decirlo. —Se levantó, se dirigió a uno de los tres teléfonos de pared que tenía detrás y giró la manivela el número de veces correspondiente, esperó, volvió a girarla, esperó y la volvió a girar, enviando la señal eléctrica por el cable que se dirigía al sur. Cuando vio que nadie cogía el teléfono, se dirigió al telégrafo y pulsó el manipulador para enviar el mensaje. Los dos se quedaron mirando la caja del resonador, y al cabo de un minuto este empezó a lanzar letras al aire.

El gerente apoyó su peso en la otra pierna cuando el mensaje concluyó.

—¿Sí?

—El tren de Nimbus llega a Poachum mañana hacia las ocho. Va a poder cogerlo de vuelta al aserradero, caballero.

Randolph empezó a dirigirse a la puerta, pero entonces se paró y se volvió.

—¿Qué sabe de ese alguacil que está en Nimbus?

El ferroviario desenvolvió una porción de oscuro tabaco y abrió su navaja, que había afilado hasta darle forma de garra.

—He oído que no le gusta el ajo.

CAPÍTULO TRES

Un hombre bajo, con el pelo como el algodón de un frasco de aspirinas, atravesó la estación con una escopeta de dos cañones y una placa de *sheriff* que le colgaba de su holgada chaqueta. Detrás de él iba un corpulento sacerdote de calvicie incipiente, fumando en una pipa de madera de brezo y caño curvado.

—Sid —dijo el *sheriff*—, ¿qué quería ese tipo?

—Un billete a Poachum. Preguntó por tu amigo de Nimbus.

El *sheriff* miró hacia el gerente, que caminaba por River Street en sentido norte.

—La ropa le sienta demasiado bien.

—Por lo visto, viene del norte —explicó el ferroviario.

—¿Y qué quiere de Byron?

Sid Laney se encogió de hombros.

—Al menos, no parece italiano.

El sacerdote se dio una palmada en la frente, como si fingiera ser idiota, se rio y siguió al *sheriff* hacia el sol del exterior. Avanzaron por River Street entre el olor a almizcle de los tramperos y sus perros, hasta que llegaron a la comisaría, una estancia cuadrangular de techo alto con una celda de oxidados barrotes en la parte de atrás. El sacerdote soltó una exclamación de alivio al entrar en la sombra.

Encima de la mesa de despacho había un cubo lleno de hielo sucio y dos botellas de cerveza, de loza y tapones de porcelana sujetos con alambre. Los dos hombres se sentaron en unas sillas reclinables de madera, que crujieron bajo su peso, y se sirvieron la cerveza en un par de tazas de metal. El sacerdote dio un largo trago y el *sheriff* se incorporó para tomar aire; tenía espuma en su bigote blanco. Parpadearon sin decir nada durante un rato. Al otro lado de la calle, el silbato de un remolcador soltó un largo pitido y se oyeron los insultos y la reprimenda del piloto a un marinero, en un volumen cada vez más alto. El sacerdote carraspeó y Merville lo miró.

—Voy a dar un sermón muy bueno este domingo. Es sobre Jesús echando a los cambistas del templo.

—Los metodistas no pueden ir a las iglesias católicas.

El sacerdote echó otro trago.

—Tú no eres metodista.

—Así me bautizaron.

El sacerdote apoyó el codo negro en la mesa.

—¿Cuándo te han visto a ti el pelo en una iglesia metodista? Tu padre era católico.

—La religión viene de la madre. —El *sheriff* meneó la mano como si estuviera espantando una mosca—. Pero me puede dar ahora una versión resumida de su sermón.

El sacerdote juntó las manos.

—Es sobre algo con lo que te puedes sentir identificado. Va de cómo la ira, aunque es algo natural y a veces puede tener un fin, hay que controlarla siempre.

El *sheriff* se chupó el bigote.

—¿Por qué lo dice? ¿Me va a venir otra vez con la monserga del trampero al que tumbé de un puñetazo?

El sacerdote meneó la cabeza.

—A Walton le tuvieron que dar treinta y seis puntos y estuvo inconsciente dos días. No me negarás que tu enfado fue excesivo.

—*Mais non* —dijo Merville—. Estaba hasta arriba del *whisky* ese que destilan con un radiador de automóvil, y quería matar con una botella de cerveza a esa pobre prostituta, a Nellie, en Buzetti's. No fue por enfado. Hice lo que tenía que hacer.

El sacerdote lo miró con rostro inexpresivo. Era la táctica que utilizaba para que sus feligreses sacaran sus propias conclusiones.

—No sé por qué, no me lo creo.

Merville dio otro trago. La cerveza se había calentado y la taza no había dejado cerco sobre la mesa.

—Padre, si una monja tuviera que enfrentarse a dos marineros borrachos que se están peleando con navajas en un callejón, tendría que lazar con su rosario a alguno de los dos.

El sacerdote se levantó, dejó la taza en la mesa y se limpió el labio superior con un dedo.

—Quizás me acerque por aquí mañana.

—Y si la monja tuviera una pistola —dijo el *sheriff* en tono de queja—, seguramente la usaría. No puedes dejar que la gente se mate.

—Adiós —dijo el sacerdote.

—Si ve al yanqui ese, dígame qué hace. No quiero que vaya a fastidiar a Byron. Bastante tiene el pobre cabrón con lo que tiene.

El sacerdote puso la mano en el pomo y volvió la cara con una sonrisa.

—Podrías rezar por tu amigo.

Merville bajó la vista hacia su taza vacía.

—Me parece que a ese tipo Dios ya lo ha mareado bastante.

Como el E.B. Newman no zarpaba hasta la media mañana del día siguiente, el capitán permitió a Randolph quedarse su camarote aquella noche por dos dólares. Para matar el tiempo, se acodó en la barandilla de la cubierta de calderas para mirar cómo los estibadores subían rodando por la pasarela doscientos barriles de melaza, antes del anochecer. Después vio acercarse por el oeste una tormenta que, al caer el sol, soltó un potente rayo que apagó las pocas luces eléctricas que iluminaban la calle. Cuando cesó la lluvia, salió del camarote a cubierta y oyó una música ligera de baile —chillido de clarinetes y tartamudeo de trompetas— que llegaba del fondo de un callejón. Y recordó entonces que era la noche del sábado. Una farola empezó a brillar poco a poco, como la vela que se acaba de encender, y pudo distinguir hombres con botas cubiertas de barro que entraban y salían de un local como abejas de una colmena. Se oyó la

detonación de un transformador en algún sitio cercano y las luces se apagaron de nuevo. Debajo, en el muelle, un farol ennegrecido alumbraba una partida de dados. Un breve estallido de risa perruna se elevó en el aire y un estibador se cayó al suelo, sujetando una botella de cristal de color ocre que se rompió en pedazos bajo la luz de queroseno. Tres mosquitos picaron en el cuello al gerente y este se apresuró a volver a su camarote.

Horas más tarde, lo despertaron unos gritos iracundos, cada vez más intensos. Se puso los pantalones, atravesó descalzo el enmoquetado salón y volvió a la barandilla. Vio allí a Minos, el maquinista, que estaba sin camisa.

—Son los estibadores —dijo cuando Randolph se acercó a él—. Se están peleando con esos hijos de puta del *Edenborn*.

Una algarabía de gritos de borracho subía desde el muelle, y entonces se oyó una voz estentórea y ruido de botas sobre la madera. En la cubierta de arriba, alguien corrió hacia el puente y encendió un foco que iluminó el lugar del muelle donde una docena de negros forcejeaba y rodaba por el suelo, entre andrajosas camisas que se rasgaban y tirantes de pantalones que al soltarse azotaban el aire. De pronto, dos hombres sacaron sus navajas e iniciaron una especie de baile ritual circular. Otro hombre abrió otra navaja de hoja muy larga y comenzó a soltar improperios. El capitán salió a la cubierta a la que daba su camarote y se puso a vociferar a los estibadores, ajenos a los gritos por la borrachera. El voluminoso contraмаestre apareció bostezando y subiéndose los tirantes, y se acercó al capitán, quien le dijo:

—Baja y acaba con esto.

El contraмаestre escupió por encima de la barandilla.

—Ahora no hay quien los pare.

El capitán se giró y gritó al piloto, que estaba detrás del timón:

—Da pitidos cortos, a ver si viene el *sheriff*. Con negros muertos no podemos cargar la mercancía.

El silbato carraspeó hasta expulsar tres o cuatro litros de agua y empezó a emitir una serie de quejumbrosos pitidos. Otra hoja de navaja salió entre los pliegues de una camisa y al gerente se le abrió la boca al ver cómo la cuchilla trazaba una larga línea roja de un lado al otro de la cara del estibador que había sacado al burdégano del río. Tres hombres llegaron corriendo desde el vapor que estaba atracado río abajo y empezaron a propinar patadas y puñetazos a diestro y siniestro. Un hombre soltó un chillido y cayó de espaldas. Con los dedos cubiertos de sangre se pellizcaba el vientre, mientras la pelea se cerraba sobre él como una ola de agua turbia.

Minos meneó el codo del gerente.

—Llega el juicio final...—dijo.

Randolph dirigió la vista hacia donde señalaba Minos y distinguió a un hombre bajo, con el pelo blanco despeinado, que avanzaba con rapidez hacia la pelea, desde una calle lateral. Una estrella destelleaba en su chaqueta y una escopeta de dos cañones se balanceaba en su costado, pero cuando llegó al muelle y empezó a gritar a los hombres, sus palabras no eran más que un vaporoso soplo en medio de la confusión. Así que quitó el guardamanos de la escopeta, desencajó los cañones de la culata, los cogió por el extremo más delgado y golpeó con fuerza la cabeza del hombre que tenía más cerca, y este se desplomó sobre el muelle como una vaca aturdida. Varios rostros oscuros se levantaron; él soltó otro golpe con los cañones, y el pelo blanco se le levantó con el impacto; y a continuación, otro golpe que mandó al río a un tercer hombre que aullaba de dolor; entonces, los demás empezaron a dispersarse y a correr. En el suelo

del muelle quedaron tendidos cinco hombres. El que habían acuchillado en el vientre no se movía. El *sheriff* se quedó de pie junto a él mientras encajaba los cañones en la culata, volvía a poner el guardamanos en la escopeta y la cargaba con dos cartuchos.

—*Alors, c'est quoi son nom?* —preguntó.

El maquinista gritó en francés desde el barco que no era de la tripulación del Newman.

Un estibador se incorporó, se quedó sentado en el suelo y se palpó la cabeza cubierta de sangre, como si temiera que se le fuera a desprender de los hombros.

—No dispare, señor Merville.

El *sheriff* apoyó la escopeta en la parte interior del codo.

—Los cartuchos del calibre que yo uso cuestan siete centavos y ese cabrón de alcalde que tenemos seguro que me los descuenta del sueldo. —Señaló al muerto—. ¿Lo conoces?

—Está con nosotros en el Drew.

—¿Tiene familia? —Merville registró los bolsillos del cadáver, encontró un dólar de plata y se lo guardó en el chaleco.

—Vive lejos, en el campo. —El estibador separó una mano de la cara y observó la sangre—. No tiene a nadie.

El *sheriff* deslizó la escopeta por debajo de la cintura ensangrentada del cadáver, tiró hacia arriba y le dio la vuelta. Repitió la operación varias veces, hasta que lo tiró al río. Levantó la vista hacia el puente del barco y se hizo sombra en los ojos con la mano.

—Ya podéis apagar esa luz —dijo.

El maquinista escupió a un lado y se volvió a Randolph.

—*C'est fini.*

El gerente cerró por fin la boca.

—¿Es así como se resuelven aquí las cosas?

—Por ahora, sí. —Minos bajó la vista hacia el muelle—. A lo mejor, en diez o quince años, será distinto.

—¿Quién es el *sheriff*?

Minos giró la cabeza hacia Merville, que acompañaba a tres hombres que volvían cojeando a su barco y los empujaba por la espalda con la escopeta manchada de sangre.

—¿Ese? Ese es mi padre.

Randolph se encaramó en su delgado colchón y permaneció allí tendido, despierto y sudoroso, hasta que llamaron a la puerta a las cinco de la mañana. Speck —que también trabajaba de mozo de equipajes— carraspeó y el gerente le dijo que quince minutos. Se levantó, se lavó en la jofaina, se afeitó y se puso un traje limpio de lana de color oscuro. En el estrecho salón principal, se sentó en una mesa sin mantel en la oscuridad y aspiró el olor a esmalte y tabaco que impregnaba el aire. Imaginó entonces la carnívora ciénaga hacia la que viajaba y se preguntó cómo los excelentes libros que su hermano había leído podían haberle preparado para mantener el orden en el *saloon* de aquel aserradero. Recordó los golpes de los cañones de la escopeta en los cráneos de los estibadores, levantó la vista y vio cómo la primera luz del día iluminaba los cristales tintados de las claraboyas: verdes ennegrecidos por el hollín y tonos dorados que refulgían tenues, como el fuego a través de la mica. Atravesó el salón bajo la luz de colores, bajó a la cubierta de proa y esperó entre las cajas de mercancías y los sacos a que le

llevaran su equipaje. Oyó un ruido, se volvió y vio al estibador al que habían hecho un corte en la cara. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en una pila de sacos de arroz. Gemía como un disco al que haces girar a pocas revoluciones. El gerente descolgó uno de los faroles de cubierta de su gancho y se dirigió a él entre las cajas, pensando que sería una pena que se perdiera un trabajador como ese. Al llegar a él, levantó el farol.

—¿Ha ido alguien a buscar un médico para que te atienda?

Se abrieron un par de ojos: huevos cocidos flotando en un tabasco de dolor.

—No iba a venir ninguno.

Speck, el camarero, apareció de repente por detrás de Randolph.

—¿Quiere que le lleve estos baúles a la consigna del andén, señor?

El gerente se agachó.

—¿Hay algo de alcohol y vendas a bordo?

Speck inspiró ruidosamente por la nariz.

—Me parece que algunos negros ya han tenido suficiente alcohol...

—Lo necesita para la herida. Y tráeme un rollo de gasa y un trozo de carne en salazón de la cocina. —Levantó la vista, pero no distinguió la expresión en la cara del hombre, aunque sí percibió el olor acre que despedía su uniforme negro—. Habrá más de una moneda bajo el plato.

—Señor —dijo Speck, volviéndose hacia la escalera.

El estibador levantó la cabeza y el tajo de la cara se abrió como una boca larga y roja que empezaba encima de la sien, cruzaba la mejilla y bajaba hasta la barbilla. Cuando el camarero volvió con una botella de alcohol etílico, el gerente lo vertió sobre el corte y un hilillo se deslizó hasta el ojo izquierdo del hombre, quien soltó un alarido, agitó los brazos y se quedó tendido contra los sacos, temblando como una mula que se sacude las moscas. Randolph limpió la herida y, después de desinfectar su navaja, cortó una loncha de la carne que había traído Speck, la colocó sobre el tajo y la aseguró con cinco bandas de gasa que anudó después de rodear con ellas la cabeza del hombre. Cada vez que apretaba un nudo, el estibador soltaba un chillido.

El gerente puso dos dedos sobre el cuello ensangrentado para tomarle el pulso.

—Mañana te quitas todo esto cuando amanezca y lo tiras al río, vuelves a limpiar la herida con este alcohol y vuelves a atar otra loncha de carne, tal y como lo he hecho yo. No hagas gestos con la cara en tres días o se te abrirá como un tomate. ¿Entendido?

—Entendido —susurró el hombre.

Randolph le movió la cara vendada empujando la barbilla y observó su obra.

—Si tuviera lo necesario, intentaría darte puntos de sutura. —Limpió un coágulo que el hombre tenía en el cuello con un trozo de gasa y lo tiró por la borda—. Límpiase bien la cara todos los días, durante diez días, o acabarán tirándote al río como han hecho con el tipo ese. El camarero aquí presente te dará carne y gasa cuando las necesites.

El estibador se echó sobre un costado y cerró los ojos. Speck levantó un tronco y se lo echó al hombro.

—Tiene menos educación que un puerco.

El gerente levantó la vista mientras volvía a poner el corcho en la botella.

—Me temo que ahora no se encuentra muy bien.

—No, señor.

—Cuida de él y lo tendré en cuenta para la próxima vez que nos veamos.

—Estoy seguro de que lo tendrá en cuenta, señor. —Speck entornó la cabeza en dirección al estibador y se giró, describiendo un amplio círculo con el pesado tronco.

A las seis, Randolph se subió a un vagón de madera despintada por el sol, enganchado al final de una hilera de vagones de plataforma de un tren que iba a salir hacia el este. Al otro lado del pasillo estaban sentados dos hombres con botas de caña alta y escopetas aseguradas con cinta adhesiva, que sujetaban entre las piernas. Detrás de ellos, un indio y tres mujeres sin sombrero y con unos descoloridos vestidos de trabajo, hechos de tela de saco de harina, se movían con el bamboleo del vagón. Los hombres apestaban, pero él también; se dio cuenta de que era inevitable, en un lugar en el que uno se ponía a sudar con solo andar para ir al retrete. Sacó la mano por la ventanilla para sentir el aire en la palma. El tren abandonó el pueblo traqueteando. Antes de cada paso a nivel se escuchaban sus cinco pitidos, como una regañina, hasta que ya no hubo más cruces y la pequeña locomotora se adentró en un tupido bosque de ciprés virgen, en el que apenas penetraba la luz del sol y la vía discurría por una especie de ranura coronada por una banda de cielo gris. La locomotora despedía una neblina teñida de hollín que envolvía los vagones, y el gerente consideró las predicciones de Minos sobre el declive de las máquinas de vapor. Se preguntaba qué tipo de máquina de tracción —sin humo, sin estridencias, sin manchas en la ropa— arrastraría los vagones en quince o veinte años.

A las siete menos cuarto, el tren frenó con una sacudida y se detuvo delante de la docena de casas que componían Poachum. El mozo de equipajes lanzó los excelentes baúles de Randolph sobre las tablas del andén del pequeño apeadero, como si fueran cajas de basura. El tren arrancó con un pitido y, cuando pasó el último vagón, Randolph vio al otro lado de las vías la encenagada e impracticable carretera que llevaba a Tiger Island. Ocho cabañas de trampero, construidas sobre tocones de ciprés, y cuatro casas tipo *shotgun*, hechas de madera sin tratar, se extendían ante él con la lógica de una brazada de astillas lanzadas a voleo. En el costado oeste del apeadero, había una vía muerta ocupada por vagones de plataforma cargados de tablones de pálida y aromática madera de ciprés que esperaba a ser transportada lejos de allí; y de la vía principal, salía hacia el sur un ramal que se adentraba en la ciénaga, en dirección a Nimbus.

El gerente entró en la caseta, donde había un joven agente de pelo negro y visera verde, sentado bajo un reloj. El muchacho le dijo que acababan de llamar del aserradero y que el tren de la madera no tardaría en llegar. Randolph observó durante un minuto cómo se peleaba con los talones de embarque y le preguntó entonces si conocía al alguacil.

—No lo veo mucho —dijo el chico sin levantar la vista y moviendo sus delgados brazos sobre los impresos.

—¿No viene a enviar mensajes?

—Procura que sus asuntos no salgan del bosque. —El agente comenzó a clasificar facturas y fruncía el ceño cada vez que levantaba una en la mano.

Randolph salió y fijó la vista en la vía en curva de Nimbus, que penetraba en un túnel de barbados cipreses rodeados de agua poco profunda, tapizada de lenteja de agua color verde manzana. A lo lejos oyó el ruido de una locomotora y, veinte minutos después, apareció el tren bamboleándose. Arrastraba vagones de plataforma cargados de madera secada en horno: tablones de uno por doce, seis por seis, vigas cuadradas de catorce pulgadas de lado y tablas para el exterior de las casas. Todo ello, ciprés de Luisiana, de veta fina y característica fragancia en tiempo de calor. Después de que la locomotora entrara en la vía principal con toda la carga y la

empujara a continuación marcha atrás a una vía muerta vacía, el gerente asió las agarraderas de hierro de la locomotora y se subió. El maquinista observó su traje y sus zapatos.

—¿Qué?

—Soy Randolph Aldridge.

—¿Y...?

—Soy el director gerente. Bajaos tú y tu fogonero y me subís esos baúles al tender.

Los siguió con la vista, mientras se bajaban y se fijaban en el equipaje un momento, antes de quitarse sus grasientos guantes.

El propio Randolph condujo la locomotora a través de los árboles de treinta metros de altura que los separaban de Nimbus. Los trozos de madera que el fogonero echaba en el hogar eran combustible gratuito y el humo olía a eficiencia. No había conseguido formarse una imagen del enclave con los informes que había recibido, pero esperaba encontrarse una propiedad convenientemente preservada que él podría poner a punto. Sin embargo, cuando el repiqueteo del tren empezó a sonar en un claro de cuarenta hectáreas cubiertas de tocones, el asentamiento le pareció una maqueta sin pintar de un pueblo, hecha por un niño con una navaja desafilada. Las copas de árboles secas, desparramadas por todos lados, y las tres calles embarradas que lo recorrían, hacían que el lugar pareciese no viejo, sino anegado, torturado por el clima y atormentado por la maleza. Paró el motor e hizo sonar una vez el chillido del silbato, al tiempo que contemplaba el panorama desde el asiento del maquinista y sentía su ánimo hundirse como las traviesas bajo los ejes de la locomotora.

Un barracón de dos plantas para trabajadores solteros se alzaba ante la línea de árboles del oeste y, delante de él, a ambos lados de una calle inundada por el agua de la lluvia, se alineaban casas *shotgun* sin pintar y sin contraventanas: ni una de ellas tenía contraventanas. A unos cien metros al sur de las hileras de casas, vio la casa del director gerente, cuadrada, con porche y un empinado tejado a dos aguas, estaba construida con madera sin pulir, teñida de un color rosáceo en las paredes; en la parte de atrás había una caseta y un pequeño establo, una valla de pequeñas estacas de madera de ciprés sin desbastar y, detrás, un ancho canal, en cuya superficie asomaban los troncos como reptiles al acecho. Entre la casa y la serrería, estaba el enorme almacén con sus porches llenos de barro y, a una distancia considerable, estaba el *saloon*, un edificio bajo, alargado, de construcción poco cuidada, con un ancho porche delantero en el que había diseminadas una docena de sillas de asiento de cuero. Detrás del *saloon*, había dos cabañas y una fila de retretes situados sin una disposición regular en el borde del canal, sobresaliendo por encima de este. Al otro lado del aserradero, había una doble fila, más larga, de cuarenta casuchas sin porche ni escaleras de acceso —las viviendas de los negros, supuso— y otros dos anodinos barracones baqueteados por la lluvia. No lejos de donde estaba Randolph, en la cabina de la locomotora, se podía ver una hilera de casas bajas orientadas al sur, con contraventanas y porches con balaustradas. En el jardín trasero de una de ellas, distinguió el volante de inercia roto de un motor de vapor, con un par de esposas oxidadas colgando de uno de los radios.

En medio del claro, rugía la serrería. En cada uno de los tejados de metal podían verse conductos de ventilación o chimeneas de hierro forjado de treinta metros de altura, de las que salían nubes de humo de leña. Randolph calculó que, entre los que trabajaban en el aserradero y los que lo hacían en el bosque, habría unos quinientos hombres. Se bajó de la locomotora y sintió cómo la tierra cedía ante su peso y devoraba sus zapatos, y comprendió entonces algo sobre

aquel lugar: dos años antes, el ruido más alto había sido el de los apagados chillidos de las garzas.

Después de rodear varios surcos inundados, en los que pudo ver las ondas que producían pequeños peces, llegó a la serrería y subió a la oficina que había en la segunda planta. En una habitación sin pintar, hecha de tablas de madera en las que brillaban pequeñas gotas de agua condensada, conoció a su ayudante, Jules Blake. Era un tipo rudo, con cara de resaca, que le dijo que era del condado de Trinity, Texas. Randolph le hizo preguntas durante dos horas y este le contestó nervioso, alojando el tabaco de mascar en la mejilla izquierda cada vez que hablaba. Intentó que el hombre cogiera confianza.

—El hecho de que la propiedad cambie no quiere decir que tengamos que hacer las cosas de manera distinta. Pero sí pienso que hay que adecentar esto un poco.

Jules miró por una ventana cubierta de polvo de serrín.

—Yo pensé lo mismo, cuando vine hace unas semanas. Pero llueve todas las tardes y la maleza crece más rápido de lo que puede cortarla un hombre que solo se dedique a eso. No hay forma de quemar los tocones y el otro día se nos murió un buey al intentar arrancar uno pequeño que estaba en medio de una pista.

—Y el anterior director gerente, ¿cómo se las arreglaba?

Jules puso las botas sobre la mesa e hizo crujir una capa suelta del contrachapado.

—Por lo que he oído, aliviaba el agobio que le producían los pedidos a base de *whisky*. Vendía lo que podía por teléfono, a través del muchacho ese de Poachum, que es lo que tenemos que hacer. Contaba la madera cuando podía verla...—Jules cambió de lado el tabaco de mascar—. Lo peor que hizo fue contratar a esa panda de blancos imbéciles y negrazos solteros que se trajo de los aserraderos del este de Texas. —Escupió con gran destreza en una escupidera esmaltada que había junto a su mesa—. Son como animales. Yo vine aquí huyendo de gente así.

Randolph miró por la ventana a un mulo suelto que se había acercado a la ventana de una casa y estaba mordiendo la cortina.

—Esto no se puede sacar adelante con maestros de escuela. Yo me encargaré del papeleo, lo mismo que el anterior director gerente. Tú encárgate de los hombres, como has hecho hasta ahora, y yo supervisaré el funcionamiento de las máquinas. ¿Qué clase de maquinistas tenemos?

—Lo suficientemente buenos para que no acabe reventando todo. Tiene que tener cuidado con ellos los lunes, asegurarse de que no trabajan con el resacón. —Jules señaló con un gesto la sala de calderas—. El alemán es el maquinista jefe, y es un buen tipo, pero cuando se pone melancólico, bebe sin parar.

—¿Hay muchas peleas? —preguntó Randolph, observando por la ventana una nube de lluvia que se acercaba.

Jules fijó la vista en el barro seco que había bajo su mesa.

—Tenemos un cementerio con treinta cuerpos.

—Dios mío... ¿Y quién es el principal responsable?

El ayudante se pellizcó la nariz, bajó las botas de la mesa y aspiró.

—¿Es verdad que su padre compró este aserradero porque se enteró de que su hermano estaba trabajando aquí?

Randolph se sentó en un secreter e intentó abrir uno de los cajones, pero estaba hinchado por la humedad.

—Así es. ¿Lo has visto hoy?

—Está haciendo rondas.

—Un tipo en el pueblo me dijo que ha tenido algún roce con unos italianos. Algo oímos en el norte, también nosotros.

Jules se inclinó sobre la escupidera, pero no escupió.

—¿En serio? No me diga...

Randolph desvió la vista.

—Vale, entendido.

—Y espero de veras que haya venido hasta aquí para ayudarlo.

El gerente lo miró fijamente.

—¿Acaso no se hace eso en las familias?

Jules se quedó pensativo un momento.

—En las buenas familias.

—Háblame de esos italianos.

Jules se encogió de hombros.

—Unos sicilianos hijos de puta... El *saloon* es suyo. Está en una parcela que les cedieron los anteriores dueños. Son los propietarios, con lo que no los puede echar así por las buenas. No hace mucho, quisieron ampliar el número de juegos de cartas, de tragaperras, un par de putas más..., y su hermano se lo ha impedido.

—Es comprensible.

Dos plantas por debajo de la oficina, chirrió una sierra de cinta que se debía de haber atascado en un tronco, y Jules se puso en pie y se despezó.

—Ese sitio no nos da más que problemas. Los hombres casados se funden la paga y luego van a casa y pegan a sus mujeres. Hay niños por aquí que están hechos unos palillos, de lo poco que comen. Y los jóvenes, cuando se quedan sin blanca, se lían entre ellos a puñetazo limpio. — Jules abrió la puerta y escuchó al maquinista jefe gritar algo en alemán—. Pero debería decirle a su hermano que no tensara tanto la cosa. Esos tipos son de Chicago.

Randolph se rio.

—No es más que un pequeño *saloon* perdido en la ciénaga.

Jules se volvió y lo miró.

—Señor Randolph, yo solo sé una cosa: para un siciliano no hay nada que sea un simple problema local. —Escupió en el pasillo—. Esa gente es como el gobierno federal.

El gerente lo observó mientras se iba y pensó que estaba equivocado. Miró por la ventana y vio la hilera de árboles que se extendía por el terreno que bajaba hasta las aguas pantanosas. Se preguntó entonces cuánta gente sabría siquiera que Nimbus existía. Aquello no era más que un punto en el centro de una gran mancha de bosque verde en el mapa de su padre. Se levantó, cogió un viejo par de botas altas de cuero de una taquilla y anduvo por un camino surcado de rodadas hasta su casa. Procuró ignorar a un hombre de ojos bizcos, sentado en un tocón junto al camino, y a un ruidoso grupo que jugaba a las cartas en la sombra que proyectaba la pared de una casa; sobre restos de tablas apoyados en un par de caballetes, brillaban los vales de almacén que estaban apostando.

Las paredes de su casa no tenían ni una gota de pintura, ni en el exterior ni en el interior. Recorrió las habitaciones y, al tocar la madera desnuda, se sintió como un escarabajo en el

interior de un árbol. En el jardín trasero, un anciano mulato dormitaba en el porche de una caseta, mientras a su lado una joven de piel clara lavaba ropa en una pila de acero galvanizado.

—¿Es usted la criada? —preguntó él, mirando el pelado jardín.

—Sí —dijo ella—, y ese es mi padre. —Lo señaló con un respetuoso movimiento de cabeza.

—Soy el nuevo director gerente. ¿Me puede preparar algo de comer?

Ella se secó las manos en el delantal y se dirigió a la casa, pasando por delante de él y dirigiéndole una mirada rápida por encima del hombro.

Randolph encontró un caballo casi ciego, de ojos color ámbar de botella de cerveza, en el pequeño establo que había detrás del jardín. Lo ensilló y salió a recorrer el cenagoso enclave, para buscar a su hermano y también para que los hombres lo vieran moverse entre ellos y supieran que estaba allí. El caballo era lento, pero el gerente se dio cuenta de que conocía el sitio de memoria y dejó caer las riendas para que el animal siguiera un circuito lógico. Al cabo de media hora, no había visto a su hermano, así que cogió las riendas, volvió a las casas que estaban cerca de las vías, se dirigió a la que le había indicado Jules y amarró el caballo a un poste del porche. Le sorprendió escuchar el lamento de un gramófono en el interior. El tenor irlandés John McCormack cantaba «I'll Take You Home Again, Kathleen» con unos agudos imposibles. Cuando llamó a la puerta, una mujer de pelo rubio rojizo de veintipocos años abrió en cuanto el nudillo tocó la madera. Llevaba un vestido estampado de estar en casa y el pelo recogido atrás con horquillas.

—Está descansando —dijo la mujer—. Acaba de llegar.

Randolph sonrió y supuso que aquella mujer era una pícara sorpresa que Byron les había ocultado a todos.

—Soy su hermano, el nuevo director gerente. ¿Y usted?

Ella lo observó con la boca abierta, giró la cabeza para echar un vistazo detrás de sí y volvió a dirigirle una tímida mirada.

—Bueno, creo que se va a enterar enseguida...—dijo ella—. Nos acabamos de casar. —Tenía la mirada franca y manos agrietadas de campesina—. Me llamo Ella.

—Encantado de conocerte —dijo él, un tanto desconcertado—. Bueno, es..., es estupendo que...

—Está ahí dentro.

Ella retrocedió un par de pasos y desapareció por la parte de atrás de la casa; él entró en el salón en el que su hermano estaba sentado delante de un enorme gramófono Victrola que vibraba con la música, en una butaca Morris reclinable, con los ojos cerrados. Los dedos que su hermano mantenía levantados en el aire temblaban con la exagerada trepidación de la garganta de McCormack. A sus treinta y seis años tenía ya muchas canas, y el mal tiempo de Francia y Kansas había dejado su huella en los ojos y en la boca. Tenía el pelo muy corto, como si la mujer se lo hubiera cortado con unas tijeras de podar. Randolph sintió un alivio en el pecho, lo mismo que le sucedía de niño cuando su hermano volvía de montar a caballo o de cazar.

Cuando se acabó el disco, el mecanismo automático hizo clic y el plato dejó de girar con un silbido.

—¿Byron?

No se giró, pero, tras un momento de silencio, dijo:

—Me preguntaba cuánto iba a tardar en enviar a alguien.

—Soy Randolph, By.

Entonces, el alguacil se levantó mostrando sus grandes dientes y agarró la mano de su hermano, pero no la estrechó, sino que la apretó muy fuerte y la hizo vibrar como si fuera un hombre que ha recibido una descarga eléctrica. Randolph dio un paso hacia adelante, lo abrazó y aspiró profundamente su olor.

—Mi hermanito el maderero...—dijo Byron, separándose de él—. Han mandado a lo mejor de la casa para que me eche un vistazo. Pues ya ves qué ruina estoy hecho.

—Tienes buen aspecto —dijo Randolph, retirando la mano dolorida y metiéndola suavemente en el bolsillo—. Has engordado. Parece que te sienta bien la vida de casado. —Se seguía sintiendo pequeño junto a su hermano, siempre demasiado ingenuo y candoroso—. ¿Qué tal la vida de alguacil?

Byron se sentó y señaló una silla.

—Estoy seguro de que hay un montón de cosas que quieres saber, ¿verdad? Por qué no vuelvo a casa, trabajo para padre y me hago rico, ¿no? —Se inclinó hacia su hermano. Sus ojos latían como una llama en un hogar con la portezuela abierta—. Te voy a ser muy franco. Yo no quise alistarme. Aunque yo ya estaba trabajando allí, con lo que había visto tenía suficiente. Cuando Wilson declaró la guerra, padre me escribió para decirme que era mi deber, porque yo era el más dotado de sus hijos. —Hizo un gesto de burla moviendo la mano con el dorso por delante—. El pequeño Randolph era un poco gordito y tenía los pies planos, así que yo tendría que ser la gloria de la familia. Desconecté mi cerebro y le creí. Me convirtió en un patriota. —Byron dirigió la vista hacia una puerta que daba al interior de la casa, por donde asomaba la nariz de Ella—. No debería culparle..., la verdad es que no. Él tenía la cabeza llena de canciones patrióticas. Al poco tiempo, mi cabeza estaba igual. —Sus hombros subieron y bajaron tras la recia tela de su camisa—. Y así sigue..., supongo. Una vez que empiezas a cantar esas malditas canciones, es difícil parar.

Randolph se enderezó en la silla.

—Pero sobreviviste. Volviste a casa. —Procuraba que su voz no sonara a reproche.

—Él seguía con sus puñeteras canciones en la cabeza, pero no quiero contarte lo que yo tenía en la mía, Rando. No podrías ni imaginarlo.

—By...

—Cuando me enteré de que había comprado este aserradero, pensé en volver a largarme. Creía que su plan para mí era embutirme en un traje y tenerme de nuevo bajo su férula. —Soltó entonces una carcajada explosiva—. ¿Te lo imaginas aquí en estos pantanos, con lo que aborrece la humedad? No había peligro. Supuse que te mandaría a ti.

—¿Sabías lo de la compra?

—Rando, soy el alguacil.

El gerente miró hacia la puerta donde se había asomado Ella, pero ya no estaba.

—Tu mujer es muy guapa.

—Nunca la condenaría a tener que convivir con nuestra familia en Pittsburgh. Eso te lo garantizo. —Se levantó de un salto y giró la manivela del Victrola veinte veces—. Me has preguntado por la vida de alguacil. —Su voz se entrecortaba con los giros de la manivela—. Pues bien, me echaron de un pueblo donde no había matado a nadie y me echaron de otro donde sí. Acabé en el oeste, reparando cercados y manteniendo alejados a los cuatreros, hasta que los

sheriffs con sus malditos coches consiguieron arrestar a todos y me dejaron sin trabajo. —Se apoyó en el respaldo del asiento, puso una mano en la frente, como si estuviera pensando qué más decir, y la retiró entonces con un movimiento rápido—. De lo demás, no hace falta que sepas nada. Solo te diré que todo ha sido una sucesión de placas de alguacil con las que he procurado que la gente se porte bien. Eso es todo. —Hablabla demasiado alto, y Randolph recordó la pérdida de audición que le habían provocado sus heridas.

Hablaron durante una hora. En ocasiones, Byron respondía con evasivas e, incluso, de manera incoherente, sobre todo cuando hablaba de la guerra. Era como si no comprendiera bien su propia historia.

—Pasé demasiado tiempo allí —dijo, deslizando la uña del pulgar por las cejas—. Recuerda que padre me consiguió un trabajo con aquella compañía que fabricaba pólvora, y me enviaron a Verdún de observador. —Levantó una mano y la dejó caer—. Vi cómo los franceses avanzaban más y más, cuando no tenían que haberlo hecho. ¿Te acuerdas de lo que nos contaba el viejo de los *lemmings*? ¿De cómo eso es lo que le pasa a los que no piensan las cosas?

Randolph sacó un puro de la chaqueta y se lo ofreció, pero Byron lo rechazó con un movimiento de la mano.

—By, padre está preocupado por ti. Han pasado años.

—Sí —dijo él, al tiempo que negaba con la cabeza—, me necesita para que dirija uno de sus malditos aserraderos.

—Podrías hacerlo.

Byron dirigió a su hermano una mirada fría y apartó la vista.

—Quiero que escuches los nuevos discos que acabo de comprar. John McCormack, cantando como un ángel, el muy cabrón, ese italiano desgraciado de Caruso interpretando «La donna è mobile» como no la has escuchado jamás y Riley Puckett cantando «Silver-haired Daddy of Mine». —De una caja de agujas, cogió una y la insertó en el extremo del brazo—. Escucha este cacharro. Es un modelo 14 que me traje de Tiger Island.

Randolph pensó que era efectivamente un buen gramófono, y el disco nuevo sonaba sin ningún ruido de fondo. Enseguida empezó a tocar una banda de mucha trompeta y saxofón y John McCormack hizo una entrada paciente, pausada: «Un pedacito de cielo bajó flotando a la tierra una vez...». Byron estiró un brazo y comenzó a representar la canción sentado en su butaca, balanceando el tronco y moviendo la cabeza. Ella se asomó por la puerta, se apoyó en el marco y fijó la vista en su cuñado. Entonces, levantó un dedo y se señaló uno de sus ojos azules. Randolph no entendió por qué, hasta que se volvió, miró a su hermano y vio que Byron estaba llorando, mientras acompañaba con la forma de los labios cada una de las notas de la canción, que salían —estilizadas, en una dimensión— del mueble de caoba. Randolph permaneció sentado, inmóvil como una estatua: los labios separados exhalaban su incredulidad. Fuera, la lluvia empezaba a caer y la casa tembló cuando el caballo ciego golpeó con la cabeza la columna del porche.

CAPÍTULO CUATRO

9 de marzo de 1923
Aserradero de Nimbus
Poachum Station, Luisiana

Padre:

Quise llamarte para que supieras que ya había llegado, pero todavía no tenemos línea telefónica directa desde el aserradero y no tengo claro cómo funciona la línea desde Poachum. El teléfono que tenemos es una unidad local de batería que me conecta con un agente ferroviario que es como un crío mayor y que tiene que anotar todo a mano y transmitirlo por su línea telefónica directa o telegrafiarlo. Algunos de los trabajadores tienen que dictar cartas personales a este muchacho cuando hay asuntos urgentes, y él las repite en voz alta para deleite de cualquier trampero o campesina que esté en ese momento en la sala de espera.

Ya he estado con Byron y parece sano y fuerte; tiene buen color y va bien afeitado. Todavía no te puedo decir nada de su estado mental. Los temblores parecen haber remitido. No quiere saber nada de puestos, aparte del que ya tiene. Por lo que he visto en el poco tiempo que llevo aquí, tiene bien controlada a la gente del asentamiento, lo cual no es poco, si se tiene en cuenta que las cuadrillas de leñadores y tronzadores no son todas de blancos y que se trata de gente tan embrutecida por su trabajo como los peores que he visto. La mayoría vienen de aserraderos del este de Texas y son tipos solitarios a los que no se les conoce familia. En general, son analfabetos y, aunque no saben ni contar su dinero, son expertos en gastárselo en alcohol.

Intenté enterarme de cuáles son los actuales sentimientos de Byron por lo de Francia, pero solo me respondía con vaguedades que, no obstante, me revelaron que todavía está muy afectado por lo que pasó allí. No tengo ni idea de las cosas concretas, pero estoy seguro de que empezará a olvidar y yo haré todo lo que esté en mi mano por recuperarlo para nosotros. Es muy distinto del Byron que vimos la última vez. Le ofrecí un puro y lo rechazó. Cuando le pregunté si seguía jugando a las cartas, se rio y dijo que nadie tenía nada que él quisiera ganar. Pero está aquí y trabaja para nosotros todos los días. Me dio mucho gusto poder abrazarlo. A medida que vaya descubriendo más cosas, te las contaré.

El aserradero, tal y como decían los informes, es una buena compra. Si los precios de

revestimientos y vigas se mantienen, nos va a ir muy bien, porque aquí hay madera para unos tres años. De los trabajadores, todavía no sé qué decirte, porque los de esta zona son más rudos que todos los que conocí en Virginia y en Michigan, y hay algo en su carácter que no acabo de entender del todo, como si les afectara una especie de antigua privación o una vieja ofensa que llevan metida hasta el tuétano. Los hombres aquí sufren más que nuestros leñadores del norte, por el calor, que incluso en esta época del año se hace notar, y por la humedad, que a veces hace que me resulte difícil respirar. A los habituales problemas de insolaciones e insectos hay que añadir los caimanes, que son capaces de amputar brazos o pies. Muchos de los leñadores tienen marcas de dientes que les suben por la pierna como cremalleras. En el tiempo que llevo aquí he visto más serpientes de las que pensaba que había en el mundo.

Tal y como recoge el documento de traspaso, el aserradero está comunicado mediante una vía estrecha de ferrocarril que discurre por encima del dique que va paralelo al canal que se adentra en la ciénaga. En el canal, tienen plataformas con cabrestantes de vapor para sacar con cables los troncos del bosque; y también utilizan un pequeño vapor que se mete por canales secundarios y arrastra hasta el aserradero balsas de troncos. Hay cables de cabrestante por todos lados, sustentados mediante postes con poleas, como si fueran tendedores de ropa, que se extienden a mucha distancia del canal. A veces, hay suficiente nivel del agua para poder talar entre dos hombres subidos a pequeños botes que flotan a ambos lados del árbol. Cuando los han talado, los desmochan, los cortan en trozos de veinte pies y los llevan hasta el cable, de pie sobre el tronco, impulsándose con una pértiga. Cuando el nivel de agua es bajo, sacar los troncos del bosque requiere más pericia, más incluso de la que se necesita para el arrastre en tierra seca que tú conoces bien.

Hay pocas mujeres en el asentamiento y casi ningún niño, lo cual digamos que contribuye a que predomine un ambiente grosero y tosco, ya que apenas existe ese sentido de orden y concierto que darían las familias, una iglesia, una escuela... Solo hay un enorme saloon que pertenece a otros, en un trozo de terreno de la parte de atrás del aserradero, lo cual también figura en el documento de venta y explotación. No he estado, pero sé que venden alcohol de alta graduación sin ningún disimulo, a pesar de la ley, cuyo único representante aquí es Byron, que trabaja bajo la autoridad del sueldo que le pagamos y de una especie de sheriff de distrito. Él detesta ese sitio, pero ve el lado práctico: si los hombres no pudieran relajarse bebiendo ahí, se acabarían yendo a Tiger Island, de donde es evidente que cada semana habría varios que no volverían. Así pues, ese tugurio es un modo un tanto heterodoxo de mantener nuestro nivel de producción, aunque a Byron le causa muchos problemas.

Son las ocho de la tarde del tercer día que llevo aquí. Está lloviendo con tanta fuerza que la pequeña elevación del terreno en la que se encuentran la serrería y las viviendas está completamente inundada, y ahora entiendo por qué todos los edificios se construyen aquí sobre tocones o pilotes y por qué todos los retretes están amarrados a árboles. Voy a dejar de escribir ya para preparar las ofertas de venta de mañana, las cuales tendré que transmitir desde la ventilada oficina de Poachum, donde está el teléfono que atiende ese agente que parece un niño.

Por favor, pásale esta carta a Lillian y dile que la quiero. No le he pedido a Byron que escriba y él tampoco ha manifestado ninguna intención de hacerlo, aunque sí manda recuerdos. Ya sé que quieres saber más sobre él, pero de momento es poco lo que he averiguado y no quiero atosigarlo a preguntas y que se acabe cerrando en banda. A Lillian ya la he escrito y quiero que le pases la parte de mi sueldo que necesite. Por lo que a mí respecta, aquí me arreglaré con un poco de calderilla. Si quisiera gastar dinero, tendría que contratar a alguien para que me explicara cómo hacerlo.

*Tu hijo,
Randolph*

Después de acabar la carta, el silbato de las nueve soltó un pitido corto y la planta eléctrica del aserradero paró su actividad. La bombilla de la lámpara de mesa de Randolph se fue apagando a medida que la dinamo dejaba de girar. La criada, May, apareció con una lámpara de queroseno, la puso sobre la mesa, junto al codo de Randolph, ajustó la intensidad de la llama y volvió a la cocina. Randolph había pensado contarle a su padre lo de la mujer de Byron, pero su hermano le había dicho que no lo hiciera, si no quería que se fuera. De momento, Randolph decidió ponerse de parte de su hermano, por un motivo muy simple: Byron necesitaba su ayuda más que ninguna otra cosa.

Durante la primera semana, procuró hacerse a los ritmos del aserradero. Estudió cada detalle, desde el gigantesco motor de vapor que daba vida a todo hasta el último asiento del libro de contabilidad del almacén. Empezó a memorizar las caras y nombres de aserradores, mecánicos y capataces. El caballo conocía el asentamiento mejor que él y parecía que su paso se había acelerado ahora que lo sacaban más tiempo de su oscuro establo.

Un día, al llegar al borde de una explanada de secado de madera, el caballo se negó a avanzar entre las altas pilas de tablones que estaban secando allí. Randolph le dio un leve toque con la espuela, pero el caballo desvió la cabeza a un lado e hizo caso omiso. Finalmente, un apilador cubierto de polvo salió de entre el laberinto de tablones y se quedó mirando al caballo y al jinete, allí plantados como si fueran una estatua ecuestre.

—Jefe —dijo el apilador—, ese viejo caballo no va a pasar nunca junto a una pila de tablones.

Randolph sentía el sol en los hombros como hierro incandescente.

—¿Y por qué demonios no?

—Las pilas están encima de una base de tablas cruzadas debajo del barro. Si el caballo pisa una, se le puede caer a usted encima toda la pila de tablones. —El hombre llevaba un guante de trabajo colgado del pulgar y señaló con él al animal mientras seguía andando—. Él sí lo sabe.

Los trabajadores habían ido a Nimbus porque les pagaban dos dólares y veinticinco centavos al día, un cuarto de dólar más que en otros aserraderos. Aunque no le gustaba, Randolph tenía que pagar esos salarios si quería mantener en la ciénaga el número de trabajadores necesario. El gobierno estatal le permitía pagar con fichas de latón que se podían canjear por productos en el almacén y, por supuesto, en el *saloon*. El día anterior, mientras revisaba las cuentas, el contable le había recordado que los precios inflados del almacén compensaban el cuarto de dólar de más

de los salarios. Nadie podía ahorrar ni un centavo, pero lo cierto es que el gerente jamás había conocido a un trabajador de aquel nivel que tuviera una cuenta en el banco.

Cuando el silbato que indicaba el fin de la jornada rugió en el tejado de la nave de la serrería, miró por la ventana de su despacho y vio a su hermano subir las escaleras del porche del almacén con el pequeño sombrero de *cowboy* manchado de sudor que conservaba de sus días en el oeste de Kansas. Nadie lo saludó, pero el gerente se dio cuenta de que todos sabían que estaba allí. Había trabajadores blancos sentados en sillas o en el borde del porche, mientras que, a un lado del almacén, en una zona cubierta de gravilla de conchas, se veían las espaldas encorvadas de varios negros sentados sobre bloques de madera. La atención de Randolph se desvió hacia el lugar donde el volumen teñido de verde del *saloon* esperaba la puesta de sol. Tenía ventanas de guillotina, abiertas mediante trozos de listón que sujetaban la hoja, y en el porche inclinado, un hombre se levantó de una silla y entró rascándose la espalda en el olor intenso de la oscuridad del local.

Randolph salió de su despacho, anduvo hasta allí y se plantó delante del *saloon*, en el que distinguí dos puertas, una junto a la otra, una para cada una de las razas. Se asomó y vio que un tabique dividía la estancia en dos amplias salas con sendas barras y un buen número de mesas en las dos. En el centro del tabique había una estrecha abertura, cubierta con una cortina, para que los camareros entraran y salieran de ambos mundos.

Su hermano se acercó por detrás.

—¿Qué te parece?

No se volvió.

—Un desperdicio de madera barata. —Fijó entonces la vista en un trapo salpicado de sangre que estaba colgado en el respaldo de una de las sillas del porche—. ¿Cuándo empieza la función ahí dentro?

—Hoy son solo los ensayos. El espectáculo principal lo tienes el sábado por la noche. —Le dio una palmada a Randolph en el cuello, tan fuerte que casi le tira el sombrero.

—¿A qué ha venido eso?

Byron abrió la mano y le mostró un tábano de una pulgada de largo.

—Te parecerá mentira, pero el domingo por la noche es lo peor. No hay tanta gente, pero es cuando vuelven los imbéciles que no han aprendido la lección la noche anterior. —Dejó caer el tábano e hizo girar su bota sobre él—. Los domingos son las noches de los tiros y los navajazos.

Su hermano desvió la vista del *saloon* para observar en la distancia el equipamiento ferroviario.

—Los capataces, los maquinistas y todos esos, ¿van también ahí los domingos?

Byron escupió.

—El teutón de la sala de calderas sí está a veces. Yo pensaba que alguien que ha sobrevivido al servicio en las filas del ejército alemán se cuidaría un poco más.

—Necesitamos a ese maquinista vivito y coleando. ¿Puedes prohibirle la entrada? —Fijó la vista en su hermano—. El italiano que lleva el negocio, ¿cómo se llama?

—Galleri. No-sé-qué Galleri. Puede que sea el dueño del local y él es el que lo gestiona, pero el que controla todo es un tipo que se llama Buzetti. Galleri es buen tipo. No es como Buzetti y sus sicilianos.

Byron meneó la cabeza. Desde el interior del *saloon* llegó una tos ronca y a continuación la

risa *in crescendo* de una prostituta.

—Yo quiero cerrarlo los domingos. El anterior director gerente no me dejó. Ni siquiera Galleri quiere que esté abierto los domingos.

Randolph se acercó a la puerta y miró hacia la penumbra interior, que ahora despedía un olor a cerveza derramada, orinada o vomitada.

—Entonces, ¿por qué coño lo hace?

Su hermano lo miró y se rio.

—Hermanito, ya estás empezando a hablar como la gente de la zona.

—No siempre hablo como si estuviera con invitados.

—Ya veremos lo malo que te acabas volviendo... —Byron tiró hacia arriba de su cartuchera—. Por lo que respecta a Galleri, esos tipos tan simpáticos que traen el *whisky* lo obligan a tenerlo abierto. Si no lo hiciera, vendrían en su barco de motor por el canal para hacerle una *visita*, como dicen los muy cabrones.

Randolph miró a su hermano y frunció el ceño.

—Nosotros hacemos negocios con sicilianos en Pittsburgh, los Grizzaffi. Son gente estupenda.

Byron se encogió de hombros.

—La mayoría lo son. Pero «estupendo» no es una palabra que yo utilizaría para describir a Buzetti.

Randolph bajó la vista hacia lo que parecía una pequeña langosta que salía hacia atrás de un charco turbio, como si el reflejo del *saloon* fuera suficiente para emponzoñar el agua.

—No me gusta que los hombres se emborrachen los domingos por la noche. Se levantan con el silbato del lunes y entonces tenemos accidentes. ¿Te acuerdas del aserrador que se desmayó en el aserradero de Brinson?

Byron soltó una carcajada.

—Se cayó en el carro que estaba avanzando hacia la sierra y se quedó hecho un tablón de seis por seis.

Randolph dirigió una fría mirada a su hermano y se separó un paso de él.

—Aquel accidente nos tuvo parados casi un día. Dile al Galleri ese que cierre los domingos. Si se niega, daremos aviso a los hombres para que se mantengan alejados. —Miró el terreno vacío que había a continuación de la puerta izquierda—. ¿Cómo consiguió Buzetti una parcela en medio del asentamiento?

—Se la dieron los anteriores dueños. —Byron echó la cabeza hacia atrás y observó un halcón que planeaba sobre el aserradero—. Lo hicieron bajo algún tipo de amenaza.

—¿Cuántos enfrentamientos has tenido con esa gente?

—Por lo que ellos dicen, demasiados. —Clavó los ojos en el barracón, del que salía un hombre para arrojar los contenidos de un orinal entre los árboles.

—Quizás cerrar los domingos les haga entender de una vez quién manda aquí.

Byron volvió a seguir al halcón con la vista.

—Y eso podría mejorar la producción. —Se rio y mantuvo la cara hacia el cielo—. ¿Te has dado cuenta de que, al final, ha dejado de llover? —Se quitó el sombrero con un aspaviento—. ¡¿Qué vamos a hacer sin lluvia?! —gritó.

Randolph cogió a su hermano por el brazo e ignoró las miradas de dos tronzadores que

pasaban a su lado, con sierras que se balanceaban sobre sus hombros al ritmo de sus pasos.

—Venga, By, vamos a ponernos a la sombra.

Cenó lo que le había preparado la criada: un delicioso estofado de conejo, servido sobre una cama de arroz. Cuando la mujer acabó de limpiar la cocina y se fue, él se dedicó a curiosear por la casa y encontró un armario en el que su antecesor había dejado un par de botas de pescar rajadas, una caña, media caja de cartuchos y un acordeón Hohner de noventa y seis botones de ébano en la parte izquierda. Lo colocó sobre la cama, donde las incrustaciones de nácar y la mala imitación de marfil de las teclas despedían un resplandor absurdo en el entorno de aquella habitación de madera desnuda. El gerente —que tocaba mal varios instrumentos— se quedó mirando el acordeón un minuto, antes de asomarse a la puerta de atrás de la casa para asegurarse de que la criada había apagado su lámpara. Volvió a la habitación, metió los brazos por las correas y deslizó la mano izquierda por los botones, hasta que sintió en el dedo el hueco que distinguía el botón de do. Soltó las correas que mantenían el fuelle cerrado, lo abrió e hizo sonar un acorde dulce, armónico como un canto de pájaros. Empezó a marcar el ritmo con el pie y a tocar «Little Brown Jug» con notas simples como gorjeos, a las que añadió quintas y terceras, hasta que se hizo con el teclado. Cambió entonces a «Sobre las olas». Notó la vibración de las lengüetas de los bajos en el pecho y empezó a moverse por la habitación bailando el vals, arrancando a las teclas notas de adorno y arpeggios e intentando no cantar. Cerró los ojos y comenzó a bailar con su mujer.

Muy entrada la noche, la criada entró en su habitación con un gorro de dormir de gasa en la cabeza.

—Señor Aldridge —dijo ella, tocándolo con una mano en el hombro.

Él siempre había sido lento para despertarse y tardó en reaccionar al calor de la mano de ella. Cuando abrió los ojos, lo deslumbró el farol esférico que colgaba de sus dedos como una soga petrificada. Randolph miró su bata de tela fina y lo sorprendió lo delgada que era.

—¿Qué? —dijo él con voz ronca.

—Tiene que ir al *saloon*.

Se incorporó apoyándose en el codo, mientras el sueño saltaba como chispas de sus ojos.

—Yo no... ¿Por qué?

—El señor Byron está allí y se oyen muchos gritos.

Se levantó, se vistió y salió de la casa apresuradamente. Dio un traspié junto a un enorme charco que se extendía por el suelo como un espejo sucio, con la luna incrustada en él como la piedra que ha lanzado un gamberro.

El *saloon* era casi invisible: oscuridad sobre oscuridad, la madera verde no reflejaba luz alguna y la débil luz interior de queroseno apenas iluminaba las ventanas. Gritos cada vez más intensos salían de la parte de los negros, mezclados con el ruido de cuerpos que se golpeaban contra el suelo. La entrada estaba bloqueada por trabajadores blancos que se apiñaban asomados a la puerta. Randolph se abrió paso a codazos entre el olor corporal de aquella masa hasta llegar al calor y el humo del interior. La luz del farol hacía que destellearan las navajas. Había cuatro hombres muy corpulentos en disposición de pelea, cubiertos de sudor, sangrando y aturridos por el alcohol: los ojos revelaban que no los gobernaba su mente, sino otra cosa. El gerente miró a su

alrededor y tuvo miedo. Todos los negros allí presentes —y había, por lo menos, cincuenta— agitaban los brazos, gritaban, se movían de puntillas de un lado a otro y chillaban por la borrachera y el deseo de sangre, la de quien fuera.

Vio cómo Byron, apoyado en una pared lateral, contemplaba la escena sin inmutarse.

—Diles algo —le gritó el gerente.

Su hermano señaló con la mano el centro de la sala, donde habían formado un círculo los cuatro de la pelea, que esperaban a que esta volviera a estallar y parpadeaban ostensiblemente para quitarse el sudor de los ojos.

—Ese es el resultado de mis discursos —le contestó.

Los cuatro combatientes estaban cubiertos de hinchazones y magulladuras, como si llevaran pegándose toda la noche.

Byron sacó la pistola, disparó un tiro al suelo y les gritó que parasen. Después de que la sorpresa produjera un rumor de maldiciones que recorrió la sala, uno de los cuatro del centro blandió su navaja en dirección al hombre que tenía enfrente. La sacudida de un segundo disparo hizo agacharse a todos los que estaban en el *saloon*, y el trabajador cayó muerto con un agujero en el pañuelo de colores que llevaba anudado alrededor de la frente. Byron enfundó su Colt automática, se acercó al lugar donde el cadáver yacía sobre el serrín, lo agarró por la camisa de triple costura y lo arrastró a la puerta como si fuera una maleta muy pesada. Volvió la vista hacia un hombre que estaba cerrando su navaja y le dijo:

—Si no fuera por mí, ahora te estarías sujetando la tráquea con las manos. —El silencio invadió la estancia. Ni siquiera los blancos dijeron una palabra cuando arrastró el cadáver afuera y lo dejó sobre las tablas astilladas del porche—. ¿Quién lo conoce? —gritó.

Nadie decía nada. Los hombres parecían concentrados en las suelas de las botas del muerto. Entonces, un afilador de sierras, aquel a quien iba dirigida la navaja del difunto, se asomó tambaleándose por la puerta:

—Se llama Griggs. Su madre trabaja para los Palmer, en Shirmer.

—Me debes una —dijo Byron, alargando la mano con la palma hacia arriba—. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Pink. —Le entregó una navaja de mango de marfil.

Byron bajó la vista hacia el cuerpo y a continuación dirigió una mirada a su hermano, que permanecía en el porche sin decir una palabra.

—Si queda por ahí algún carpintero sobrio, decidle que le haga una caja —dijo, y se alejó del porche camino de su casa, atravesando un enorme charco de agua de lluvia que se extendía como una niebla negra junto al almacén.

El gerente se volvió hacia Anthony Galleri, un hombre bajo, moreno, de bigote negro y espeso como el alquitrán.

—Por el amor de Dios, cúbralo.

—Lo único que tengo son manteles —dijo Galleri, bajando la mirada hacia el cuerpo.

—Eso valdrá. Por favor.

—De acuerdo —dijo Galleri, encogiéndose de hombros—. Pero ya lo han visto todos.

Randolph volvió a su casa y se sentó en los peldaños del porche, mientras se peleaba en su interior con las imágenes de la muerte que acababa de presenciar. Tardó cinco minutos en

percibir un delicado movimiento de tela detrás de él y, al volverse, vio el contorno de la criada, sentada con la espalda apoyada en la pared, al fondo del porche. El pensamiento de que hacía demasiado calor para que la mujer pudiera dormir le vino a la mente un momento y se desvaneció.

—Señor Aldridge, ¿ha sido muy grave?

—El alguacil ha tenido que matar a un hombre. —Decirlo hacía que fuera real, y cerró los ojos.

—¿Quién era? —preguntó ella inmediatamente.

—Un tal Griggs, un muchacho de Shirmer.

—No lo conozco. —Él oyó que ella se levantaba—. Pero el señor Byron no necesitaba eso.

Él pensó qué quería decir y, cuando se volvió, ella había desaparecido, como un humo de agradable olor.

Empezó a preguntarse si su hermano no podría haber acabado con aquella pelea de otro modo. Y por qué, después de la muerte, había permanecido tan sereno. Se acordó de su abuelo, que había ayudado a Sherman a matar muchos confederados. Era un viejo cascarrabias y fanfarrón que lloraba cada vez que leía en el periódico que mandaban a alguien a la cárcel. Quizás había transmitido algún tipo de alteración a su descendencia Aldridge: la capacidad de matar a un hombre como quien mata a una mosca que se le ha posado en la oreja. Entre el oscuro cobertizo de la locomotora y la nave dormida de la serrería, vio la luz de queroseno que salía de las ventanas de su hermano, y se preguntó si Byron podría dormir después de lo que había hecho. Como respuesta, le llegó desde allí el ligero y áspero vibrato de un violín que suplicaba al bosque inexorable y una voz nasal y empalagosa que hablaba de un cartero que llegaba silbando:

*Poco sabía él del dolor que me traía
Al entregarme una carta con el borde negro.*

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Randolph caminó hacia la nave de la serrería, decidido a ver solo el suelo que pisaba, y no el porche del *saloon*, donde yacía un cuerpo cubierto con un mantel de cuadros rojos, del que sobresalían unas recias botas a las que daba la luz del sol. En su despacho, giró la manivela del teléfono para comunicarse con el agente.

—Ferrocarriles Southern Pacific al habla.

Miró al suelo.

—Aquí el señor Aldridge. Quiero que llames a Mildred Griggs, de la casa de los Palmer, en Shirmer, y que le digas que su hijo que trabaja en Nimbus ha fallecido. ¿Puedes hacerlo?

Hubo un prolongado silencio en la línea.

—Estoy tomando nota de todo eso —dijo el agente.

—¿Puedes cargar un ataúd en el tren de la una?

Otro silencio.

—¿Va a pagar usted los portes?

—Sí, por supuesto.

—Supongo que mandará el cajón con el tren de la madera.

—No, pensaba enviarlo en un aeroplano, ceporro.

Colgó de un golpe y, aunque el sol no calentaba demasiado todavía, se acercó a su mesa para beber un brandi. La puerta del despacho se abrió y apareció su hermano, sin afeitarse y con el sombrero en la mano.

—Rando, ¿ya has llamado? —La voz era jovial, pero el semblante no.

—Acabo de hacerlo. Siéntate —dijo, señalando una silla junto a su mesa.

—Le salvé la vida al otro. El que se llama a sí mismo Pink.

El gerente escogió las palabras con sumo cuidado.

—Sentí que no pudieras haberlo parado antes.

Byron meneó la cabeza y miró su sombrero.

—Cuando están tan borrachos, casi nada puede pararlos.

Randolph intentó ver qué había tras sus ojos.

—¿No podías haber hecho otra cosa?

—El crupier dijo en voz alta que Griggs estaba haciendo trampas.

—¿Qué crupier?

—El hombre de Buzetti. Creo que el que estaba haciendo trampas era *él* y le echó la culpa a

Griggs. Se largó antes de que aparecieras tú. —Byron daba vueltas al sombrero en sus manos—. No me preocupa el haberle disparado. Tuve que hacerlo. —Levantó la vista—. ¿Y si se hubieran vuelto todos contra nosotros...?

Randolph recordó la marabunta y el olor a hombre borracho y fuera de sí.

—Dios mío.

—No sentí nada después de hacerlo, si es eso lo que te estás preguntando. Yo ya estoy listo para seguir con el baile. —Forzó una sonrisa siniestra en la que mostró todos los dientes.

Su hermano no sabía qué decir. Si había fallos en el conteo de la madera o si un motor de vapor se averiaba, sabía decirle a alguien lo que tenía que hacer; pero la avería personal de Byron le resultaba incomprensible. Y sin embargo, sabía que no podía dejar de buscar un modo de llegar a él. Entonces, dirigió la vista a la escupidera de su ayudante y le espetó:

—By, háblame de Francia.

Su hermano se caló el sombrero y lo ladeó.

—¿No lo has leído en los periódicos?

Debajo de ellos, en la serrería, la sierra grande empezó a cortar el primer tronco del día, la nave retembló y los cristales de las ventanas zumbaron en sus marcos.

El tiempo se volvió más caluroso y el bosque empezó a tener el calor inmóvil de los hornos, por lo que hubo que contratar a muchachos para que llevaran agua a las cuadrillas. La zona estaba plagada de serpientes mocasín de agua, por lo que tuvieron que proveer a los capataces de bosque de una caja de pistolas baratas.

Randolph —que se estaba recuperando de una inesperada diarrea— decidió alejarse un par de kilómetros del aserradero en la pequeña locomotora de vapor de vía estrecha, para ver trabajar a unos leñadores que estaban talando árboles cerca del canal. Al final de la vía, vio a dos negros con la camisa empapada que, después de embadurnar con queroseno su fina sierra, empezaron a moverla de un lado a otro, en la muesca que habían hecho en el tronco de un ciprés con una base de metro y medio de diámetro. Al poco, la sierra se quedó atascada como si estuviera soldada, y entonces encajaron cuñas en la hendidura con la parte roma de sus hachas, hasta que consiguieron liberar la sierra. Un muchacho les dio varios cazos de agua mientras serraban. Cuando acabaron, fijaron los ojos en el tronco y afinaron el oído para escuchar el primer crujido. Se apartaron del árbol cuando la madera empezó a crujir y observaron cómo se desplomaba aquella masa y golpeaba la ciénaga produciendo un sonido como el de un remolcador que hubiera caído del cielo.

Parecía que los habían empapado con una manga de bomberos y el gerente vio cómo los mosquitos se posaban sobre el sudor. Uno de los hombres sacó una piedra de sal del bolsillo y se la puso bajo la lengua como si fuera una pastilla para la tos. Dos hombres más bajos, que se acercaron al árbol con una sierra ancha, lustrosa como el cañón de un rifle y terminada en unos dientes plateados, tronzaron el árbol después de desmocharlo. Cada vez que cortaban un trozo, paraban para respirar y beber, con los sombreros de fieltro calados hasta los ojos. Randolph vio a un afilador acercarse al tocón, con el agua por las pantorrillas, y sentarse en él para afilar la sierra de los leñadores. Afilaba cada diente con una pequeña lima y los triscaba con un martillo. La intensidad con la que se aplicaba a su trabajo decía por sí misma que, a no ser que los dientes fueran como cuchillas y arrancaran del tronco lazos de madera en vez de serrín, los leñadores se acabarían muriendo al cabo de pocos árboles.

Randolph se sentía febril y se apoyó en el tronco de un árbol mientras su imaginación se disparaba. Le vino el pensamiento de que había sido buena cosa que su hermano no hubiera matado un afilador. Inmediatamente se ruborizó al darse cuenta de lo perverso de la ocurrencia, se dirigió chapoteando por el agua al lugar donde resoplaba la locomotora y le dijo al maquinista que lo llevara de vuelta al aserradero.

—Necesito beber agua fría —le explicó al subirse a la cabina.

—Asegúrese de que no tiene bichos —dijo el hombre, tirando de la barra Johnson hacia el muslo y abriendo el regulador. Los cuatro vagones se acercaron cuando el tren dio una sacudida y empezó a avanzar marcha atrás. El maquinista dejó el regulador y se agachó para echar varios troncos al hogar.

—¿Cuándo me va a poner un fogonero?

Randolph sacó un pañuelo amarillento y se secó el sudor de la cara.

—¿Qué pasó con el que tenías?

El maquinista no se volvió para contestarle.

—Lo mató su hermano.

Durante los días que siguieron a la muerte del trabajador, el gerente pasó bastante tiempo contemplando los árboles desde la ventana de su despacho. Al difunto lo habían transportado como a una máquina defectuosa que se devuelve al fabricante, y nadie parecía cuestionar lo sucedido. Esperaba que en algún momento apareciera alguien para interrogarle —no podía haber ningún trabajador tan ignorado, tan poco querido—, así que no se sorprendió mucho cuando un día, después de oír al tren maderero anunciar con un pitido su vuelta de Poachum, vio a un hombre bajo de pelo blanco alborotado que se dirigía con paso cansino a los barracones de los negros. Cuando el silbato del mediodía hizo vibrar las ventanas, escuchó que picaban en su puerta y vio entrar a Merville, el *sheriff* de Tiger Island, con los codos un poco separados de los costados y haciendo oscilar sus brazos entumecidos con un movimiento que recordaba al de una locomotora. No llevaba sombrero, a pesar de que hacía un sol abrasador.

—Aldridge, ¿no?

El gerente asintió con la cabeza.

—Y usted es la ley en Tiger Island...

—Hoy, *oui et non*. El *sheriff* del condado me ha llamado por teléfono para que actúe en su nombre. —Se metió las manos en los bolsillos de sus amplios pantalones grises—. Me pidió que viniera a enterarme de qué pasó con el muchacho de color que murió de un disparo. Ya he estado en los barracones hablando con algunos de sus hombres.

Randolph le indicó con la mano que se sentara en la silla que había al otro lado de su mesa.

—¿Por qué no ha hablado primero con los trabajadores blancos?

Los ojos del anciano eran pequeñas bolas grises en las que destelleaba el sentido común.

—El muerto no era blanco.

—¿Qué dicen?

—Dicen que se lo ganó a pulso. Y si *allí* —dijo señalando a la zona de los negros— dicen eso, yo ya no necesito preguntarle a nadie más.

El gerente abrió un cajón de su mesa y sacó dos vasos y una botella de brandi. Quería que su mente soltara amarras.

—Aquí tiene un trago, si lo desea.

El *sheriff* vio el vaso y acercó la silla.

—El coronel Palmer llamó a la gente del condado desde Shirmer. La madre quería saber lo que había pasado exactamente. Le contaré lo que esos me dijeron sobre el maldito crupier italiano, y tendrá que vivir con eso. —Dio un trago del brandi y meneó la cabeza—. *Mais*, usted tendrá que decirle a su hermano que se calme. Hace diez años, podía haberse cargado a todo el mundo en este sitio y las noticias de lo sucedido no hubieran llegado muy lejos. —Hizo un gesto con el vaso en dirección al teléfono—. Ahora, alguno podría llamar a un periódico... Cada vez es más difícil que esas pequeñas cosas pasen desapercibidas.

Randolph volvió a echar brandi en el vaso de Merville.

—Lleva aquí ocho meses. ¿Qué sabe de él?

El *sheriff*ladeó la cabeza.

—Hemos tenido nuestras conversaciones. Pero no me gusta hablar de la gente a sus espaldas.

—Ni a usted ni a nadie en el aserradero.

—¿Qué le ha contado *él*?

—Nada.

El hombre inspiró ruidosamente.

—No me sorprende, no. Acabo de hablar con él y me ha dicho que no recuerda haber matado a nadie. No llevábamos ni cinco minutos hablando, cuando se levantó y se marchó cantando una canción, como si estuviera *très fou*, la verdad.

El gerente resopló.

—No hablo francés.

—Muy loco. Sin ánimo de ofender.

—No consigo saber lo que ha estado haciendo.

El *sheriff* miró a su alrededor, observó las mesas cubiertas de facturas y la negra máquina de escribir y volvió a mirar al gerente con un gesto que mostraba que sentía pena por él.

—En Tiger Island tenemos un pequeño hospital de dos habitaciones. Una noche, uno de los blancos que manejan los cabrestantes llegó allí con una bala en la pierna y el fémur roto. Había estado atizando a su mujer, cuando el señor Byron le hizo una visita. Y en la temporada de frío, mandaron a dos pobres diablos que trabajan para Buzetti en el vagón de equipajes, uno con la mandíbula rota y otro con una bala en la tripa. Antes de esos, fue el crupier de Buzetti, con el pie medio reventado de un tiro. Tenemos más *envíos* como esos de su hermano, pero de los que mandan en tren en otras direcciones o de los que se recuperan aquí escondidos yo no tengo ni idea. —Clavó los ojos en su vaso vacío y el gerente le volvió a servir—. Cuando su hermano tenga la cabeza un poco más clara, dígame que le puede reventar el culo a cualquiera que lo necesite. Es un buen tipo. —Echó un trago a su brandi—. Pero que quien pruebe el extremo humeante de su 45 lo pruebe porque se lo merece. Y mejor que no tengan que sacar de aquí a nadie en una caja. El *sheriff* del condado, en Franklin, se está empezando a fijar en este sitio.

—¿Y en usted no se están fijando?

Chupó el brandi que se le había quedado en la parte de abajo de su bigote blanco y se rio.

—Minos me dijo que vio usted todo aquello desde el barco. Yo y los malditos estibadores... Una vez dejé que una de esas peleas sacara lo mejor de mí. Me acerqué en la oscuridad e intenté hablarles a aquellos locos *fiils de putains* y le pegué a uno un tiro en la pierna con una pequeña

Smith & Wesson que solía llevar conmigo, porque sabía que no le iba a hacer mucho daño. —Merville inspiró y meneó la cabeza—. Los muy cabrones me tiraron al río y los dos bandos empezaron a darse de cuchilladas. Para cuando conseguí nadar hasta una rampa y subir a la orilla, el vapor Malcolm Brown estaba ardiendo, había tres hombres con amputaciones y la vida arruinada y otros dos se estaban muriendo y llamando a gritos a sus mamás. —Sus ojos grises se volvían pequeños y brillantes con el relato—. Tengo un amigo cura que dice que es pecado matar. Estoy de acuerdo, pero ¿qué pasa si no mato a uno y ese uno mata a dos o tres? ¿He matado yo a esos dos o tres? La verdad es que no lo sé. —Se levantó y dejó una mano apoyada en la mesa, como si el brandi le hubiera afectado—. Aprendí pronto lo que tienen que hacer los hombres. Yo no quería aprender eso, pero lo aprendí.

El gerente levantó las palmas de las manos.

—Usted conoce su oficio —dijo—. Yo no soy de aquí y no estoy acostumbrado a las cosas que la gente como usted tiene que hacer.

Merville pareció pensar un momento en lo que acababa de escuchar y se tambaleó ligeramente, como si se acabara de subir a un bote.

—Usted y yo no somos distintos. Pero sí, esto es distinto de donde viene usted.

Se abrió la puerta y entró la criada con la bandeja de la comida. Randolph miró al anciano.

—¿Hemos acabado?

El *sheriff* se acarició la barbilla.

—No. Joe Buzetti me paró cuando estaba subiéndome al tren. Me dijo que había oído que su hermano le había dicho a Galleri que no puede vender alcohol los domingos.

—Así es.

Merville meneó la cabeza.

—Eso no le gusta.

—Me da igual lo que le guste o deje de gustar.

—El *saloon* es su territorio. Galleri lo regenta, pero los dueños son ellos. Lo controlan desde el pequeño burdel que tienen junto al río en Tiger Island. —Señaló la explanada del aserradero por la ventana—. Este es el territorio de usted, y usted no quiere que ellos se acerquen por aquí. Lo mismo les pasa a ellos con el *saloon*. Su hermano ya ha traspasado esa línea y a ellos no les gusta eso.

El gerente se rio.

—¿De verdad piensa que aquí en Nimbus tenemos que andar preocupándonos por los *gangsters* de Chicago?

El *sheriff* se fijó en la criada, que abandonaba el despacho.

—Están todos conectados, esos sicilianos, y si usted le da problemas a uno de Tiger Island, su primo de Nueva York se va a enterar. Quizás no ahora, pero sí más adelante. A su hermano ya se la tienen jurada —dijo, mirando otra vez hacia la puerta—. ¿Se ha buscado una amiguita?

—No, es mi criada. Vive en otra casa, un poco más allá.

El anciano inspiró.

—Le recomiendo que la mantenga dentro de los límites de su valla. A esos animales de ahí fuera seguro que se les pone tiesa solo de ver pasar la sombra de esa mujer.

El *sheriff* salió del despacho y Randolph hizo un gesto de brindar con su vaso de brandi en dirección a la puerta cerrada. Cogió entonces una servilleta almidonada de la bandeja, levantó el

cubreplatos y vio el delicioso guisado de pollo con chalotas cortadas en juliana y un ramito de perejil en un lado, dispuesto como una flor.

CAPÍTULO SEIS

Merville se subió al vagón de personal del tren maderero, un cajón con ventanas pintado del color de la sangre seca. En cuanto el tren se puso en marcha con una sacudida, su vista se desvió hacia un lado, el vagón empezó a girar como un tronco en un remolino y él se dejó caer en un asiento de madera, arrepentido de haber bebido tanto brandi.

—Si va a tener que ser así, lo siento de veras —dijo, mirando al techo.

Cuando el traqueteo del tren salió de entre los árboles y alcanzó la estación de Poachum, el *sheriff* consiguió bajar con dificultad al calor sofocante de la estación, para esperar el tren local que iba hacia el oeste. El revólver le pesaba en la cintura como un yunque, así que deslizó su cartuchera hacia la izquierda para que el arma quedara detrás, donde parecía no notarla. De repente se sintió muy mareado, se tumbó en el banco de listones de la sala de espera y cerró los ojos. El agente le había dirigido una mirada, pero había vuelto al tableteo de su telégrafo, y Merville pensó que, de todas formas, no había mucho que el muchacho pudiera hacer por él; ya llegaría el tren para llevarlo a Tiger Island y al doctor más cercano.

El revólver se le clavaba en la espalda y pensó que no había más ley que la que él imponía con su pistola. Y entonces, en sus ojos cerrados, vio los ojos de Byron Aldridge, vacíos y perdidos. A Merville le habían contado que Aldridge había estado en la Gran Guerra, esa guerra de la que ninguno de los que habían vuelto a Tiger Island quería hablar. Él nunca había estado en el ejército, pero cuando pensaba en ello, lo asaltaba un torbellino de imágenes que lo aturdían y lo asustaban; ¿qué era eso que decía la gente de que, cuando un hombre se está muriendo y su cuerpo se apaga, la mente se acelera y todo vuelve como en un álbum, con las imágenes de aquello de lo que uno se arrepiente? Recordaba haber vivido en una guerra: la de los demonios azules y los demonios de color nogal, que pasaban a caballo atravesando de un lado a otro los campos de caña de azúcar de su padre, en Bayou Lafourche. Cerró los ojos con más fuerza para evitar el vértigo de aquel bullir de imágenes y se vio a sí mismo de niño, pero no consiguió recordar casi nada de aquel bobalicón con la boca abierta y vestido con ropa tejida en casa. Entonces, acudieron los sabores, como fantasmas, a la parte de atrás de su lengua: el cremoso queso que hacía su madre, las enormes salchichas, el lomo de cerdo ahumado..., y algo más..., un sonido: el zumbido de los violines y el baile, los sábados, en el jardín, cuando estaba seco y llegaban todos los vecinos para el *bal de maison*.

Una ventana se abrió de par en par en su memoria y Merville temió estar asomándose por ella a la muerte, pero no abrió los ojos. Esperó a que volvieran a él las cosas malas, pero sintió la punzada de darse cuenta de que, hasta los diez años —la edad a la que lo consideraron lo suficientemente mayor como para plantar semillas de caña—, no hubo cosas malas, y no

recordaba ningún filo usado contra nada que no fuera una planta o un cerdo, ningún tiro, excepto el que traía un conejo para una *sauce piquante*. Sintió una palpitación de su corazón, otra, y se formó la visión de una cara enjuta tras una pipa, su abuelo Nercisse, quien una noche junto al fuego —el viento del norte se apoyaba en la casa de barro y musgo como si fuera el mismo pie de Dios— les contó que recordaba los años mil setecientos y pico, cuando todavía vivían indios allí, y cómo estos no entendían los jardines de los acadianos, que no debían entrar en los jardines, ni coger una cosa y dejar otra en su lugar sin preguntar. Les contó en su francés susurrante que los pieles rojas pensaban que los acadianos también debían ser indios y que no debían talar árboles para construir rectángulos y decir: «Lo que queda dentro no es tuyo. Tienes que rodearlo». El abuelo les contó que una noche se preparó una emboscada y un grupo de acadianos hirió de un tiro a uno de los pieles rojas, que después murió. Los indios de aquella parte alta del *bayou* se contaron unos a otros lo de aquella muerte; unos se golpeaban la cabeza y algunos de los más valientes lloraban como niños a los que acaban de dar una azotaina. En un mes, *todos* se habían ido de aquella región, *tous ensemble*, y bajaron doscientos kilómetros, a la parte baja del *bayou*, donde no había cercas ni árboles con que construirlas. En aquellos días, en aquel lugar, ese era el valor de una vida.

Una sombra cruzó por encima de los párpados del *sheriff*, como si alguien hubiera pasado andando a su lado en la polvorienta sala de espera, pero no abrió los ojos, porque en su mente había hombres vestidos de sucio paño azul que apestaban más que cualquier indio, que destruían el trabajo de un año para montar un campamento en el que iban a estar tres días, que derribaban las cercas para hacer fuego y ensartaban los cochinillos en sus bayonetas. Él, su madre y sus hermanas se escondían bajo las camas, junto a los orinales, y rezaban en silencio «*Notre Père qui es aux cieux...*», mientras veían las botas embarradas castigar el suelo de ladrillo recién fregado y escuchaban a los soldados maldecir a la familia por tener tan poco. Un cabo cogió el rifle de la casa —nuevo, reluciente— y Merville pudo ver su último destello cuando lo sacaba por la puerta y desaparecía para siempre. Su padre estuvo en el jardín agitando los puños, hasta que lo derribaron de un golpe, lo patearon y lo dejaron sangrando por la boca y con el cuerpo inservible para dos campañas de siembra, por lo menos. Al día siguiente, a mediodía, ciento cincuenta hombres a caballo —algunos con uniformes grises, la mayoría con uniformes caseros de color nogal, todos, armados— llegaron cabalgando despavoridos desde el este y atravesaron los campos de caña, derribando las plantas y haciendo sangrar a los animales con los bocados. Se habían encontrado por accidente con un numeroso contingente de tropas federales en Donaldsonville y pensaban que los estaban persiguiendo, aunque no era así.

Tras la caballería, iban los carromatos de provisiones, los cañones sobre las cureñas de campaña y los soldados de infantería, en cuyos ojos se reflejaba el pánico. En su huida, las tropas confederadas empezaron a atravesar el campo de caña seca de octubre hasta que, a unos trescientos metros de la casa, se toparon con el desprevenido campamento de soldados de uniforme azul. Al ver los caballos sudorosos, los yanquis pensaron que los estaban atacando. Intentaron retroceder, pero se vieron superados por la velocidad que el miedo daba a los rebeldes y tuvieron que abrir fuego a diestro y siniestro. En un momento, se formó una confusa masa de humo y trepidación. Desde la casa, el tiroteo sonaba como un huevo friéndose en la grasa caliente. Merville corrió hacia el ruido y el olor a pólvora, se escondió en la ancha acequia que atravesaba el campo y vio su primera muerte: un tiro en la garganta, las vértebras del cuello saltando por el impacto de la bala y la cabeza cayéndose hacia un lado, como una flor sobre un

tallo roto, antes de que el cuerpo se derrumbara sobre el suelo y aquel hombre con pantalones de cuadros muriera después de patear el polvo un instante. Alguien desenganchó un cañón de su armón e hizo que un rayo refulgiera en el campo de caña: un caballo reventó bajo su jinete y la pierna derecha de este salió despedida por el aire como un hacha azul. Merville ya había visto bastante y empezó a correr por la acequia en dirección al río, lejos del griterío y el tableteo de los rifles. Cuando llegó a la orilla, corrió hacia el norte, de vuelta a su casa, bajo el silbido de las balas que volaban por encima de su cabeza y se estrellaban contra los sauces que crecían al otro lado del río. Sintió el calor de su orina bajar por las piernas cuando pensó en lo que los hombres se estaban haciendo unos a otros en el campo de caña. Debía haber una ley que parara aquello. Recordaba que había pensado eso.

Aquel día, su familia se había despertado en una vida y se había ido a dormir en otra. Durante las semanas que siguieron, soldados de ambos bandos les robaron poco a poco todo lo que tenían; y durante años no hubo ni alguaciles, ni *sheriffs*, ni nadie que velara por el cumplimiento de la ley, solo bandas de ladrones itinerantes, asesinos de negros y forajidos homicidas enloquecidos que hacían todo el mal que podían, porque no había nadie que se lo impidiera. Merville vio cómo la expresión del rostro de su padre cambió para siempre, cuando comprendió que no podía vender su cosecha, porque el ejército azul había reducido la azucarera a gravilla. Veía a su hermano mayor —quien había vuelto de la guerra con dos cicatrices blancas debajo de las costillas y dos huecos en el lugar de los ojos— sentado en el porche, fumando y maldiciendo, con la cabeza orientada hacia el campo, donde las zarzas se elevaban como un humo metálico en el sitio que antes ocupara la caña de azúcar. En tiempos, este hermano había tocado el violín, pero el único sonido que Merville recordaba de él era su voz crispada repitiendo que quería matar a este hijo de puta y quemar vivo al hijo de puta aquel. Fijo de manera indeleble en la memoria de Merville estaba el sol dándole en la espalda, día tras día, durante los ocho años en que se peleó con aquellas tierras muertas como si fueran una mula perezosa. Pero su padre tuvo que acabar pidiendo un préstamo a los hacendados, que se habían convertido en banqueros del mismo modo que los lagartos cambian de color. Los aristócratas habían perdido a sus esclavos y los reemplazaron prestando dinero a crédito con la siguiente cosecha como aval. Como su padre no pudo pagar, se quedaron con sus tierras y le volvieron a prestar dinero con él mismo como aval; pero la siguiente cosecha fue escasa, y la deuda se trasladó al año siguiente, hasta que tanto él como sus hijos se convirtieron en pertenencias de aquellos hacendados, como si fueran ganado. Y su padre entendió que jamás conseguiría devolver un centavo, ni aunque viviera cien años. Antes de la guerra, el hombre había soñado con extensas tierras para sus hijos, pero Merville fue testigo del último día de la pesadilla en que se había convertido aquel sueño, cuando su anciano padre cayó muerto detrás de un arado hipotecado, se quedó enganchado en las manceras y la mula lo arrastró hasta el borde del campo. Incluso muerto, había apurado el surco hasta el final.

Se escuchó el pitido de un tren lejano que venía por el bosque y puso un brazo sobre los ojos. Vio entonces el día de tormenta en que dejó a su hermano refunfuñando en el porche y se llevó a su madre a Tiger Island, donde la vida en un pueblo la apesadumbró tanto que se murió al cabo de un mes. Él empezó a trabajar de alguacil allí en 1895, para encargarse de los despojos de la gran matanza: hombres demacrados que llevaban dentro el veneno de Vicksburg y Port Hudson, de Gaines' Mill y Chancellorsville, lugares donde hasta el aire había gemido como las telas al rasgarse con ecos de armas de fuego y donde miles de hombres habían caído para sumirse en una

muerte rápida o en la mortalidad más lenta de un odio que heredarían sus hijos y sus nietos, como los dientes torcidos y los pies zambos.

Alguien le hablaba detrás de sus párpados y él deseó con todo su corazón no estar vivo; pero la sangre todavía se movía por sus venas como la marea que la luna hace subir y no tuvo más opción que incorporarse y sentarse en el banco. Un muchacho con ojos de bebé lo miraba bajo una visera de agente.

—El tren que va al oeste ha pitado desde el puente —dijo.

—¿*Quoi?* —La tormenta en su cabeza empezaba a remitir, y tocó al muchacho en el hombro.

—El que va al oeste —dijo el chico—. *Ecoutez ça.*

Merville se puso en pie, parpadeó de vuelta a la vida y estiró primero un brazo y después el otro. Seguía todavía en este mundo y dirigió al muchacho una mirada de *sheriff* antes de salir al sol con pasos torpes. Cogió un trozo de madera de ciprés que había en el andén y lo lanzó al otro lado de las vías dentro del vallado que rodeaba una cabaña de trampero. El brazo derecho respondía bien, pero el izquierdo lo tenía dormido. Miró hacia el este para ver el humo de la locomotora, oyó el ronco pitido, atenuado por el bosque milenario, y vio el faro del tren rodear una curva y convertir las vías en flechas de plata que apuntaban hacia sus botas. Con la mano derecha sacó su reloj del bolsillo y, de improviso, entendió cómo Byron Aldridge soportaba abrir los ojos cada mañana a pesar de su pasado. El tiempo lo hacía posible. El tiempo permitía a un hombre convertir su sufrimiento en algo útil. Merville extendió con dificultad la dormida mano izquierda, cogió el reloj y le dio cuerda.

CAPÍTULO SIETE

A Anthony Buzetti le gustaba que su despacho no tuviera ventanas. A su hermano mayor lo habían matado de un tiro a través de una en Chicago y su madre se había tirado por otra cuando le dieron la noticia. Tiró de la cadenilla de su lámpara de mesa y empezó a jugar al solitario con una baraja nueva, mientras esperaba a que llegara Crouch. Las primeras cartas a las que dio la vuelta mostraron tres cincos y dos reinas. Maldijo las cartas, las recogió y volvió a barajar. A los cinco minutos de empezar la siguiente partida se dio cuenta de que no iba a poder completar el solitario, así que rompió un puñado de cartas en dos y las tiró con el resto a una papelería. Para rematar la faena, se inclinó y escupió encima de las cartas, con varios mechones engominados cayéndole sobre la frente.

Llamaron a la puerta y esta se abrió solo lo necesario para que su primo, Crouch, pudiera introducir de lado su alto y espigado cuerpo.

—Eh, Buzetti —dijo, y se quedó parado. El parche que llevaba en el ojo parecía un agujero en su rostro.

—Eh, ¿cómo estás? —Buzetti se levantó, lo abrazó y se separó de él.

—Muy bien, aquí me tienes.

—Me alegro. Quiero que andes por aquí, a sueldo, una temporada. ¿Me explico? —Dio una palmada en el hombro a su primo y se sentó en la mesa—. Me han contado lo tuyo.

—Supongo.

—Mal asunto, ¿no?

—Me cayeron cinco años. —El hombre se dejó caer en una butaca.

—Crouch, sí... Nunca entendí lo de ese apellido tuyo.

—Es el de la familia de mi padre, de dondequiera que vengan. ¿Qué le voy a hacer? Mi padre es un Crouch.

—Está claro que no es un *paisan*.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Que no soy pura raza? ¿Una especie de perro mestizo? —Crouch tenía un rostro inexpresivo e inalterable—. Por lo visto tú tienes algo de húngaro por el lado de tu madre.

Buzetti sacó un puro del bolsillo de la chaqueta y lo encendió.

—Crouch —dijo enfatizando la palabra— es *agacharse*. Suena a lo que uno hace para cagar. Crouch entrecerró el ojo.

—Es mi apellido.

Buzetti soltó una carcajada con la que salió el humo que tenía en la boca, se levantó, rodeó la

mesa y meneó a su primo agarrándolo por el cuello.

—Que no pasa nada, hombre.

Crouch esperó a que se separara de él y apoyó la pierna en el brazo de la butaca.

—¿Tienes trabajo?

—Yo siempre tengo trabajo. Ahora tengo un problemilla con tres chochitos que trabajan para mí. Me dan la pasta, sí, pero se creen que son de sangre azul. Se creen que pueden cagar ambrosía. Y a veces, se quedan con más de la cuenta. Les dije que a mí me corresponde la mitad. —Buzetti inclinó la cabeza hacia la izquierda—. Pero a mí no me llega la mitad.

—Me ocuparé de ello —dijo Crouch.

—Sin alborotos, ¿vale? No son buenos para el negocio.

Su primo asintió con la cabeza.

—Pero tú no me has traído de Nueva York para meter en vereda a unas zorritas, ¿no?

Buzetti se sentó y se arrellanó en la silla.

—Tengo un negociete estupendo: un *saloon* en el culo del mundo, un aserradero en un lugar llamado Nimbus. No hay competencia y el local es propiedad de un tal Galleri, el típico paleta al que solo le permitimos quedarse el dinero que saca de la cerveza. El sitio está tan perdido en el bosque que para encontrarlo tienes que preguntar a los búhos. Es todo mío.

Crouch se encogió de hombros.

—¿Entonces?

—Entonces podría ir mejor. Mucho mejor. Pero el alguacil que hay allí da palizas a mis crupieres y pone a mis chicas en el tren cuando lo hacen demasiado bien.

El rostro de Crouch no se alteró.

—Un alguacil... ¿Un tipo que cobra sesenta dólares al mes? Mejórale un poco el sueldo.

Buzetti se acarició la nariz.

—No, a este alguacil no. Es listo y está loco.

—Tendré que plancharle el traje con él dentro, ¿no?

—Escúchame. Ese tipo no es para andarse con bromas. Estuvo en el ejército.

Crouch levantó la barbilla.

—Tú estuviste en el ejército. Yo estuve en el ejército. —Se tocó el parche del ojo.

—Matamos a mucha gente. —Buzetti levantó un vaso imaginario e hizo como si brindara.

—*Salut*.

Buzetti frunció el ceño y bajó la vista hacia la mesa.

—Este tipo mató más. El cabrón estuvo más tiempo allí, mucho más, ¿entiendes? Antes de que nosotros fuéramos, varios años antes, él ya estaba allí sentado, viendo cómo los franchutes morían como moscas. Le pagaban para que viera aquello.

Crouch estiró las manos y las juntó por las puntas de los dedos, que se tocaban levemente

—Así que es uno de esos a los que se les ha quedado la cabeza llena de arañas...

—Necesita un trato especial. Para eso te he traído.

—Para que el mensaje llegue a alguien que no escucha.

—Algo así.

El rostro de Crouch se volvió más inescrutable aún, inexpresivo como una sombra. Buzetti se dio una palmada en el pecho, se volvió a levantar y rodeó la mesa caminando hacia atrás.

—Tiene que saber a quién debe escuchar.

—¿Quiénes son los dueños del aserradero? —preguntó Crouch.

—Dinero de Pittsburgh, ¿entiendes? Alta cuna de ciudad industrial.

—Pura raza, ¿no? Nada de mestizajes.

Buzetti apartó la vista.

—¿De verdad le hiciste al banquero ese todo lo que dicen?

—¿Qué? ¿Qué mentiras has oído?

—Lo de la serpiente, pero no me lo creí. Yo soy incapaz de tocar una serpiente.

Crouch bajó la vista y la clavó en sus zapatos.

—Ah, eso.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Buzetti después de un prolongado silencio. Crouch rechazó la invitación con un movimiento del dorso de su mano—. ¿Un puro? —volvió a preguntar nervioso, y añadió—: Ah, claro, eso no, que se te mete el humo en el ojo.

Crouch se levantó y desde su notable altura puso una mano en el hombro de Buzetti.

—Primo —dijo con una voz terrible—, no intentes hacerme reír.

El *saloon* llevaba dos semanas seguidas cerrando el domingo. El lunes siguiente, por la mañana, el gerente ensilló el caballo y se dirigió montado en él hacia su despacho, chapoteando a través de dos palmos de agua color té que la marea y el viento del sur habían llevado desde la ciénaga hasta el asentamiento. El caballo dio un paso dentro de una zanja poco profunda, se paró, orientó las orejas hacia la cepilladora que gañía detrás de las oficinas, comprendió dónde estaba y siguió el rumbo que le marcaba aquel sonido. Randolph manejaba el caballo con facilidad durante el día, cuando toda la maquinaria humeaba y le decía dónde estaban las cosas, pero por la noche al animal lo desconcertaba el silencio. Galleri decía que el caballo estaba ciego porque lo habían envenenado. Un peón al que había despedido el anterior gerente le había dado pienso mezclado con mercurio. A veces, al gerente le daba envidia el caballo, porque nunca se sobresaltaba con movimientos repentinos ni le preocupaban las cosas que ya no podía ver: era una vida simplificada por la tragedia.

Randolph detuvo el caballo junto a la puerta de las oficinas y vio un trozo de papel en la escalera, bajo un ladrillo refractario. La nota, escrita a máquina, decía: «Abre el *saloon*. Si no lo haces, pagas». Del primero que sospechó fue del maquinista jefe, un grotesco alemán, borrachín y coloradote, que llevaba un pequeño sombrero fedora, deambulaba por la nave buscando escapes en las tuberías del vapor y tenía una máquina de escribir en su diminuto despacho. El gerente cogió la nota, hizo una bola con ella y la tiró en una papelera de alambre que había nada más pasar la puerta. El alemán tendría que pensar en otra forma de conseguir su *whisky*.

Una semana después, en su ronda diaria por el aserradero, le daba indicaciones a Jules, que escuchaba y asentía, mientras daba vueltas en la boca a media porción de tabaco. En la sala de calderas, se pararon para observar a los hombres que echaban madera en los hogares y Jules se dirigió al alemán, introduciendo un dedo por debajo de uno de sus tirantes:

—¿Por qué tenéis tan alto el nivel de agua de las calderas?

El maquinista se quitó los guantes de lona.

—*Die Schwartzen* se olvidan a veces de darle a la bomba. ¿Quiere que el nivel del agua esté por debajo de los tubos y se fundan?

Jules volvió a mirar el indicador de nivel, agarró los tirantes del maquinista y lo acercó hacia sí.

—Escúchame, Hans. No necesito que ningún borrachuzo me mienta. Tienes el nivel de agua alto para no tener que vigilarlo y poder escabullirte a echar un trago.

—No hay ningún problema con las calderas —dijo el alemán—. Las vigilo *viel genug*. —Se quitó la mano de Jules de encima y se separó de él—. Y yo no bebo durante el tiempo de trabajo.

—Todo es tiempo de trabajo, Hans. Tú tienes que estar sobrio.

—Yo tengo que estar alegre. Este no es un sitio alegre. Sudo continuamente y tengo la ropa empapada todo el día. El agua de los canales apesta y parece cerveza negra. —Se estiró los tirantes y les dio la espalda.

El gerente y Jules salieron de la sala de calderas y se adentraron en el chirrido de la serrería, donde el ambiente era una neblina de partículas de serrín que flotaban nerviosas en el aire. El carro portatrozas volaba adelante y atrás, llevando los troncos hacia el rayo dentado de una sierra de cinta movida por un motor de vapor Corliss que vibraba bajo el suelo. Sobre sus cabezas, rugían los ejes de transmisión colgados de sus ganchos de hierro forjado, mientras un niño reptaba encima del ruido, sobre una viga desde la que llenaba continuamente los engrasadores y acercaba los dedos a los cojinetes para comprobar si se estaban recalentando en exceso. Este niño había sustituido a otro, de doce años, que había subido entre las poleas con una amplia camisa de triple costura y se había enganchado a una correa de palmo y medio de ancho que lo estampó contra el techo de la nave de la serrería. El gerente no soportaba la vista de aquella especie de círculo recién pintado en las tablas de ciprés que sustentaban el tejado.

Mientras la madera salía de la sierra, los hombres se hablaban haciendo signos con las manos, porque ninguna voz conseguía igualar el estruendo de la nave. Hacían dibujos en el aire y movían exageradamente los labios para transmitir mensajes simples a través de la nevada de serrín. Randolph había oído que, cuando iban a ver el cine mudo en Tiger Island, los aserradores eran capaces de leer los labios de los actores.

El aserrador jefe examinó una factura que debía de ir destinada a algún cliente que había hecho un pedido especial, porque levantó el índice y el meñique, lo que significaba un corte de dos pulgadas y media. El hombre que manejaba el carro ajustó las abrazaderas y empezó a cortar un trozo madera rosada de ciprés de un metro de ancho. El cráneo del gerente vibraba como una campana, y cuando empezaba a subir las escaleras para ir a su despacho, la sierra de cinta estalló de repente lanzando a su alrededor la metralla de sus dientes, que silbaban como guadañas al salir despedidos por la nave. Alguien tiró de un cable para parar el motor principal.

Randolph se volvió hacia Jules, que ya no estaba allí, sino tendido boca abajo en el suelo sobre salpicaduras de sangre. Cuando se arrodilló a su lado y lo puso boca arriba, vio que tenía una mancha roja que se extendía por la camisa.

Jules escupió el tabaco que tenía en la boca y dio un grito ahogado:

—¿Qué...? ¿Qué...?

—Deja que te vea. —El gerente sacudió el serrín que lo cubría y buscó la hemorragia—. Tienes una herida seria y varias más pequeñas. ¿Sientes dolor en la espalda?

—No. Solo el pecho.

Randolph miró a los trabajadores.

—¿Hay algún otro herido?

El carrista, un hombre bajo que llevaba un pañuelo de colores en la cabeza, levantó una mano cubierta de sangre.

—A mí me ha cortado un nudillo. Nada más... No sé cómo no estoy muerto...

Uno que estaba en el otro extremo de la guía del carro portatrozas gritó que uno de los dientes de la sierra le había atravesado la oreja.

—¡¿Qué hago?! —chilló, apretando un pañuelo contra la mejilla.

—¿Y por qué no te pones un pendiente? —le contestó el carrista mientras se sacudía la sangre de los dedos.

Empezaron a verse peones de la serrería que salían gateando de debajo de las pasarelas y el gerente se dio cuenta de que aquello podía haber sido mucho peor. Dos docenas de haces de luz entraban por los puntos donde los trozos de sierra habían perforado el tejado de hojalata. Cuando se agachó y rasgó la parte delantera de la camisa de Jules, vio varios cortes superficiales y, en el centro, un agujero azul de cerca de tres centímetros. Abrió la herida con los dedos y sintió el tacto rugoso de la parte por donde se había roto el diente de sierra.

Entre él y dos canteadores, llevaron a Jules al almacén y lo tendieron en el mostrador, entre la cortadora de queso y el libro de contabilidad. Randolph acabó de abrir la ensangrentada camisa con unas tijeras y echó *whisky* en el agujero.

—¡Hijo de puuuutaaaa! —aulló Jules.

—Chilla todo lo que quieras. —Randolph pidió una luz y el encargado del almacén trajo una lámpara de mesa de cuello de cisne—. Me temo que se ha incrustado bien... Bueno, podemos hacerlo aquí o te podemos mandar a Tiger Island en el primer vagón de equipajes que pase por Poachum.

Jules se cubrió los ojos con un brazo.

—Ay, Señor... —dijo—. Allí siempre van más de los que vuelven. —Dejó caer el brazo y miró al gerente—. A usted le gusta hacer de médico, ¿no?

—Quizás me equivoqué de profesión. —Limpió el pecho de su ayudante con el alcohol sanitario que le había traído el encargado del almacén—. Pero es que mi padre quería un maderero.

—¿Contra qué demonios ha dado la sierra?

—Ya lo veremos. —Randolph se acercó a una vitrina de nogal en la que había una buena colección de lustrosas herramientas y cogió unos alicates de punta.

Jules lo siguió con sus ojos brillantes.

—¿Le puedo insultar?

El gerente abrió y cerró los alicates en el aire y observó el encaje de las puntas.

—Si te alivia...

Los trozos pequeños fueron saliendo mientras Jules se retorció y chillaba debajo del gerente. Un peón se acercó con una segunda lámpara y la sostuvo encima de la herida, mientras el encargado limpiaba con una bayeta la sangre del mostrador para evitar que se metiera debajo del queso. Cuando Randolph consiguió enganchar el trozo grande con los alicates y tiró, Jules empezó a gritar cosas que provocaron la risa desdentada del encargado. Pero la curvatura de aquel diente de sierra Disston impedía que el trozo saliera al tirar, y el ayudante del gerente empezó a jadear, a agitar los brazos y a maldecir. Randolph hizo un gesto a dos afiladores para que se acercaran y le sujetaran los brazos.

—Al final, quizás sí haya que ir a Tiger Island —susurró Jules.

—Bueno, ya estamos metidos en faena y, si tardamos varias horas en que te atienda un médico, es muy posible que cojas una infección. Espera.

El gerente empujó las tenazas gris azulado bien dentro de aquel manantial de sangre, enganchó el fragmento y giró las tenazas como si fueran un sacacorchos para sacar el diente de sierra del músculo en que estaba alojado. Jules torció los ojos, arqueó la espalda sobre el mostrador y soltó un alarido como el de un silbato de aserradero, todo lo cual imprimió a las manos de Randolph el vigor que la urgencia requería. Cuando finalmente consiguió sacar el brillante trozo de sierra de entre el flujo de sangre, dos fogoneros negros que había detrás de él comenzaron a reírse.

—Gírelo sobre el costado y deje que sangre un poco —sugirió el carrista, pellizcándose el destrozado nudillo.

Randolph lo hizo y observó cómo la herida soltaba sangre. El encargado cogió gasa, parches y un pequeño kit de sutura de la guerra, mientras el gerente se lavaba las manos con alcohol.

—El cosido te va a doler un poco —dijo Randolph.

Jules todavía jadeaba.

—¿Cuánto es un poco? —preguntó Jules con voz ronca.

El encargado le acercó la mullida parte de arriba de una bota de mujer y Jules la mordió. Randolph enhebró la aguja con forma de gancho y pensó que siete de aquellos puntos de sutura bastarían para mantener cerrada la herida. Cuando empujó la aguja en la piel para dar el primer punto, solo se oía la irregular respiración de Jules sobre la bota que apretaba entre sus dientes. El gerente se tomó su tiempo, consciente de que, cuanto mejor lo hiciera, antes volvería Jules a su trabajo. Después de poner un vendaje apretado a la herida, le dio a su paciente un buen vaso de soda para que se lo bebiera entero. Media hora después, Jules se había incorporado y el encargado limpiaba con algodón los lados del mostrador.

Randolph se ocupó entonces del hombre herido en la oreja. Introdujo una gasa empapada en alcohol en el agujero y le dijo que volviera a la serrería y ayudara a poner una cinta nueva. Entretanto, la mujer de Jules, que acababa de llegar del pueblo en el tren maderero, llevó a su marido a casa con la ayuda de un afilador. Después de hacer lo que pudo por el nudillo del carrista, Randolph dedicó un buen rato a limpiarse la sangre que se le había quedado debajo de las uñas; de vez en cuando, levantaba la vista para mirar la serrería por la ventana y volvía a fijarla a continuación en sus dedos temblorosos. Cuando acabó, decidió ir a la casa de su hermano.

Ella le dijo a través de la puerta mosquitera que Byron estaba en la serrería, y por el olor, él se dio cuenta de que la mujer había estado bebiendo. Entonces, pegó la cara a la rejilla y le preguntó:

—¿Es duro vivir con él?

Ella miró por encima de él a la serrería.

—¿Has visto alguna vez un precioso tren de pasajeros bajando por una cuesta sin frenos? Sería muy triste, ¿no te parece?

—Lo siento.

Ella observó su chaqueta, que la criada planchaba todos los días después de la cena.

—¿Has venido para ayudarlo?

—Sí.

—Pues más vale que lo hagas, porque yo no puedo hacer nada por él. —Levantó un brazo y empezó a decir algo más, pero desistió.

—Es un hombre bueno —dijo él.

Ella se apartó el pelo rubio rojizo de la frente y lo sujetó con ambas manos sobre los costados de la cabeza.

—Digamos que merece que se haga un esfuerzo por él.

Encontró a Byron subido al carro portatrozas, metiendo una larga palanqueta en un tronco de ciprés, para sacar de la madera una especie de astil metálico. Sacó la barra y dio unos golpes con ella en la palma de su mano izquierda.

—Parece un eje de transmisión de acero templado que han pulido hasta sacarle punta en un extremo. Alguien lo clavó en el tronco y luego lo avellanó para que nadie lo notara.

El gerente recordó la nota bajo el ladrillo y se lo contó.

—Cuando vi el mensaje, pensé que sería del alemán.

—Ahora ya sabes de quién es, ¿no?

Randolph levantó la vista hacia los restos de sierra destrozada. Los mecánicos ya estaban ajustando la nueva cinta.

—¿Por los cien dólares que pueden sacar un domingo?

—Hay gente para la que no es solo cuestión de dinero —dijo su hermano en tono pausado.

—¿Y de qué entonces?

Byron sonrió con una sonrisa muy amplia, que producía más miedo que la sierra reventada.

—Es una de esas pequeñas manías que uno adquiere, o con la que uno nace. No soporta que le digan que no.

—Ya. Pues yo se lo voy a decir. Ese maldito *saloon* va a seguir cerrado.

—¿Y vas a quedarte aquí esperando a que haya otro accidente?

El gerente se miró las uñas, todavía ligeramente perfiladas por restos de sangre seca.

—Puede que tengas razón. A él no podemos hacerle lo que él puede hacernos a nosotros.

Después de escuchar esto, Byron se dirigió a la puerta, se paró bajo la luz que entraba por el hueco, se volvió hacia su hermano y apuntó el eje hacia él.

—¿Quieres que al menos hable con él?

—Creo que es mejor que te quedes aquí, By. Aquí estás seguro.

Byron levantó la vista hacia los agujeros del tejado.

—¿Seguro?

Randolph pensó en los dientes de sierra, las noches en el tumultuoso *saloon*, las rondas nocturnas de su hermano...

—Pero con tipos como ese no se puede hablar. Hablar no va a servir para nada.

—Eso depende de cómo hables.

El gerente miró la madera recién pintada del techo. Jules le había contado que aquel chico era un trabajador muy prudente, que nunca arriesgaba.

—Pues habla con él.

Después de cenar, Randolph pidió a la criada que le calentara agua para la tina, donde se sentó y se restregó para quitarse la sangre de su ayudante. Se le había metido por las muñecas, le había estropeado la camisa y le había salpicado la cara. Él mismo vació la tina por la puerta trasera, se puso una camiseta interior y unos pantalones de trabajo y se sentó en el porche, en una mecedora de asiento de cuero. La criada apareció con un saco de cáñamo húmedo, lo encendió con una cerilla de la cocina y lo lanzó delante del porche para que el humo ahuyentara los mosquitos. Él la miró cuando subía los peldaños del porche y pasaba junto a él para entrar en la casa, y se dio cuenta de que tenía facciones de blanco. También se había fijado en que su anciano padre no tenía la piel muy oscura, sino de un tono acaramelado. Era delgada y elegante, precisa en todo lo que hacía. Supuso que aquel porte se lo daba la inteligencia y el hecho de que sabía que era bonita. Cuando él acababa con el periódico de hacía dos días que todas las mañanas le traía el maquinista del tren maderero, ella lo llevaba al porche de su caseta y leía todos los artículos; algunos los leía en voz alta, para que los escuchara su padre, que padecía artritis y rara vez hacía algo más que andar por un circuito alrededor del jardín.

Los chillidos de la maquinaria habían cesado a esa hora del día, y él se mecía y disfrutaba aquella paz. Desde el crepúsculo, le llegó la música del Victrola, la voz de un cantante de ópera que sonaba fuera de lugar por encima de los tocones y el estiércol de los mulos. A continuación, una canción *country* hizo vibrar el aire levemente, y le siguieron —después del tiempo necesario para darle cuerda al gramófono— los acordes de una banda militar y la enfática súplica de Billy Murray a los soldados para que mantuvieran la cabeza agachada, si querían volver a ver a su padre en su patria:

*Keep your head down, Fritzie boy,
Keep your head down, Fritzie boy.
If you want to see your father in the fatherland,
Keep your head down, Fritzie boy.*

Y entonces su hermano estalló y un bramido angustioso atravesó el asentamiento:

—¡Un chiste! ¡Nueve millones de cráneos esparcidos como grava los convierten en un chiste cantado con voz nasal para venderlo por un dólar!

Un disco salió volando por la ventana como un murciélago y Ella corrió al jardín por la puerta trasera y se quedó contemplando la casa como si fuera a estallar.

*12 de junio de 1923
Aserradero de Nimbus
Poachum Station, Luisiana*

Padre:

Lillian me ha escrito para decirme que no le gusta que lleve tanto tiempo fuera. Espero que le digas que sea paciente y que, cuando llegue la inevitable caída de la demanda, iré a verla para planificar lo que vamos a hacer en adelante. Por supuesto, todo eso ya se lo he dicho yo por escrito, pero siempre ayuda escucharlo de otro. El caso

es que, por ahora, la demanda es muy fuerte y estamos vendiendo muchísimo, y los bosques que estamos talando tienen una madera que es de lo mejor que he visto en mi vida: grano fino, fácil de cortar, y cada tabla es una moneda para nosotros. Estamos talando todo lo que una sierra puede cortar.

Por lo que respecta al incidente del hierro insertado en el tronco, Byron lo está investigando. Hay algo que lo ha vuelto malo, y no me gustaría estar en el pellejo del hombre que lo hizo si Byron lo descubre. Lo del hierro fue una advertencia, y me estoy empezando a plantear si no tendría que permitir que volvieran a abrir el saloon los domingos. Aunque eso no le sentaría bien a Byron. Le enfada mucho que el saloon le dé tantos problemas con los trabajadores. Lo invité a cenar hace un par de días (May, la criada, es una preternatural cocinera) y estuvo bastante cordial, pero no es mi viejo hermano, el que me enseñó a patinar sobre hielo y a montar a caballo. Poco a poco estoy reconstruyendo su relación con la familia, pero, de momento, ni se plantea volver al norte.

He tenido que pedir que me traigan del pueblo una jaula de gallinas, porque un caimán enorme derribó la valla de atrás y mató casi todas las que tenía. Mañana tengo una reunión con un representante de la Yazoo and Mississippi Valley Railroad, que pagará un dineral por 200 000 traviesas. Me parece una pena poner una madera tan bella bajo una vía grasienta, pero ese dinero se podrá gastar como cualquier otro.

*Tu hijo que te quiere,
Randolph*

La criada alimentaba el fuego de la cocina echando trozos de madera de ciprés, mientras el gerente, sentado en la mesa de la cocina, observaba cómo las manos de la mujer se movían por encima de las llamas. Levantó la vista cuando su hermano entró por la puerta mosquitera con una camisa de pajarita y su 45 automática enfundada en una pistolera de hombro.

—Vaya a atender a su viejo un minuto —dijo Byron a la criada, quien leyó sus ojos y se fue. Randolph señaló los fogones.

—¿Has desayunado, By? —Intentaba fingir que todo era normal, que su hermano no estaba temblando ni tenía los dedos blancos.

—Ya he comido. —Apretó las manos sobre el respaldo de una silla—. El tipo que maneja el vapor que arrastra los troncos, quiero que le ordenes que haga lo que yo le diga durante las próximas veinticuatro horas.

Randolph enarcó las cejas.

—¿Para qué necesitas el vapor?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No es tan importante, By. Podemos permitirles abrir los domingos.

Byron dio un puñetazo en la mesa que hizo que una taza de café vacía se diera la vuelta.

—Sí es tan importante. Sé que van a montar otro juego de cartas y a poner más máquinas tragaperras. Y un par de putas más, dos negras que se sumarán a las dos muchachas blancas de las casetas. ¿Te parece que tienes demasiado payaso mareado trabajando los lunes? Pues espera a que amplíen el negocio.

Randolph levantó la mano y dijo en voz baja:

—By, a mí solo me preocupa tu seguridad. Pero necesito que te tranquilices.

Byron abrió los brazos y empezó a hablar con la voz de un predicador.

—Hermanito, estoy todo lo tranquilo que se puede estar. Lo único que quiero es hablar con el caballero siciliano de Tiger Island para garantizar la seguridad de *todos*.

—¿Hablar? —Randolph miró de reojo la pistola bajo la axila.

—En su idioma.

—¡Venga, hombre! —Randolph se giró y fijó la vista en la cocina.

—¿Te acuerdas del negro que salvé, el que se llama a sí mismo Pink? Hoy, antes de que amaneciera, junto al canal, vio a un hombre metiéndole un eje a un tronco. Vino a decírmelo a escondidas y yo fui al bosque y lo saqué, hace cosa de una hora. Era igual que el otro.

—¿Reconoció al hombre?

Byron negó con la cabeza.

—No había suficiente luz. Pero era un hombre blanco, eso sí lo distinguió, y tenía una especie de vendaje en la cara.

Randolph se levantó, se sirvió una taza de café y se acercó a la puerta trasera, desde donde miró a sus nuevas gallinas, de raza Dominique, cuyo dibujo de plumas recordaba a una funda de colchón.

—Deberías alegrarte de no haber estado en la serrería cuando reventó la cinta. Hemos tenido mucha suerte. La próxima vez tendremos muertos. —Observó cómo las gallinas picoteaban el suelo entre las patas amarillas de las demás y se volvió—. ¿Para *qué* necesitas el vapor?

—Para darme un paseo en barco, seguramente. Puede que los chicos de Buzetti me persigan de vuelta a casa. —Se acercó a su hermano e hizo una sumisa reverencia, una broma de su infancia—. Los llama soldados.

Randolph sonrió, meneó la cabeza, puso una mano en el hombro de su hermano y comenzó a decir algo, pero cambió de opinión.

—El barquero está recogiendo madera en la parte de abajo del estanque. Me subiré al barco y hablaré con él mientras la arrastra dentro.

—Rando —dijo Byron en tono cantarín, y se enderezó para agarrar a su hermano por el cuello con tal fiereza que los ojos de este brillaron de dolor y derramó el café sobre el linóleo del suelo.

Cinco minutos después, May entró por la puerta trasera y lo vio arrodillado con una bayeta.

—¿Se va el señor Byron al pueblo?

—Eso parece —dijo él, levantándose y lanzando la bayeta junto a la pila de los platos.

—¿Y se lo va a permitir usted?

Él clavó sus ojos en ella, que miraba detrás de él, por la ventana delantera.

—Tiene cosas que hacer allí.

Ella asintió con la cabeza.

—Si yo viera una caldera con la presión que tiene él ahora, no me acercaría por nada del mundo.

Él se pasó la mano por el cuello, la apartó y se miró la palma.

—May, ¿puede mirar si tengo un araño?

Él se sentó en la mesa y ella se acercó y tiró para abajo del cuello de su camisa. Él sintió el frío de sus dedos deslizándose por la piel y aquel movimiento lo sorprendió e hizo que se le erizara el vello de los brazos.

—Aquí atrás no tiene nada, solo lo tiene un poco rojo —dijo ella.

—Muy bien. —Se puso en pie—. Byron me ha agarrado por el cuello —explicó.

Ella lo miró inexpresiva y, volviéndose hacia la cocina, dijo:

—Hermanos todavía.

Al atardecer, Byron se bajó del tren en la estación de Tiger Island, con la cabeza descubierta y una chaqueta de traje. Se sentó en la sala de espera y observó al agente ferroviario del turno de noche, quien, al poco, levantó la cabeza y escupió.

—¿Te parezco guapo, amigo?

Byron no sonrió.

—Eres un auténtico bellezón.

El hombre meneó su calva cabeza y siguió rellenando impresos.

Byron se giró para mirar por la puerta abierta y no tardó en ver a dos hombres con traje de rayas y sombreros redondos de fieltro que subían apresuradamente por River Street. Fuera, en el andén, un niño pequeño —de unos seis años— con bombachos jugaba subido a una pila de cajas de trampas para ratas almizcleras. Byron lo llamó.

—¿Qué?

Le mostró una moneda.

—Te doy cinco centavos, si te sientas en mis rodillas y hablas conmigo.

El niño asintió con la cabeza, entró, se agarró a la solapa de Byron y se sentó en su muslo. Olía a barro y tenía los mocos colgando.

—¿Dónde está la moneda?

—Primero me tienes que recitar el abecedario —dijo Byron al niño, mirando de reojo a la puerta.

—No me lo sé.

—¿Sabes contar?

—Sé contar hasta cinco centavos —dijo, rascándose la oreja con un dedo mugriento, mientras dos cabezas de tez morena se asomaban por la puerta y clavaban en Byron y en el niño sus miradas de halcón.

Entraron los dos hombres, uno de ellos miró en el interior del aseo de caballeros y a continuación se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y salieron arrastrando los pies.

Byron cogió una moneda de diez centavos, la lanzó al aire impulsándola con el pulgar y la recogió en la palma de la mano. El niño se puso a contar y llegó hasta trece.

—Ya te puedes bajar —le dijo Byron.

Cuando el niño se había ido, observó el regazo vacío. El peso del niño lo había mantenido sentado, pero ahora podía levantarse para hacer lo que tenía que hacer. Se acercó al mostrador del agente y puso encima una moneda de oro de cinco dólares. El hombre la cogió entre sus dedos manchados de tinta y la giró para observarla.

—Hacía mucho que no veía una de estas.

—Tú ya sabes quién soy. Pero si alguien te pregunta si me has visto, tú no me has visto. —El agente no cambió la expresión de su rostro, pero asintió con la cabeza—. Si me entero de que has dicho otra cosa, te van a sacar del río con cinco dólares de cable de telégrafo alrededor del pescuezo.

—Mensaje recibido. —El agente se giró cuando un telegrama hizo tabletear el resonador del telégrafo.

Byron salió de la estación y comenzó a andar por un barrio de casas de madera de ciprés. Eran casas grandes, somnolientas, y cinco o seis de ellas —supuso que pertenecerían a dueños de aserraderos— parecían alardear de columnas y adornos de madera en los aleros y en las galerías. Vio un chapitel de ladrillo que se elevaba a tres manzanas y se dirigió a él. Empujó la puerta de la entrada principal, amplia, con forma de arco, y se adentró en la fragancia de oscuridad católica. Se sentó en un banco del centro de la iglesia vacía y contempló los santos emplomados en las vidrieras sin luz, planos y oscuros como negativos.

La última vez que había estado en una iglesia como esa había sido al sur del río Mosa, cuando observaba un avance de tropas francesas para el gobierno de los Estados Unidos. Aterido, se había refugiado allí del viento de febrero con más de mil soldados. Varios sacerdotes habían ido a confesar y largas filas de penitentes llenaban los pasillos que rodeaban los bancos, donde otros, aturcidos por el cansancio, fumaban y charlaban. Él estaba sentado con un estridente grupo, agazapado tras su reticencia presbiteriana, cuando un proyectil de dieciséis pulgadas cayó en el exterior y convirtió ochocientos años de vidrieras en una granizada de tonos azules. La tremenda sacudida le quitó la película acuosa que le cubría los ojos y cuando se levantó, parpadeando, lo primero que vio fue la tracería del rosetón sin cristales, que había caído sobre la galería del coro: una descarnada imagen de cómo la artillería alemana estaba borrando la historia. Entonces impactó otro proyectil y el aire se llenó de tubos dorados, flautas de madera y oboes de latón, que giraban como molinetes. Los soldados chillaban, porque temían que aquello fuera algún nuevo tipo de proyectiles de espoleta retardada, no un órgano que había reventado y cuyas piezas caían sobre aquella desbandada de hombres. Una de las grandes puertas de la iglesia se abrió de par en par y Byron se unió a los hombres que se apretujaban en el pasillo, donde los cascos se entrechocaban y formaban una especie de adoquinado viviente. En ese momento, un proyectil más pequeño cayó sobre la parte de atrás de la cubierta y la transformó en una irreverente cascada de tejas y mampostería que mató a filas de penitentes y sepultó a los sacerdotes en los confesionarios, como a escarabajos aplastados bajo la triste madera.

Aquella noche gélida y muchas veces más desde entonces, Byron se preguntó si los hombres que no habían llegado a confesarse se habrían ido directamente al paraíso.

Hacia las nueve de la noche, una monja le tocó delicadamente el codo y él dio un respingo.

—Voy a cerrar —dijo ella, mirándolo con curiosidad—. ¿Quería algo?

Byron movió la cabeza como un pájaro y echó un vistazo a las intactas vidrieras.

—¿Se puede confesar uno aquí?

—Sí —dijo la monja—. ¿Quiere que vaya a avisar al cura?

Él se sobresaltó al ver los sólidos tubos del órgano asomar por la galería del coro.

—Todavía no —susurró.

Pasadas las doce de la noche, volvió a la estación, cruzó las vías y siguió hasta pasar el puente del ferrocarril en sentido sur, caminando junto al río moteado de estrellas y envuelto en su humedad cenagosa. Vio un club nocturno de madera, cuya parte delantera se apoyaba sobre el dique y la trasera, sobre unos pilotes alargados que se hundían en un meandro poco profundo del río Chieftan. Acompañado por una mediocre banda de *jazz*, un vocalista cantaba «Do What You Did Last Night». Byron escuchó la canción durante un minuto y le pareció muy distinta a la de sus discos, casi siniestra. Era una música despojada de sentimiento, como un esmoquin blanco, que se pavoneaba, medio desnuda y sudorosa. Atravesó el apestoso tramo de conchas de ostra que había delante de la puerta y pasó de la oscuridad exterior a la penumbra interior, donde seis parejas se movían agarradas al ritmo de la música. A través del hueco de la puerta que daba a la estancia trasera, pudo ver dos mesas para jugar a las cartas, cubiertas con tapetes de fieltro verde y rodeadas de hombres con camisa blanca y ligas en los brazos. Pidió una cerveza, se bebió la mitad de un trago y recordó lo mucho que a Randolph le había gustado en tiempos la cerveza fría. Al pensar en la cara serena y paciente del hermano que había venido a este inframundo para salvarlo, lo invadió una furia melancólica. Bebió de un trago el resto de la cerveza, dejó la jarra sobre la barra con un golpe y sacó de los pantalones el eje que había extraído del tronco.

Lo empuñó y empezó a golpear con rabia dos viejas máquinas tragaperras que estaban junto a la puerta, haciendo añicos los cristales de la parte delantera y aporreando los mecanismos, antes de continuar con otra tragaperras de monedas de cuarto de dólar, marca Buckley, a la que golpeó repetidamente en la tapa de metal y en la ventana del *jackpot*, haciendo saltar las monedas como si fueran esquirlas de hielo. Una mujer se puso a chillar y los dos hombres a los que había visto en la estación de tren salieron corriendo hacia él desde la sala trasera.

—¿Estás loco? —le dijo uno de ellos acercándose a él.

Byron le soltó un fuerte golpe en el hombro con el eje y la dentadura postiza del hombre salió despedida cuando se derrumbó.

—Nunca le digas eso a un loco —dijo Byron, cogiendo con la mano izquierda su pistola y haciendo que el otro hombre se detuviera y sacara la mano vacía de debajo de la chaqueta—. Dámelo. —Y el hombre le alargó un enorme revólver.

Byron cogió la pistola automática niquelada del hombre al que había roto el hombro y se dirigió a la sala donde los que jugaban a las cartas habían empezado a levantarse y a dispersarse. Pasó entre los músicos de la banda y las parejas que habían estado bailando, en el momento en que todos empezaban a moverse hacia la puerta alejándose de Byron y formando un amplio círculo a su alrededor, como si de él emanase un calor que pudiera abrasarlos a todos. Desde la reducida sala, lanzó las dos pistolas al río por la ventana, a continuación, volcó las mesas —de las que cayeron como una cascada las fichas de póquer—, gritó a los hombres que salieran de allí, si no querían que los acribillase a balazos y empezó a romper las ventanas con potentes golpes que quebraban los marcos de madera.

Un hombre se quedó en el centro de la sala con las manos en alto. Llevaba un sombrero fedora de paja y un traje color crema sobre una camisa negra. Cuando Byron acabó con la última ventana, miró al hombre y sonrió.

—Señor Buzetti —dijo—, ¿sería tan amable de acompañarme un minuto? —Señaló la puerta con un gesto y los dos pasaron al bar.

—¿Estás chalado o qué? —preguntó Buzetti.

Byron enfundó la pistola y levantó el eje.

—He encontrado algo en el aserradero de Nimbus que debe de ser suyo.

Buzetti bajó las manos.

—Yo no sé nada de tu asqueroso aserradero.

Byron le puso la barra de acero delante de la cara.

—Una cosa como esta puede hacer mucho daño. —Pasó detrás de la barra y empezó a dar unos tremendos golpes al espejo y a los cristales emplomados de las vitrinas, y tiró todas las botellas sobre la plataforma de tablas que había en el suelo detrás del mostrador. Buzetti hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero Byron sacó la pistola y lo detuvo—. Ahora que ya entiendes lo peligroso que puede ser este eje, quiero que me digas que no va a haber más de estos en Nimbus. Galleri va a seguir cerrando los domingos y nosotros no nos vamos a tener que preocupar de que vengan sicilianos a clavar barras de hierro en nuestros árboles, ¿de acuerdo?

Buzetti se quitó el sombrero y observó a su alrededor la sala destrozada.

—Te podría machacar como a una mosca. Estuve en la Gran Guerra. —Se dio unos golpecitos en el pecho con los nudillos—. Como a una mosca.

Byron se acercó a él, lo agarró por la solapa izquierda de su reluciente traje y lo arrastró a la sala trasera, donde le puso el cañón de su Colt en la frente.

—Una mosca no puede disparar, maldito chulo de putas.

—Eres hombre muerto —dijo Buzetti entre dientes.

—¿No nos vas a dejar en paz?

—No, coño, no.

Byron levantó el codo del brazo con el que sostenía la pistola. Ya había percibido antes el olor metálico de la sangre en su cara.

—Hace un mes no hubiera dudado en hacer esto, pero resulta que compré por correo unos discos de Caruso y descubrí que el italiano sirve para algo más que para vender putas. —Sin embargo, no estaba pensando en la voz de Caruso, sino en la expresión preocupada de su hermano elevándose sobre el cuello de celuloide de su camisa. De improviso, Byron empezó a cantar a gritos en la cara del sorprendido *gangster*—:

*La donna è mobile
qual piuma al vento
muta d'accento
e di pensiero.*

—¡Estás loco! —chilló Buzetti, sintiendo que su confianza se desmoronaba. Miró hacia el río de reojo por encima del hombro. Byron dejó de cantar y sus ojos se quedaron como petrificados. Sacó la 45 por la ventana y disparó al aire un tiro que retumbó en el silencio de la noche—. Tú no me vas a asustar a mí —dijo Buzetti con voz atiplada—. ¿Y a qué viene esa sonrisita? —Entonces escuchó el sonido de un gong y un tintineo de campanas de sala de máquinas—. Eh —dijo, arrastrando los pies al girarse hacia la ventana. En el río, una red de luces se movía separándose de la orilla y en el agua se formó una línea plateada cuando surgió de la superficie una cuerda de tres pulgadas que se tensó sobre el cauce del río. Bajo el suelo del club nocturno, los pilotes de madera empezaron a crujir y a resquebrajarse como los nudillos de un gigante—. ¡Eh! —gritó Buzetti—. ¡Eh, eh! Vale, vale, vamos a hablar...

—*Scusi* —le contestó Byron, mientras salía por la ventana y saltaba al río.

El vapor del aserradero tiraba con el motor a toda máquina y los chorros de vapor salían por los tubos de escape, mientras las paletas de la rueda excavaban el agua y la cuerda más gruesa que tenía el barco para arrastrar troncos se tensaba y destensaba al tirar de los pilotes sobre los que se apoyaba el club nocturno. El primer pilote se rompió con un ruido de bala de cañón y el resto fueron detrás, llevándose consigo la viga principal. El local se partió en dos, justo en el centro de la pista de baile, y una mitad se derrumbó sobre el río entre el estruendo de máquinas tragaperras, botellas de licor, mesas de cartas y los chillidos de una prostituta borracha, cuando la pared del aseo se cayó y la dejó a la vista, sentada en el retrete, erguida y pálida en el aire de la noche.

CAPÍTULO OCHO

Ella oyó ruido de agua en la cocina antes de que amaneciera y, cuando entró, se encontró a Byron desnudo, lavándose con el agua de un barreño que estaba sobre la encimera. Se acercó por detrás, se abrazó contra su espalda húmeda y deslizó sus finos dedos por encima de los pezones de Byron.

—Llevo dos años contigo, Kansas Queen, y sigo sin darme cuenta de cuando te acercas por detrás.

Ella sonrió con la mejilla apoyada sobre su hombro.

—¿Por qué te estás lavando ahora?

—He estado nadando.

Ella se separó un paso de él.

—Pensaba que habías ido al pueblo.

—Y fui. Luego volví y he estado nadando en el estanque.

—Puf. Pues mejor te lavas con aguarrás. —Él se giró y la abrazó poniendo sus enormes manos en la espalda de ella—. ¿Le ha dicho tu hermano a tu padre que estamos casados?

Él intentó mirarla entonces y ella levantó la cara hacia la suya.

—No creo. El viejo querría tenernos a los dos a su lado. Es así. Nos buscaría una casita en un barrio lleno de gente y me conseguiría un trabajo para contar árboles o vender madera, y yo no podría con eso.

Ella notó el temblor de sus brazos —una secuela de la neurosis de guerra—, aunque él no parecía darse cuenta de que recorría su cuerpo como mensajes, todos los días.

—¿Adónde has ido esta noche?

—A ver a Buzetti.

Ella cerró los ojos.

—Oh, no.

—Estuve firme como un poste al tratar con él. Cuando me enfrento a un auténtico hijo de puta, siento que estoy haciendo lo correcto. Esta noche..., bueno, fue como debería haber sido lo de Francia. —Alargó el brazo y ella le acercó la toalla—. Nadie resultó malherido.

—Increíble —fue todo lo que dijo ella.

Él bebió un vaso de *bourbon* y los dos se fueron a la cama. Ella le pidió que siguiera hablando, porque sabía que estaba cansado y que dormiría hasta mediodía.

—Puede que le cuente a Rando lo que ha pasado esta noche —dijo él—. Él hace que me sienta más fuerte. Puede que se lo cuente. —Y con eso, se durmió, dándole a ella la espalda: una

superficie oscura salpicada de cicatrices blancas.

Ella se quedó observando las tablas del techo, cuyos contornos se perfilaban en la oscuridad, y rezó por que él no se hubiera metido en otra guerra. La cama tembló, como movida por un leve y lejano terremoto, y se quedó quieta. De la sala de calderas llegaba el ruido de las puertas de los hogares abriéndose de golpe y el rumor metálico de los rastrillos con los que los fogoneros sacaban la ceniza.

Merville se había acostado hacia las once, y sus artríticos huesos flotaban en el colchón como brasas agonizantes en una parrilla. Había quitado una pistola de tres dólares, una navaja, tres puños americanos y una porra a una panda de tramperos de rata almizclera que habían llegado al pueblo en busca de mujeres y pelea. Como siempre hacía, había lanzado las armas por la parte de arriba del alto armario esquinero que tenía en su dormitorio.

Se despertó a las cinco, se vistió, preparó café, frió unos huevos y coció un puchero de polenta. A las seis salió al aire húmedo de la mañana y fue a la comisaría en River Street, donde las paredes, los barrotes de la celda e incluso la estufa estaban mojados por la condensación. Al cabo de un rato, se abrió la puerta y en el umbral vio la figura enorme del sacerdote. El *sheriff* sonrió.

—¿Se quiere escaquear de la misa de siete?

El sacerdote se sentó y colocó las piezas de un tablero de damas que había sobre la mesa. Movié una pieza, levantó la vista y dijo:

—Siéntate, por favor.

Merville miró al sacerdote e hizo lo que le decía. Movié una pieza y esperó. El sacerdote miraba el tablero con el ceño fruncido, como si considerara un complicado movimiento.

—Las mujeres que limpian la iglesia por la mañana son sicilianas, la mayoría. —Levantó la vista—. Muy piadosas. —Deslizó una pieza por el tablero.

—Ya... —Merville volvió a mover.

—¿Te llamó alguien por teléfono anoche? ¿Buzetti, quizás?

—No. Descuelgo ese puñetero aparato cuando me voy a dormir. —Se fijó en las gotas de sudor que asomaban en la parte de arriba de la brillante frente del sacerdote.

—¿Y no sonó cuando lo colgaste a las cinco?

—*Non*. —Merville comió la pieza con la que el sacerdote había comenzado la partida.

—Entonces es que ha decidido tomarse la justicia por su mano. —El sacerdote puso las manos en el regazo—. Tengo que contarte algo.

Merville apoyó la espalda en el respaldo de la silla y dirigió una mirada a la colección de obsoletas escopetas y pistolas que reposaban en el armero.

—Esas mujeres hablan por los codos, cuando creen que están solas.

El sacerdote asintió con una tristeza que acentuaban las profundas arrugas de su alargada cara de alemán y clavó la vista en el tablero.

—Sí, ya lo creo —dijo casi en un susurro—. Me siento un poco traidor por lo que te voy a contar.

El anciano observó cómo el sacerdote movía una pieza y mantenía el dedo sobre ella.

Cuando el tren maderero volvió vacío de Poachum, el gerente oyó el traqueteo y el pitido y

vio por la ventana de su despacho que el *sheriff* estaba en la cabina de la locomotora con un baúl a sus pies. El fogonero lo ayudó a bajar, cogió el baúl y lo acompañó a las oficinas. En el despacho se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, mientras el fogonero volvía al pasillo andando hacia atrás y se despedía tocándose la gorra ennegrecida por el hollín.

—Madre mía, no sé si voy a aguantar —dijo Merville—. He tenido que venir conduciendo hasta Poachum.

Randolph observó el abollado baúl metálico.

—¿Qué hizo Byron anoche en el pueblo? He intentado verlo esta mañana, pero su mujer me dijo que no había que despertarlo.

—Hundió el bar de Buzetti en el río con tu vapor.

El gerente tragó saliva.

—Dios mío, que él...

—Buzetti no lo ha denunciado. —Merville sacó un reloj de alpaca plateada del tamaño de una galleta, pero aun así tuvo que entrecerrar los ojos para ver la hora—. En hora y media llega a Poachum el tren que va hacia el oeste, con cuatro tipos que vienen de Nueva Orleans para liquidar a su hermano. —Levantó la mano con el reloj para enfatizar lo que iba a decir—: Solo hay una cosa que los detendría y los mantendría alejados. —Miró hacia el techo y se quedó pensativo un momento—. Quizás.

Randolph se puso en pie.

—¿Qué?

—Junte un buen grupo de hombres, negros y blancos. Armados. Dígaless que se planten en la estación. Cuando lleguen en el tren, esos miserables hijos de puta verán que no se enfrentan solo a tres o cuatro hombres.

El gerente se pellizcó los labios y se preguntó cómo se podía hacer aquello.

—¿Vendrá usted a la estación con nosotros?

El *sheriff* meneó su blanca cabeza.

—Pues claro que no. Yo tengo de vecinos a esa pandilla de cabrones. Usted está aquí en el bosque y para llegar necesitan un barco. —Se agachó y abrió el baúl, en el que había seis Winchester de cañones recortados y bombeo manual con los cargadores tubulares completos.

—¡Escobas de trinchera! —exclamó el gerente. Incluso él las reconoció y recordó haber leído en artículos de revista que aquellas armas, que se cargaban con postas *buckshot* 00, eran las únicas de las que se habían quejado los alemanes en la Gran Guerra.

—Sí, las mismas. El alcalde las compró para el pueblo a su cuñado. Las cargan con munición para cazar venado. Postas *buckshot* 00 para empezar y un par de balas en el extremo.

Randolph cogió una de las escopetas y la giró.

—No puedo armar con esto a unos cuantos leñadores. Podría acabar en una carnicería.

Merville se levantó.

—Dígaless que, sin más, las enseñen bien. Eso ahuyentará a los italianos.

El gerente meneó la cabeza.

—No.

El *sheriff* inspiró a través de su bigote y recorrió con sus ojos grises el contorno de los hombros del gerente.

—Pues ya puede ir encargando la lápida del loco de su hermano —dijo, cerrando el baúl de

una patada.

Randolph lo miró a los ojos un momento, con la esperanza de que hubiera otra salida.

—¿No podrían enviar ayudantes del *sheriff* para detenerlos?

—¿Y quién va a ofrecerse voluntario para que le acaben quemando la casa?

—¿El *sheriff* del condado?

El anciano se acercó a la ventana y escupió.

—Digamos que se lleva bien con los espaguetis. Y ahora, ¿podría usted decirle a uno de sus negros que me acerque a Poachum en la vagoneta? Tengo que llevar la Ford de vuelta al pueblo.

Mientras bajaba por la escalera al ruido y al serrín de la serrería, Randolph pensó en su hermano. No quería contarle lo de los asesinos, por temor a que decidiera ocuparse de ellos y lo acabaran matando. El plan de Merville podía atajar esa amenaza y mostrarle a Byron que no estaba solo. Así pues, tiró del silbato de parada, le dijo al aserrador jefe que detuviera el trabajo de la línea y comenzó a reunir a la cuadrilla de sudorosos aserradores, al maquinista, a los ayudantes, los engrasadores, los desbastadores y a la cuadrilla de cepilladores, cubiertos de astillas, que trabajan en la planta de abajo. Les dijo a los hombres que fueran a casa, que cogieran las armas de fuego que tuvieran y que se subieran al tren.

El maquinista alemán se subió al carro portatrozas.

—¿Qué es lo que quiere que hagamos?

—Unos tipos de la banda de los que metieron el hierro en el tronco van a venir para causarle problemas al señor Byron —dijo—. Quiero que les mostremos que sabemos quiénes son y que no podrán pasar por encima de nosotros. —En las caras de los hombres se reflejó la inquietud, pero nadie dijo nada. Mientras, el serrín se posaba como copos de nieve. El gerente frunció el ceño y por un momento se quedó sin saber qué decir ni cómo apelar al interés personal de aquellos hombres para convencerlos de seguir adelante—. Claro que puede que todos queráis estar por aquí cuando esa sierra vuelva a reventar contra una barra de hierro —les dijo, señalando la sierra, a la que el ralenti del motor hacía temblar como el mercurio.

El aserrador jefe, un hombre bajo, que tenía la parte delantera del ala de su sombrero levantada y sujeta con un clavo, dijo arrastrando las palabras:

—Pues de acuerdo. —Se volvió hacia su cuadrilla—. Vamos a enseñarles a esos cabrones que clavan hierro en los árboles cuál es el hierro que nos gastamos nosotros.

Los hombres se dispersaron sin entusiasmo alguno, pero a la media hora, los vagones de plataforma del tren se habían llenado con cerca de setenta trabajadores: maquinistas, una cuadrilla de leñadores, mecánicos, apiladores y almadieros.

El gerente estaba esperando junto a la humeante locomotora, cuando el maquinista, un tipo huesudo llamado Rafe, se asomó por la ventanilla de la cabina y escupió a su lado.

—¿Está usted seguro de que quiere seguir adelante con este numerito?

—Me parece que no tengo otra opción —le contestó Randolph.

Rafe hizo un gesto de duda.

—Sin ánimo de ofender, usted no es el alguacil, señor Aldridge. —Se giró para comprobar el nivel de agua de la caldera y volvió a asomarse por la ventanilla—. Y usted no ha estado en la guerra.

Randolph tardó un buen rato en contestar. La bomba de aire de la locomotora dio seis golpes,

se detuvo y una válvula de seguridad comenzó a soltar vapor. Todo parecía dispuesto para emprender la marcha.

—El señor Merville me ha explicado cómo organizarlo —dijo finalmente, sintiéndose débil por hablar así.

—Bueno, algo es algo.

Notó entonces cómo la sangre se le subía a la cara.

—Tendrá que funcionar, ¿no?

—Si usted lo dice, señor Aldridge. —Rafe se inclinó sobre el motor para ajustar el lubricador.

En la estación de Poachum, el agente, plantado en el extremo oeste del andén, sujetaba en alto la vara de sauce con el aro que utilizaban para entregar las órdenes de marcha al maquinista. Su brazo tembló cuando la locomotora atronó a su lado, caliente y enorme. El fogonero se asomó por encima de los peldaños de la cabina, entrecerrando los ojos por el vapor, y metió el brazo izquierdo por el aro, mientras la locomotora seguía avanzando y rebasaba el extremo del andén en cinco vagones, hasta que se detuvo con un silbido y un chirrido. El maquinista leyó la orden, asomó su cara de incredulidad por la portezuela y dirigió un gesto de preocupación al agente, quien, con el ceño fruncido, asintió con la cabeza y volvió apresuradamente a la estación.

El andén estaba vacío y, cuando el revisor bajó el estribo, cuatro hombres se apearon y avanzaron con las manos en los bolsillos y aire de suficiencia, como si acabaran de comprar Poachum por una elevada suma de dinero y no le dieran la más mínima importancia. Llevaban trajes nuevos, camisas blancas y los pantalones remetidos en unas lustrosas botas negras. Los sombreros estaban recién salidos de la caja, redondos, de fieltro, con una profunda abolladura en el centro que parecía penetrar en sus cráneos. Cuando se dirigían a la sala de espera, el gerente salió a su encuentro, con el revólver que le había dejado Merville encajado detrás de la hebilla.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó.

Los hombres se detuvieron y relajaron los hombros. Uno de ellos, que llevaba un parche en el ojo derecho, alargó una mano con los dedos juntos apuntando hacia arriba.

—Tenemos asuntos que resolver por aquí.

—Si trabajan para Buzetti —dijo el gerente con las manos en los costados—, aquí no tienen ningún asunto. Así que mejor que se vuelvan a montar en el tren y sigan su camino.

Otro hombre se desabrochó la chaqueta.

—Estamos cansados de tren.

Se oyó ruido de botas cuando cinco trabajadores blancos y el leñador negro más corpulento del aserradero salieron de la estación al andén y los apuntaron con los Winchester, amartillados, de cuyos cañones arrancaba destellos azul cian la luz del sol. Los hombres de traje se miraron unos a otros y fijaron su vista en los trabajadores, chupándose los labios, como si estuvieran haciendo cálculos. Cuando Randolph vio en sus ojos que estaban contando, supo que no les parecían demasiados y que probablemente eran buenos pistoleros, acostumbrados a Chicago; y entonces, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Había pensado que iba a ser sencillo ahuyentarlos, pero ahora, aquel repentino ataque de pánico le hizo pensar que quizás se había equivocado. La orden de marcha que el agente había dado al maquinista la había escrito el propio Randolph: el tren no debía seguir cuando bajaran los pasajeros, sino hacer lo que se indicaba en

la orden. Miró hacia el oeste, levantó la mano y el fogonero tiró del cordón de la campana. Desde el extremo opuesto del tejado de la estación, llegó un estruendo de tachuelas de suela de bota y por la cumbrera aparecieron cuarenta hombres con rifles de calibre 22, antiguas escopetas de dos cañones con martillos de oreja de conejo, Marlins de palanca, oxidados revólveres Bisley y Smiths de doble acción con el enchapado de níquel corroído. Por las alas este y oeste de la estación surgieron hombres corpulentos con peto, la mayoría portando armas largas y unos pocos, hachas y azuelas que sostenían por encima de sus cabezas como si fueran vikingos. Uno de los hombres que se había bajado del tren giró lentamente la cabeza hacia el del parche.

—Oye... —comenzó a decir.

—Cállate —dijo el otro sin inmutarse.

—Volved al tren —les dijo el gerente—. Y que no os volvamos a ver por aquí.

Los pasajeros de los asientos del lado de la estación se agacharon por debajo del nivel de las ventanillas. El revisor volvió a bajar el estribo sin hacer ruido. Dirigió la vista hacia el oeste sin mirar a nada y dijo muy suavemente, como si un grito pudiera resquebrajar la tensa calma que envolvía la estación:

—Pasajeros al tren.

La locomotora silbó como un fusible y los cuatro hombres de sombreros impecables recorrieron la cumbrera con la vista, como si todavía estuvieran calculando sus posibilidades. Randolph se preocupó por todas las armas amartilladas que tenía detrás. Si alguna se disparaba por accidente, lo envolvería una granizada de balas. Entonces, el hombre del parche extendió el índice y el pulgar, hizo el gesto de apuntar con una pistola al gerente y se volvió en dirección al vagón.

A los trabajadores les dijeron que tenían descanso hasta las tres. Después de comer el jugoso pollo frito que la criada le había llevado a la mesa de su despacho, el gerente se acercó a ver a su hermano, que estaba sentado en el salón de su casa leyendo las etiquetas de los discos de su gramófono.

—Tenías que haberlos visto, By —le contó—. Gente de la peor calaña, venidos de Chicago, seguro, que se volvieron a subir al tren como si pensarán que estábamos a punto de hacerlo volar por los aires.

Su hermano dio un sorbo al café y unas gotas cayeron sobre la pernera de su pantalón.

—Así que habéis organizado una bonita fiesta. ¿Quién os explicó cómo hacerlo?

Randolph se dejó caer en una silla.

—El *sheriff*. Merville.

Byron asintió con la cabeza.

—Podían haberte matado.

Randolph frunció el ceño.

—Pienso que no.

—Pues vuelve a pensarlo.

—Vale, ¿y qué hubieras hecho tú? ¿Descarrilar el maldito tren? —Se levantó, metió las manos en los bolsillos traseros, se acercó a la ventana y miró hacia afuera.

Byron levantó cuatro temblorosos dedos.

—Te manda a cuatro tipos —dijo en voz baja y esperó a que su hermano lo mirara—. Tú le

muestras tu fuerza y se van. ¿Y te crees que has vencido?

—Pues sí —dijo Randolph, volviendo a sentarse en la silla—. Cuando vieron que íbamos armados, se dieron cuenta de que habíamos descubierto el pastel. —Al decir esto, se sintió como un personaje de folletín. Se miró las manos y vio que estaban blancas.

—Todo un logro —dijo Byron en tono burlón—. Ojalá hubiera sido así en 1914. Los franchutes podían haber dicho a los alemanes: «Muchachos, mirad qué armas tenemos», y seguro que se hubieran vuelto todos a casa para no llegar tarde a cenar. —Reclinó la cabeza y cerró los ojos.

Ella se asomó por la puerta y dirigió a Randolph una mirada de preocupación.

—Creo que voy a preparar más café.

Byron abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—Yo me voy a tomar otra taza. Y a él tráele otra. Necesita despertarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su hermano lo señaló con el dedo.

—¿Alguno de esos tipos llevaba un parche?

—Pues sí.

Byron dejó caer la mano.

—Dime una cosa: ¿tuviste algún tipo de duda antes de que aparecieran los hombres del tejado? ¿Pensaste algo así como «Dios mío, esto va a acabar mal»?

Randolph apartó la vista.

—No estaba yo como para pensar en nada.

Su hermano se puso en pie y puso un dedo en el plato del gramófono

—Esos cuatro hombres estuvieron en la guerra —dijo en voz baja—. Te podían haber matado a ti y a otros quince en unos seis segundos. —Meneó la cabeza—. No sabéis lo que hacéis. *Todos* deberíais haber estado plantados en el andén cuando llegó el tren.

Randolph miró por la ventana una masa de nubes plomizas que se acercaban por el sur.

—Supongo que eso es lo que habrías hecho tú.

—Puede, de haber sabido algo. —Dirigió a su hermano una mirada torva.

—Eso es justo lo que no quería. Si los hubieras matado fuera de tu jurisdicción, te habrían metido en la cárcel.

—La cárcel —dijo su hermano con una risa sarcástica. Alargó el brazo hacia el armario que había debajo del Victrola y sacó un disco, «The Prisoner's Song». Enseguida, una voz fina llenó la estancia de notas agudas como una cuchilla—. A este tipo parece que le gustaba bastante. Disfruta con la tristeza que le produce.

Randolph se frotó las manos y empezó a darse cuenta de lo que había estado a punto de provocar.

—By, ¿crees que van a volver?

—¿Tienes todavía esas maravillosas escopetas de las que me has hablado?

—No. El *sheriff* le dijo al agente que las recogiera y se las enviara en el tren.

Byron meneó la cabeza.

—Qué pena. Podríamos haber dispuesto de buena artillería para... Bueno, digamos que nos vendría bien tener algo así en el armario.

Su hermano bajó la cabeza y fijó la vista en las tablas de ciprés.

—¿Cómo demonios hemos llegado a esto?

—Shhh, eso no importa. Escucha la canción.

—Pero, ¿y si deciden...?

—Shhh, calla.

Y cuando acabó la canción, puso «I Hear You Calling Me», de John McCormack, y después, otra balada triste de Alma Gluck. Randolph se movía inquieto en la dura silla, cuando una bocanada de olor a *whisky* le llegó a la nariz, y se volvió. En el marco de la puerta estaba apoyada Ella, echando un chorrito de *whisky* en su café, y él la miró con gesto suplicante y levantó la mano con el pulgar y el índice separados el ancho de una tabla de dos por cuatro. Ella asintió con la cabeza, y al poco volvió con la botella y vasos para los tres y los dejó sobre una pequeña mesa de roble que había junto al gramófono.

Después de cuatro discos más y un generoso vaso, al gerente le entraron ganas de llorar, y se preguntó qué consuelo encontraba su hermano en aquella música. Pensó en las cartas que Byron había enviado desde Francia. Había ido en 1914 como observador de la Zeus Powder Company, que le pagaba para que estudiara el consumo de munición y así pudieran planificar la apertura de nuevas fábricas y líneas de producción. Después de viajar por Francia durante dos meses y ver cómo Alemania hacía puré a Bélgica, escribió a casa para decirles que el gobierno de los Estados Unidos, nervioso por la expansiva e incesante masacre, lo había contratado para su servicio de inteligencia. A partir de ese momento, empezó a ver mucho más de la guerra que cualquier soldado americano, y sus cartas daban detalles de un conflicto que empezaba a escapar a cualquier tipo de control. Después, estuvo alejado del frente durante unos meses, y en sus cartas hablaba de paisajes, catedrales, paseos en barco por los canales, castillos antiguos...; pero Randolph se daba cuenta de que detrás de aquellas descripciones había una realidad atroz que estaba omitiendo. El tono de las cartas cambió de manera súbita y volvieron las referencias gráficas y detalladas. En una ocasión les describía un tren de vagones de ganado abarrotados de soldados heridos, parado durante dos días por las inclemencias invernales, con la sangre goteando por las ranuras de las tablas del suelo del vagón, y cómo, cuando el tren reemprendía finalmente la marcha, llegaba otro igualmente lleno, avanzando por encima de la nieve roja.

En Pittsburgh, Randolph y su padre estaban muy pendientes del correo, pero el lento flujo de cartas se convirtió en un goteo de escuetas notas que eran como gélidas punzadas de desesperación: «Aquí sigo entre los cuerpos», comenzaba una. Cuando el ejército americano se unió a la guerra en 1917, Byron quiso volver a casa, pero debido a la inflexible insistencia de su padre, se alistó en Francia, y aquella fue la última vez que la familia Aldridge supo de él, hasta que se bajó de un tren militar en Filadelfia en 1918.

El disco se paró con el clic del freno del plato y Randolph miró a su hermano por encima del último centímetro de *whisky* que quedaba en su vaso.

—By, ¿vas a contarme lo que pasó en la guerra?

—¿Qué? ¿Piensas que soy como uno de estos discos? —Meneó su vaso delante del Victrola—. ¿Te crees que la vida te va marcando los surcos y tú haces que suenen cuando te emborrachas?

—Quiero saber qué pasó.

Byron se sirvió otro vaso.

—Me llevaría años contar eso. —Comenzó a hablar más lentamente.

—No lo hagas —dijo Ella, colocando junto a su marido una silla de respaldo de listones y apoyando la mano en su hombro.

Randolph procuró no mirarla.

—Nos ayudaría a entender.

—Quizás, si puedes evitar interrumpirme, si me dejas zumbiar como una abeja en una botella, podría darte una vaga, ligera idea de lo que tú llamas mi experiencia de la guerra. —Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca Morris y cerró los ojos. Ella se sirvió otro vaso y se fue al dormitorio, haciendo crujir las tablas del suelo a cada paso que daba. Desde el otro lado del aserradero llegó el gemido de la planta de cepillado que volvía a ponerse en marcha—. En febrero de 1916, yo estaba a quince kilómetros del frente, como de costumbre, inspeccionando las reservas de artillería, el transporte y los hospitales. Tenía unas ganas tremendas de ir al frente, aunque veía continuamente los cadáveres que producían aquellos fuegos de artificio y también los heridos a los que habían amputado brazos o piernas, o tenían la mandíbula destrozada. —Abrió los ojos y se enderezó de repente, como si algo detrás los párpados lo hubiera sobresaltado.

»Quizás es que quería ver caer a los hombres. Una mañana decidí ir por mi cuenta. Verdún llevaba dos días tronando y la confusión era casi total, pero con mi uniforme de observador yo podía ir adonde quisiera. Aquella noche fui a una sección del campo de batalla con el séptimo y vigésimo cuerpos del ejército francés. No sé cuántos miles de hombres. Toda una civilización, si se la puede llamar así. La mayoría eran muy jóvenes. Salieron a campo abierto, donde se veía el millar de cráteres por hectárea que habían producido los impactos de la artillería y las escasas trincheras o refugios que había. Y cuando los alemanes se dieron cuenta de lo que tenían delante, empezaron a lanzar obuses a toda la velocidad que les permitían sus baterías. Al amanecer, asomé la cabeza por un hueco del búnker en el que me encontraba y mis prismáticos me mostraron lo que había ido a ver. Naturalmente, a las primeras columnas francesas las acribillaron y los cuerpos yacían como montones de trapos, puede que diez mil montones de trapos... —Alargó un brazo con la palma de la mano hacia abajo.

»¿Has visto alguna vez un prado con una vacada y todas las vacas esparcidas, echadas sobre la panza, esperando la lluvia? A lo lejos, eso es lo que parecían aquellos soldados franceses con sus tres cuartos. —Byron levantó la mano hasta la cabeza—. Y el ruido. Ya sé que has oído estallar una caldera. Pues imagínate dos mil explosiones como esa cada cinco minutos, porque tenían la artillería concentrada allí: ochocientas piezas en esa parte del frente, varios cientos de ametralladoras y cien mil Mausers, Lebel y Enfields. —Bajó la mano y giró la cabeza para mirar a su hermano—. ¿Te acuerdas de cuando el abuelo nos contaba que en Cold Harbor la primera descarga de la infantería era..., cómo decía..., como cuando rasgas una tela? En Verdún, el fuego de fusil era como muchos trozos de tela que se rasgaban y se rasgaban sin parar, y a eso se unían las pistolas, las ametralladoras, las granadas y los cañones, en un estruendo que duraba día y noche. Las bombas de fosgeno formaban unas nubes de gas blanco en el campo..., vi un millar de aquellos muchachos franceses vomitando sus pulmones en esputos de sangre.

Randolph estaba empezando a sudar, pero cuando su hermano se giró para mirarlo, bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso y dijo:

—Continúa.

—Fue un día muy largo, Rando. ¿Estás seguro de que quieres seguir escuchando esto? —Dio

un trago a su vaso—. Quien calla otorga. Cuando a la mayoría de los hombres de la primera columna los habían matado o envenenado con gas, los generales franceses enviaron otra oleada de miles, y los nuevos soldados llegaron hasta los cadáveres y los heridos, donde no podían avanzar, pero tenían miedo de recibir el fuego de los suyos, si retrocedían. —Inspiró y soltó el aire lentamente—. Así que se quedaron allí y los destrozaron. Vi cómo los obuses vaporizaban literalmente a soldados y los convertían en una neblina roja. Vi trozos de cuerpos volar por el aire. Y volvieron a enviar otra oleada de unos cinco mil, cuando los cuerpos cubrían ya el suelo como si fueran un pavimento. Con los prismáticos podía ver sus bocas intentando articular sus últimas palabras, y di gracias a Dios por estar lejos y no poder oírlas. La tercera oleada de soldados empezó a disparar desde detrás de las pilas de muertos, pero cuando los obuses alemanes los tuvieron a tiro..., y escúchame bien, Rando, porque no sé si voy a volver a contar esto nunca, vi grupos enteros de hombres desaparecer en cuerpo y alma. Las ondas expansivas de las explosiones eran como mazazos en la cara, incluso a la distancia a la que yo estaba. Y todavía enviaron otra oleada de soldados más aquel día. Empecé a vomitar por una ráfaga de gas que llegó hasta donde yo estaba, así que tuve que retroceder reptando y permanecer tendido, y pensé que aquello acabaría pronto y que los sanitarios recogerían a los heridos. Pero el bombardeo continuó y al anochecer el fragor se hizo más intenso. Siguió así durante días en aquella parte del campo de batalla, y toda aquella zona estuvo apestando a cadáver durante meses. Me contaron que, al año siguiente, los hombres que luchaban allí colgaban sus cantimploras en las manos de los esqueletos que sobresalían por las paredes de las trincheras recién excavadas.

Randolph giró la cabeza como si le hubieran dado una bofetada.

—By, esto no va a...

—Quiero que estés callado —le dijo su hermano—. Padre y tú siempre me habéis suplicado que hablara de esto. Para eso estamos aquí, ¿no? —Puso el vaso vacío en la mesa y se sirvió más *whisky*—. Después de aquello, me mantuve alejado del frente, hasta finales de 1917, cuando mis servicios de observador ya no eran necesarios y todo el país comenzaba a llenarse de americanos cuyos ojos funcionaban tan bien como los míos. Entonces empecé a recibir largas cartas de padre en las que declaraba mi deber de alistarme..., para que la familia se sintiera orgullosa. Y por ese tremendo orgullo suyo, me alisté de soldado raso. Pienso que me sentía culpable porque lo único que había hecho era ver morir gente y, en cierto modo, pensaba que me acostumbraría..., que me acostumbraría a cosas como que todo el Quinto Ejército británico fuera masacrado en un ataque. Pero cada vez que entraba en combate estaba más asustado. Me di cuenta de que observar no tiene nada que ver con participar en la batalla.

»Entonces llegó aquella noche en la que miles de nosotros tuvimos que avanzar por una carretera llena de surcos. La llenábamos por completo, de valla a valla, y yo podía ver los cascos apiñados, que se movían cuesta arriba delante de mí como las escamas de una serpiente. En la oscuridad atravesamos en fila barrizales pantanosos y, antes del amanecer, estábamos todos metidos en la primera línea de trincheras. El bosque de Argonne tenía el mismo aspecto que tendrá este cuando acabéis vuestro trabajo. Escuché que había cuatro mil piezas de artillería solo en nuestro bando y cuando abrieron fuego..., bueno..., no tengo palabras para describir aquel sonido. La sacudida de un cañón pesado que teníamos detrás de nuestra trinchera hizo que se fisurara la juntura de mi cantimplora y el agua se me caía por la pierna. Con tanta rapidez como había empezado, la descarga se detuvo, y hubo entonces unos angustiosos minutos de un silencio vacío y oscuro. En mitad del silencio empecé a oír a lo lejos granizo golpeando un tejado de

hojalata hacia el este; pero el sonido venía hacia donde yo estaba y se hacía cada vez más intenso en la oscuridad. Me pregunté: «¿Qué es ese golpeteo?». Se me erizó el vello del cuello cuando me di cuenta de que eran hombres calando sus bayonetas. Decenas de miles de bayonetas. Ciudades enteras encajando cuchillos en sus fusiles. La orden había sido dada en el distante extremo de la línea y era el propio ruido el que la transmitía: los hombres lo oían y entendían qué tenían que hacer. El tipo que estaba a mi lado encajó su bayoneta en la boca de su Springfield y yo armé la mía y giré la cabeza para ver las manos pálidas que subían y bajaban en la oscuridad, con el golpeteo alejándose en dirección al río Meuse. Junto a mí estaba mi mejor amigo, Walter Liddy, un tipo de Pensilvania que empezó a rezar en voz alta. El sargento venía por la trinchera arrastrando una caja y se paró a mi altura. Sin decir una palabra, empezó a colgarme granadas de mano en el ceñidor, enganchándolas por la palanca de seguridad, y me llenó los bolsillos, hasta que me había dado unas veinte. Pesaban mucho, pero me sentí protegido por la cantidad de granadas que podía lanzar. Entonces, estallaron los cañones, dejándonos sin respiración, y los sargentos empezaron a gritar y empujar y salimos de la trinchera justo en el momento en que la artillería alemana levantaba un muro de metralla ante nosotros. Un proyectil cayó sobre un hombre que estaba detrás de mí y lo lanzó por el aire como si fuera una muñeca de trapo en un tornado. Me tiré al suelo..., tenía la espalda abrasada por las esquirlas que me habían atravesado la mochila y la ropa. Luego me contaron que el tipo al que había dado el proyectil era Walter Liddy..., el bueno de Walter, siempre con sus chistes y fumando su pipa... Después de veinte minutos en los que mi enfado fue creciendo por momentos, saqué fuerzas de flaqueza y corrí como pude los cerca de cien metros que me separaban de la primera alambrada, donde estaban enganchados tres o cuatro docenas de hombres muertos. Los que venían detrás de mí pisaban sus espaldas para poder pasarla, pero algunos se agachaban sobre los cadáveres más grandes y empezaban a quitarles las granadas. Vi que habían cargado de granadas a los de la primera oleada, porque *lo previsto* era que los mataran, quedaran enredados en la alambrada y sirvieran así de *depósitos* para las oleadas que vinieran detrás... ¿Qué te parece? Ahí es cuando descubrí cuál es el valor que un maldito general le da a una vida. Dejé allí todas mis granadas sin explotar, cogí mi Springfield y salté por encima de la alambrada, pisando la espalda de un tipo de Aliquippa que tocaba muy bien la armónica... Se llamaba Angeloz. Los cuerpos estaban esparcidos por el suelo como si fueran basura..., estaban por todas partes. Supongo que nos tendríamos que haber vuelto todos locos, pero no hay tiempo para volverse loco cuando las balas de Mauser pasan silbando a tu lado. La locura vino después. —Byron dejó el vaso sobre la mesa, pero se cayó al suelo y rebotó delante de su zapato, aunque no pareció darse cuenta. Se volvió hacia su hermano, que se estaba cubriendo la cara con las manos.

»Ese día maté a muchos hombres, Rando. Se me daba bien acertar con los 30.06 Springfield justo debajo del borde del casco, y aquella tarde fue como disparar a calabazas en una huerta..., pero cada calabaza era un Dieter o un Fritz con pensamientos en la cabeza..., igual que yo. —Clavó la vista en el vaso del suelo. Su cara parecía algo que había tallado el viento en la ladera de una montaña.

El gerente bajó las manos y miró por el hueco de la puerta delantera hacia la serrería, donde cada bocanada de vapor hablaba de una tabla que se había extraído de la entraña de las cosas.

—¿Fue el día de las peores heridas?

Solo movía los labios.

—Al anochecer, me desmayé por la sangre que había perdido. Mi mochila estaba empapada

y no me di cuenta.

—¿Metralla? —preguntó su hermano.

—En el hospital de campaña —dijo Byron, mirando a su hermano y moviendo toda la cara —, lo que me sacaron de la espalda fueron cinco dientes de Walter Liddy.

Oyeron que se abría la puerta trasera y a Ella salir al embarrado jardín. Randolph la imaginó deseosa de que una garza echara a volar, que sonara un silbato, que cualquier cosa atravesara el cielo plumizo y la distrajera de todas las cosas que sabía.

CAPÍTULO NUEVE

Un sábado por la noche, el gerente estaba sentado en su porche, tocando el acordeón, contrariado por no recordar más que canciones italianas. Acertó con los botones de la mano izquierda para «Torna a Surriento», y las lengüetas más graves del instrumento se lamentaron contra su pecho. May estaba sentada en el borde del porche, escuchando en silencio. Randolph pensó en los usos de aquella parte del país, según los cuales, el que él hablara primero le daba permiso a ella para hacerlo.

—¿Alguna petición? —bromeó él.

Ella contestó como si hubiera estado esperando la pregunta.

—¿Sabe tocar «Sweet Hour of Prayer»?

Él deslizó las puntas de los dedos de su mano izquierda sobre una ciudad de cúpulas de ébano.

—¿Es una de sus favoritas?

—Es lo que cantaron en el entierro de mi marido.

Él tocó el himno con cuidado, mientras pensaba en la larga y angustiosa carta que tenía que escribir a su mujer. Ella lo había amenazado con separarse de él por haberse ido a un sitio adonde no podía acompañarlo, y él iba a volver a decirle que, cuando acabaran de talar aquella riquísima extensión y hubiera recuperado de algún modo a su hermano para la familia, volvería con ella de manera permanente. El gerente arrancó un melancólico acorde al instrumento y se preguntó si no estaba fabricando un cuento de hadas para su mujer: quizás Lillian no podía ser feliz ni su hermano recuperar la cordura. Su esposa era una mujer delgada, de pelo sedoso y mirada inteligente, una persona afectuosa, incapaz de vivir sola. El mero recuerdo de su sutil perfume le hacía querer subirse a un tren rumbo al norte y dejar atrás el rostro desasosegado de su hermano, aquel hermano al que quería, el hermano que lo había sacado de debajo del hielo del estanque familiar, cuando su cianótico corazón había estado a un latido de pararse. Comprendió la necesidad de su mujer, pero pensó, también, que ella debía respetar la enorme cantidad de dinero que su familia estaba sacando de aquella explotación. El acordeón soltó un último suspiro y él cerró todos los registros, excepto los de las lengüetas más agudas, y empezó a tocar un vals alemán. Mientras le arrancaba al instrumento trinos de notas que zumbaban como abejas, Randolph recordó el tacto de su mujer y la mano de su hermano en su hombro mojado por el agua del estanque.

Se oyó entonces el ruido sordo de un disparo que provenía del *saloon*, al que siguió un confuso griterío. Al otro lado del aserradero, se abrió la puerta de la casa de Byron y Randolph se desembarazó del acordeón, saltó del porche y corrió para detenerlo.

—By, para —gritó—. Quiero que me des tu pistola.

Su hermano, que acababa de llegar al callejón por el que se salía de la zona de los blancos, se paró y se volvió.

—Son dos tramperos los que están causando problemas. Los vi cuando llegaron por el bosque.

Randolph alargó las manos con las palmas hacia arriba.

—Intenta arreglarlo de otro modo.

Byron miró las palmas abiertas con los ojos temblorosos.

—Ya sabes que el ángel de la muerte no deja de ser un ángel.

—Por Dios, no digas esas cosas. —El gerente no sabía qué pensar, ni cómo interpretar afirmaciones como esa.

Byron le entregó de improviso su pistola, con el cañón apuntando al suelo.

—A veces no hay otra opción —dijo con sencillez, y siguió por el oscuro callejón hacia el creciente alboroto, inclinado hacia adelante, como un hombre al que persigue un viento frío.

A la mañana siguiente, el gerente estaba sentado en la mesa en silencio, mientras May le preparaba el desayuno.

—¿Se ha enterado? —preguntó ella por fin.

—Dios mío. —Apoyó las manos en el regazo.

—Antes de entrar por la puerta de los blancos, dicen que se hizo con una pala de mango corto. Estaban peleándose como gatos en un saco ahí dentro, y él los dejó fuera de combate con un par de rondas de mandobles. Los tramperos no se despertaron hasta el amanecer. —Le sirvió café y lo miró a los ojos—. Tiró sus pistolas al estanque, y ya hace un buen rato que se han largado de aquí. ¿Quiere beicon con la sémola y los huevos?

La estancia estaba muy iluminada por la luz del sol y pudo observarla con detalle. En sus ojos verdosos se veían unas motas amarillas, y tenía un cutis tan próximo al color marfil y unas facciones tan poco marcadas que en el norte sería una persona distinta. Todo lo que necesitaba para tener una nueva vida era un billete de tren.

—¿De dónde saca todo el cotilleo? ¿En la valla?

—Conozco a un niño negro, uno de los aguadores. Me cuenta todo lo que pasa.

—¿Cuál de ellos?

—Floyd. Tiene el pelo rizado y lleva una gorra de esas que llaman ustedes de golf.

Randolph miró por la ventana a la serrería, que acababa de comenzar su actividad. Por las chimeneas de la sala de calderas salían alargadas columnas de humo blanco.

—Ese niño es blanco.

—Pues él no lo sabe... —dijo ella, pasando junto a su codo para acercarse al fogón.

En julio, el calor hizo mella en las cuadrillas de leñadores. El gerente viajó a Nueva Orleans para contratar un médico, consciente de que solo alguien a quien nadie quisiera, de barba cana y con pocos conocimientos de medicina moderna aceptaría trabajar en un sitio como Nimbus. Sydney Rosen, que había sido médico militar en la Guerra Hispano-estadounidense, pero que había perdido el puesto por salvarle la vida a un general sin anestesia, se bajó con dificultad del tren maderero un caluroso mediodía. Bajo un sombrero de campaña de fieltro, se podía ver el

rostro flácido e insustancial de un comandante confederado que ha pasado demasiado tiempo en el campo de batalla. A un lado del almacén, los carpinteros habían construido un dispensario rectangular, donde el hombre podría tratar el golpe de calor, la gripe, la neumonía, la malaria, fracturas de los dedos de los pies y amputaciones de los dedos de las manos. El médico dispuso allí su instrumental y se sentó a esperar dentro, con la puerta abierta, a resguardo del sol.

Randolph siguió vigilando a su hermano y visitando el *saloon* como un aburrido leñador más, aunque siempre temeroso de ver destellar una pala. Los sábados generaban trifulcas del mismo modo que las tardes calurosas generaban tormentas. Eran hombres jóvenes y fuertes, tan musculados por el diario manejo de las sierras que nada podía detenerlos cuando estallaba la pelea en medio de la borrachera. El último sábado de julio, la parte de los blancos bullía con el ruido de las botas y el arrastrar de sillas, mientras unos treinta hombres maldecían a voz en grito, jugaban a las cartas y bebían en medio de la densa niebla del humo del tabaco de liar, que flotaba en la estancia como una lona de algodón. Todos sudaban por la humedad ambiental, el suelo estaba resbaladizo por el barro que soltaban las botas y la barra —una tabla de ciprés de casi un metro de ancho, apoyada en barriles metálicos— exhibía un revoltijo de botellas y sombreros con manchas de sudor. En una mesa grande que había en una de las esquinas, Vincente, un hombre de manos cuidadas de color aceitunado, dirigía la partida de póquer y esbozaba una sonrisa cada vez que recogía las fichas y apartaba lo que ganaba la casa; y cuando perdía, también sonreía. Estaba bebiendo demasiado, lo mismo que todos. Hacia las once, la sala entró en erupción cuando un corpulento y desgarrado leñador rompió en pedazos una banqueta. A continuación, un aserrador le rompió una silla en la rodilla y un tornillo saltó y golpeó al crupier en la oreja. Vincente se puso en pie de un salto, gritó algo que nadie entendió, sacó una Colt automática y disparó una bala que percutió en la máquina tragaperras situada en el extremo opuesto de la sala.

En una mesa esquinada, el gerente sostenía en sus manos una cerveza que se le había quedado caliente, cuando vio a su hermano entrar desde el porche con la pala de mango corto levantada. Anduvo hasta el fondo de la larga sala, sin prestar atención a dos peleas a puñetazo limpio junto a las que pasó, y apoyó la punta de la pala en la mesa de póquer.

—Déjame tu pistola un momento.

Los ojos del crupier eran pequeños y tenían el color rojizo del tabasco.

—Creo que no es necesario.

Byron levantó la pala y hundió la punta casi medio palmo en la mesa, cortando por la mitad una de las fichas de arcilla.

—Yo creo que sí.

El italiano miró la pala un momento y le entregó su pistola azul con un gesto burlón. Byron se acercó a una ventana, tiró los cartuchos a la oscuridad y lanzó la pistola sobre la mesa de póquer, en el momento en que un cuello de botella volaba junto a su cabeza y se estrellaba contra la pared. Se volvió hacia los dos que peleaban, agarró al que tenía más cerca, le sacó medio cuerpo por la ventana de guillotina y quitó de un tirón el trozo de listón que sujetaba la pesada hoja, para que esta cayera sobre su espalda y lo dejara encajado contra el marco, mientras aullaba de dolor. La otra pareja dejó de darse puñetazos y salió apresuradamente, atravesando el porche y bajando los peldaños. Un fogonero se subió a la mesa, desclavó la pala y se la pasó a Byron, que la utilizó para levantar la hoja de la ventana y sacar al que se había estado peleando, un enorme muchacho bizco, que lo insultó y le lanzó un torpe gancho que le hizo tambalearse por la

borrachera. Byron lo agarró por los tirantes de sus pantalones de peto y lo lanzó entre los escupitajos y la ceniza del suelo; a continuación, lo cogió por una bota y lo arrastró fuera hasta el barrizal que había delante del *saloon*, donde empezó a golpearlo con la pala.

—Tranquilízate, hijo de puta, o te voy a dejar más plano que uno de esos relojes de bolsillo de un dólar.

El muchacho soltaba alaridos y se protegía la cabeza con las manos.

Randolph volvió a su silla dentro del *saloon*, se sentó solo y observó cómo todo volvía a la normalidad, mientras los hombres pedían otra ronda y liaban cigarrillos. Nadie parecía advertir su presencia y se preguntó cuántos sabían quién era él, ya que era Jules el que se encargaba de toda la contratación y supervisión.

Galleri se acercó con otra cerveza y la puso en la mesa.

—Esta corre de cuenta de la casa —dijo, secándose los finos dedos en su mugriento delantal. Randolph asintió con la cabeza—. Me alegro de que no golpeará al crupier. —Galleri pasó su trapo por la mesa.

—¿Por qué?

El encargado del *saloon* era italiano, pero, según Byron, su familia había emigrado desde el norte de Italia hacía cien años, y odiaba a los sicilianos.

—Porque para darle a ese no hacía falta engrasar la pala.

A la mañana siguiente Randolph se levantó aturdido y mareado. Se sentó en la cama, se frotó el cráneo con las dos manos y sintió el regusto de la cerveza de Galleri, que seguramente había fermentado en un bidón oxidado. Miró a través de la cortina a la casa de su hermano. En el jardín trasero, un hombre dormía sentado, esposado a un volante de inercia de una tonelada.

Uno de los niños aguadores pasó junto a él, lanzó una patata al prisionero y le acertó en la cabeza. El hombre se despertó con un quejido y se retorció en medio de su confusión. Byron salió al jardín con una taza de café en la mano, en el momento en que su hermano se acercaba andando.

—¿Qué tenemos aquí, By? —Sonrió a su hermano, pensando que alguien tenía que hacerlo.

Byron bajó la vista hacia el hombre y dio un trago a su café.

—Uno al que le cuesta aprender.

Randolph se dio cuenta de que era un hombre joven. Mantenía la vista fija en la tierra que había entre sus piernas, y no la levantó cuando dijo:

—Tengo la cabeza a punto de estallarme.

Byron vació en el suelo el poco café que quedaba en su taza.

—Pues tienes suerte de que no te la arrancara y la echara por el retrete.

El prisionero levantó los grilletes.

—¿Por qué tengo que estar encadenado?

—Me parece que le debes algo a Galleri por rotura de mobiliario. —Dirigió la vista a Randolph—. Es su segunda pelea este mes.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó el gerente.

El hombre levantó la cabeza como si se le fuera a caer de los hombros.

—Usted es el jefe.

—Y tú estás despedido. Que te den tu paga y te vas a Poachum en el tren.

La cadena tintineó.

—Eh, que no voy a volver a pelearme. Usted necesita buenos tronzadores como yo, señor Aldridge. —Lo miró con sus ojos bizcos y él pudo ver su rostro magullado y los lagos verde aceituna que formaba la sangre atrapada bajo su piel curtida.

—Pero es que yo no quiero problemas en el *saloon*.

El hombre meneó su cabeza greñuda y levantó la mano con el grillete.

—Necesito seguir trabajando para enviar dinero a casa. Eh, deme otra oportunidad, señor. No me voy a volver a acercar a la barra del espagueti ese.

El gerente estaba a punto de irse, pero algo en la cara de su hermano lo detuvo.

—¿Qué opinas?

Byron cerró un ojo y miró el interior de su taza.

—Creo que tenemos que dejar que este imbécil se recaliente aquí al sol y soltarlo para el turno de la una. —Empujó el zapato del hombre con su bota—. Y si vuelve al *saloon*, lo despellejo para hacer un fricandó.

—Aquí no necesitamos tipos así.

Byron se agachó y miró a los ojos de resaca del muchacho.

—Bueno, eso nunca se sabe —dijo.

—Déjeme seguir con el trabajo —chilló el muchacho—, y gastaré la sierra hasta que no le queden dientes.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el gerente.

—Clovis Hutchins —contestó él, inclinándose hacia un lado para escupir—. ¿Puedo usar aquel retrete?

—Puedes mearte encima —le contestó Byron en voz baja.

El hombre cerró los ojos por algún dolor que sentía en su interior.

—Mearé alambre de espino en un casquillo de bombilla, si me mantienen el trabajo.

Byron miró a su hermano.

—¿Y bien?

Randolph chasqueó la lengua y pensó en lo que valía un tronzador.

—Si crees que puedes acabar de madurar antes de que te maten, puedes quedarte.

Los dos hermanos se dirigieron al porche y Byron preguntó:

—¿Estás bien?

—¿A qué te refieres?

—Te veo pálido, hermanito.

Randolph frunció el ceño.

—Es esa maldita agua. Y el aceite de ricino que sirven como cerveza tampoco ayuda. De hecho, me está dando un apretón ahora mismo.

Desde que llegara al asentamiento, el agua del aljibe había arruinado sus digestiones. Volvió andando rápido a su casa, en línea recta, sin ni siquiera esquivar los charcos, entró precipitadamente en el retrete y estuvo allí sentado media hora. Más tarde, apareció Jules preguntando por él y el gerente le pidió que se encargara de todo ese día, que dictara por teléfono los albaranes de entrega y planificara el horario de la serrería para atender los pedidos. Lo

siguiente que hizo fue decirle a May que hirviera jarras de agua para beber y que las metiera en la fresquera que tenían en el porche trasero.

El día siguiente amaneció sin nubes y a mediodía era un candente y continuo destello. Después de comer, el gerente volvió a instalarse en el retrete, donde soñó despierto con el aire seco de Pensilvania y sus verdes y empinadas colinas. La cabeza le martilleaba y continuamente le venía al pensamiento su delgada mujer; bajó entonces la vista y vio que la tenía dura como una zanahoria. En ese momento, la puerta del retrete se abrió de golpe y la criada se adentró en la sombra del interior desde la cegadora claridad. Se empezó a levantar la falda, pero cuando sus ojos se hicieron a la penumbra y lo vio, salió de nuevo apresuradamente sin decir nada. Aturullado, el gerente se cubrió en el momento en que le venía un intenso retortijón y dijo en voz alta:

—Podía haberse disculpado.

Después de la cena, le volvieron las fuerzas. Escribió la carta semanal a su mujer, estuvo leyendo un ejemplar del *Southern Lumberman* hasta que se quedó adormilado y a las nueve se fue a la cama. La condensación oscurecía las paredes de tablas del dormitorio y él sentía el aire entre los dedos. Randolph estaba acostado boca arriba y sin taparse, respirando trabajosamente en aquel ambiente húmedo. Enseguida se durmió profundamente y empezó a soñar con troncos que flotaban por el estanque hacia la serrería y, después, con su mujer, que se deslizaba con él bajo las sábanas en una fresca habitación del norte y le hacía gozar con el suave tacto de su piel. La cama parecía mecerse lentamente, como la hamaca de un barco de vela, y el movimiento le proporcionaba un placer inconmensurable. Se deslizaba suavemente por un mar cálido y su sangre era como la marea que cosquilleaba a través de él. Soltó un leve gemido y abrió los ojos, pero al principio tenía la visión nublada y no vio a May, y pensó que seguía soñando cuando ella se acuclilló sobre él con su camión de algodón, la cara serena y atenta mientras se movía con una suave cadencia en la penumbra. Pasado un momento, él se dio cuenta de que estaba despierto y dejó de moverse, pero su mente no parecía reaccionar; y ella continuó, con los ojos cerrados, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de él y de los chirridos de aquella cama.

A la mañana siguiente, él la encontró en la cocina. Le parecía imposible decir algo que no resultara grosero, pero tenía que hablar con ella y se sentó en la mesa, mientras ella sacaba las cenizas de la cocina. Finalmente se decidió a hablar:

—¿Fue el de anoche un tipo de servicio de criada del que disfrutaba el anterior gerente?

Cuando ella lo miró, él se dio cuenta de que no sabía nada de aquella mujer.

—Solía venir a tocar a mi puerta —dijo ella—, pero nunca le abrí.

Él levantó una mano con la palma hacia arriba.

—¿Y por qué a mí sí?

—Usted es inteligente. No es feo. —Ella se inclinó hacia él, como para admirar su cara—. Y usted es blanco. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el jardín—. Mi padre tiene un cuarto de sangre negra. Mi madre era una mujer blanca a la que criaron esos indios que están cerca de Charenton. —Se sentó a su lado y puso un brazo en el centro de la mesa, donde la luz que entraba por la ventana caía sobre su piel—. Mire esto. Solo mire. Si yo no viviera con ese viejo y no me dedicara a limpiar los orinales de un elegante yanqui, ¿qué diría usted que soy? Tengo la piel más clara que el Galleri ese. Y tengo el pelo de una española.

Randolph pensó en su mujer y le asustó el sentimiento de culpa que estaba empezando a crecer en su interior. Él siempre le había sido fiel durante las largas separaciones que provocaba

su trabajo. La pasión no era para él algo que sentía a diario, sino algo animal, algo que parecía causado por los cambios de estación.

—Estoy casado —le espetó.

La criada sonrió.

—No voy detrás de usted, señor Aldridge.

—Pues yo no quiero comprar ese tipo de favor.

Ella bajó la cara y lo miró moviendo únicamente los ojos.

—¿Me imagina usted pasándole la factura?

Inquieto, él se enderezó en la silla y retiró las manos de la mesa.

—¿Vas por ahí con muchos hombres?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo veintidós años y tampoco lo he hecho tantas veces. —Movié hacia afuera el labio inferior—. Puedo tomarlo o dejarlo.

Él se levantó y se sirvió agua hervida de una jarra.

—¿Y por qué lo tomaste anoche?

—Porque quiero tener un hijo blanco. —A él se le cayó el vaso, que se hizo añicos contra el suelo—. Tenga cuidado. —Ella empezó a barrer antes de que él diera un paso, lo apartó con la cadera y, en un momento, estaba vaciando los trozos de cristal del recogedor en el cubo de la basura.

—¿Por qué quieres tener un hijo? —preguntó él, mientras ella le alargaba otro vaso—. Quiero decir..., ¿de ese modo?

Ella le llenó el vaso.

—Mi viejo tiene una enfermedad respiratoria y se pasa la noche con estertores. A mí me da mucha pena, pero no va a durar mucho y, cuando no esté, no voy a tener nada que hacer. —Cruzó los brazos y se apoyó en la encimera.

—Podrías casarte.

—Podría. Aquí me casaría con un negro, lo cual no es malo, pero mi único futuro sería tener niños y pasar hambre. —Levantó la vista hacia él—. ¿Se ha fijado usted alguna vez en mi forma de hablar?

Él comprendió a qué se refería.

—Has ido a la escuela.

—Ocho cursos. Dos de mis maestras eran del norte y hablaban como usted. Enseguida me insistieron en la importancia que tiene tu modo de hablar, porque no es solo una cuestión de palabras, sino que son un signo de quién eres. Algunos dicen que *eres* tus palabras.

Él volvió a sentarse y pensó que con un niño blanco ella podría ir a cualquier sitio y ser aceptada. Podría conseguir un trabajo para blancos y algún tipo de formación para blancos. La gente se fijaría en su hijo y no tendría dudas. El niño tendría oportunidades y podría mantenerla cuando fuera anciana. Contuvo la respiración y consideró las posibilidades que le brindaría a ella una vida así. Se acordó entonces de su esposa, de dónde estaba él ahora y de su posición allí.

—Yo no voy a tomar parte en esto —dijo él—. Siempre podrás encontrar otro hombre blanco.

Ella ladeó la cabeza y comenzó a decir algo. Él supuso que quería explicarle que no quería que el suyo fuera el hijo de un paleta, pelirrojo, lleno de pecas y poco inteligente. Pero lo que

dijo fue:

—No se preocupe usted por mis motivos, señor Aldridge. Fui con usted porque usted quiere a su hermano, solo por eso. Ese es el tipo de cosa que puede llegarle a un hijo.

Ella se retiró en silencio y salió hacia su caseta por la puerta trasera. Él la observó desde el umbral, hasta que los mosquitos lo empezaron a abrasar como rescoldos en el cuello.

CAPÍTULO DIEZ

Las semanas se arrastraban entre la neblina, mientras nuevos hombres llegaban para completar las cuadrillas de leñadores mermadas por la fiebre y las mordeduras de serpiente. La serrería había añadido otro turno de cuatro horas y, aun así, no daba abasto con los pedidos que Randolph gestionaba ahora a través de una nueva línea de teléfono conectada a la central de Tiger Island. Al final del día siempre iba a visitar a su hermano, quien cada vez tenía más discos, amontonados en altas pilas alrededor de su Victrola: nuevas baladas sentimentales que escuchaba después de llegar a casa con sangre fresca en su pala. Sorprendido por lo lacrimógeno de aquellas canciones, Randolph preguntó una vez:

—¿De verdad puede la gente sentirse de ese modo?

El gerente había tolerado muchas horas de esas canciones y solo una vez le había sugerido a su hermano que encargara polkas o música *ragtime* sin letra. Byron metió en su funda un disco de la compañía discográfica Gennet y le contestó:

—Esas son las palabras que yo necesito. Es como si intentaran hacerme feliz. —Su sonrisa al decir esto no era en modo alguno irónica y el gerente hizo un gesto con los ojos.

—Bueno, las canciones están bien, By.

—A veces, casi logran hacerme sentir como cuando salíamos con las hermanas Wescott.

—Las tontas de las Wescott.

Byron metió el disco en el armario del Victrola y un momentáneo destello de pánico cruzó sus ojos.

—¿Volvió su hermano de la guerra?

—No lo sé. —Randolph sabía que Jamie Wescott había sido declarado desaparecido en combate y cambió el tema de la conversación, preguntándose en voz alta si Buzetti volvería a enviar a alguien para causarles problemas.

Byron sacó un brillante disco de laca anaranjada.

—Si lo hace, nos enteraremos, ¿no te parece?

—¿Qué disco es ese?

—«Down the Lane and Home Again» —dijo Byron clavando los ojos en Randolph—. Este le habría gustado a Jamie.

El gerente empezó a cerrar con pestillo la puerta de su dormitorio por la noche. En una ocasión, antes de dormirse, escuchó cómo vibraba suavemente, y el prometedor sonido lo llenó de miedo y añoranza.

Pasaron las semanas y llegaron impetuosos los aguaceros y tormentas de septiembre. Un sábado estuvo todo el día metido en casa contemplando los rayos y la cortina de agua. La ciénaga se desbordó y el agua arroyaba por las calles del asentamiento en dirección a la serrería, la cual cerraron para que las cuadrillas de aserradores protegieran con sacos terreros la sala de calderas y la dinamo.

Mientras la lluvia repiqueteaba sobre el tejado, Randolph observaba sentado cómo May trajinaba de un lado a otro con el vestido de estar en casa recién planchado. Se acercaba, se alejaba, pasaba a su lado..., hasta que él ya no pudo aguantar más aquel ágil movimiento, alargó el brazo y apoyó la mano en la parte de abajo de su espalda. Estaban en la pequeña sala de estar, junto a su escritorio, y ella se paró para mirarlo a la cara.

—¿Qué?

Él enarcó las cejas esperanzado.

—¿Sigues queriendo tener un bebé blanco?

Ella le apartó la mano de la espalda.

—Ya no es necesario.

Él se levantó y acercó su cara a la de ella.

—¿Por qué no? —Percibía el olor a almidón de su vestido.

—Porque aquella vez ya funcionó.

—¿Estás embarazada? —dijo él con un ahogado grito de asombro. Él y su mujer lo habían intentado durante años sin ningún resultado.

—Así es.

Él se pasó ambas manos por el pelo, que la humedad mantenía pegado al cráneo.

—¿Y cómo te sientes?

—Me siento como quiero sentirme —dijo ella con rotundidad mientras volvía la vista hacia él.

Él comenzó a notar su propio rubor.

—Si necesitas cualquier cosa, dime. Quiero ayudar.

Ella apoyó un puño en la cadera y lo miró a los ojos.

—¿Y...?

Él tragó saliva y pensó qué iba a decir.

—Que si te volvieras a acostar conmigo, lo agradecería.

—No —dijo ella—. Yo no lo necesito. Y si usted lo necesita, es hora de que coja ese tren y se vaya a ver a su esposa. —Cogió el cubo con el que había estado fregando el suelo, se acercó a la puerta y lanzó el agua fuera—. Y ahora dígame qué quiere para cenar: ¿costillas de cerdo o jamón?

Al día siguiente él se sentía triste y vagó indolente por la casa con un par de pantalones de trabajo y una camiseta interior, sin ni siquiera afeitarse. Comenzó a llover de nuevo a mediodía y abrió la puerta mosquitera de la puerta principal para contemplar cómo se llenaban los charcos en la calle de gravilla de conchas, mientras intentaba recordar qué hacía él los domingos en Pensilvania, mil años atrás... Recordó que iba a la iglesia y entonces cogió una biblia que había en una estantería de su dormitorio. Después de leer varios capítulos, rezó una oración por su hermano, cogió un impermeable que estaba colgado en la puerta y salió bajo la tormenta.

Byron lo vio acercarse chapoteando en los charcos y, cuando subió al porche, le señaló una

silla con un gesto. Juntos observaron la cortina de agua. Randolph se quitó el impermeable sin levantarse, se apoyó en el respaldo de la silla, alargó la mano y tamborileó los dedos en la pierna de su hermano.

—¿Has sabido algo? —Byron frunció la boca como un monedero y negó con la cabeza—. Llamé al agente y le dije que me avisara en cuanto viera el primer indicio.

—A lo mejor los habéis ahuyentado —dijo Byron—, tú y tu maldito ejército. —Se levantó y entró en la casa, y el gerente oyó cómo hablaba con Ella.

La lluvia se volvió cada vez más fina, hasta convertirse en un rocío que arrastraba el viento, y Randolph volvió a casa, atravesando un enorme charco en el que el agua le llegaba al tobillo y le hacía sentirse como un pez en agua sucia. Vio que el caballo había salido del establo y estaba junto a la locomotora, escuchando el ruido que hacía el soplador por la presión que el maquinista le estaba dando al vapor para poner en marcha el tren. Empezó a llamar al animal, pero se dio cuenta —la boca abierta, enmudecida— de que no tenía nombre.

A la mañana siguiente, el gerente estaba sentado en su despacho de madera sin pintar, cuando entró su mujer. Estaba tan atónito que se olvidó de levantarse, y fue ella la que tuvo que tirar de él para abrazarlo y darle un beso cuya intensidad sorprendió a ambos.

—Lillian, ¿cómo demonios has llegado aquí? —Verla allí plantada lo había aturdido. Observó detenidamente el vestido de viaje hecho a medida y el elegante sombrerito que se apoyaba en su cabeza como una mano.

—Es fácil. Te subes a un tren, luego a otro y a otro y, al cabo de tres días, estás aquí. Cuando llegué a Tiger Island, cogí una habitación en ese pequeño hotel que hay en el parque.

—Me tendrías que haber avisado para que hubiera ido yo al pueblo.

Ella se quitó sus guantes negros de seda y los agitó hacia él.

—¿No te alegras de verme?

—Claro que sí. —Volvió a abrazarla—. Pero es que este sitio es muy agreste.

Ella miró por encima del hombro de él a través de la ventana.

—De eso ya me he dado cuenta. Fui a buscarte a tu casa y la criada me dijo dónde estabas.

Él buscó en su voz algún deje de sospecha.

—Hay muchísimo barro por ahí. —Se agachó para ver las estrechas botas de su mujer.

—Y huele —dijo ella vocalizando, después de una pausa—. Tú quizás no te des cuenta, pero este sitio huele a huevos podridos, a agua de ciénaga caliente, a aceite y a todo eso. —Se apretó la nariz entre el pulgar y el índice y lo besó de nuevo.

Él miró a la puerta detrás de ella.

—¡Lillian!

—Me cansé de esperarte y decidí que no me iba a enfadar más. Madre dice que ya era hora de que madurara. —Se rio y se apartó de la frente el sedoso pelo negro.

—¿Te vas a quedar aquí? Aquí es todo muy rudimentario.

Ella lo miró a los ojos.

—No te preocupes por mí, Rand. Voy a buscar dónde instalarme en Tiger Island y puedes venir a verme los fines de semana. Seguro que encuentro una casa amueblada en alquiler.

Él meneó la cabeza.

—Dudo que tengas mucho que hacer en un sitio como ese.

Ella hizo con el dorso de la mano un gesto de rechazo que lo sorprendió. Aunque estaba acostumbrado a la deferencia que le mostraban cientos de trabajadores, agradeció aquel movimiento.

—Hay una iglesia presbiteriana en el pueblo, donde seguro que necesitan una voluntaria para esto o lo otro. Y el gasto no va a ser problema. Entre tu sueldo y las primas, estás ganando el doble de lo que te solía pagar tu padre en otros aserraderos.

Ella se puso a hablar con resolución y detalle de todo lo que acontecía en su casa, de la frágil salud de su padre y novedades de los otros aserraderos. Parecía contenta, despreocupada, andaba de un lado para otro del despacho mientras hablaba y él se preguntaba qué podía haberla sacado del abatimiento en que había estado sumida durante los últimos años. Él se sentó y miró hacia el bosque. Puede que hubiera sido el viaje a aquel lugar. Y al verla tan vivaz y llena de energía, recordó que en realidad aquella era una tierra extraña y ajena.

—¿Crees que soportarás quedarte aquí esta noche? Si no, puedo hacer que el tren maderero te acerque a Poachum para que cojas el tren a Tiger Island. —Él la miró con ojos cómplices y ella se inclinó sobre él y le mordió con fuerza la punta de la oreja.

Randolph se dio cuenta de que, mientras servía la cena, la criada observaba a Lillian detenidamente. Su mujer estaba muy cariñosa, insinuante por momentos; lo retó a una partida de cartas y, después de una hora de ginebra, dejó caer con intención que estaba cansada y que se quería ir pronto a la cama. Por la mañana, el sonriente gerente se puso gomina en el pelo y una camisa recién planchada por primera vez en días, y cuando su mujer fue a sentarse en la sencilla mesa de la cocina, él le sacó la silla haciendo una reverencia. May, que estaba de pie junto a los fogones, lo miró a los ojos y se cubrió con una mano la sonrisa que acababa de esbozar, y él se ruborizó como un chiquillo.

A mitad del desayuno, Randolph oyó botas en el porche y levantó la vista en el momento en que su hermano entraba. Byron se paró en seco cuando vio a Lillian. Dirigió una rápida mirada a Randolph, se acercó a su cuñada y se inclinó para besarla en la mejilla. Ella sostuvo su cara entre las manos un momento y lo miró.

—¿Cómo estás, Byron?

Él se enderezó.

—No me puedo quejar, para ser un poli de aserradero.

—He oído que te has casado. ¿Cuándo me la vas a presentar?

—Cuando tú quieras. Es una mujer buena y paciente. —Sonrió al decir esto.

—Ya puede serlo, para estar contigo. ¿Siguen siendo la caza y los caballos tus principales preocupaciones? —Movi6 una de las sillas que rodeaban la mesa y le hizo un gesto para que se sentara.

—Últimamente, los caballos se los dejo a Randolph.

—¿De verdad? —Miró a su marido, que se encogió de hombros—. La última vez que te vi, estabas montado en Pretzel, aquel enorme caballo zaíno tuyo. ¿No te fuiste a caballo al oeste?

Byron miró un momento por encima de la cabeza de ella y a través de la puerta trasera.

—Fui en ese caballo de Oklahoma a México y, cuando se me murió bajo las piernas, anduve hasta el pueblo más cercano y me compré un Ford de segunda mano.

Lillian se movió en la silla y frunció el ceño.

—¿Ibas persiguiendo algún criminal?

—Algo así. ¿Y qué has estado haciendo tú todos estos años, duquesa? Me sorprende no verte rodeada de una buena camada de niños.

—Puede que algún día —lo cortó ella con rapidez—. Por ahora, he venido aquí al sur a vigilar a tu hermano.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Supongo que todo el tiempo que duren los árboles. —Alargó el brazo a través de la mesa para coger la mano de Randolph, quien se la ofreció y forzó una sonrisa—. ¿Y tú?

—Más o menos lo mismo.

—¿Y después?

Byron se puso en pie y ajustó la cartuchera.

—Eso nos preguntamos todos, ¿no? Quizás me dedique al vodevil. Estoy aprendiendo un montón de canciones.

—Bueno, tú ya sabías bastantes. ¿Tenéis algún piano aquí en los pantanos?

—No, con esta humedad, los pianos se acaban combando. Pero Randolph ha retomado el acordeón. —Hizo un gesto con la cabeza a su hermano—: Tengo que hablar contigo de un asunto, fuera. —Levantó el sombrero hacia Lillian y los dos hombres salieron.

—Byron Aldridge, todavía tengo muchas cosas que contarte —gritó Lillian por detrás de ellos.

Él no sonrió.

—Estoy seguro de que no tardaré en escucharlas todas. Me alegro de verte.

Randolph lo siguió al jardín delantero y pasó por encima de un surco lleno de agua a la calle.

—A ella le alegra mucho verte.

—Rando, ya lo sé. Señor, no parece ni un día más vieja que la última vez que la vi, y tan peleona como siempre. Sería capaz de romperle la crisma a una mula con su libro de himnos.

—¿De qué querías hablarme?

Byron señaló a la casa con los ojos.

—¿Se va a quedar aquí?

Randolph se rio.

—¿A ti que te parece?

—Entonces, ¿se queda en el pueblo? ¿En el Bellanger?

—Sí, irá dentro de un día o así.

—Se va a saber quién es, y eso no te interesa. Buzetti se va a enterar.

El gerente abrió la boca y se volvió para mirar la casa.

—Dios mío. No lo había pensado.

Byron sacó un puro del bolsillo de su chaleco y encendió una cerilla, pero no conseguía aplicar la llama a la punta. Su hermano alargó el brazo y le sujetó la mano.

—Si está decidida a quedarse, alójala en Nueva Orleans. Al menos, no estará anidando justo delante de sus narices.

—¿Cuánto tengo que contarle?

—Lo suficiente para que cierre las puertas con llave por la noche.

Un grito atravesó la explanada y Byron se giró hacia los barracones, donde había dos

hombres en calzoncillos largos junto a un tocón, golpeándose el uno al otro en el pecho, como si estuvieran machacando hielo.

7 de septiembre de 1923

Aserradero de Nimbus

Poachum, Luisiana

Padre:

Se han instalado las nuevas cepilladoras y dejan la madera que parece un granito rojo pulido «agradabilísimo de ver», como solía decir madre. Cuando se haya cortado todo el ciprés del Golfo, nadie va a volver a ver una madera como esa, a no ser que mandemos un trozo a un museo. El precio ha subido un dólar por cada mil pies de tabla esta misma semana.

Byron me escucha. Noto un lento cambio a mejor en su corazón y quiero pensar que las heridas de la guerra se van curando. Aunque todas las semanas llegan nuevos hombres al aserradero y tenemos frecuentes peleas en el saloon, él no ha herido de gravedad a nadie.

Me he visto obligado a volver a contratar trabajadores de los aserraderos de Texas que ya han acabado de talar. Normalmente, son hombres solteros sin civilizar, pero tienen unos brazos y unas espaldas de acero. Desgraciadamente, el cerebro también parecen tenerlo del mismo material. Son gente pobre y dura, como las vidas que les ha tocado vivir, pero, en general, compensan. Sigo con la política de pagarles con vales canjeables en nuestro almacén, para mantenerlos en el aserradero. Viven bastante bien, teniendo en cuenta que parte de su paga es el alojamiento, la leña, el agua y la electricidad. Para cualquiera que aprecie esas cosas, es mejor que vivir en un prado. Debo decir que la mano de obra es mucho más barata y menos exigente por estas tierras que en nuestra parte del mundo. Los aserraderos más grandes y antiguos de la región tienen mejores hombres, padres de familia, pero los mantienen. Si no, podría tener aquí menos salvaje.

Me he propuesto visitar a Byron todos los días. Seguimos esperando a que los gangters nos hagan algo, que es como esperar a que te caiga un rayo. Byron lamenta que no te encuentres bien. Algo es algo.

Tu hijo que te quiere,

Randolph

Alquiló una suite en el hotel St. Charles de Nueva Orleans hasta que Lillian encontrara una casa apropiada para alquilar. Después de dejarla instalada, cogió el tren de vuelta a Poachum y llegó al aserradero cuando ya había anochecido, agotado, pero con trabajo pendiente en su despacho. Se acercó en el caballo al edificio de la serrería y se sentó en su mesa.

Un viento fuerte y persistente soplaba del sur y empujaba la marea, que se coló en la explanada del aserradero como un charco de sangre. Estaba acabando de cuadrar unas cuentas, cuando oyó desde el otro lado del asentamiento la voz aguda y nerviosa de Galleri llamando a

Byron. Dejó el lápiz y bajó con rapidez los escalones hasta donde estaba el caballo, amarrado a un grifo. El capón empezó a andar en dirección al griterío que salía de la zona de blancos del *saloon*, pero, cuando un tiro de pistola pequeña interrumpió las voces, el animal inició un galope. En el claro de bosque sin luz de luna, Randolph pudo distinguir la figura de su hermano con una escopeta y tiró de las riendas para forzar al caballo a alejarse de lo que estaba oyendo.

—By —gritó.

Byron se detuvo. En el *saloon*, alguien chillaba: «*Gott im Himmel*».

—¿Qué?

—¿Necesitas la escopeta?

Su hermano hizo un gesto señalando el *saloon*.

—Escucha eso.

Se oyó otro tiro, al que siguió una nueva erupción de gritos. La luz del queroseno se derramaba por las ventanas y los gritos eran voces en llamas.

Randolph desmontó del caballo y puso la mano en el hombro de Byron.

—Quizás se acabe, si dejas que las cosas sigan su curso. Estas trifulcas son..., bueno, son algo natural y tú siempre estás interfiriendo.

Byron apoyó la culata de la escopeta en la punta de su bota y miró hacia abajo, de forma que Randolph no pudiera ver qué había en sus ojos.

—No sé qué hacer. ¿Me estás diciendo que me quede aquí?

—Nunca he estado en una batalla. No sé cómo es. No lo entiendo. —Retiró la mano—. Solo estoy preocupado por ti.

—Quieres que me quede aquí. —Byron volvió la vista hacia la casa oscura, donde ambos sabían que su mujer estaba escuchando—. Una especie de experimento. —Se oyeron diez o doce voces furiosas y una mesa salió volando por la penumbra de la puerta—. Quieres que crea en el «No matarás». Bien, pues creo en ello. ¿Pero qué me dices de esos tipos?

—Vamos a sentarnos en tu porche.

Dejó caer las riendas del caballo, que giró sobre sí mismo una vuelta completa y se quedó inmóvil como un tronco. Los dos hombres anduvieron hasta la casa de Byron y se sentaron en los peldaños del porche. Al cabo de un minuto, Galleri apareció en la puerta del *saloon* y se puso a chillar como una mujer. Siguieron cuatro detonaciones de una pistola de gran calibre y empezaron a salir hombres por la puerta y las ventanas, como avispones huyendo de un panal en llamas. El corazón del gerente se encogió y de repente se sintió asustado y estúpido.

El viejo doctor llegó renqueando con los zapatos y los pantalones puestos y los tirantes por encima de una camiseta gris de manga larga. Desde que había llegado a Nimbus, Sydney Rosen procuraba estar atento a gritos y tiros.

—No me puedo acercar ahí hasta que alguien desarme a esos hijos de puta.

Byron se volvió hacia su hermano.

—¿Ahora? —La palabra apenas se oyó.

Randolph apartó la vista y se levantó. Los tres hombres se encaminaron hacia los agujeros de luz al fondo del asentamiento y se pararon delante del *saloon* en el momento en que dos hombres sacaban a alguien a rastras al porche delantero: era el maquinista jefe alemán, que había recibido varios disparos. La sangre que lo cubría brillaba y él musitaba jadeante lo que parecía una oración.

El médico se arrodilló a su lado, palpó cada uno de los agujeros de bala, le quitó su sombrero de ala corta, se levantó y dirigió la vista hacia su pequeña casa, mientras se acariciaba la barba blanca.

—¿Diez minutos, quizás?

—¿Es que no puede hacer nada? —preguntó Randolph—. Seguro que hay algo... Por Dios, es nuestro maquinista.

El médico se apoyó en un poste.

—Lo que habría necesitado es un poco de medicina preventiva —dijo, mirando a Byron.

El enorme alemán tenía los ojos cada vez más abiertos y desenfocados, y movía los labios con el viejo lenguaje de la muerte, para intentar decir la última cosa que importaba. El gerente hincó las rodillas, acercó el oído a sus labios y se sorprendió de escuchar el debilísimo hilo de una canción. Una cuadrilla de leñadores negros y blancos lo observaban con los brazos cruzados, y un calderero se quitó el sombrero. Cuando el maquinista dejó de respirar, un hormigueo de pánico invadió al gerente, quien al poner las manos sobre el pecho del maquinista para intentar devolverlo a la vida, solo sintió el inerte movimiento de la muerte en su carne exánime. Se sentó entonces en el suelo con la mirada perdida, durante un prolongado momento que concluyó cuando dijo:

—Que alguien vaya a despertar a los carpinteros.

Galleri salió al porche con las manos envueltas en su mugriento delantal y dirigió a Randolph una mirada de reproche contenido.

—¿Qué? ¿Lo va a fletar de vuelta a Alemania?

El gerente lo miró con la boca abierta.

Byron pasó por encima del cadáver y entró en el *saloon*, donde el italiano que dirigía el juego de cartas metía cartuchos en el cargador de una pistola Colt.

—¿Qué ha pasado?

El crupier siguió insertando los gruesos cartuchos en el cargador.

—El tipo se puso como un..., ¿cómo dicen ustedes?, como un *chiflado*. Me dijo que lo estaba engañando.

Puso el arma en la mesa, se quitó su sombrero fedora, dio forma a la corona y se lo volvió a poner sin mirar a nadie. Junto a la puerta, gemía un apilador negro tendido en el suelo, con la mejilla apoyada sobre un charco de sangre y la bota izquierda encajada en una escupidera. Temblando en el suelo junto a la barra, había un peón de serrería que sostenía contra el pecho su brazo roto. Byron le hizo un gesto.

—¿Qué viste tú?

—Yo no vi una mierda —dijo el hombre, arrastrando las palabras y con la vista fija en sus botas—. Lo único que sé es que el señor Hans perdió toda su paga.

—¿Estaba borracho?

El hombre tenía la cara torcida típica de quien ha sufrido un ataque de apoplejía.

—Es sábado, ¿no? —Media cara era una mueca burlesca y la otra media tenía la seriedad de un difunto.

Byron miró al crupier.

—¿Quién disparó primero?

El italiano alargó la mano con la palma hacia arriba y juntó las puntas de los dedos.

—Eh, el tipo saca una pistola de dos dólares y se pone a apuntar aquí y allá... Consigue enfadar a todos... Se enfadan conmigo, con él... Y lo siguiente que hace es disparar. Dos veces. Puede que tres... —Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada—. Entonces me apunta a la cara y yo le disparo. Lo del negro fue un *accidenti*.

—¿Y tenías que dispararle al alemán cuatro veces?

—Eh, eso es defensa propia. —Cruzó las piernas y rompió el precinto de una baraja nueva—. ¿Qué le preocupa tanto? No es más que un *Kartoffel*. He oído que en la guerra mató usted más de estos que yo.

El peón del brazo roto volvió la cabeza al darse cuenta del error.

—No recuerdo tu nombre —dijo Byron.

—Vincente. ¿Por qué me lo pregunta?

El peón se quejaba de dolor al intentar ponerse en pie.

—Lárgate ahora mismo del aserradero y dile a Buzetti que puede enviar a otro crupier —dijo Byron.

Vincente sonrió entre una nube de humo.

—No va a poder ser. Buzetti es mi primo y este es..., ¿cómo dicen ustedes?, mi *territorio*.

Byron se acercó a la mesa.

—Escúchame —empezó a decirle con una sonrisa exageradamente amplia, pero se contuvo al ver la inexpresiva cara de Randolph observándolo desde el porche.

—¿Qué? —le preguntó Vincente con su sonrisa irónica.

—No vuelvas —susurró— hasta que las ranas críen pelo.

Al amanecer, el gerente, despierto todavía, escuchó a alguien andando sobre su porche y después el ruido de May al mover el pomo de la puerta de su dormitorio.

—Más vale que se levante y vaya a verlo —dijo la criada.

Se encontró a Byron fuera, sentado en una mecedora, fumando. Sin levantar la vista, este le dijo:

—Ojalá hubieras tenido razón.

Randolph vio una serpiente que pasaba reptando por la calle. Le llegó el olor del barro estancado, mezclado con el del humo de los hogares y el hedor de los retretes.

—Yo no entiendo nada, By. Me equivoqué. A partir de ahora, haz como venías haciéndolo. Solo te pido que lo pares lo más rápido que puedas. —Levantó la vista, vio el humo del desayuno, que se arrastraba por encima de los tejados de las casas despintadas, y sintió una profunda tristeza al recordar el último minuto del alemán borracho, aquel breve hilo de canción..., y empezó a silbar para intentar identificarla.

—«Lo, How a Rose E're Blooming» —dijo Byron.

—Un villancico. ¿Qué estaría pensando en ese momento?

Byron impulsó la mecedora hacia atrás y levantó la vista.

—Me gustaría saberlo, hermano.

—Sí.

—Si le hubiera pegado un tiro al alemán en el sitio preciso, quizás no habría muerto. Quizás no se habría disparado la bala perdida que acabó con el apilador.

—Haz lo que haya que hacer. Pero intenta no matar a nadie.

Su hermano balanceó la mecedora hacia adelante y cerró los ojos.

—¿Y qué habría pasado si Vincente y el maquinista ya hubieran estado frente a frente y yo hubiera tenido que elegir? Hans estaba tan borracho que no me habría escuchado. ¿Qué habría pasado si hubiera tenido que disparar a uno o al otro?

—Supongo que hay que salvar al mejor. Has hecho eso antes.

Randolph contempló el torturado perfil de su hermano, mientras este desviaba la vista para mirar al salón. Y entonces la voz de Byron se quebró:

—Tienes que decidir en medio segundo...

—No lo sé, quizás deberías llevar una pistola de menos calibre.

Byron meneó la cabeza.

—Podría vaciar un cargador de balas de calibre 38 en uno de esos leñadores enormes y, si está lo suficientemente borracho, sería como tirarle un puñado de grava. Eso es algo que aprendí haciendo de policía en tugurios para *cowboys*. —Apoyó la cabeza en el respaldo de la mecedora y miró a su hermano a los ojos—. ¿Qué quieres que haga *exactamente*?

—Disparar para herir. Si al final se mueren, al menos habrás intentado hacer lo mejor.

—¿Exponerme hasta el último tiro?

Una válvula de seguridad se abrió en el tejado de la serrería y dejó salir una amenazadora columna de vapor. Randolph entrecerró los ojos, sobresaltado por el áspero sonido.

—No lo sé. No lo sé...

—Hace un rato he usado la nueva línea de teléfono para llamar a la familia del alemán en Houston. He tenido que pasar por unas diez operadoras, el comisario jefe de Kirby y un predicador para poder hablar con su mujer. Señor, la mujer no paraba de llorar. Escuché cómo el auricular volaba y golpeaba la pared, y después, más ruido. Cuando colgué y abrí la ventana para que entrara aire, me pareció que sus gritos llegaban aquí desde Texas.

Byron se cubrió los ojos con una mano. Randolph se inclinó y lo cogió por un brazo.

—Vamos a entrar, By. La criada hace un café excelente.

Su hermano empezó a llorar.

—He estado preguntando por ahí. El apilador que estaba tirado sobre su sangre se llamaba Georgie. Era un buen muchacho, y era capaz de hacer que las tablas de dos por cuatro aterrizaran en su sitio como si fueran un pájaro.

—Venga, vamos —dijo Randolph, levantándolo con la mayor delicadeza posible.

En la cocina, la criada observó cómo los hombres se sentaban en la mesa.

—Dios bendito —dijo atónita—, un hombre llorando.

Por la noche, cuando en el denso silencio del asentamiento solo se oía el susurro del vapor que soltaban las calderas, Randolph vagaba por las habitaciones de su casa pensando en Hans. En Pensilvania, había cantado en la iglesia el villancico del maquinista durante las Navidades, incluso, algunas veces, en alemán. La tercera vez que entró en su habitación, se fijó en el brillo nacarado del acordeón tras una silla, lo cogió y lo apretó contra sí como si fuera una amante. Los dedos comenzaron a buscar la melodía y, como la mano encuentra el pomo en la oscuridad de la noche, encontró el villancico y comenzó a tocar con la esperanza de que las palabras vinieran a cabalgar sobre las notas que combatían el silencio. Cerró los ojos, recordó la nieve y las palabras

vinieron, una a una, como los pájaros que se posan en un alambre al caer el sol:

*Lo, how a Rose e're blooming
From tender stem hath sprung!
Of Jesse's lineage coming
As those of old have sung.*

Vinieron dos estrofas completas y recordó una representación navideña en la que las había cantado con su voz infantil. Le preocupaba que la canción fuera tan sentimental como las de los discos de un dólar de Byron, otro anestésico para enmascarar el verdadero dolor de la vida, pero mientras las lengüetas del instrumento vibraban, pensó en Hans intentando cantarla y se preguntó por qué, de todos los sonidos de toda una vida, había elegido aquel. Randolph añadió otro dedo a la melodía y cantó con el sentimiento de un niño:

*Wahr' Mensch und wahrer Gott,
Hilft un saus allen Leiden,
Rettet von Sund' und Tod.*

Cantó todo el alemán que tenía en la memoria y después lo cantó en inglés, abriendo todos los registros y puliendo el ritmo, hasta que las correas se deslizaron hacia los extremos de los hombros. Entonces se abrió la puerta de su dormitorio y apareció la criada con un camisón de franela.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó.

Al borde de las lágrimas y desconcertado, comenzó con un tartamudeo:

—Yo..., yo..., estaba cantando en honor de Hans.

May inspiró.

—¿En su honor? Señor Randolph, usted y el señor Byron tienen que dejar de ver todo lo que pasa en este verde planeta como si fuera un melodrama.

—Era un gran maquinista —dijo él, poniéndose a la defensiva.

Ella apoyó una mano en la cadera.

—El señor Hans hacía que esas máquinas corrieran más que un pollo en una mañana de domingo. Lo admito. Pero era un borracho desagradable y apestaba como una bayeta sucia.

Avergonzado, se giró, con el acordeón sobresaliendo de su abdomen.

—Supongo que estaba intentando encontrar algo liberador en su muerte.

Ella hizo un gesto.

—He oído que estuvo usted con él cuando murió.

—Sí.

—Dígame la verdad. ¿Ve usted algo bello en todo eso? ¿O no ha sido más que otro trabajador al que han matado a tiros en una partida de póquer? —Se acercó a él y puso una mano en su hombro—. Todos ustedes tienen que enfrentarse a las cosas tal y como son. Y ahora quítese el trasto ese y descanse. Lo estaba escuchando desde la cabaña y me estaba dando un miedo de muerte.

Él se descolgó el instrumento y lo puso en el suelo. En el momento en que May salía por la puerta, le dijo:

—¿Cómo te encuentras?

Ella giró la cabeza y, por encima del hombro, contestó:

—Digamos que un poco pesada.

Y se fue.

Randolph empujó el acordeón con el pie hacia una esquina y escuchó cómo este exhalaba un último suspiro.

CAPÍTULO ONCE

En menos de una semana, Lillian encontró una enorme casa con amplias galerías que se arrendaba en el District Garden, y Randolph se alegró de que estuviera más lejos aún del aserradero, porque a May no tardaría en notársele su embarazo. Él y la criada habían acordado contar la historia de que un blanco se había aprovechado de ella en Tiger Island. Ella le explicó que, en el sur, cuando se dice algo así, nadie pregunta nada más.

Randolph empezó a coger el tren correo del sábado por la tarde a Nueva Orleans y, al cabo de unas semanas, él y Lillian habían establecido una rutina. A las diez él llegaba a la casa de Prytania Street, donde ella le tenía preparado un baño caliente; y después, tomaban unas copas y hacían el amor. Cada viaje era un retorno a la civilización y a él le sorprendía bajarse del tren y ver gente que no apestaba en exceso, que no estaba salpicada de barro y estiércol y que no se paseaba con sierras de corte transversal y dientes plateados balanceándose sobre sus hombros.

Le parecía que la casa que Lillian había alquilado era excesivamente lujosa, tan luminosa — con sus medallones de escayola, paredes de color marfil, apliques de latón y puertas de cristal biselado— que le hacía daño a los ojos. Sin embargo, la profunda bañera de porcelana era una auténtica bendición, y le encantaba poder levantarse después del baño sin llevar en las posaderas las marcas del galvanizado y un número tres impreso.

Los domingos iban paseando a la iglesia por aceras de verdad, pero Randolph miraba continuamente al suelo, esperando encontrarse una serpiente mocasín de agua en cualquier recoveco soleado. El pastor era muy elegante y muy lúcido, rectilínea la espalda y rectilíneos sus razonamientos. Al gerente le parecía una refinada inteligencia a la que habían contratado por una elevada suma, y el aire que teñían los colores de las vidrieras lo encontraba perfumado de lógica.

Lillian empezó a hacerse a la cultura de Nueva Orleans, al calor del mediodía y al picante de las comidas. Él había tenido miedo de que ella se sintiera sola y echara de menos su casa, pero parecía feliz de vivir por su cuenta, alejada tanto de su desabrida familia como de su suegro, quien últimamente no dejaba de sermonearla sobre la responsabilidad y el dinero. No solo no se quejaba ya de que Randolph fuera aburrido, sino que manifestaba con frecuencia lo orgullosa que se sentía de lo que él estaba intentando hacer por Byron. Él pensaba que incluso el cutis de ella había mejorado con la humedad.

El domingo por la noche él se subía a uno de los ventilados vagones del tren correo, rumbo al oeste, donde volvía a adentrarse en la oscuridad. El tren atravesaba fantasmagóricos campos de cultivo, en terrenos de aluvión junto al río; seguía por prados asolados por el agua que conducían a las ciénagas, donde todo se enlentecía como un reptil al acecho y los árboles que bordeaban la vía devolvían el estrépito que producían las ruedas del tren. Poachum estaba a solo un centenar

de kilómetros de los tranvías, las bandas de *jazz*, la religión sensata y los teatros perlados de cientos de bombillas; pero cuando se bajaba del tren en aquella estación, cuya única iluminación era la estela de luz que dejaba el faro de la locomotora al alejarse, le parecía que el asentamiento se encontraba en medio de las junglas de Brasil.

Todos los preparativos de venta que antes hacía los domingos tuvo que trasladarlos a otro día de la semana. Un lunes de principios de octubre, una hora antes de lo habitual, la criada lo despertó clavándole los finos dedos en su torneado bíceps.

—¿Qué? —Él ni siquiera la veía.

—Tiene un emparejamiento esperándole.

Se frotó los ojos con el dorso de las manos durante medio minuto.

—Ay, Señor...

—Los hombres están en el porche.

Se sentó en la cama, se puso la ropa y las botas y en la puerta de la casa ella le dio un farol. Dos peones de serrería de semblante serio y barba poblada y Byron, con gesto adusto y en silencio, lo acompañaron en dirección al almacén. Randolph sacó una enorme llave, que se plegaba como una navaja, y abrió la puerta del almacén. Los dos barbudos entraron y al poco volvieron con una cocina embalada que cargaron en un carro de dos ruedas tirado por una mula. Byron se sentó en la parte de atrás con las piernas colgando y su sombrero de paja de *cowboy* inclinado sobre los ojos. Cuando llegaron a la última cabaña de la zona de los negros, una luz grisácea empezaba a despuntar por encima de las copas de los árboles. Un enorme leñador negro con unos pantalones de peto nuevos los esperaba de pie, entre la cabaña y el camino lleno de surcos, y junto a él, una mujer de hombros caídos y la cabeza envuelta en un turbante rojo los miraba de refilón. Los peones rompieron el embalaje con unas mazas delante de la cabaña y montaron la cocina, apretando las tuercas con los dedos. Cuando acabaron de poner las placas de las hornillas y metieron en el agujero de una el gancho para levantarlas, se giraron, se separaron de la cocina y adoptaron el papel de testigos.

El gerente se acercó y carraspeó mientras intentaba recordar los nombres.

—Led Williams, ¿quieres que esta cocina entre en esta casa?

—Sí, señor —dijo el hombre, asintiendo con ademán solemne.

—Nellie Jones, ¿quieres tú también que esta cocina entre en esta casa?

La mujer apoyó una mano en la cadera y miró al gerente a los ojos.

—Pues claro —dijo, escupiendo con destreza sobre la larga sombra de la cocina.

Randolph hizo un gesto a los hombres, que cogieron la cocina, la metieron en la cabaña, la llevaron hasta el fondo y la depositaron debajo de un tubo de arcilla nuevo que se había colocado en la pared para la salida de humos. Cuando salieron, el hombre y la mujer subieron el peldaño de la puerta y se quedaron en el umbral, mirando hacia fuera.

Randolph sintió la necesidad de elevar las manos hacia el cielo, y así lo hizo. Entonces no supo qué decir y se sintió como un pagano conjurando a las nubes. Por fin, les dijo:

—Ahora estáis juntos. Supongo que sabéis lo que eso significa. —Bajó las manos—. Enhorabuena.

—Gracias, señor —dijo el hombre. La mujer asintió una vez con la cabeza, lanzó otro escupitajo marrón sobre la tierra y se metió al fondo de la cabaña.

Byron se puso el sombrero e hizo un gesto señalando a la puerta.

—No volveré a tener más problemas con él en el *saloon*. Va a ser ella la que lo haga andar derecho.

—¿Tú crees?

—Mucho mejor que yo —dijo subiéndose al carro.

Randolph volvió a su casa y se puso a desayunar, mientras miraba continuamente a May de reojo.

—Es el cuarto emparejamiento que hago. ¿Cómo se hace con los divorcios?

Ella le sirvió más café con una mano y una cucharada de nata con la otra.

—Tiene que buscar a alguien que lance la cocina fuera de la casa. Al hombre lo envía de vuelta a los barracones y a la mujer le da un billete de tren para volver con su mamá. Y tiene que comprar también billetes para los críos.

—¿Eso es todo?

Ella se quedó pensativa un momento y sus preciosos ojos moteados de oro flotaron entre él y la ventana.

—¿Y qué más podría pasar?

Él abrió por la mitad un esponjoso panecillo.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

Ella frunció los labios y lo miró a la cara.

—¿Puedo sentarme?

Él miró detrás de sí, a través de la puerta mosquitera.

—No lo está vigilando nadie —dijo ella en tono compungido, mientras separaba una silla de la mesa para sentarse—. Me casé con un chico guapo y listo de Shirmer. Era un hombre bueno, mulato, se llamaba James. Vinimos aquí a trabajar y él se gastó dos dólares para que nos casara un pastor. Tuvimos que ir al pueblo para firmar papeles, porque él quería que todo estuviera en regla. A los tres meses, iba en el tren maderero, se cayó entre dos vagones y se le quedó enganchado un pie que se amputó por encima del tobillo. —Frotaba las manos con el delantal, como si estuviera quitándose algo de los dedos—. Yo hice todo lo que pude, pero no paraba de sangrar. El señor Byron vino e intentó hacerle lo que le habían enseñado en la guerra, pero no mejoraba. A los dos días la fiebre era muy alta y pedí que alguien lo llevara a Tiger Island. —Miró por la ventana de la cocina—. Me enteré entonces de que el médico de allí no atendía a negros. El señor Jules consiguió arreglar las cosas para que lo pudieran trasladar en el vagón de equipajes a Nueva Orleans, pero se murió la mañana que iba a ir.

Randolph empujó la taza de café al centro de la mesa e hizo un gesto.

—Lo siento.

Ella lo miró.

—Aprendí algo de aquello. —Alargó el brazo, cogió el plato vacío de él y lo puso en su regazo—. Sé quién soy y no me avergüenzo de ser negra. Pero también sé qué aspecto tengo y sé que el principal motivo por el que la gente sabe que soy negra es mi padre. Cuando él no esté, podré prescindir de eso y salir adelante. —Se levantó y echó el plato en la pila—. No quiero seguir siendo alguien a quien un médico se niega a tocar. Ni hablar.

Él se levantó, se acercó a ella y observó su cara.

—Podrías pasar por..., y cuando puedas irte de aquí, te conseguiré un empleo en otro sitio.

Ella estaba llorando, así que él le cogió los dedos y le apretó el dorso de la mano con el pulgar.

—El señor Jules me dio la idea el año pasado —dijo ella—. Decía que, arriba en el norte, algunos de la gente bien son judíos, españoles y de muchos otros tipos por los que yo podría pasar.

—¿Estuviste hablando con Jules?

Ella asintió, miró su mano en la de él y se enderezó.

—Algunos días antes de que llegara usted, estuve con él. Pero el señor Jules tenía sentimientos de culpabilidad y tenía miedo de que se enterara su mujer, así que no hubo más veces.

—¿Te acostaste con Jules? —Él recordaba cómo su ayudante gritaba a veces a las cuadrillas de aserradores y los llamaba «pandilla de asquerosos negros inútiles».

Ella se encogió de hombros.

—Aquella savia era de *buen* roble blanco.

En ese momento, él sintió lo tremendamente atrapada que ella debía de sentirse, pero antes de que pudiera decir nada, escuchó ruido de pisadas en las escaleras del porche trasero y le soltó la mano. Un hombre con un sombrero de copa en punta y banda de seda roja se acercó a la puerta mosquitera y comenzó a gesticular con las manos.

—Hola. Espero no interrumpir nada, pero estoy buscando al gerente. —Tenía ojos oscuros y una mirada dura que se movía entre las dos personas que estaban en la cocina—. ¿Puedo pasar?

—Soy Aldridge. ¿Qué quiere?

—Joe Buzetti. —Se enderezó y agarró el tirador de la puerta.

El gerente empujó la puerta y salió al porche.

—¿Cómo ha llegado usted aquí?

Buzetti lo miró, miró de reojo a la criada dentro de la casa y se encogió de hombros.

—Tengo una lancha de motor con la que puedo venir de Tiger Island en hora y media.

Randolph miró hacia el canal, donde vio un esquife alargado con dos hombres junto a un humeante motor intraborda de tres cilindros.

—¿Qué le trae por aquí?

—Me gustaría hablar de negocios. —Miró por encima del hombro al fondo del aserradero, donde el sol empezaba a castigar al *saloon*—. Siempre suelo enviar a otro, pero tratándose de alguien importante como usted, me parecía que debía venir yo personalmente. —Extendió las manos delante de la cintura, como si estuviera ofreciéndose un regalo a sí mismo.

—¿Qué negocios?

—Mi primo, Vincente, me dice que su alguacil no quiere que vuelva a repartir cartas en el *saloon*.

El gerente asintió con la cabeza.

—Mató a mi maquinista jefe, por el amor de Dios.

Buzetti levantó las palmas de las manos.

—Bueno, hombre, es la costumbre. Es que estuvo en la guerra y solía matar cinco o seis de esos alemanes antes de desayunar. —Se rio.

—Pues ese es el último alemán que mata aquí —dijo Randolph.

Buzetti levantó el pulgar y el índice y los juntó lentamente delante de la cara del gerente.

—Vincente. Él y yo estamos muy unidos, ¿me entiende? —Bajó la mano y ladeó la cabeza hacia la derecha—. Si tengo que sustituirlo aquí, puede que sea por alguien peor. Mi primo lleva aquí mucho tiempo y es la primera vez que da motivos de queja. —Movi6 los dedos como si tamborileara—. Lo siente por el pobre tipo, pero me dijo que tuvo que hacerlo y que intent6 darle en un sitio donde no fuera mortal, ya sabe.

Randolph levantó una mano y se apoyó en uno de los postes que sujetaban el porche.

—Le disparó cuatro veces con un calibre 45.

—Vale. Si usted deja volver a Vincente, le diré que lleve una Luger. En la guerra, he visto a un teutón pegarle tres o cuatro tiros a un joven campesino con una Luger y apenas conseguía que corriera más lento.

Randolph observó el sombrero de aquel hombre, como si fuera a ofrecerle alguna clave para interpretar el inexplicable razonamiento del cerebro que había debajo. Buzetti endureció el semblante, se giró y bajó la vista.

—Eh, su hermano ha estado muy impertinente con Vincente. Podría haberse encargado de su hermano en cualquier momento y, sin embargo, se ha contenido. Solo le interesan la familia y el póquer, no los alguaciles patéticos. Pero el próximo que ponga puede ser uno de esos jóvenes de Nueva Jersey a los que todo les importa una mierda. ¿Quién sabe?

El gerente soportó la risa sardónica del hombre con ganas de plantarle un puñetazo en medio de ella. Miró de reojo a los matones, que estaban ahora de pie en la orilla del canal.

—Usted ya sabe lo que estoy pensando, ¿verdad?

Buzetti se encogió de hombros.

—¿Scusi?

Randolph se apoyó en la pared.

—Podría llamar a varios aserradores para que lo echaran a los caimanes del estanque.

Buzetti volvió a reírse con un sonido entrecortado.

—Es verdad, lo olvidaba. Usted tiene a mucha gente que hace lo que usted dice.

Al escuchar su risa, Randolph comprendió que Buzetti vivía en un mundo donde se podía quemar una casa por diez dólares, meterle un hierro a un árbol por veinte o matar de un tiro a un tipo que está durmiendo en la cama con su mujer por un puñado de billetes de cinco dólares.

Buzetti inspiró, aparentemente decepcionado.

—Pensaba que era usted un tipo razonable. Pensaba que le preocupaba su hermano.

—Podría usted hablar con él directamente.

Buzetti parpadeó.

—La última vez que hablamos, mi negocio acabó en el río.

Randolph volvió a observar su sombrero de ángulos extranjeros y cinta demasiado chillona. Había cosas que no entendía, por lo que decidió ser prudente.

—Hablaré yo con él —dijo, girándose y entrando en la casa.

—Muy bien. Me parece muy bien —dijo Buzetti detrás de él.

Randolph lo observó mientras andaba con aire arrogante hasta donde lo esperaban sus hombres, a la sombra de una vieja caldera inservible. Cuando llegó, los tres se rieron y se

dirigieron al *saloon*.

May carraspeó detrás de él y dijo:

—Echarlo a los caimanes, ¿eh?

—¿Qué?

—Está cambiando su modo de hablar.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso —dijo ella, sosteniendo una cacerola llena de agua gris con la que atravesó la puerta. Cuando lanzó el agua a la tierra desde el pequeño porche trasero, su padre, que estaba sentado a la sombra de su cabaña, levantó la vista, aunque parecía no verla. Un viento cálido empezó a mecer los hierbajos que crecían a lo largo de la valla—. Me refiero a que este lugar lo está cambiando a usted.

—Tonterías.

Él salió con ella al jardín, por el que andaban las gallinas, fingiendo observar el humo que salía de las chimeneas de la serrería. Él sabía que ella estaba esperando que la mirara y, cuando lo hizo, sus ojos se fijaron en el levemente abultado delantal, donde sus manos se mezclaban con la tela.

Randolph convenció a su hermano de que Vincente debía seguir siendo el crupier. A cambio, Buzetti le dijo a su primo que no llevara su Colt y que, si se sentía amenazado, se sentara a repartir cartas con la espalda contra la esquina. Pero la primera noche en que volvió el juego, Galleri le dijo a Byron en un aparte que había una Luger metida en una caja de puros debajo de la silla del crupier. Al oír esto, Byron soltó una carcajada y le pidió a Galleri que le sirviera una copa.

El gerente siguió yendo los fines de semana a Nueva Orleans, donde sentía que lo raro era aquello: el mundo de la gran ciudad, irreal en sus placeres, en la luminosidad de la casa de su mujer, en la palidez del cuerpo que se le entregaba y lo envolvía como una nube resplandeciente las noches de los sábados y alguna mañana de domingo, cuando los estridentes silbatos de los vapores subían flotando por el río y el verdulero soltaba su cantinela de coles y remolachas, plátanos y ciruelas, melones y uvas, mientras el arnés de su carro tintineaba por las calles pavimentadas. Pero a veces, cuando escuchaba la voz del verdulero elevándose pura a un par de manzanas, Randolph pensaba en el alemán y en la canción de su agonía, y volvía a intentar comprender de quién era la culpa de que el maquinista estuviera muerto: de Vincente, o de él mismo, de Buzetti, o de una guerra en la que tantos habían aprendido a matar.

Randolph empezó a darle veinte dólares al mes al agente de Poachum para que le avisara inmediatamente de cualquier sospechoso que llegara a la estación: hombres con ropa poco apropiada para el bosque, grandes bigotes, trajes de rayas, sombreros llamativos... Cuando Jules fue a Tiger Island para comprar provisiones, volvió con las noticias de que Buzetti había reconstruido su club nocturno y había reclutado nuevos primos y soldados y que una madama que venía de Chicago —prima también— había abierto un nuevo burdel.

Una tarde, sonó el teléfono del despacho y era Merville.

—¿Señor Aldridge, está usted ahí?

—Aquí estoy, *sheriff*. —Randolph sonrió al escuchar la voz del anciano—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me ha llegado una factura de la ciudad de veintitrés dólares. El entierro del maquinista ese que mataron ahí. ¿Lo va a pagar usted?

Randolph cerró los ojos y se preguntó durante cuánto tiempo aparecerían recordatorios como aquel en su vida.

—Sí. Mándeme la factura y yo me encargaré de ella.

—De acuerdo. —La voz de Merville sonaba ahora más animosa—. Esta nueva línea es una cosa fantástica. El correo me habría llevado diez días. Recuerdo que una vez tuve que llevar hasta Shirmer una factura que requería ciertas explicaciones cara a cara y me costó dos días a caballo. Demonios, incluso en coche habría tardado un día entero. Y ahora lo soluciono en un minuto.

El gerente pensó en ello.

—Es cierto.

—Aprovechando que lo tengo al aparato, ¿me puede decir si Galleri tiene ahí un almacén grande?

—Pues no. Creo que todo lo que tiene es un pequeño espacio en la buhardilla, nada más.

—He oído que Buzetti estaba trayendo cajas de mercancía desde Cuba y me preguntaba dónde lo está almacenando. Ni siquiera sé cómo consigue meterlo en el país.

—¿Y por qué lo pregunta? A ustedes no parece preocuparles demasiado el alcohol.

—Me gusta tener un dedo en lo que se está cociendo —dijo Merville—. El dedo que se despista es el que se acaba quemando.

En noviembre todavía salía vaho de la ciénaga, pero de la noche a la mañana el tiempo se volvió frío y duro como un martillazo en los dedos, y durante todo el día un viento gélido agitó hacia el sur las largas tiras de musgo español que colgaban de los árboles. Los hombres siguieron trabajando con ropa poco abrigada, aunque al final de la jornada, una capa de hielo empezaba a formarse en los charcos menos profundos. Dos días después, la fiebre se extendió por el asentamiento y hubo que contratar a nuevos hombres. Una mañana, Jules se presentó en el despacho de Randolph seguido de un negro enorme.

—Señor Aldridge, este hombre quiere trabajar de apilador. —Levantó un pulgar hacia un lado para señalarlo—. Dice que lo conoce.

El gerente observó al hombre: piel muy oscura, en mangas de camisa, descalzo y con una cuerda de cáñamo por cinturón. Estaba a punto de preguntarle a Jules desde cuándo contrataban a vagabundos, cuando la bombilla del despacho hizo que brillara un rayo negro que atravesaba la cara del hombre de arriba abajo.

—Así que te curaste —dijo Randolph.

—Sí señor. Me curé y me quedé en el Newman. —Giró la cabeza para que la luz iluminara mejor la cicatriz—. Me lo parcheó bien, señor. —No gesticulaba al hablar. Su cara estaba adiestrada para no mostrar nada.

—¿Y por qué has dejado el río?

—El barco chocó contra el muelle en Plaquemine y se partió en dos. —Miró al suelo—. Si me contrata, estaré agradecido, jefe. Tengo buenas espaldas y no tengo hernias.

La cicatriz era gruesa como un cordel. Randolph hizo un gesto con la cabeza a Jules.

—Cógelo y veremos qué tal lo hace.

—De acuerdo —dijo Jules—. ¿Cómo te llamas?

—Clarence Williams. Soy de cerca de Vicksburg.

Randolph recordó algo.

—¿Sobrevivió el maquinista al naufragio?

—¿El señor Minos?

—Sí.

—Debe de seguir en la orilla soltando juramentos.

—Jules, encárgate de buscarlo y contrátalo. Es el hijo de ese viejo *sheriff*.

Jules se quedó parado en la puerta y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar el tabaco de mascar.

—¿Es mejor que el alemán?

—Sí, estoy seguro que sí.

—Va a estar orgulloso de mí, señor.

—Vete al almacén y que te den un par de botas con cargo a tu paga. Por cierto, ¿qué pasó con el camarero del barco?

—¿Speck?

—Sí, ese.

Clarence Williams sonrió y la cicatriz se curvó hacia fuera.

—Se quedó atrapado en la cocina. Supongo estará pudriéndose en el infierno.

Los dos hombres se fueron y el gerente comenzó a pensar en los trabajadores que estaban en la serrería bajo su despacho, y en los que estaban en los bosques de varios kilómetros a la redonda, como en piezas de un mecanismo que fallaban una y otra vez y que había que desechar y reponer. Él era el engranaje principal de la máquina, el que iniciaba el movimiento, y no debía preocuparse de quién estaba roto o averiado en otras partes del mecanismo. Sacó su botella de brandi del combado escritorio, cogió un vaso polvoriento de uno de los cajones y lo limpió con la parte de abajo del chaleco.

El caballo estaba amarrado junto a las escaleras que subían al despacho y, a la hora del almuerzo, se montó en el tembloroso animal y atravesó el helado barrizal hasta la casa de Byron, donde desmontó y dejó las riendas sobre la silla de montar. Vio a Ella, que salía por la puerta trasera y se dirigía a las dos hileras de casas de la zona de los blancos. Dentro, su hermano, con barba de tres días, se frotaba las manos junto a una estufa de leña. Lo observó un momento y meneó la cabeza.

Byron levantó la vista y lo miró con cara de preocupación.

—Me acabo de dar cuenta de lo de tu criada. No sé, es que, a veces, soy poco observador. —
Le temblaban las manos, aunque la sala estaba caliente.

—Se está poniendo gorda, sí.

—Siéntate. Tengo algo que contarte y no sé cómo te lo vas a tomar.

Randolph acercó una silla a la estufa, puso la mano en la espalda de su hermano y se quedó admirado de lo fuerte y musculada que se sentía al tacto.

—Sea lo que sea, me lo voy a tomar bien.

—El niño de esa mujer...

—¿Sí?

—Puede que sea mío.

Retiró la mano de la espalda de su hermano.

—Por Dios, By, yo...

—Ya lo sé, ya lo sé. —Levantó las palmas de las manos.

—No, me refiero a que..., ¿cómo lo sabes? —Desvió la vista hacia la ventana—. Quizás haya estado con otros.

—Fue en junio, creo. Cuando Ella se fue a Nueva Orleans y yo me agarré una buena. Me senté en el porche, me emborraché y me puse a cantar las canciones de mis discos. Ella le habría dicho a May que me trajera algo de cena, supongo, y yo estaba tirado en la cama cuando oí que la dejaba en la cocina y entraba en mi dormitorio. —Levantó la vista, avergonzado—. Se subió a bordo, sin más.

Randolph volvió a desviar la vista y miró por la ventana a la serrería.

—¿Fue solo esa vez?

—Sí, fue una especie de dulce emboscada. —De improviso, se enderezó en la silla y miró a su hermano—. Pero yo estaba borracho como un piojo, y ella lo sabía.

—Bueno —dijo Randolph, levantándose—, hay muchas probabilidades de que no sea tuyo. Piénsalo, sería muy mala suerte, ¿no?

—No tardaremos mucho en saberlo.

Randolph se puso tenso y agarró el pomo de la puerta.

—Hay otros hombres blancos en el aserradero.

Byron levantó la vista.

—¿Sabes..., bueno, sabes si se ve con alguien? Solía hablar con Jules, en el almacén, y con ese encargado desdentado.

—Se pasa un día en Tiger Island, un par de veces al mes, para comprarle medicinas a su padre. No sé qué más hace allí.

—Me pongo enfermo solo de pensarlo. Si Ella me dejara, no sé qué pasaría. —Se echó hacia atrás, separándose de la estufa, y metió las manos debajo de las axilas.

Randolph atravesó la explanada del aserradero, tan concentrado en sus pensamientos que se olvidó del caballo, que comenzó a seguirlo como un perrito. Cuando llegó al jardín trasero de su casa, la mujer estaba llevando leña para la estufa y él se interpuso entre ella y la cabaña.

—¿Señor Aldridge?

Él habló sin apenas abrir los labios.

—¿A cuántos robles blancos te has subido por aquí?

Ella bajó la vista.

—Habla usted como un negro.

—¿Cuántos?

Ella depositó la leña en el suelo que mediaba entre los dos.

—Supongo que se ha enterado del tercero. —Cruzó los brazos y esperó.

Él desvió la vista y observó las tablas de su tejado, como si estuviera buscando el origen de una gotera.

—¿Estás segura de que ese niño no es de él?

—Entre él y usted, corrió el río rojo.

—¿Qué?

—Que me bajó la regla.

Él soltó un resoplido.

—Tendré que decírselo, entonces. Él cree que puede ser suyo.

Ella observó detenidamente su rostro, mirando primero un ojo y luego el otro.

—¿Y se alegra usted de que no lo sea?

Él metió las manos en los bolsillos.

—Ya no sé de qué alegrarme. —Quería alejarse, pero se sentía atornillado al suelo.

Ella ladeó la cabeza.

—En sus ojos se nota que se alegra.

Él dirigió la vista a la puerta de la cabaña, que el encorvado anciano acababa de abrir.

—Hace frío —dijo él—. Más vale que hagas un buen fuego con esa leña.

Un aserrador blanco que pasaba junto a la valla aminoró el paso para observarlos y Randolph se metió con rapidez en su casa.

Él y Lillian habían previsto viajar a Pittsburgh para pasar allí la Navidad, pero a mediados de diciembre a ella le sobrevino una gripe con fiebre alta y tuvieron que cancelar sus planes. En Nimbus llovía todos los días y las cuadrillas de los bosques sufrían como ganado en medio de una tormenta. Randolph iba todos los días a jugar al *gin rummy* en casa de Byron, donde no paraba de hablar, para forzar que las conversaciones giraran en torno a recuerdos de sus aventuras de caza en Pensilvania, los paseos a caballo, las competiciones de natación y las canciones de las fiestas con las chicas del barrio. Byron asentía con la cabeza, pero en ocasiones su mirada se volvía dura y fría, como si preguntara por qué tenía que interesarle alguien que él ya no era.

Una mañana de febrero, Randolph estaba sentado en su despacho, observando el amanecer por la ventana, mientras pensaba en cómo comenzar una carta a su padre. Vio a Byron pasar para hacer su primera ronda del día y desaparecer entre la llovizna y el vapor de la serrería. La locomotora Shay de vía normal salía rumbo al norte hacia Poachum y la pequeña, de vía estrecha, traqueteaba hacia el sur para adentrarse en la ciénaga. El pequeño barco —cargado de hombres enfundados en oscuros chaquetones— rompía la masa de niebla al avanzar por el canal, al tiempo que dejaba atrás su propia estela de vapor, que se cernía sobre el agua negra. Cuadrillas de hombres alimentaban el fuego de las calderas de los cabrestantes, y el humo de la combustión salía a un aire tan frío y tan húmedo que el hollín anidaba en el terreno y los edificios del aserradero. El gerente pensó en los doce ataúdes que los carpinteros habían tenido que hacer por culpa de la gripe. Solo habían tenido que hacer uno más por culpa del *saloon*. Parecía que el mal tiempo abotargaba la perversión de la borrachera en la mayoría de los hombres más propensos a matar. Esperaba incluso que, durante esta tregua temporal, los nervios de su hermano se relajaran, como el penacho de vapor que se desvanecía al pasar por su ventana. Mientras seguía observando, pensó que la vida de Byron era algo inerte. La mayoría de la gente avanzaba y se rehacía durante su vida, impulsada por la pobreza o la riqueza, la desgracia o la fortuna. Byron era un recipiente de aflicción al que había que romper para que fluyera. Randolph había pensado que podría conseguirlo con la atención que le dispensaba. El propio Byron se había casado con

Ella porque esperaba que esa mujer lo sacaría de su angustioso ensimismamiento. Ninguna de las dos cosas había servido para nada.

El gerente miró la baraja nueva que Jules le había traído del pueblo. Volvería a jugar al *gin rummy* con su hermano esa noche, aunque sabía que Byron no iba a mirar la puntuación.

Una mañana de niebla de ese mismo mes, iba montado en su caballo, rodeando el estanque por la parte de atrás, cuando oyó un disparo de rifle. El caballo se detuvo y giró las orejas. Al segundo disparo, el animal volvió la cabeza y el gerente dirigió el caballo hacia una pila de tablas de dos por seis, pasó por delante y siguió hacia la explanada, desde donde vio a Ella con un delantal, de pie en el porche delantero de su casa y tapándose los oídos con las manos. Al otro lado de la casa resonaron una serie de disparos y Randolph llevó el caballo hacia el sitio de donde procedía el estruendo. Su hermano estaba frente a un costado de la casa disparando a su Victrola con un Winchester de palanca. Una de las ventanas de guillotina estaba completamente destrozada por el sitio por el que había lanzado el gramófono fuera de la casa. Randolph desmontó cerca de la esquina del porche mientras Byron recargaba el rifle. Su rostro, enrojecido por algo que no tenía nada que ver con el amargo frío de la mañana, estalló:

—¡Aléjate de mí!

Un nuevo disparo y el plato se desprendió del mueble de caoba y salió girando por el suelo. El disparo siguiente rebotó con un sonido de gong contra el tender de la locomotora. No se veía a ningún trabajador, pero la sensación de estar siendo observados pesaba en el aire plomizo. El caballo de Randolph rodeó el porche hasta desaparecer de la vista, como si hubiera leído el pensamiento de Byron.

Desconcertado, el gerente miró a Ella.

—¿Qué?

Ella apartó una mano del oído y parpadeó al sonar otro tiro.

—Estaba escuchando un nuevo disco cuando se rompió el muelle del gramófono a mitad de canción. —Le costaba hilvanar las palabras y de pronto rompió a llorar—. Se ha puesto hecho una furia.

Randolph se asomó por la esquina del porche y vio que el Victrola estaba medio convertido en astillas. El rifle volvió a estallar y la bala rebotó en la caseta del carbón, junto a la locomotora. Se volvió a Ella.

—¿Cómo se titulaba?

—¿Qué?

—El disco. ¿Qué disco era?

—«Are You Tired of Me, My Darling?».

Era la canción favorita de su padre y Randolph recordaba el día en que él la había tocado en el piano vertical Baldwin que tenían en casa. Byron y su preciosa novia cantaban, uno a cada lado del piano de cerezo, mientras su padre escuchaba desde una salita que había al otro lado del pasillo, intentando ocultar el hecho de que estaba disfrutando. Entonces, Randolph miró detrás de sí hacia la explanada, donde vio a un trabajador que se ocultaba detrás de una pila de listones, y anduvo unos pasos para separarse de la casa. Byron metió el último cartucho Winchester 44-40 que le quedaba en la caja en el cargador del rifle, atravesó una de las patas del mueble con una bala y, entonces, sus dedos se quedaron petrificados sobre el gatillo cuando escuchó el sonido

inverosímil de su hermano cantando:

*¿Te has cansao de mí, cariño?
¿Las decías de verdad,
Las palabras que me hicieron
Tuya por siempre jamás?*

Byron cerró los ojos un momento, bajó el rifle y apoyó la culata en el zapato. Randolph se acercó a él, puso el brazo en su hombro, cogió el Winchester y se lo pasó a Ella, que lo había seguido muy resuelta.

—Ayúdame, Rando.

—¿Cómo sigue la canción? —preguntó Randolph, y giró a su hermano hacia el porche, adonde habían llegado el médico y Jules, saliendo de entre la niebla.

Byron comenzó a cantar débilmente. Randolph se unió a él y las voces ganaron intensidad después del primer verso.

*¿Podrías vivir la vida
De otra forma, en otro hogar?
¿Te has cansao de mí, cariño?
Dímelo con tu mirar.*

Durante la siguiente estrofa, aparecieron varios trabajadores que observaban la escena estupefactos. Cuando concluyó la canción, Randolph anduvo con su hermano hasta el borde del porche, donde este se tumbó y se cubrió los ojos con el antebrazo.

El gerente miró a Jules y se encogió de hombros.

—Se rompió el muelle de su gramófono.

El ayudante lanzó un escupitajo de tabaco y asintió con la cabeza.

—Llamaré a la mueblería de Tiger Island y le diré al usurero ese que cargue el mejor Victor que tenga en el primer tren que pare allí.

El doctor, que seguía un poco retirado, observándolo todo, hizo un gesto a Ella para que se acercara.

—Voy a ir a la oficina a coger una cosa para él. Le tienes que dar tres gotas en un vaso de agua.

Ella volvió al borde del porche, acarició la cabeza de su marido con la mano y se volvió hacia Jules.

—No es un crío al que solo hay que comprar cosas para que se sienta mejor. —Clavó entonces los ojos en el médico, que desvió la vista—. Y tampoco se le puede engrasar como si fuera una máquina que está a punto de reventar.

Randolph vació el cargador del Winchester, recogió los cartuchos del suelo, mientras se preguntaba si la última bala habría acabado en la cabeza de su hermano, y dijo:

—Lo que no podemos es quedarnos sentados y no hacer nada.

De pronto, la lluvia comenzó a disipar la niebla y Randolph se subió al porche. Todos,

excepto Byron, observaban cómo la línea de árboles aparecía difuminada tras la neblina gris y el caballo ciego humeaba como una piedra caliente, plantado sobre sus cuatro patas, rígidas como los postes de una valla, y con las orejas levantadas hacia adelante. Randolph sintió una punzada al darse cuenta de que el animal estaba esperando el siguiente tiro.

A principios de marzo, Minos fue al despacho para informar al gerente del estado de las calderas. Todavía llevaba el chaleco y la gorra de visera estrecha típica de las tripulaciones de los barcos de vapor. A diferencia de la mayoría de los trabajadores de la serrería, no estaba encorvado y conservaba todos los dedos. Cuando se levantó para irse, se quedó parado un momento.

—Quiero decirle algo. Le agradezco mucho que me haya contratado.

—Tú preocúpate de que tu trabajo siga siendo tan bueno como hasta ahora.

Minos asintió.

—No hay mucho norteño que trate a la gente como la trata usted, no. Al menos, de los que yo conozco.

—Muy amable de tu parte.

El maquinista carraspeó y Randolph levantó la vista hacia él.

—Su hermano lo está pasando mal —dijo—. Estuvo en la guerra, ¿no?

—Sí. Y bastante tiempo.

—Toda aquella carnicería... No sé..., los hay que no lo superan nunca.

Randolph sabía que los trabajadores habían estado hablando del episodio del Victrola y que aquello estaba adquiriendo tintes de leyenda, la típica cosa que preludia algo terrible, aunque nadie podría adivinar qué.

—Uno intenta ayudar, sin saber si podrá llegar a arreglarlo nunca.

Minos metió las puntas de los dedos en los bolsillos.

—Mi padre tuvo que vivir mucho de eso en la Guerra Civil. Eso y la locura que vino después. Señor Aldridge, no me importa decirle que con ese hombre nos criamos en un auténtico infierno. Cuando yo era niño despertaba a toda la casa gritando en francés. Era inflexible y duro como el acero conmigo y con mis hermanos, y todavía hoy algunos de ellos ni se plantean gastarse un centavo en mandarle una postal. —Señaló a la puerta—. Yo lo he visto como su hermano, llorando y destrozando muebles. —Miró por la ventana—. Yo lo he visto matar a un hombre, a un hombre al que había que matar, sí, pero es muy duro para un niño ver a su padre hacer algo así. Y cuando lo mató fue como si fuera algo a lo que estaba acostumbrado. Como si fuera un trabajo. —Bajo el suelo sonaron dos estridentes pitidos. El maquinista sacó su reloj de bolsillo y se empezó a mover hacia la puerta—. No quiero entretenerle más, pero solo quería decirle que mi madre y yo..., bueno, que, más o menos, enderezamos al viejo. Cuando ella se murió, yo le dejaba a uno de mis chiquillos de vez en cuando para que cuidara de él. Todo el tiempo que se pasaba persiguiéndolo y preocupándose por él le hizo echar fuera mucha de la inquina que llevaba dentro. Además, mandé al cura para que lo incordiará. —Sonó otro pitido y el maquinista abrió la puerta—. Solo quería decirle que no tiene que dar al señor Byron por perdido.

El gerente puso las palmas hacia arriba sobre la mesa.

—No sé qué hacer para ayudarlo.

Minos se quedó pensativo.

—Eso es lo triste, ¿verdad?

Un cálido mediodía de primavera, la criada hizo un esfuerzo para acercarse a la puerta con la olla que estaba fregando y vaciar el agua jabonosa en el jardín trasero, donde las gallinas se dispersaron entre las salpicaduras. De pronto, notó el calor de un líquido que caía por el interior de sus piernas. Vio entonces que Randolph acababa de llegar a comer, así que se dio la vuelta en el porche, empujó la puerta mosquitera y se quedó mirándolo.

—¿Por qué —preguntó él— tienes los zapatos mojados?

—Porque este niño dice que quiere salir —dijo ella, respirando entrecortadamente, con los ojos abiertos como el cielo de una noche rasa.

Una marea de pánico lo invadió y condujo a May al pequeño dormitorio de la parte de atrás de la casa, donde hizo que se sentara en el colchón. Lo siguiente que recordaba era a sí mismo corriendo en chaleco y mangas de camisa a través de la explanada en busca del médico, dando unas zancadas que hacían que sus piernas se elevaran como si estuvieran llenas de helio. El anciano apareció en la puerta de su cabaña con una servilleta que le colgaba bajo la peluda barbilla.

—La criada —dijo Randolph jadeando—. Ya está aquí su niño.

El doctor tragó algo y se quitó la servilleta.

—¿Por qué suda tanto, señor Aldridge? —Cogió su maletín de detrás de la puerta y salió un par de pasos—. Ese mocoso no va a poder trabajar para usted hasta que tenga doce años, por lo menos.

Randolph quiso pensar que el médico estaba cansado, porque se había pasado la mañana suturando a tres hombres a los que había golpeado un cable que se había roto en el bosque.

—Vamos. —Deslizó la mano bajo el codo del médico y lo condujo fuera del pequeño porche.

—Que sepa una cosa —se quejó Sydney Rosen, retirándose hacia atrás—: cualquiera de las mujeres que viven aquí podría sacar al crío ese.

—Siento haber interrumpido su comida —dijo Randolph, empujándolo hacia el camino—, pero nos vamos. Ahora.

Cuando entraron en el dormitorio, el médico abrió el maletín y miró a May, que estaba tumbada sobre la cama con las piernas abiertas.

—¿Cómo te encuentras, niña?

—Como si fuera a sacar un melón por ahí abajo. —Miró al médico—. ¿No se va a lavar las manos? —El anciano se paró en seco, se giró con un gesto brusco y salió hacia la cocina—. Tiene agua caliente en la tetera —dijo ella detrás de él.

—A mí me vas a decir lo que hay que hacer con el agua caliente..., diablos.

Randolph dio varios golpecitos rápidos con los dedos en la mano de ella.

—El doctor lo va a hacer muy bien.

—Eso espero, porque esto está a punto de reventar. —Echó la cabeza hacia atrás y él oyó cómo rechinaban sus dientes.

El médico fue delicado, al menos con sus manos, y al cabo de tres horas invadió la habitación el llanto intenso de un niño fuerte, con los ojos abiertos, como si quisiera ver adónde había

llegado. Su madre, exhausta, lo apretó contra sus pechos. El médico y el gerente se quedaron allí sentados hasta la cena y, a la hora de acostarse, Randolph acompañó a May y al niño a su cabaña.

A la mañana siguiente, el doctor volvió para ocuparse de ellos. Cogió al niño desnudo, que se retorció frente a la única ventana de la habitación, donde lo examinó a la luz del nuevo día. Lo giraba en un sentido y en otro y lo observaba como si fuera una barra de pan. El color del niño iba y venía, hasta que al final estalló en un congestionado llanto. Entonces se lo entregó a su madre y, sorprendido, dijo:

—Este es todo leche y nada de café. —Dirigió a la criada una mirada interrogante—. ¿Sabes quién es el padre?

Ella sonrió bajando la vista y ofreció un pezón al bebé.

—No tiene padre. Me lo he hecho yo.

—¿Cómo lo vas a llamar?

Ella lo miró con picardía.

—Puede que lo llame Sydney.

El anciano se agachó para cerrar su maletín y se enderezó como un resorte.

—Ni se te ocurra. Así me llamo yo. Tendría que irme a vivir a otro condado.

—Ya. ¿Y qué le parece entonces Walter?

—Ese está mucho mejor —dijo el médico dirigiéndose a la puerta—. Con un nombre como ese podrá dedicarse a la venta de seguros.

23 de marzo de 1924
Aserradero de Nimbus
Poachum Station, Luisiana

Querido padre:

El tiempo ha mejorado esta semana y en las cuadrillas de leñadores ya no hay nadie con gripe. La producción va a aumentar unos mil pies de tablón por turno. Si los hombres se mantienen sanos y sin resaca, podremos atender el pedido de tablas de embalaje de Standard Oil y el de duelas para Williams and Co. Me paso la mayor parte del tiempo al teléfono con los agentes de Nueva Orleans y derrocho mucha energía en mantener bajos nuestros precios, aunque he tenido que subir cinco centavos el jornal de los aserradores, para que no se me vayan a aserraderos de Tiger Island.

Mi criada ha tenido un niño. Ya sé que no apruebas que los empleados tengan hijos fuera del matrimonio, pero en este asentamiento hay tal cantidad de cafres que lo suyo no supone ningún deterioro moral del ambiente reinante. Es una mujer inteligente, su niño está muy sano y yo espero mantenerla mientras aquí siga habiendo madera.

Byron va a la deriva. He intentado que se viniera unos días de descanso con Lillian y conmigo, pero dice que no se acostumbra a estar en más de un sitio a la vez. A menudo bebe más de la cuenta y eso hace que pierda el control y se ponga a romper cosas. (Te adjunto la factura del nuevo Victrola que hemos tenido que comprar). Le dije que te había contado que se había casado y dejó de hablarme una semana. Le he dado tus cartas y las ha leído, pero no piensa volver a Pittsburgh. Dice que tiene que ser un

hombre para sí mismo. No sé qué quiere decir con eso. Tiene heridas tan profundas en su espíritu que a veces me canso de intentar ayudarle. Una noche, en su casa, le desafié a un pulso, como solíamos hacer antes. Me ganó con facilidad, como siempre, y entonces me dijo que yo me había dejado. Le dije que sí, que le estaba tomando el pelo, y me echó de su casa prácticamente a patadas.

La primavera ha sido relativamente seca y se ha ido el agua que cubría el asentamiento. Llevo dos días sin pisar una serpiente.

*Tu hijo,
Randolph*

Al anochecer, el gerente sostenía en sus brazos al bebé —prudentemente llamado Walter, nombre que no tenía ningún blanco del asentamiento—, mientras May limpiaba la cocina. Él rezongaba un poco cada vez que ella le ofrecía el niño, pero siempre lo cogía. Con frecuencia observaba su carita, cuando ella estaba en la cabaña atendiendo a su padre postrado en cama. Durante el día, el niño estaba en el pequeño dormitorio trasero, que daba a la cocina, y se acostumbró a ver al gerente. Cuando entraba en la habitación para coger un impermeable o un par de botas, pasaba junto a la cuna y el niño levantaba los brazos. La primera vez que sucedió esto, Randolph se sobresaltó, se llenó de nostalgia y remordimiento y salió de la habitación sin recordar para qué había entrado.

Byron iba a visitarlo cada vez que May estaba fuera tendiendo la colada y hablaba de asuntos del aserradero o de los problemas que tenía con la gente del asentamiento, pero Randolph sabía que iba para ver al niño. Cuando Walter cumplió cuatro meses, Byron entró y vio a su hermano con el niño en brazos en la mesa de la cocina. Se sentó, cogió al niño, se lo colocó sobre los muslos y observó sus ojos grises y el pelo castaño. Palpó las orejas de Walter con delicadeza y levantó la vista hacia su hermano.

—No —dijo Randolph—. No es tuyo. Y no tiene nada que nos haga sospechar de quién puede ser.

Byron asintió con la cabeza.

—Hay que reconocer que es muy guapo este renacuajo. Se parece mucho a May.

—Es verdad —dijo su hermano, riéndose. El niño giró la cabeza en la palma de la mano de Byron para mirar al gerente, que enseguida se levantó para servirse una taza de café de espaldas a la mesa. No se atrevía a mirar al niño cuando había alguien más en la habitación, porque sabía lo que traslucía su rostro.

A medida que el calor aumentaba durante el verano, la humedad del aire parecía provocar peleas en el *saloon*. Por la noche Byron tenía que ir también a la zona de casas, para separar a maridos y mujeres, o a maridos y amantes de sus mujeres, y respondía al brillo de las navajas en la oscuridad con el sonido metálico de su pala al golpear el hueso. Solo durante el mes de junio, llamaron a Randolph para que lanzara tres cocinas fuera de tres casas. Byron tenía que despachar a las familias rotas, echar a vagabundos del aserradero, matar serpientes y caimanes y capturar intrusos y ladrones de troncos, esposarlos y enviarlos en el tren a Tiger Island para que los encarcelaran y los juzgaran. A Vincente había que vigilarlo, advertirle y alguna vez protegerlo de quienes habían perdido su sueldo y querían matarlo a puñetazo limpio. Ni siquiera en los

momentos de más trabajo se olvidaban los hermanos de Buzetti, y siempre estaban atentos a la presencia de individuos con un mondadientes en la boca que aquel pudiera haber enviado a la ciénaga.

CAPÍTULO DOCE

Un caluroso domingo de agosto, después de comer, Randolph y su mujer salieron al porche de la segunda planta y observaron a los niños que jugaban debajo en la calle adoquinada. Lillian no había hablado mucho durante la comida y él percibió cierta severidad en las comisuras de su boca.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Perfectamente. Sin más, ha llegado el momento del anuncio mensual de que todavía no voy a tener un niño.

Él arrastró su silla de mimbre hacia ella y apoyó la mano en la parte de atrás de su cuello, bajo su corto pelo castaño.

—Llegará.

—Quizás es que no lo estamos intentando lo suficiente. Quizás cuatro veces al mes no es suficiente.

Él asintió con la cabeza.

—Puedo coger el tren de la noche los miércoles y volver en el mixto de las cuatro que sale de Algiers.

—No —dijo ella—. Lo he estado pensando. Me encanta Nueva Orleans y mis amigas de la iglesia, pero aquí no estoy haciendo nada. —Se giró hacia él y su vestido silbó al rozar el mimbre—. Quiero irme a vivir contigo a Nimbus.

Él retiró el brazo.

—Es un sitio peligroso. Es un cenagal lleno de hombres de la peor calaña. Solo tengo un retrete.

Ladeó la cabeza hacia él.

—Pues ya sabes, cariño... ¿O es que en casa del herrero, cuchillo de palo?

Él se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Que me construyas un baño, Rand. Le das agua con una buena cisterna de madera de ciprés y puede desaguar en la ciénaga o en la fosa del retrete. ¿Y cuánto costaría añadir una salita en la parte de delante de la casa para que yo pudiera leer, coser y tener mi despachito? ¿Lo que cuestan los clavos?

—¿En serio *quieres* estar allí? —La imaginó junto a él al despertarse y el suave tacto del cuello de su mujer en los labios.

—Puedo ayudarte. Con el aserradero, incluso.

Él meneó la cabeza.

—Es peligroso.

Ella levantó la barbilla, miró a algo que había al otro lado de la calle y volvió la vista hacia él.

—¿No crees que para los sicilianos sería más difícil molestarme en Nimbus que aquí?

Él se levantó y anduvo hasta el fondo del porche.

—Tal vez tendríamos que volver al norte.

—¿Ha dejado de preocuparte tu hermano? ¿Preferirías irte a un pequeño aserradero donde ganarías bastante menos de lo que ganas ahora? ¿Y de verdad piensas que esa pistola que me has dejado me va a proteger más que tú y Byron? —Se acercó a él, se apoyó en la barandilla y cogió una magnolia de entre unas hojas céreas y oscuras.

—¿Y qué harías tú allí?

—Podría ayudar al médico. Podría darte consejos.

Él se rio.

—¿Sobre la madera?

—Sobre ese aserradero lleno de degenerados. ¿Por qué no contratas a más hombres que lleven a sus familias?

Él la miró muy serio.

—Es más caro. Las familias necesitan cabañas más grandes.

—¿Más caro que todo lo que te cuesta el salvajismo de esos tipos?

—Supongo que piensas que se puede mejorar algo el ambiente, ¿no?

—Se puede.

Él observó la calle.

—Aquello no es una de tus reuniones para tomar el té —dijo entre dientes.

Ella lo cogió por el brazo y lo giró hacia sí.

—La semana pasada había un hombre en aquella esquina mirándome todo el tiempo. Llevaba un parche en el ojo y fumaba un cigarrillo detrás de otro.

Él dirigió una mirada rápida a la acera y volvió a mirar a su mujer.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte.

—¿Lo llevaba en el ojo derecho?

Ella se tocó los labios con un dedo, pensativa.

—Sí.

Entonces, la rodeó con sus brazos, la abrazó y puso la cara sobre su cabello sin pensar en lo que estaba haciendo, porque imaginaba a un hombre esperando en el andén de Poachum, mientras decidía a quién mataba primero.

—¿Cuándo quieres venir?

—¿Cuánto pueden tardar tus carpinteros y tus mecánicos en hacer el trabajo? Quiero una bañera en el baño. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué ancho tiene la casa de Nimbus?

—Puede que unos doce metros. —Volvió la cabeza y miró la esquina de la calle.

—Es suficiente. Quiero una salita en la parte delantera, con ventanas, y un porche con

mosquiteras, de unos nueve metros de largo y, por lo menos, dos y medio de ancho. Pon una puerta de salida en el lado izquierdo de las mosquiteras para bajar del porche, pero deja la puerta delantera que da directamente a la cocina. Quedará raro, pero no vamos a vivir ahí toda la vida.

Él levantó la vista y frunció los labios.

—Creo que podría tener el baño listo para el domingo. Tendré que dedicar a eso unos diez trabajadores, pero no hay problema.

Ella deslizó un brazo hasta la parte de arriba de su espalda y lo besó en la barbilla.

—Puedo irme contigo en el tren el próximo fin de semana.

Se dio cuenta de que tendría que tener una larga conversación con May y ser extraordinariamente cuidadoso delante de Walter. La idea de tener a Lillian en el asentamiento era preocupante, pero, al mismo tiempo, maravillosa. Se sintió estúpido por haber pensado que ella estaría segura en Nueva Orleans y ahora esperaba ser un tonto con suerte.

Aquel mismo día, Byron estaba sentado en la mesa de la salita delantera de su casa, sudoroso y rompiendo la punta del lápiz mientras escribía un informe de arresto para el *sheriff* del condado. La luz que entraba por la puerta mosquitera se oscureció y, cuando Byron levantó la cabeza, vio a Buzetti que le sonreía tras la rejilla, la cual daba una textura escamada a su rostro.

—¿Qué quieres? —dijo Byron, saliendo al porche.

La sonrisa de Buzetti se ensanchó alrededor del cigarrillo que sostenía en la comisura.

—Eh, ¿qué tal el gramófono? Me han dicho que te han comprado uno a prueba de balas.

Byron dirigió la vista hacia la vía del tren.

—¿Cómo has venido aquí?

—¿No has oído hablar de los barquitos de vapor? —Señaló por encima del hombro una lancha con el motor al ralentí, al final del canal de troncos, desde la cual los miraban dos hombres con gorro marinero de punto, sentados en la proa.

—Busco al jefe, tu hermano. Nadie sabe decirme dónde está.

—Está en paradero desconocido.

Buzetti ladeó la cabeza.

—Ya, claro. Lo del paradero desconocido me lo sé. —Se rio, y cualquiera que lo hubiera observado desde la distancia lo podría haber tomado por un vendedor o por un político—. Bueno, pues para que el viaje hasta aquí no haya sido en balde, hablaré contigo.

—¿De qué?

Buzetti miró por encima del hombro de Byron.

—¿Podemos entrar?

—No.

Buzetti se encogió de hombros.

—Tú y tu hermano debéis de pensar que huelo mal, pero no me importa. Escucha, he venido a preguntar si podéis dejarle a Galleri abrir los domingos.

Byron entrecerró los ojos.

—¿Qué velocidad alcanza tu barquito?

El semblante de Buzetti se tensó en pequeñas undulaciones, como las de esas charcas poco profundas de la ciénaga, cuando un milímetro de agua oscura oscila sobre una ristra de dientes.

—Pensé que podríamos colaborar los unos con los otros. Yo me beneficio de tener abierto el negocio los domingos y la señora Aldridge se beneficia de un poco de protección en el 2 900 de Prytania Street.

—El *saloon* seguirá cerrado —dijo Byron, pero había una nota de vacilación en su voz que no pasó desapercibida a Buzetti.

—Mira, no quiero algo a cambio de nada. Reconozco que quizás nos excedimos con algunos de vuestros leñadores. Así que digamos que os voy a pagar una multa.

—¿Una multa?

Buzetti sacó una pequeña bolsa de papel del bolsillo interior de su chaqueta y abrió la parte de arriba. Con gesto de incredulidad, Byron miró el interior como si le estuvieran ofreciendo dulces. Vio un fajo de billetes sujetos con gomas elásticas y se rio.

—¿Estás intentando comprarme?

—Oh, no. Es una multa. Puedes hacer lo que quieras con ello. Por mí, como si lo das para los huerfanitos negros de Nueva Orleans.

Byron miró a través de la mosquitera a la salita vacía, se volvió a girar hacia Buzetti y miró por encima de su cabeza a la casa de su hermano, al otro lado de la explanada.

—No hay venta.

—Vamos, hombre. Es mucha pasta. —Buzetti alargó la palma de la mano—. Te podrías comprar discos como para tejar la puta cubierta de tu casa.

Byron lo agarró por la pechera y lo empujó contra una de las columnas del porche.

—Tampoco me gusta cómo huele tu dinero.

El rostro de Buzetti empezó a mostrar que le estaba hirviendo la sangre.

—Vamos, imbécil —dijo—. Reviéntame el cráneo delante de testigos y no te va a librar de la cárcel ni tu hermano.

Byron relajó los dedos e inspiró lenta y profundamente.

—Los domingos ni hablar.

—¿Por qué? —Alargó la bolsa—. Te puedes sentar ahí y vigilar todo lo que te dé la gana. Con los quinientos pavos que hay ahí puedes contratar a un ayudante que vigile las manos de Vincente. Aunque no verá nada. Los zoquetes que tienes aquí son tan tontos que no es necesario hacer trampas.

Byron miró la bolsa.

—Piensas que solo puedo hacer una cosa —dijo—. Pero puedo hacer otra. —Sus ojos, que levantó después de mirar el dinero, eran dos oscuros discos metálicos, pero vio que Buzetti había comprendido sus palabras y, sin embargo, no estaba asustado.

—Tú no puedes hacer una mierda, si yo no te dejo. Conozco a un millón de tipos como tú. Tú eres de esos que estudiaban la Biblia y después se fueron a matar. ¿Cuántos?, ¿cien, doscientos chiquillos teutones...? Y claro, se os fue la cabeza, ¿verdad? Y ahora te vienes de Pensilvania con el culo prieto para intentar salvar esta puta ciénaga de Joe Buzetti. ¿Qué quieres, aliviar un poco el daño? —Aquí Buzetti se puso el índice sobre la sien—. Pues siento decir que el daño ya está hecho, jodida escoria.

—Lárgate de aquí, ahora mismo.

Buzetti dio un paso hacia atrás con gesto burlón y esbozó para sí una sonrisa genuina.

—Pido disculpas por haber venido hasta aquí y no haber conseguido más que molestarte. A ti

que estás aquí tan a gusto con doña Ella, que nunca viene al pueblo. Bueno, sí, de vez en cuando, ¿no? Pero le encanta esta vida tuya tan feliz. —Recorrió con la vista la explanada del aserradero y su cara mostró lo que pensaba sobre una vida feliz en un sitio como aquel—. ¿Y la señora Aldridge, sola en Prytania...? Ella también está muy bien, ¿no?

Byron miró la bolsa de Buzetti.

—No me asustas, chulo de putas.

—Eh, eh, que no pretendo *asustarte*, Jack. No hay quien asuste a un chalado que destroza el negocio de un caballero con un jodido vapor. —Buzetti se rascó la frente con el meñique de la mano derecha—. Pero tu hermano y las señoras..., alguno podría amanecer con un enorme reptil en la cama y empezar a pensar que la vida en el aserradero no es para ellos, ¿no? Quizás decidieran irse y te dejarían aquí solo con los mosquitos.

—Intenta hacer algo así y no te vas a creer lo que va a aparecer en tu cama.

Buzetti levantó su sombrero fedora hacia la parte de atrás de la cabeza.

—Vamos a ser claros. Esto no es algo contra ti. Tú estás mal de la puta cabeza, o algo así, no lo sé.

—¿Entonces qué es?

—Dinero. Vincente, mi primo, quiere los domingos. —Miró por encima de Byron a la casa—. Con quinientos dólares podrías doblar el tamaño de esta choza. A doña Ella le encantaría.

Byron alargó el brazo, cogió la bolsa y la sopesó. El rostro cetrino lo observaba.

—¿Qué?

—¿Cuántos alemanes mataste?

—Austriacos —corrigió Buzetti, con la voz más relajada—. Eran austriacos.

Byron miró el interior de la bolsa.

—¿Por qué lo hicimos?

Buzetti ladeó la cabeza.

—Porque alguien nos dio permiso. Esa es la gran cosa, el permiso. Después de la guerra, aprendí a darme permiso a mí mismo.

Byron pensó en ello y asintió con la cabeza.

—Dile a Galleri que puede abrir los domingos. Solo te pido que dejes en paz a mi hermano y a las mujeres.

Buzetti se volvió para mirar a sus hombres, que observaban sin observar, con la vista orientada hacia el costado de la casa. Se volvió de nuevo hacia Byron.

—Ahora estás siendo razonable.

Byron entró en la casa y cerró la puerta mosquitera, dejando a Buzetti plantado en el porche como un repugnante insecto.

—No, te aseguro que no —dijo, alejándose de la puerta.

Byron se bajó del tren en Shirmer y se dirigió al abigarrado almacén de la Spencer Brothers Plantation. El interior olía a melaza, café, queroseno y tierra, y colgados de las vigas del techo se veían arneses, machetes para caña de azúcar y hachas escarchadas de polvo. Hasta el techo ahumado se elevaban estanterías atestadas de todo tipo de artículos, excepto los que buscaba Byron. El dependiente —un hombre bajo y calvo con gafas de gruesas lentes— tardó en llegar desde la trastienda y se dirigió a él en francés.

—Soy el alguacil de la compañía que está en Nimbus —dijo Byron—. ¿Qué rifles tiene para ofrecerme?

El dependiente apoyó las manos abiertas en el mostrador y se inclinó sobre ellas.

—Depende de lo que quiera matar. Tengo escopetas de bombeo manual de calibre 22.

Byron meneó la cabeza.

—No. Necesito más calibre.

—¿Va a cazar venado en el bosque?

—Algo así.

—Arriba tengo unos viejos Winchester 73 de calibre 38-40. Eso ya no lo compra nadie. Se los puedo dejar a buen precio.

—Eso podría servirme.

El dependiente miró a Byron a los ojos.

—*Mais*, si lo que quiere es algo para tumbar de un disparo a esos cornudos, tengo lo que necesita.

Se acercó a una vitrina vertical, la abrió con una pequeña llave y sacó una carabina semiautomática, un rifle poco vistoso con culata de madera de nogal barnizada y un cañón corto de color azulado. Byron cogió el arma y la observó.

—He leído algo sobre este modelo.

El dependiente puso un dedo en el cajón de mecanismos del rifle.

—Dispara en cuanto pulsas el gatillo, seis veces, unas balas de punta blanda que pueden sacarle la sesera a un oso negro de un solo tiro. —Le entregó a Byron un cartucho de calibre 401 con forma de pequeña salchicha.

—¿Cuántos me puedo llevar por quinientos dólares?

El dependiente miró de reojo la placa de Byron, estiró una bolsa de papel sobre el mostrador y empezó a sumar cifras, ocultando su aritmética con la mano extendida.

—Puedo traer ocho en el tren, pasado mañana, con dos cajas de cartuchos por rifle.

Byron accionó el mecanismo de carga y examinó el temible cartucho. Recordó el enfrentamiento de aficionado de su hermano en la estación de Poachum con los hombres de Buzetti. Cómo estos, al ver las escobas de trinchera Winchester, se habían ido sin ni siquiera sacar las armas.

—Encárguelos —dijo.

El miércoles por la noche, los rifles estaban bajo llave en su armero de Nimbus, cargados y engrasados con aceite para armas Outers. Su esposa observó cómo se lavaba las manos en la cocina y se fue a la sala de estar, donde puso un disco en el Victrola. Mientras la voz de Bessie Smith llenaba la casa con «Downhearted Blues», ella volvió a la cocina y se sirvió un buen vaso de vino de mora.

—Ese disco que pediste es demasiado triste —dijo él, secándose los dedos con el trapo de cocina.

Ella lo miró, quieta e inexpresiva.

—La tristeza de unos hace felices a otros, supongo.

Él miró por la ventana de la cocina hacia la oscuridad exterior.

—No deberías beber. Es un hábito que va a peor.

Ella frunció los labios y se apoyó en el marco de la puerta.
—¿Es el hábito o lo que causa el hábito lo que va a peor?

CAPÍTULO TRECE

Lillian se mudó al aserradero y aprendió a lidiar con el sofocante calor del lugar, con los mosquitos siempre flotando ante su vista, las chinches hediondas rondando el cuello de su vestido y los insectos del amor, que volaban como borrachos y se pegaban a su falda, por donde subían como copos de nieve negra. Pronto entendió la importancia de tener una pala en el porche para cortar la cabeza de las serpientes que a mediodía tomaban el sol en los peldaños. A la criada la trataba como siempre había tratado a las doncellas y a las cocineras, pero no estaba muy segura de cómo tratar a Walter. Una mujer de la zona de los blancos le había dicho que el niño era probablemente hijo de un mecánico que había dejado el trabajo y se había ido a Texas en marzo. Lillian percibió enseguida la limpieza y el orden de la criada, y también la devoción que profesaba por su padre enfermo; así que no modificó sus rutinas, aunque sí la enseñó a cocinar algunas cosas al horno o hervidas, en vez de freír y estofar todo. Ante su insistencia, Randolph contrató a cinco hombres casados, que llevaron a sus familias y sustituyeron a los matones borrachos que Byron había escoltado esposados hasta Poachum. Lillian recibía a cada una de las familias cuando se bajaban del vagón de personal e instaba a los hombres, delante de sus mujeres, a que se mantuvieran alejados del *saloon*.

El gerente temía que su mujer solo aguantara unos días, pero Lillian lo sorprendió y, durante el mes de septiembre, su actividad se hizo cada vez más intensa. El último día del mes, cuando él llegó a casa a lomos de su viejo caballo, ella salió a recibirlo con una lista de números. Antes de que desmontara, ella le alargó el papel con su esbelto brazo.

—¿Qué es esto? —dijo él, enarcando las cejas—. ¿Qué va a costar seiscientos dólares?

—Un salón que servirá de escuela. El condado nos enviará una maestra si nosotros ponemos el edificio. Y un retrete, por supuesto. Hay una mujer de color en la otra zona que, por la noche, puede enseñar a los niños negros a leer y los números.

—No pierdes el tiempo. —Bajó la vista hacia ella—. Pero la mayoría de esos críos van a acabar serrando madera como sus padres. Para eso no hace falta ir a la escuela. —Desmontó y se dirigió con el caballo hacia el establo, en la parte de atrás de la casa.

—¿Cuánta madera va a quedar cuando estos niños tengan la edad suficiente para cortarla? —Lo siguió hasta la puerta del diminuto establo y cruzó los brazos—. Los tiempos están cambiando.

Él se volvió hacia ella y chasqueó la lengua.

—Has estado leyendo mi *Lumber World*.

—Lo suficiente como para saber que en la mayoría de las explotaciones madereras no quedarán más que tocones en unos quince años.

Él miró el sol sobre su pelo y las picaduras de mosquito en su cuello.

—¿Dónde la quieres?

—Entre nuestra casa y la de Byron, el terreno es menos cenagoso.

Él observó la densa línea de árboles que rodeaba el asentamiento. Al contrario que en la mayoría de las explotaciones, en Nimbus se estaba talando desde el perímetro hacia el centro, porque, de ese modo, los costes disminuían a medida que pasaba el tiempo: se requería menos mantenimiento del tren, menos cable y menos combustible para los cabrestantes y el vapor de arrastre de troncos. Desde donde él estaba, parecía que la madera no se acabaría nunca. Desvió la vista del bosque e imaginó una escuela de doce metros de largo por siete y medio de fondo, con sus ventanas y sus placas de madera de ciprés para la cubierta, todo con madera de segunda, por supuesto. En su cabeza veía los bancos de los que colgaban los pies descalzos de los hijos de caldereros y leñadores, preparándose para una vida después de los árboles.

Desensilló el caballo y el animal soltó un resoplido de alivio y acercó el costado a la pared del establo.

—Una escuela —dijo él—. ¿Y qué será lo siguiente? ¿Una iglesia?

—Voy un paso por delante de ti —dijo ella, enganchando su brazo en el de él y conduciéndolo a través de una nube de gallinas Dominique al porche trasero—. El misionero metodista que viene a Poachum puede dirigir servicios en la escuela.

May, que estaba lanzando a voleo el grano que llevaba en el delantal para las gallinas, levantó la vista y la miró cuando pasaban junto a ella.

—¿Va a haber algo de religión para los de color? —preguntó.

Lillian se paró y la miró sorprendida.

—Ay, May, a veces me olvido de que tú *eres* de color. —Alargó la mano y le apretó el antebrazo—. Pregúntalo por ahí, y si hay interés suficiente, a lo mejor el señor Aldridge puede facilitar el material para una capilla. Hasta entonces, si encontráis un predicador, podéis usar el porche del almacén los domingos por la mañana.

—¿No deberías preguntarme a mí primero? —Cuando su mujer lo miró, Randolph se quitó el sombrero—. Vamos, no va a ir nadie. Blancos o de color, dejaron su religión en Texas o Arkansas.

Lillian soltó una risotada burlona.

—Todos los asentamientos de aserraderos tienen su escuela y su iglesia, Rand. Va siendo hora de que empieces a pensar en proporcionarles algo de civilización.

Él volvió a mirar al sitio donde ella quería que se construyera la escuela y pensó en los ojos enrojecidos y los resacosos dolores de cabeza de sus empleados.

—No lo sé.

—Ya verás —dijo su esposa.

A mediados de octubre, la escuela estaba terminada —construida con madera de ciprés sin pulir, rojiza—, y seis niños blancos se presentaron en la puerta. La maestra que el condado había enviado era una mujer enjuta, sin experiencia, pero sabía leer y escribir y, al cabo de una semana, la matrícula había ascendido a diecisiete. Randolph perdió una sustanciosa apuesta con Jules sobre el número de asistentes al primer servicio religioso. A las once de la mañana salió al porche, seguro de que podría ver a través de las ventanas abiertas de la pequeña escuela a tres o

cuatro rústicas mujeres de rostro pálido. Para su sorpresa, contó muchas cabezas y, al acercarse, vio los toscos bancos completamente ocupados por mujeres, y a sus maridos, de pie junto a las paredes. Fuera, grupos de trabajadores negros y sus mujeres se apretaban bajo las ventanas para escuchar la predicación. El ministro fue convencional en su sermón, pero lo pronunció con voz potente, y la homilía salía por la puerta y ventanas abiertas y se esparcía sobre la paz dominical del aserradero. Una cuadrilla de trabajadores jóvenes observaban con cara de circunstancias, sentados delante del almacén sobre trozos de tronco de ciprés colocados verticalmente. Tres aserradores blancos, que estaban sentados detrás de ellos en el porche del almacén, mascaban tabaco y sacaban punta con sus navajas a unos palos, en silencio y con los oídos atentos a lo que sucedía en la abarrotada escuela. Los caldereros holgazaneaban delante de la doble puerta de la sala de calderas, a una distancia desde la que no podían oír, pero observándolo todo atentamente. Sobre los tejados de las casas de negros y blancos humeaban menos chimeneas que otras veces: la comida ya estaba lista y esperaba a que concluyera el servicio religioso a mediodía. Puede que en el servicio no hubiera ni un cuarto de la población del asentamiento, pero Randolph se dio cuenta de que este se había convertido en el centro de todo, desde el desdén y la mirada torva de algunos tronzadores a la curiosidad de algunos solteros que deambulaban por la zona de los barracones en calzoncillos largos, rascándose y haciendo comentarios. Al mirar hacia el *saloon* vio algo y entró en casa a coger sus prismáticos; al enfocar, distinguió a un hombre sentado fuera, en un barril: era Vincente, que lanzaba naipes dentro de su sombrero, colocado en el suelo boca arriba. Dirigió los prismáticos hacia la sala de calderas, contrariado por que la cuadrilla no estuviera limpiando el hogar ni haciendo la purga de lodos; pero entonces recordó que Lillian — sentada en ese momento en uno de los bancos— había dado instrucciones a Minos para que pospusieran esa ruidosa tarea hasta después del servicio.

Volvió a recorrer la explanada del aserradero con la vista y comprendió que la escuela-iglesia se había convertido en un día en el eje de la tosca rueda que era Nimbus. Concluyó el sermón con un desacompasado «amén», y un lento himno góspel arrancó como un motor malo de remolcador. Enfocó los prismáticos hacia uno de los lados del porche de Byron y vio que allí estaba su hermano, con un vaso de líquido oscuro en la mano, silabeando las palabras del himno.

* * *

Al padre Schultz le gustaba jugar al *casino* sin apostar y quedaba con Merville para echar unas partidas todos los domingos a las dos. Si había alguien encerrado en la herrumbrosa celda, el sacerdote se ofrecía a visitar al prisionero, pero aquel día estaban solos en la enmohecida comisaría.

El padre Schultz se acarició la afilada nariz, repartió una mano cuidadosamente y entrecerró los ojos para mirar sus cartas.

—Ya sabes que eres bienvenido a misa.

Merville abrió la palma de la mano.

—Igual que usted, yo trabajo los domingos.

El sacerdote echó una carta y negó con la cabeza.

—Por intentarlo no me vas a arrestar.

—No lo haría, no. Tendría que aguantarlo ahí encerrado en la celda cantándome en el latín ese todo el día.

—Algún día de estos volverás a la madre Iglesia.

—Quizás. Pero todavía no ha llegado algún día de estos.

Jugaron cuatro partidas, de las que cada uno ganó dos. El sacerdote solía hablar de su familia en Alemania y de cómo todo el mundo estaba sufriendo en su país, pero aquel día estaba callado y echaba las cartas sin pensar, o después de haber pensado mucho.

Merville lo miró.

—Padre, ¿está preocupado por algo?

—Puede. —Echó un gran *casino* y cuando Merville lo emparejó con su propio diez y se lo llevó, la expresión del sacerdote no se alteró.

—¿*Quoi*?

—Sabes lo de esas mujeres, ¿no?

El *sheriff* meneó la cabeza.

—Yo no puedo hacer nada.

—Entiendo.

—El *sheriff* del condado me ha dicho que si denuncio a alguna prostituta de Buzetti, él mismo retirará los cargos.

—Por supuesto. Sé bien cómo es esto. Pero se trata de chicas del pueblo.

El sacerdote echó su última carta y Merville la cogió.

—Es el modo de trabajar de Buzetti. Trae a una profesional del norte y ella se encarga de buscar chicas pobres, huérfanas y drogadictas. —Le hizo un gesto con la baraja—. *Mais*, ¿quiere echar otra partida?

—Sí, claro. —Levantó las manos de la mesa—. Ada Bergeron es ahora una de ellas.

Merville barajó las cartas. Fuera, en el río, el silbato del transbordador soltó el pitido que indicaba que iba a atracar.

—Bueno, su padre murió —dijo en tono somnoliento, como si no hablara con nadie—. Era primo mío, creo. —Se mordió el interior de la mejilla y repartió—. No tenemos mucha relación con esa parte de la familia.

—Es evidente. —El padre Schultz se echó hacia atrás y apoyó la palma de la mano en la tripa—. No obstante, si hay algo que pudieras hacer por una pobre católica descarriada que tiene tu sangre, mejoraría bastante tu expediente, si entiendes a qué me refiero.

—Sería un loco, si me planteara interferir con el negocio de señoritas de Buzetti.

—¿Haría que te despidieran o algo así?

—Algo así —dijo Merville, riéndose entre dientes—. Se encargaría de que yo recibiera un *algo así*. —Sacó su pequeño revólver Colt Lightning y lo movió en el aire por encima de su cabeza plateada.

El sacerdote colocó sus cartas boca abajo sobre la mesa y frunció el ceño al mirar su dorso rojo.

—¿Qué podría acabar con Buzetti?

—No el arrestarlo por unas putas, con perdón. —Merville se levantó un sombrero imaginario y echó un diez.

El sacerdote le dio la vuelta a su carta de arriba sin mirarla. Era un gran *casino*.

—¿Lo ves? A todo el mundo le cambia la suerte. Algún día, al tal Buzetti lo cogerán con

tantos asuntos de alcohol entre manos que no podrán ignorar lo que está haciendo.

Merville se encogió de hombros.

—Los federales podrían mostrar interés si el cargamento fuera lo suficientemente grande. Y la verdad es que lo trae a toneladas. —Cogió una carta de las que le habían tocado en la mano y la substituyó—. No sé cómo.

—Tiene gracia la cosa —dijo el sacerdote—: si lo pillaras con una cantidad grande de alcohol, a todo el mundo..., a los periódicos, al gobierno..., les parecería algo muy importante; pero si salvaras el alma de una joven para siempre, no le importaría a nadie.

—¿Por qué está tan interesado en esa chica?

—*Ach*, le di la catequesis de cría. Le di la primera comunión. Tiene buen corazón, pero es muy testaruda y está desesperada.

—Padre, a un hombre religioso no deberían preocuparle tanto las mujeres de un burdel.

—Bueno, hay precedentes —dijo el sacerdote.

—¿Y eso qué significa?

Sonaron las campanas del teléfono de la comisaría y Merville se apresuró a ponerse de pie. Un momento después, colgó el teléfono y se dirigió al sacerdote.

—Lo quieren en casa de Murphy Dugas. Está muy enfermo. Dicen que se está muriendo.

El padre Schultz se levantó y se puso su sombrero de copa diamante.

—Se está muriendo y tiene una enfermedad mental, las dos cosas. La vida lo ha maltratado, como sueles decir tú.

Merville se sentó pesadamente en una tumbona de cubierta de barco que había junto a la puerta.

—La locura es un tipo de muerte. Y es difícil volver de ella.

El padre Schultz, agarró el pomo de porcelana y se paró pensativo.

—¿Cómo está tu amigo del aserradero? El alguacil.

—*Pas très bien*. Es un buen tipo. Pero Francia lo destrozó.

—*Ach*. Aquella sí que fue una guerra mundial.

Abrió la puerta y salió al viento frío que llegaba del atraque del transbordador, donde los arrieros maldecían al sacar una numerosa recua de mulas al muelle. Al otro lado del río, una nube de tormenta se elevaba en una enorme voluta, como si fuera el humo de un fuego descontrolado.

CAPÍTULO CATORCE

A finales de diciembre, la explanada del aserradero se congeló formando un grotesco pastel lleno de surcos, y el padre de la criada se murió mientras miraba por la ventana congelada de su cabaña. Lo enterraron en la sección para negros del cementerio y el gerente le dijo al albañil que construyera un forjado de ladrillo encima de la tumba, para evitar que el ataúd saliera a la superficie durante la época en que subía el nivel freático. Él y su mujer asistieron a la breve ceremonia, en la que había más blancos que negros. El anciano no tenía amigos en el asentamiento y la gente con la que había compartido su verdadera vida nunca sabría dónde lo habían enterrado.

Randolph y Lillian volvieron a Pensilvania en Navidad y se dieron cuenta, con cierta sorpresa, de que ya no les atraía la nieve ni la comida insípida. Su padre quería que considerara la importancia de dar un cargo en la compañía a Byron y, como siempre, Randolph lo escuchó atentamente para ignorar acto seguido todo lo que le había dicho. Durante una semana soportaron sus quejas y los ofrecimientos de puestos en aserraderos de Nueva Inglaterra y, después, volvieron al sur, a la ignorancia y a la buena comida, a la pobreza y a la independencia, y a Nimbus, ese lugar que pendía de los pocos kilómetros de vía que lo unían a la civilización.

En febrero, una pelea estalló en el *saloon* después de la medianoche de un domingo y Byron tuvo que ir, cansado y medio borracho, a poner orden. Se paró delante del oscuro edificio, bajo el aguanieve, con su pala de mango corto en una mano y un revólver de calibre 38 en la otra. No recordaba el camino que había seguido para llegar allí desde su casa. Los chillidos salían por la puerta del *saloon* como fragmentos de cristal volando, pero consiguió procesar lo suficiente de los agónicos gritos que escuchaba como para darse cuenta de que un aserrador blanco había hecho un corte a una prostituta negra y esta le había disparado en la cara con un revólver de calibre 22. Un grupo de hombres blancos subieron al porche dando traspiés y maldiciendo la cuerda de arado que llevaban y que se les enredaba en las botas. Iban dispuestos a ahorcar a la mujer en alguna de las vigas del porche, mientras los negros salían del otro lado del *saloon* para pelearse con ellos. Todos los faroles se habían roto en la refriega y Byron se sumergió en un oscuro mar de hombres que blandían pistolas baratas, mostraban los dientes y chillaban, y agachó la cabeza ante las navajas de afeitar que se agitaban y destelleaban como murciélagos volando bajo los rayos de una tormenta.

Levantó su revólver y comenzó a gritar, pero sus palabras se las llevaba el torrente de encendidos chillidos, así que disparó a un blanco en el costado y a un negro en el muslo, enfundó la pistola cuando cayeron, levantó la pala y comenzó a dar golpes a todo el que se ponía a su alcance, como si estuviera matando avispones. Se oyó un tiro y notó el ardor de una bala en la

parte de atrás de su hombro. Abrió mucho el brazo para golpear con la pala y sintió la vibración de esta al chocar contra un cráneo. Entonces, dos hombres lo agarraron y los tres cayeron al suelo dentro de la zona de los blancos, donde le llegó el olor a barro y ceniza y alguien de grandes y duros nudillos empezó a pegarle puñetazos en la cara. Cuando intentó levantarse, una bota de suela de tachuelas se hundió en sus costillas y desencadenó un chorro de chispas en su cerebro. Pensó que estaba cerca su final y sintió un fugaz y melancólico consuelo, pero escuchó entonces una especie de aleteo metálico y uno de los hombres que lo agarraba contra el suelo soltó un alarido. Enseguida, otro más aulló bajo la pala, siguió un ruido de pasos apresurados en la sala y un farol se balanceó encima de Byron, iluminando la cara de Clovis Hutchins, el hombre al que había esposado a un volante de inercia en el jardín trasero de su casa. Detrás de él, sujetando la pala, había un negro con una cicatriz en la cara.

—Señor Byron —dijo Clarence Williams—, vamos, levántese y ayude a la muchacha que está en el porche.

Ayudaron al alguacil a ponerse en pie tirando de sus manos, y este sintió el agujero del hombro como si le hubieran metido ahí un cigarrillo encendido. En el porche, ya le habían puesto la cuerda a la prostituta, pero todavía no estaba colgada, y varios negros golpeaban a los dos peones borrachos que intentaban tirar de la cuerda para levantarla. Alguien acercó otro farol y Byron sacó su pistola a la luz, para que todos tuvieran claro que no había en él ni rastro de miedo. Recordó que le quedaban cuatro balas en el revólver. Los dos hombres que sujetaban la cuerda —enormes, tambaleantes, torpes por el mucho ron— lo miraron, miraron el arma y tensaron la cuerda. Byron los apuntó con la Colt.

—Tengo varios billetes de plomo. ¿Alguno quiere coger ese tren?

El más alto de los dos tiró de la cuerda y arrolló otra vuelta en su muñeca, haciendo que la mujer tuviera que ponerse de puntillas y sujetara con las manos la cuerda que le rodeaba el cuello.

—Esta zorra negra ha disparado a un blanco.

Byron amartilló la pistola y puso la boca del cañón en la oreja del que había hablado. Los hombres destensaron la cuerda y la dejaron caer. La prostituta se quitó el dogal del cuello, saltó al barro y corrió hacia el lateral del edificio, gritando:

—¡Sois una panda de cabrones!

Galleri empezó a sacar a los hombres del *saloon*, dándoles en la espalda con el palo de una escoba, y cuando las dos salas estuvieron vacías, cerró las entradas de un portazo para dejar fuera la oscura energía que todavía hervía en la sangre borracha. Afuera, los hombres escucharon cómo los pesados cerrojos los encerraban a todos en la oscuridad de la noche. Se oyó entonces una voz que se elevaba desde el otro extremo de la explanada, airada como una sierra circular:

—¡Maldición! ¡Demonios! —gritó el doctor—. ¿Puedo acercarme sin peligro a coser a esos estúpidos hijos de puta?

En menos de una hora, Byron estaba tendido boca abajo sobre una estrecha mesa del dispensario de Sydney Rosen.

—Alargue los brazos por debajo de la mesa y agárrese fuerte las muñecas —le dijo el médico—. Esto va a picar un pelín. —Cogió un fórceps que tenía la forma del pico de una polla de agua y lo metió en el agujero que Byron tenía en la parte de arriba de la espalda. En el silencio de la estancia solo se escuchaba el lento crujido de la estrecha mesa—. Muy bien, muy bien... —dijo

el médico, girando el fórceps—. No se haga pis encima, que ya sale. —Sacó una bala de calibre 25, lustrosa como una baya, y la puso en un plato. Después de limpiar y vendar la herida, palpó las costillas de Byron y se separó de él para mirar por encima de las gafas a otros tres pacientes, echados en el suelo junto a la pared trasera, como prisioneros que esperan a ser fusilados—. Póngase la camisa y écheme una mano con estos imbéciles.

Entre los dos cogieron a un quejicoso leñador negro y lo pusieron sobre la mesa.

—Ayúdame, Señor Jesús —rezó el hombre.

El médico examinó cuidadosamente la herida que el hombre tenía en el costado izquierdo.

—Aquí, alguacil, sujétele la mascarilla sobre la nariz, mientras yo echo el éter. Y usted contenga la respiración.

Un grito ahogado bajo la mascarilla hizo que Byron se tambaleara un paso hacia atrás y marcó el momento en que parecieron darse cuenta de la poca luz que había en la habitación. El médico le dio una lámpara eléctrica para que la sostuviera, abrió el vientre del hombre con un bisturí y metió las manos entre los intestinos, como un ama de casa buscando algo en el agua de fregar los platos.

Byron se apoyó en una mesa baja de tablero de porcelana, cubierta de vendas y gasas.

—¿Cómo está?

El médico se inclinó sobre la incisión y olfateó como un perro de caza.

—Ha tenido suerte el hijoputa —dijo, enderezándose y haciendo girar un zapato sobre su tacón para evitar un chorro de sangre que caía de la mesa—. La bala está en el músculo de la espalda y no ha rasgado nada. Páseme el fórceps. Eso es, cójalo con las tenacillas. —Introdujo el fórceps pegado a la mano que tenía dentro del abdomen, lo giró y sacó una bala, cubierta de sangre, que sostuvo a la luz ante la cara del alguacil—. Puede volver a utilizarla, si recarga usted sus cartuchos.

Byron giró la cabeza ante el enfado del médico.

—¿Y qué se supone que debía hacer?

La bala golpeó el suelo y rodó hasta la pared.

—Ese es siempre el gran misterio, ¿verdad? Páseme la bandeja de sutura. —Byron no se movió, y el médico intentó ver sus ojos en la penumbra de la habitación—. ¿Sabe usted...? Me tocó demasiado de esto en mi época —dijo, suavizando la voz—. Entiendo que no es culpa suya.

Byron meneó la cabeza lentamente.

—Es coser a estos dos o enterrar a esa mujer.

Sydney Rosen asintió con la cabeza.

—Sosténgame esa lámpara hasta que acabe aquí y luego vaya a ver a su hermano. A este lo voy a tener que coser como a una silla de montar, para que cuando se despierte y empieza a vomitar no se abra de arriba abajo.

A la mañana siguiente, una lluvia persistente y heladora azotó el asentamiento. Randolph levantó el cuello de su chaqueta y salió por el porche, antes de que May tuviera tiempo de preparar su desayuno. Chapoteó hasta el oscuro dispensario del médico, cruzó los brazos y se apoyó en la pared observando cómo dormía su hermano, mientras Sydney le daba detalles de los heridos. A la prostituta había tenido que darle cincuenta y cinco puntos de sutura debajo de un pecho, y el hombre que la había cortado se había presentado a media noche. La bala de la pistola

de dos dólares de la mujer le había dado en la parte de arriba de la frente, se había deslizado por debajo del cuero cabelludo y había salido por la parte de atrás de la cabeza.

—Con ese me quedé sin hilo —dijo el médico.

Byron se despertó en la mesa con una especie de movimiento reflejo de cadáver.

—Caray —dijo—. ¿Qué medicina era esa?

El médico sonrió.

—Sirve para limar aristas. Creo que a todos nos vendría bien un trago.

Randolph se acercó adonde lo podía ver su hermano.

—No ha habido muertos.

—Un milagro —exclamó el médico—. Si llegan a colgar a esa muchacha, hubiéramos tenido una masacre racial. Habrían quemado el aserradero y se habrían matado unos a otros. Jamás he visto semejante panda de cafres. —Echó un montón de instrumental manchado de sangre en una palangana de porcelana—. Deberían haber seguido cerrados los domingos.

Jules asomó la cabeza por la puerta, con el agua cayendo por el ala de su sombrero. Miró a Randolph y asintió.

—Tengo la lista.

—Coge un rifle y llévate a Minos contigo.

—¿Está usted seguro de esto? Vamos a perder mucha madera al día, hasta que consigamos volver a contratar.

Randolph miró al suelo, hizo un gesto al pensar en el dinero y dijo:

—Quiero que echas a todos los hijos de puta que estuvieron dando problemas anoche.

Jules se encogió de hombros.

—Bueno, si es eso lo que quiere...

—Si alguno se pone de rodillas a suplicar, pasa de largo al siguiente. Se van todos.

—Hace bastante frío para dejar a los hombres en la calle.

—Sí, eso he oído.

—Usted manda —dijo Jules, volviendo al viento exterior.

El gerente le gritó desde dentro:

—Dile a Rafe que vaya calentando la Shay y que los lleve a Poachum. No los quiero dentro de la propiedad. —Dirigió la vista a los dos heridos y a la mujer, que estaban tendidos en camastros al fondo del dispensario, flotando en un lago de dolor—. Ellos también. En cuanto puedan andar, quiero que se vayan.

Byron no hizo rondas durante tres días. Al mediodía iba a casa de su hermano, donde sentaba al bebé en su regazo, mientras May cocinaba y Lillian escribía cartas, cosía o leía las revistas profesionales de su marido. Randolph lo veía allí cuando iba a tomar café a las tres y, más tarde, a la hora de la cena, cuando Ella iba a buscarlo para que fuera a casa. Una tarde, cuando el gerente llegó a casa, se asustó al ver a través de la puerta mosquitera a su hermano tendido en el suelo boca abajo. Al principio, el miedo lo paralizó, pero entonces escuchó cómo Byron hacía ruidos que imitaban a los del bebé. Desde la habitación de al lado, oculto a su vista, Walter lanzó un bloque de madera de ciprés a la cabeza de Byron.

Randolph abrió la puerta mosquitera lentamente.

—By, ¿estás bien?

—Rando. Me parece que este renacuajo va a ser jugador de béisbol.

Entró en la casa, cogió en brazos al niño y pasó la mano por sus rizos.

—No, seguro que se va a dedicar a los negocios. —Randolph observó sus vivarachos ojitos. Walter le agarró la nariz y el gerente le besó la mano y se arrodilló con él junto a su hermano, quien se incorporó y se sentó en el suelo. Los hombres alargaron un dedo cada uno al niño y observaron cómo este los agarraba e intentaba ponerse en pie.

May entró desde el jardín trasero con un pollo recién pelado en la mano y se dispuso a prepararlo para meterlo en el horno. El gerente se preguntó qué pensaría ella al ver a dos hombres hechos y derechos jugando en el suelo con su hijo, qué pensaría que había en realidad detrás de aquello.

Randolph tocó el vendaje de su hermano.

—¿Te estás recuperando bien?

—No ha sido más que una pequeña balita.

Los dos se rieron y el bebé levantó la vista al escuchar el ruido y observó con mirada interrogante primero a uno y después al otro.

Randolph se levantó y se sacudió las rodillas con la mano.

—Nunca entendí por qué le dejaste abrir los domingos.

Byron se puso en pie y cogió a Walter en sus brazos.

—Es tal mi optimismo respecto a la naturaleza humana que no pude evitarlo.

—Quizás es que te da pena Buzetti... Un poco.

—Tú debes de haber estado bebiendo la medicina de Sydney. —Byron puso a Walter en el suelo y el niño agarró sus pulgares y se levantó, esforzándose por mantener el equilibrio—. Buzetti estuvo en Francia mucho tiempo. He oído que perdió a tres hermanos en un día. —Desvió la vista del rostro luminoso de Walter—. Los mataron a bayonetazos, y él vio morir a los tres.

Ella apareció en el porche y empujó la puerta mosquitera con la vista fija en Randolph.

—Tendrás que decirle que tu cocina no es su casa, ¿no?

—Bueno, pero dado que está aquí, ¿por qué no os quedáis los dos a cenar?

—No, he cocinado ya. —Acarició con un dedo la naricita del niño—. Este crío es una droga.

Walter, tambaleante, se agarró con una mano al pantalón de Byron y, con la otra, al de Randolph, y levantó la vista.

De uno en uno o de dos en dos, los alborotadores, borrachos, fanfarrones camorristas, los que pegaban a las prostitutas y los cabezas de chorlito que apostaban sin tener un centavo en el bolsillo fueron despedidos y reemplazados. Pero aun así, entrada la noche y ante los ojos de queroseno del *saloon*, los alaridos provocados por los insultos, o la decepción sexual, o sesenta horas de trabajo convertidas en nada al levantar una carta, llenaban el espacio que abarcaban los fantasmagóricos brazos de musgo español que colgaban sobre el tejado de chapa. Todas las noches, unos veinte hombres bebían repartidos a uno y otro lado de la pared, pero los sábados, el alargado edificio albergaba a más de cien. No había mujeres de trabajadores para atemperar el ambiente, ni música, ni baile: todo era un etílico griterío provocado por hombres confundidos que se creían sus historias.

Randolph y Lillian estaban sentados en la nueva habitación que habían construido en la parte delantera de la casa. Él leía y ella arreglaba la encuadernación de los gastados libros de aritmética que las autoridades estatales habían enviado para la escuela. Por las ventanas abiertas les llegaba el ruido que venía del *saloon*. A las diez, él se levantó y se abotonó el chaleco.

—Ten cuidado —dijo Lillian.

—La ronda de las diez no es tan mala. Le dije a Byron que la haría yo.

Ella dejó un libro sobre la pila que tenía junto a la silla.

—Cuanto más alejado se mantenga de ese sitio, mejor.

Él se acercó al *saloon* y entró en la parte de los negros, donde acababa de llegar una cuadrilla de leñadores que olían a mula, a tabaco de liar, a humo y a la savia de los árboles. Un primo carnal de Vincente, sentado detrás de una mesa cuyo tablero habían serrado a mano para hacerlo redondo y habían pintado de color verde fieltro, repartía cartas a un grupo de hombres, bajo una lámpara de gasolina que colgaba del techo. En una esquina, un peón de serrería tocaba una agrietada guitarra de agujeros en efe, deslizándose sobre las cuerdas un cuello de botella rota con el que les arrancaba ritmos de *blues*, mientras los hombres de la mesa se jugaban su paga semanal. El primo de Vincente era de tez oscura, rostro afilado y barba de tres días, y siempre ponía una Luger sobre la mesa. En la parte de los blancos, Vincente también había empezado a llevar una Luger al trabajo de manera ostensible, pero la suya tenía un cargador de tambor de treinta y dos balas adosado a la empuñadura.

A la derecha del italiano estaba un leñador que en las cuadrillas llamaban Judgment, un hombre que se había hecho enorme a base de turnos de doce horas manejando una sierra de corte transversal. En los bosques del este de Texas solo usaba el hacha, y sus brazos —que eran como tubos de chimenea de estufa— parecían decir que ese era el modo en que se había abierto camino hasta Nimbus. La piel era como el ardiente negro satén de las locomotoras y tenía los ojos enrojecidos, tanto por la bebida como por la rutilante sospecha de que le estaban engañando. El primo de Vincente repartió la primera mano de un juego de siete cartas, Judgment apostó fuerte desde esa primera carta y el bote empezó a llenarse de billetes de uno, dos y cinco dólares. Randolph se acercó a la mesa y se plantó detrás de Pink, el hombre al que Byron había salvado en una pelea de navajas meses atrás. Pink era un mecánico con formación de taller, un experto en calibrar y afilar las cepilladoras, y al gerente le entristeció verlo en la mesa.

Llegó el momento de repartir la última mano, boca abajo, y el italiano dudó —hasta el gerente se percató del cambio de ritmo— y se repartió a sí mismo una carta que deslizó de la parte de abajo del mazo. Lo hizo con un movimiento disimulado del meñique, un movimiento sutil, pero no lo suficientemente sutil. Randolph sintió cómo se tensaba el ambiente del *saloon* y pensó en cómo uno podía atravesar un mundo de movimientos lógicos sin que ninguno le distrajera, pero cuando un ademán que contravenía esa lógica se reflejaba en la retina, era como si pasara un tren rugiendo. Judgment agarró el cuello del crupier con los tentáculos de sus dedos y la Luger estalló. La pequeña bala de calibre 30 silbó al atravesar la parte de arriba del hombro del negro, pero este ni siquiera pestañeó. La boca del crupier se abrió entre resuellos y la pistola se agitaba entre Pink y un fogonero que estaba en la mesa. Randolph gritó «¡No!», pasó el brazo por delante del cuello de Pink y lo tiró al suelo, justo en el momento en que la pistola volvía a estallar y el fogonero se caía hacia atrás en su silla. Judgment apretó los dedos que, como salchichas negras, rodeaban el cuello del crupier y la Luger cayó al suelo. Randolph se metió bajo la mesa, pasando junto al fogonero, que agitaba las piernas, y cogió la pistola, mientras los

negros de la partida huían como cucarachas. Se incorporó y, sobre las rodillas, vio cómo el crupier languidecía como una flor marchita, agarrado por aquella enorme mano negra.

—Deja que se vaya.

Los ojos centelleantes de Judgment se giraron hacia él.

—Él nunca va a dejar que me vaya.

—Yo lo voy a echar. ¡Suéltalo, por todos los demonios!

Randolph apoyó un codo en la mesa y, en ese momento, Vincente entró precipitadamente desde la otra parte, sujetando en alto su Luger. Judgment se agachó y Vincente disparó dos veces, falló e hizo dos agujeros a la mesa verde, junto a la cabeza del gerente.

—¡Tírala! —gritó Randolph apuntando al techo con la Luger del primo de Vincente.

Cuando Vincente disparó a Judgment en la espalda, este se agitó como un pez en el anzuelo y se cayó sobre una silla destrozándola y haciendo que salieran despedidos trozos de madera.

—Va a tener que contratar más negros cuando acabe —le dijo Vincente, mientras barría la estancia con disparos que levantaban pequeñas nubes de polvo.

Pink soltó un alarido, levantó una mano cubierta de sangre y se arrastró por el suelo hacia la puerta, abrasado por el dolor. Entonces, sin pensar si debía o no apretar el gatillo, Randolph sintió la pistola saltar en su mano y Vincente cayó al suelo como un saco de carbón. Su primo se incorporó, agarrándose el cuello y moviendo la vista entre Vincente y el gerente.

—¡Ay! —gritó—. Esto no es bueno... —Y dirigió la vista a la puerta.

Randolph se giró y vio a Byron con su 45 automática amartillada. Detrás de él asomaba la melena plateada del médico.

—¿Quién ha sido esta vez? —preguntó Sydney en voz baja.

Los ojos de Byron parecían deformados y apesadumbrados al mirar el charco de sangre que se extendía bajo la cabeza de Vincente y al mirar a su hermano, todavía agachado, con una rodilla en el suelo, junto a la mesa.

Randolph se puso en pie y le entregó la Luger en silencio, con el cañón por delante. Su pulso daba sacudidas, como un motor descontrolado, y sintió que, de repente, todo en su historia pasada se había vuelto inconsecuente. Judgment se incorporó, miró a Vincente y, a pesar de la sangre que corría por su espalda, soltó una carcajada. El fogonero estaba muerto y Pink estaba sentado, encogido, junto a la pared delantera.

—Estoy bien —dijo, con la voz tensa como un puño—. Solo me ha atravesado la palma de la mano.

Randolph se volvió hacia su hermano, con las manos extendidas, suplicante.

—Deja que te cuente lo que ha pasado.

Byron echó un vistazo rápido a su alrededor.

—Ya sé lo que ha pasado. —Empujó suavemente el cuerpo de Vincente con la bota—. Llama a los carpinteros y mandaremos a este a Poachum con el próximo cargamento de tablas.

El gerente parecía desesperado por dar una explicación.

—Quería matar a todo el mundo aquí dentro —dijo con una voz aguda y rota.

—Voy a ver si puedo llamar al *sheriff*. —Byron hizo un gesto al primo de Vincente—. Y tú, lárgate del asentamiento.

El hombre se puso en pie y se estiró el cuello de la camisa, que chascó en su mano.

—A Buzetti no le va a gustar esto.

Randolph estaba aturdido, pero al escuchar esto, cogió al crupier por las solapas de la chaqueta, tiró, haciéndolo girar a través de la puerta y lo lanzó a un charco que había delante del porche.

—Dile a Buzetti que yo no quería matar a su primo. Es lo último que hubiera querido hacer. Pero dile también que, como me dé más problemas, me voy a asegurar de que no vuelva a comer más albóndigas en este puñetero mundo.

El médico levantó la vista del cadáver del fogonero y gritó hacia la puerta:

—¡Dios mío, no le diga esas cosas!

El crupier se levantó, se sacudió el barro de las mangas de la chaqueta y se fue andando hacia la vía del tren.

—Yo ya he visto esto antes. —La voz de Byron era seca y pequeña.

Randolph se giró hacia él.

—¿Eso qué significa?

—Así empieza todo —dijo Byron—. Con fanfarronadas. Con un tiro.

—No quise hacerlo, By.

—A *mí* no me lo tienes que explicar.

Se acercaron al borde del porche y vieron al primo de Vincente alejarse.

—A ver qué pasa ahora... —dijo el médico, mientras examinaba a Judgment, que estaba de pie, junto a la puerta, con la espalda flexionada y un gesto de enfado en su ancha cara.

Byron meneó la cabeza.

—Lo que empieza pequeño se vuelve grande.

De repente, oyeron un grito que se elevaba por encima de las cabañas de los negros, un agudo gemido que voló hacia el cielo nocturno cuando dieron la noticia a la mujer del fogonero.

CAPÍTULO QUINCE

Lillian lo estaba esperando en la cocina, vestida como si no tuviera intención de volver a la cama.

—Ya sé que ha ido mal. —Se sentó en la mesa vacía y se cubrió la boca con la mano.

—Ha ido peor que mal.

—Siéntate aquí a mi lado —dijo ella.

Él la observó bajo la luz amarilla de la lámpara y esperó para darle la noticia, consciente de que, cuando se la diera, todo cambiaría entre los dos.

—Creo que me voy a quedar un rato de pie, mirándote.

—¡Mirándome! ¿Qué te pasa, Rand? No estás bien. —Su rostro se ensombreció.

Él pensó que no había un buen modo de decir lo que tenía que decir.

—He matado a un hombre. —No le gustó cómo había sonado aquello.

Lillian echó la cabeza hacia atrás.

—No me lo creo.

—Un crupier de Buzetti. El que se llamaba Vincente.

Ella se levantó, colocó una silla entre ambos y agarró el respaldo con fuerza. Después de un prolongado silencio, dijo:

—Viniste aquí para enderezar a Byron y has acabado haciendo las mismas... —Cortó lo que estaba a punto de decir—. ¿Cómo has podido?

—Lo hice para salvar a un trabajador —dijo, sin saber exactamente qué vidas había salvado y con la única certeza de que a Vincente le quedaban veinte balas en el cargador cuando su cabeza rebotó contra el suelo.

—¡Has matado! —dijo ella, gritando.

Randolph extendió los brazos hacia su esposa, pero ella fijó la vista en la lámpara que estaba sobre la mesa y bajó la intensidad de la luz; y él sintió que su verdadero yo desaparecía, que se convertía en un manchón parduzco sobre el decorado de la vida de aquella mujer, un bosquejo monocromo de lo que él había sido.

Las botas del gerente rompieron el hielo de los charcos en el camino hacia su despacho, a la mañana siguiente. Antes de pasar por delante del almacén, oyó ruido en el canal, un motor intraborda que traqueteaba, mientras una lancha se dirigía río arriba para unirse a la flotilla del aserradero. En el barco iban tres hombres con fedoras de color oscuro y abrigos. Se acercó a recibirlos y ayudó a un *sheriff* de espaldas cargadas y enorme bigote a bajar a tierra. Sobre el pecho izquierdo, bajo el abrigo, asomaba una pequeña estrella de oro con lo que parecían

incrustaciones de diamantes y rubíes. Tenía una cara suave, de facciones redondeadas, como las de una estatua que lleva siglos a la intemperie. Detrás de él, estaba un ayudante de *sheriff* bizzo y, por último, detrás del motor, estaba sentado Merville, que parecía somnoliento y enfermo y llevaba un ojo cerrado por el viento que le había azotado la cara en el trayecto. Cuando todos estuvieron de pie en la orilla, estirando las piernas, el *sheriff* LaBat se echó el sombrero hacia atrás con un dedo y miró al gerente.

—¿Mató usted al espagueti ese?

Randolph, que se había quedado momentáneamente sin aire, miró a su alrededor, al aserradero, su reino, como si alguien hubiera venido a arrebatárselo.

—Sí —contestó.

El *sheriff* lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada.

—¿Por qué lo hizo?

Volvió a sentir un latigazo de pánico en el pecho e imaginó un juicio, una larga fila de abogados, los gastos y la preocupación. Finalmente, dijo:

—Estaba disparando a diestro y siniestro a mis trabajadores.

El *sheriff* escupió encima de su propio pie.

—¿Esa puñetera Luger con cargador de tambor?

—Sí.

—¿A cuántos alcanzó antes de que usted se lo cargara?

—Tres.

En ese momento, el *sheriff* miró por encima del gerente hacia la escuela. Se chupó el labio inferior y se lo mordió.

—¿Le importaría que montara una cabina de metro y medio por metro y medio ahí detrás? Ya sabe, como esas cabinas que se utilizan para las elecciones. Algo donde se pueda poner la urna. —Puso una mano sobre el hombro de Randolph y apretó. El olor a tabaco y a gasolina los envolvió.

El gerente miró detrás de sí y después la valiosa insignia del *sheriff*.

—Claro, no hay problema.

El *sheriff* asintió con la cabeza.

—¿Podría su alguacil apuntar a todos los que tienen derecho a voto, si le envió los impresos? ¿Y tendría usted alguna madera que le sobre para montarla? ¿Algunas tablas del tres, quizás?

—Sí, claro.

—¿Y carpinteros? —preguntó el *sheriff*, apretando más el hombro de Randolph con su pequeña mano y arrimando su panza contra él.

—Tengo carpinteros —contestó Randolph con voz ronca.

El *sheriff* lo soltó y le dio una palmada en la espalda.

—Parece que es el primero que manda usted al otro barrio. —Se subió al barco y el ayudante bizzo arrancó el motor—. Debería tener mi trabajo.

El gerente vio que el ayudante llevaba una estrella, pero se la había puesto boca abajo. El barco se alejó de la hendidura que había hecho en el barro, hacia el centro del canal, moteado de hojas, y dejó en la orilla a Merville, quien se estaba liando un cigarrillo mientras meneaba la cabeza.

—Señor Aldridge —dijo el anciano con su suave voz matutina—, ¿está usted siguiendo los pasos de su hermano?

Randolph señaló con la cabeza a la embarcación, mientras esta se deslizaba hacia el canal principal.

—No le interesan demasiado los detalles, ¿verdad?

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Puede que piense que Buzetti va a venir a por usted en cualquier caso. Un hombre tan listo como usted debería haberlo sabido.

—Si hubiera estado en mi pellejo anoche, hasta Buzetti habría matado a su primo.

Merville lo miró con los ojos entrecerrados a través del humo.

—Pero no lo mató él. Lo mató usted.

La locomotora traqueteó detrás de la explanada y los hombres observaron cómo se acoplaba a un vagón cargado de madera serrada.

—Habría dado cualquier cosa por no haberlo hecho. Debería haber visto cómo me miró mi mujer cuando le conté lo que había pasado. Me sentí como un extraño en mi propia cocina.

—Usted no es el mismo que era ayer. Eso es un hecho.

El gerente levantó las manos y las dejó caer.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Tomamos un café?

Entraron en la casa, donde la criada preparó un café de sabor intenso. Walter se acercó caminando torpemente hasta el *sheriff* y puso un dedito en la empuñadura de su pistola.

—Ven aquí, Walt —dijo Randolph.

Merville observó cómo Randolph ayudaba al niño a subirse a su regazo.

—Buzetti va a buscar dinero o sangre.

—¿Eso qué significa?

—Que usted se ha cobrado un pariente suyo y él se va a cobrar algo. Dígale a mi chico que vigile bien la sala de calderas. Y dígale al señor Jules que ponga a un hombre a revisar cada tronco que llega a la serrería.

—¿Cree usted que le hará algo a mi hermano? —Miró por encima del hombro y vio que May había salido de la estancia—. ¿O a nuestras esposas?

Merville negó con la cabeza y echó un largo trago de su café caliente.

—El *sheriff* no podría mirar para otro lado si le pasara algo a usted o a su hermano. Usted tiene dinero y Byron tiene una estrella.

—¿Y las mujeres?

—Hay unos caballeros de La Camelia Blanca al oeste de Tiger Island. Vendrían hasta aquí y colgarían a Buzetti por eso.

—¿No lo podrían evitar sus esbirros?

Merville alargó el brazo, agarró la mano del niño, miró la palma, le dio la vuelta y miró el dorso.

—Buzetti no es Dios. No es más que un miserable sinvergüenza, de una familia de sinvergüenzas.

—¿Qué mira?

Merville soltó la mano del niño.

—Nada —dijo, y se volvió para mirar a la criada, que había vuelto y estaba removiendo un *roux* en una olla negra de hierro. Ella desvió la vista y miró por la puerta hacia la cabaña renegrida por el moho donde había muerto su padre.

Hacía un calor desacostumbrado para la época y Randolph empezó a tener problemas para dormir. Las noches eran húmedas como el aliento de una vaca y se despertaba con las sábanas pegadas a las piernas como papel mojado. A veces, en sus sueños, Vincente salía por la puerta del *saloon*, avanzaba tambaleándose por la explanada y lanzaba al aire, de uno en uno, naipes que se convertían en pájaros. En una ocasión, Randolph se despertó llorando. Entonces su mujer le sujetó la cabeza sobre los pechos y le dijo que había hecho lo que tenía que hacer y que ella podía perdonarlo.

—¿Qué otra cosa podía hacer yo? —Él dirigió la cara hacia ella en la oscuridad.

Ella acarició sus húmedas mejillas y le dijo:

—Dejar que murieran los otros hombres, supongo.

Pero los dos sabían que eso no era una respuesta.

Una mañana, el agente de Poachum lo llamó por la nueva línea que llegaba hasta la casa.

—Señor Aldridge, su agente en Tiger Island acaba de enviar un telegrama.

—¿Qué dice?

—Que un hombre con un parche en un ojo se acaba de bajar del tren que va hacia el oeste.

Randolph cerró los ojos.

—¿Cómo iba vestido?

—Es él. No hay duda.

—Ya.

—Yo no le he dicho nada a usted.

Se escuchó el agudo pitido de una locomotora por el auricular y un clic cuando el agente colgó.

Randolph se dirigió inmediatamente a casa de Byron, donde encontró a su hermano escribiendo un informe sobre el tiroteo para el *sheriff* del condado, con letras de molde, como un escolar. En el Victrola, Lester McFarland cantaba «Go and Leave Me If You Want To». Randolph le contó lo que había dicho el agente, pero no dejó de escribir.

—Sigo rellenando impresos sobre el asunto. Ayer recibí más. —La sonrisa de su hermano era forzada y mezquina—. No te imaginabas que pudiera salir todo eso de una cabeza, ¿eh?

—¿Qué?

—A lo mejor pensabas que ahí dentro solo había serrín, ¿no? Pues no. Hay mucha materia oscura, incluso algo de gris. —Su mano se arqueó levemente—. Una bala sirve para que el suelo se tiña de sus recuerdos.

El disco se acabó y el Victrola se paró. En la serrería, Minos tiró del cable que hacía sonar el pitido de mediodía y su nota profunda golpeó el cristal de la ventana, que sonó como el papel que se pone sobre un peine para distorsionar la voz al cantar.

—¿Cómo puedes decir esas cosas?

Byron bajó la vista hacia el papel en el que estaba escribiendo.

—Lo siento.

—Ojalá no hubiera pasado.

—Le debería pasar a Buzetti. —Cogió el lápiz y siguió escribiendo con su caligrafía infantil—. Sería fácil.

—No digas eso. Acabarías tus días en la cárcel.

—Sí, pero arreglaría las cosas. Mata a la reina y líbrate del enjambre.

—No es la forma de hacer las cosas. —Cuando Randolph oyó cómo el lápiz se partía en dos, bajó la vista hacia su hermano—. Eso está mal, By. Es pecado.

Byron enarcó las cejas.

—Si alguien hubiera matado al káiser, ¿habría habido una guerra? Piénsalo, Rando. Ahora habría millones de tipos sanos y rechonchos trabajando por este viejo mundo. —Se dio una palmada en la frente—. Recuerdo una historia que nos contó padre una vez, sobre Annie Oakley, cuando llevó su espectáculo a Europa, hará como unos cuarenta años. ¿El espectáculo del salvaje oeste?

Randolph miró a su alrededor y acercó una silla.

—¿Qué decía?

—Que disparaba a bolas de cristal que un ayudante le lanzaba al aire. —Movié las manos imitando el movimiento—. No hacía otra cosa. Había días que disparaba a novecientas, sin fallar una. Utilizaba un rifle de calibre 22 para no lesionarse el hombro. —Los ojos de Byron se redondeaban a medida que hablaba—. Para ella, aquello era pan comido. Era como matar moscas. El caso es que, según contaba padre, un día estaba en Alemania en una exhibición, tirando de espaldas a unas uvas colgadas de una barra, que ella veía con un espejo. Entonces, de entre la gente, sale un tipo raro. Todos veían que tenía una pinta rara. Vestía con arrogancia y el bigote parecía un recorte de hojalata. Llevaba uno de esos espléndidos uniformes europeos con galones dorados y enormes charreteras. Le dijo a Annie Oakley que tenía que disparar a un puro que el sostendría en la boca a treinta pasos. Se lo ordenó. Ella le contestó educadamente que no hacía esas cosas y él la insultó. Le dijo que era una pobre granjera americana. Uno de los de su compañía se acercó a ella y le dijo que aquel tipo era un hombre muy importante y que sería bueno que hiciera lo que le decía. —Byron se calló de repente, bajó la vista hacia la cicatriz que tenía en el antebrazo y puso un momento el índice sobre ella.

—No recuerdo esa historia. —Randolph giró hacia fuera el zapato, aplastó una cucaracha que acababa de entrar del porche y se arrepintió en ese momento de la mancha que había dejado.

—Ella le dijo al hombre que se separara unos veinte metros y cogió un Winchester 73 para hacer los honores. Él se colocó un cigarro en la boca y se puso de perfil. Annie apuntó sin detenerse mucho en ello y cortó el puro en dos, con una bala de calibre 44-40, a un par de centímetros de los labios del tipo. —Byron puso la cara junto a la de su hermano—. ¿Sabes quién era el jovencuelo ese? —Randolph negó con la cabeza y se apartó—. Nada menos que el puñetero leñador deforme.

—¿El káiser?

—Si el tiro se hubiera desviado tres o cuatro centímetros, mi querido amigo Walter Liddy me estaría escribiendo cartas sobre sus hijos y tú y yo estaríamos discutiendo sobre la producción maderera de los bosques del oeste de Pensilvania. —Byron se puso en pie y levantó los brazos

hacia el techo—. Millones de buenos y malos tipos estarían viviendo sus vidas. —Parecía repentinamente agotado y se dejó caer en la silla de su escritorio.

—¿Y qué habría pasado con Annie Oakley?

—Habría acabado como un chiste malo, hermanito. Una de las mayores imbéciles de este mundo. —Byron levantó un dedo—. Pero lo cierto es que habría hecho más por la humanidad que la reina Isabel, Walter Reed y Thomas Jefferson juntos.

Randolph descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante.

—Con una muerte empezó todo, ¿no? El archiduque.

—No era ese el que tenía que haber muerto.

La puerta mosquitera se oscureció por la sombra que proyectaba un hombre como una negra nube de tormenta, el que se llamaba Judgment, que llevaba, agarrada de la solapa, la pequeña figura de un hombre que se revolvía. Minos, que estaba detrás de ellos, se adelantó y entró en la casa con un trozo de madera de ciprés en la mano.

—Tenemos problemas.

—¿Qué es esto? —El gerente se puso en pie y salió al porche para ver al tipo aceitinado y bajo que intentaba librarse de la mano de Judgment.

Minos levantó el trozo de madera.

—Un fogonero lo vio venir desde Poachum caminando por la vía. Sacó esto de un saco y lo echó a la pila de madera que utilizamos para encender las calderas los lunes.

El gerente miró la madera.

—¿Y qué pasa?

—Es un escaldador —dijo Byron.

Minos giró el trozo de madera y orientó hacia Randolph uno de los extremos, para mostrarle el presagiado agujero, en el que estaba insertado un cartucho de dinamita.

—Quité el pegote de barro que había en este extremo y vi esto.

El hombre exclamó:

—¡Eh!, yo de eso no sé nada.

Judgment retorció las solapas y el hombre se quedó quieto.

Byron se acercó al hombre y lo miró a la cara.

—¿Quién te ha pagado?

—Eh, que yo venía aquí a buscar trabajo. El saco estaba tirado en la vía y lo cogí.

—Ya sabes quién le ha pagado —dijo Randolph.

—Quiero oírlo.

—Nadie me ha pagado nada.

Byron sacudió el trozo de madera sobre la mano para sacar el cartucho.

—Es un tercio de cartucho. —Lo sostuvo con la carga hacia arriba—. Con un detonador. —Sacó una navaja y entró en su casa.

Su hermano lo siguió con la vista a través de la puerta mosquitera.

—¿Qué?

Al cabo de un minuto, Byron volvió con dos tramos de cuerda de arnés y el trozo de cartucho, del que colgaba una mecha de seguridad que tenía la longitud de un rabo de rata.

—Agárralo por los brazos, Judgment. La espalda contra el poste y tú te pones detrás. Ten

cuidado de no caerte al jardín.

—Entendido, señor Byron.

Byron se arrodilló, amarró las piernas del hombre, dando varias vueltas muy apretadas a la cuerda por encima de sus rodillas, y encajó el trozo de cartucho entre los muslos, de manera que quedaba debajo de los testículos, con la mecha hacia afuera. Sacó entonces una cerilla y la sostuvo junto a la caja.

—Ahora dime quién te ha enviado.

El hombre soltó una risotada.

—Estás loco —dijo, intentando mover los muslos.

—Respuesta incorrecta.

Byron encendió la cerilla y la acercó a la mecha que empezó a chisporrotear.

Randolph comenzó a agitar los brazos.

—¡Dios mío! —gritó, y salió disparado hacia la esquina de la casa.

Minos se quitó el sombrero, se agachó para observar el chisporroteo de la mecha y salió del porche lentamente. El hombre bajó la vista para mirar lo que tenía entre las piernas.

—Vamos, arranca la maldita mecha.

—¿Quién te contrató?

—No me contrató nadie, ya te lo he dicho. Mierda.

Randolph gritó desde detrás de la esquina.

—By, ese tipo no merece la pena.

Se habían quemado dos centímetros de mecha y Byron miró al hombre a los ojos.

—Suéltalo.

—No tengo nada que soltar —dijo el hombre, elevando la voz.

Otros dos centímetros de mecha se habían quemado, cuando Ella salió por la puerta mosquitera con un vaso de leche en la mano.

—¿Qué diantres está pasando aquí? Yo... —Vio la mecha y el vaso dejó una espumosa figura estrellada sobre las tablas del porche. Los hombres oyeron cómo atravesaba la casa dando portazos tras de sí: el dormitorio, la cocina, la puerta trasera.

Solo quedaban dos centímetros de mecha, cuando Judgment carraspeó y dijo:

—Señor Byron, esta es la única ropa que tengo para el resto de mi turno.

En ese momento, el hombre se empezó a orinar y gritó: «BuzettiBuzettiBuzetti», como si estuviera en una competición para ver quién decía el nombre más rápido. Byron alargó el brazo hasta la entrepierna del hombre y arrancó la mecha.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?, hijo de la gran puta. Rando, ¿le has oído decir quién lo contrató para reventar nuestras calderas?

Detrás de la esquina se escuchó una voz temblorosa.

—Sí.

Minosladeó la cabeza hacia el espacio abierto que había delante de la casa.

—Menos mal que la apagó usted...

Byron se quitó el hollín de las puntas de los dedos y miró la oscura mancha que bajaba por los pantalones del hombre.

—Creo que ya la había apagado él.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La mujer del gerente se estaba abanicando en su nueva sala de estar, sentada en un diván, con la cabeza de su marido en el regazo, mientras los tábanos chocaban contra las mosquiteras, ansiosos por llegar hasta ellos.

—Así que lo que buscaba era una explosión, ¿no?

—Sí —Randolph soltó un suspiro, complacido por el tacto de la mano de su mujer sobre su frente—. Querían destruir nuestro negocio..., como castigo, supongo.

Su esposa había crecido rodeada de las conversaciones sobre mecánica de sus tres hermanos varones y había desarrollado una especial sensibilidad por la naturaleza física de las cosas. Había algo sobre el sabotaje que la intranquilizaba como un mosquito rondando la oreja. Se mordió el interior de la mejilla con un colmillo.

—Rand, ¿bastaba con tan poca dinamita para reventar las calderas?

Él giró la cabeza contra sus caderas.

—No lo sé. Quizás no.

—¿Por qué no medio cartucho? —preguntó ella—. Así habrían asegurado que el daño era serio y que no solo serviría para apagar el fuego.

Su marido se apoyó sobre el costado y ella comenzó a rascarle la cabeza.

—Estoy seguro de que Buzetti sabía lo que estaba haciendo. Esa gente es hábil.

—¿Es muy cara la dinamita?

—¡Qué va! —dijo él en tono soñador—. Nosotros tenemos por aquí una cabaña llena.

—Y entonces, ¿por qué no un cartucho? Estoy segura de que no le debían de preocupar mucho los muertos y los heridos, si estaba pensando en hacer estallar una caldera.

—Pero qué sabrás tú de maquinaria... —Le cogió la mano y la acarició.

Ella dejó de rascarle la cabeza.

—Yo vi lo que pasó cuando estalló la caldera de New Castle. Estaba allí con Wallace y Todd y me explicaron lo del calor de reserva en el agua de la caldera, que se transforma en energía cuando la caldera se raja.

—¿Viste el desastre de New Castle? —Giró la cabeza para mirarla—. Dicen que fue como si un barco de guerra hubiera descargado allí una andanada.

—La cuestión es por qué, si Buzetti quería reventar una de las calderas, utilizó una carga tan pequeña.

Ella cruzó los brazos sobre la cabeza de él y esperó. Sin embargo, su marido no parecía querer contestar y eso la molestó. Miró por sus nuevas ventanas hacia la sala de calderas y

consideró aquel pequeño misterio.

El teléfono sonó mientras Randolph escribía resúmenes de los pedidos. Era el *sheriff* LaBat, que llamaba desde su despacho en Moreau.

—Tengo malas noticias para usted.

—¿Qué pasa ahora, *sheriff*?

—¿El tipo ese que mandó aquí su hermano en el tren? Anoche, alguien golpeó al ayudante del *sheriff* en la cabeza, entró en la cárcel y lo sacó.

—¿Lo están buscando?

—Coño, claro que lo estamos buscando. Si lo encontramos le llamaré.

—No es el típico borrachuzo que quieres fuera de tu propiedad. Es un hombre peligroso: iba a dinamitarnos las calderas.

El *sheriff* inspiró ruidosamente.

—Vale. Como he dicho, lo buscaremos.

—¿Lo tenían en la cárcel del condado?

Hubo un silencio en la línea.

—Sí.

—Eso es un sitio grande. ¿Cómo es posible...?

—Eran las dos o las tres de la mañana. A esa hora solo mantenemos a un hombre de guardia.

—¿Lo sacó Buzetti?

—¿Tengo cara de adivino? Todo lo que sé es que me llamaron al amanecer y cuando llegué me encontré al viejo Boudreaux sentado en el suelo con un chichón como un huevo de oca en la parte de atrás de la cabeza.

Cuando Randolph colgó, acabó con los pedidos y se acercó a casa de Byron, al que encontró en el porche, sentado en una silla de respaldo de listones y con un vaso de *whisky* en la mano.

—Un poco pronto para eso, ¿no?

Byron miró con cara de sorpresa los edificios de la serrería, como si los viera por primera vez.

—Es para pasar las pastillas que me da el doctor —dijo con los ojos muy abiertos, como los de un búho.

Su hermano apoyó la espalda contra la pared del porche. Recordó que Byron había bebido en contadas ocasiones durante su otra vida, antes de la guerra. Estaba muy ocupado en comprender el negocio maderero y en cortejar mujeres.

—Ha llamado el *sheriff* LaBat. Alguien ha sacado a tu dinamitero de la cárcel y no lo encuentran.

Byron escupió fuera del porche.

—No me digas.

—También me dijo que no le sacaron ninguna declaración.

Byron echó un trago y lo retuvo un momento en la boca, antes de tragarlo.

—¿Crees que al *sheriff* le gusta la salsa de tomate?

Randolph se quitó el sombrero y lo sacudió contra la pierna.

—Lillian cree que Buzetti no intentaba destruir el aserradero. Dice que los europeos son más

complicados que todo eso. Más emotivos, quizás.

—¿Qué piensa, que Buzetti quiere hacernos llorar, o algo así? —Acercó con la mano temblorosa el vaso a la boca y echó otro trago—. El mundo espera el amanecer —dijo—, espera quizás a que aparezca una mierda con piernas y una bonita pistola alemana. —Puso los dedos de la mano derecha en forma de pistola, apuntó a la casa de Randolph y bajó el pulgar como si fuera el martillo.

Un día de la primera semana de marzo, Randolph estuvo jugando al solitario toda la noche. Al observar sus dedos y el dorso de las manos, se dio cuenta de qué diferentes eran de los de Vincente, quien había tenido unos dedos largos, flexibles y ágiles. Randolph rezó por el alma del crupier, se sintió estúpido por hacerlo y volvió a rezar una breve oración.

Tomó la decisión de no volver al *saloon* y, cuando estallaban peleas —menos frecuentes cada vez—, dejaba que fuera Byron el que se ocupara del ruido y de la sangre. Durante el día, cuando tenía algún momento libre, se aseguraba de que Minos supervisara la madera que se utilizaba como combustible; de que el viejo Mackey, el vigilante, no descuidara la vía que iba a Poachum; de que el capitán del vapor de arrastre de troncos pusiera a un marinero en la timonera por las noches, para que alumbrara el canal y vigilara si aparecía alguna lancha en la oscuridad. Byron se acercaba todos los días después de la cena para jugar un rato con Walter, como si el niño fuera una cataplasma que tenía que aplicar a una dolorosa herida. El niño siempre estaba en la casa, porque a Lillian le había parecido conveniente que la criada se instalara en el pequeño dormitorio trasero.

Byron no cabía en sí la primera vez que Walter cogió en el aire el trozo de madera que le había pasado:

—¡Míralo! —gritó, tan fuerte que el niño se cayó para atrás y se quedó sentado en el suelo.

Randolph recibió por correo un sobre de papel Manila con una página de periódico en la que habían rodeado con lápiz una nota en la que se recogían los detalles del funeral de Vincente: la relación de flores, las misas que se habían dicho, los himnos que se habían cantado... Había sido embalsamado y enviado a Chicago en un vagón de equipajes del Illinois Central. Randolph sintió un punto de conexión con aquel hombre cuando leyó la lista de familiares; y le llamó la atención la referencia aislada y eufemística a su trabajo en el sector del entretenimiento. Volvió a sentir la pistola saltar en su mano y a ver la pared salpicada de pensamientos. Merville le había dicho que Vincente era un matón de matones, un hombre que contrataba a prostitutas y luego les daba palizas, que ganaba con trampas la paga de un trabajador y luego se la prestaba cobrando intereses diarios, que vendía un alcohol adulterado con el que era más fácil quedarse ciego que emborracharse. Randolph quería creer que había hecho un favor al mundo, pero su conciencia se lo impedía. Su único consuelo era pensar lo que habría pasado si no hubiera apretado el gatillo y esperar que los que habían sobrevivido justificaran su decisión. Cuando anochecía, pensaba demasiado y a veces bebía, y una tranquila noche en la que escuchó al otro lado de la explanada los alaridos de Byron, que se despertaba de otro sueño de sangre, entendió que su muerto no era nada comparado con el montón de *Kinder* alemanes que su hermano había enviado a la oscuridad. Aunque este pensamiento no lo tranquilizaba, le daba perspectiva frente al terrible abismo en el que su hermano se hundía cada vez que abría los ojos al amanecer.

La segunda semana de marzo llegó como un chaparrón. Muchas serpientes se enroscaban

sobre las escaleras de acceso a la casa, y Lillian tenía un Winchester de calibre 22 cargado con cartuchos cortos detrás de la puerta de la cocina. Se acercaba a los reptiles sigilosamente y los remachaba contra la madera con certeros tiros en la cabeza. May los recogía con un palo y los tiraba por encima de la valla trasera. En poco tiempo, los peldaños de las escaleras —tanto las de delante como las de detrás de la casa— estuvieron tatuados con agujeros de bala. Un mediodía, Lillian mató una mocasín que estaba en el centro del jardín trasero y May apareció con un palo de escoba sin preguntar a qué habían disparado. Lillian bombeó el rifle para sacar la vaina vacía y puso el martillo en la posición de seguridad.

—No sé para qué me molesto. No se acaban nunca.

—A las mujeres no nos gustan —dijo May, deslizándolo bajo el metro largo de reptil enroscado—. Me ponen la piel de gallina.

—Esa es peligrosa.

May sonrió y levantó el palo.

—Ay, señora, otras serpientes hay que dan muchos más problemas que esta. —Con un enérgico movimiento del palo, lanzó el reptil por encima de la valla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lillian. Cuando vio la sonrisita en la cara de May, se ruborizó.

Más tarde, cuando la criada fue a la cocina para limpiar la escoba, Lillian observó detenidamente el modo en que se movía y los reflejos que la luz producía en su cara cuando miraba por la ventana hacia el sitio donde trabajaban los hombres.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señora?

Lillian le alargó una olla que estaba sobre la cocina.

—He oído que perdiste a tu marido.

—Sí, señora. Así es.

—¿No has pensado nunca en volver a casarte? Por aquí no es que falten hombres.

May sumergió la olla en la espuma.

—No lo pienso, pero podría ocurrir. Me gustaría ir al norte y empezar una nueva vida con Walter.

Lillian levantó la barbilla.

—Entiendo. ¿Cuando se acabe de cortar la madera?

—Sí, señora. —Alargó el brazo para coger la sartén y su mano se superpuso a la de Lillian al agarrar el mango. Lillian miró un momento los dedos de May y retiró la mano.

—Creo que te iría muy bien —dijo, cogiendo la tetera.

Cada paso que se daba fuera de los caminos cubiertos de gravilla de concha era un auténtico suplicio, las botas se hundían y no había manera de caminar. Un día, un viento continuo del sur estuvo soplando durante doce horas, hasta que todo quedó cubierto por un pie de agua y el asentamiento se convirtió en una enorme charca de barro donde las casas eran barcos cuadrangulares y niños solitarios observaban desde los porches la marea que subía bajo sus sucios pies. Aquella noche de la inundación, cuando Galleri apagó las lámparas del *saloon* y echó del porche a empujones al último baqueteado y tambaleante trabajador, en dirección a las tinieblas del fin del mundo en que se había convertido el aserradero, no pasaron ni treinta segundos antes de que oyera al hombre chillar como si estuviera en llamas. Galleri encendió un

farol cubierto de insectos, saltó del porche y chapoteó a través del agua sulfurosa. Se paró cuando vio al hombre flotando boca arriba y agitando los brazos. La luz iluminó dos protuberancias que salían por encima de la superficie del agua como dos doradas monedas de dólar: unos ojos de caimán. Los gritos del hombre se ahogaron cuando el animal lo sumergió y tiró de él en dirección al canal. Galleri se volvió hacia su porche, pero recordó que no tenía un rifle en el *saloon*. Cambió de rumbo y comenzó a correr hacia la casa de Byron. Sus pasos estallaban en el agua, hasta que metió el pie en un surco y se cayó de bruces. La lámpara se apagó, pero siguió corriendo, llegó jadeando al porche y subió apresuradamente las escaleras para aporrear la puerta.

La cara de Byron apareció detrás de la puerta mosquitera como un humo enojado.

—¿Qué? —dijo la cara.

—A Sloan se lo ha llevado un caimán —dijo entrecortadamente.

—¿Dónde?

—Van hacia el canal, ¡ahora! —Gritó un «ahora» con falsete.

Byron cogió un rifle detrás de la puerta, se calzó un par de amplias botas de goma y salió al porche en calzoncillos largos, con dos linternas niqueladas de las que entregó una a Galleri. Avanzaron todo lo rápido que pudieron por el agua y pasaron por delante del *saloon*, tropezando con trozos de madera que flotaban arrastrados por la marea como pollos sin cabeza. Los haces de luz de sus linternas partían la corriente satinada que se deslizaba y apestaba como si fuera petróleo crudo. Byron le dijo a Galleri que se quedara quieto y se pararon a escuchar, pero solo oyeron el viento que empujaba los cipreses que había detrás del *saloon* y después el chapoteo del caballo ciego, en el que iba montado Randolph, sin silla.

—¿Qué pasa? He oído los gritos.

Byron y Galleri siguieron avanzando por el agua hacia el canal.

—Un caimán ha enganchado a un hombre y lo ha sumergido —dijo el encargado del *saloon*, levantando la voz—. Hace un minuto.

—Dame la linterna —dijo Randolph—. Quizás pueda verlo desde aquí arriba.

Galleri le lanzó su linterna y el gerente dirigió el caballo para que recorriera los cien metros que los separaban del canal, donde empezó a gritar y mover el haz de luz de un lado a otro, hasta que al final desmontó. Los tres hombres anduvieron un buen rato de un sitio a otro, hundidos en el agua acre hasta los tobillos y alumbrando con las linternas, mientras las bombillas iban perdiendo fuerza y se acabaron convirtiendo en unos débiles ojos cobrizos. Galleri corrió al *saloon* para coger un farol, pero cuando volvió y lo levantó en alto, la luz los cegó y no vieron otra cosa que a sí mismos, sucios, medio desnudos e impotentes frente a la ingente ciénaga.

Al amanecer, el viento amainó y Randolph mandó lanchas a buscar al hombre perdido. Desde la orilla, el gerente escuchaba el ruido que hacían los remos sobre los toletes en el estanque principal y en el negro canal; pero a mediodía, no habían encontrado ni rastro de Sloan, un tronizador de cuarenta años que vivía en los barracones. El gerente fue a la habitación del hombre para buscar el nombre de algún pariente o una dirección, pero lo único que encontró fueron cuatro mudas de ropa de trabajo, una lima para afilar la sierra, un par de zapatos de vestir, a uno de los cuales le faltaba el tacón, una botella de leche de magnesia, un guante de trabajo y, bajo el delgado colchón, una foto dedicada de una prostituta de Nueva Orleans desnuda.

Cuando el agua se fue del asentamiento, dejó tras de sí serpientes cubiertas de barro y ranas toro del tamaño de melones que arruinaban el sueño de todos con su croar. Los *choupiques* boqueaban en los menguantes charcos, aspirando aire durante días e intentando nadar bajo el sol abrasador.

El domingo, el predicador rezó por el trabajador desaparecido en la abarrotada iglesia y predicó hacia las ventanas, bajo las cuales, un centenar de personas escuchaban con reverencia, de pie sobre un barro negro y fibroso, como si se consideraran afortunadas de estar donde estaban. El gerente escuchaba inquieto en el segundo banco e intentó pensar en cómo Dios lo había bendecido; pero lo único que le vino a la cabeza es que el hombre que había sido devorado por el caimán no era muy importante para las operaciones del aserradero. Sintió remordimientos por lo que acababa de pensar y se preguntó si debía aumentar en cinco centavos diarios el salario de todos los tronzadores. Mientras estaba en la iglesia, Randolph comprendió que tenía un alma pequeña, pero también se dio cuenta de que era el resultado de la educación y enseñanza de su padre y de profesores que insistían en que cada astilla era dinero y que cada minuto era salario que había que pagar, y que un gerente que ahorra un centavo al día por hombre, vivirá una desahogada ancianidad, al menos, en lo que respecta al dinero. Cuando el predicador gritó que la muerte venía como un ladrón en la noche, el gerente cerró los ojos y pensó en el tahúr y en el tronizador devorado, hombres que habían encontrado el final de sus días bajo sus órdenes. Cantó el himno final lo mejor que pudo, incapaz de entonar, pero intentándolo con todas sus fuerzas.

* * *

No muchos días después, Randolph estaba en la cama y acababa de desplomarse en un sueño acogedor y profundo, cuando, de pronto, dolorosamente, como si le hubieran amarrado una cuerda alrededor del cuello, se vio arrastrado de nuevo a los perturbadores sonidos del mundo. Abrió los ojos a la penumbra de la habitación y las manos de Lillian agitaban sus brazos.

—¡Dios mío! —dijo ella—, estabas dormido como un tronco.

—¿Qué? —Parpadeó ante la silueta de ella.

—Escucha —gritó ella—. ¿Qué significa?

Era el silbato del aserradero, un enorme Lunkenheimer de tres notas, que sonaba con unos tonos profundos y armoniosos.

—Eso no es ninguna señal —dijo él—. No tiene sentido.

El sonido se metía en la madera de la casa, en sus huesos. Al levantarse y vestirse en la oscuridad, su pie tropezó con la pata de la cama y soltó una palabra malsonante. El silbato sonaba cada vez más alto, adquiría un tono más agudo a medida que se iba calentando y hacía vibrar los cristales de las ventanas como insectos gigantes. Al salir al porche, dirigió la vista hacia la serrería, pero la luna estaba baja y no consiguió distinguir nada. Había barro por todas partes, así que fue a la parte de atrás de la casa, embridó el caballo, le puso la silla sin manta, se montó y dejó que el caballo saliera.

El cable del silbato estaba encima de la pasarela principal de la sala de calderas. Randolph llevó el caballo hasta la puerta y nada más entrar vio al vigilante inconsciente, tendido en el suelo junto a su farol, bocabajo sobre el serrín. Cuando le dio la vuelta, el vigilante abrió un ojo, pero

solo hizo un leve movimiento como si buscara el atronador silbato. Byron entró con Minos y un fogonero, los tres sin camisa.

—¿Qué le pasa a ese silbato? —gritó Byron.

Randolph hizo bocina con las manos en dirección a Minos.

—Haz algo.

El maquinista gritó al fogonero, un joven rubio que salió corriendo hacia una escalera de mano por la que se subía a la pasarela principal. En unos momentos, el silbato se detuvo con una sucesión de altos y bajos, y el fogonero volvió con una llave Stillson de veinticuatro pulgadas que mostró al maquinista.

—Esta llave estaba colgada del cable, señor Minos. —La levantó con gesto de misterio para que la vieran los otros dos hombres.

—Es una broma —dijo Minos—. Una puñetera broma

Byron se agachó y meneó la cara del hombre, para que volviera en sí.

—Un bromista no deja inconsciente a un vigilante.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Randolph. Él y su hermano se miraron y la conexión de sus miradas fue como una descarga eléctrica.

Byron sacó su pistola y comenzó a correr hacia su casa. Su hermano corrió hacia el caballo, que estaba desconcertado y comenzó a mover las patas sin avanzar, hasta que un tiro de pistola rasgó la oscuridad del asentamiento y el animal, que ahora tenía una referencia, comenzó a trotar hacia la casa de Randolph, donde el chillido de una mujer se elevaba más aterrador que el inesperado silbato. El caballo cogió velocidad sin que lo espoleara Randolph y este temió que se empotrara contra el lateral de la casa y los matara a los dos. Al llegar a la explanada que rodeaba la casa, lo frenó con fuerza y saltó.

Lillian salió en camión gritando y apretándose las sienes con las manos. Su marido pasó a su lado y entró apresuradamente en la cocina, donde vio la lengua amarilla de la llama de una lámpara sobre la encimera y, debajo, a la criada caída en el suelo sobre la espalda. Dio un grito y se arrodilló junto a ella, con el corazón en picado, como una paloma a la que han disparado y cae del cielo. May tenía los ojos cerrados, los labios ligeramente separados y, en el centro de su frente clara, el pequeño agujero de una bala. Le cogió el brazo para buscarle el pulso y después puso los dedos en su cuello, pero estaba inerte, vacía, ya no estaba allí. Levantó la vista y se encontró los ojos de su hermano, que entraba en ese momento.

—Está muerta, By. —Apenas conseguía articular las palabras.

El rostro sin afeitar de Byron tenía el color del plomo.

—Debimos sospecharlo —dijo lentamente.

Randolph levantó la cabeza.

—¿Dónde está Lillian?

—Está con Ella ahora.

En el canal se oyó la sacudida de un motor que se ponía en marcha y Byron salió corriendo por la puerta trasera, atravesó el jardín y saltó la valla. Vio la lancha que se dirigía al cauce principal. Era un esquife rápido y Byron se dio cuenta de que en el aserradero no tenían ninguna embarcación que pudiera alcanzarlo. El marinero que estaba en el vapor de arrastre de troncos encendió la enorme lámpara de arco de electrodos de carbón y comenzó a hacer barridos por el agua, sin llegar a iluminar la lancha de lleno, pero proporcionando la luz suficiente detrás de ella

como para que Byron pudiera ver que la manejaba un único hombre. Quitó el seguro de su 45 y disparó un tiro y después otro, pero el barco estaba a casi cien metros de distancia. La primera bala rebotó en un barril del vapor, la segunda levantó un chorro de agua junto al esqui y Byron vació el cargador con la esperanza, al menos, de evitar alguna futura víctima, pero el motor no se desestabilizó y poco después la lancha tomó una curva y desapareció de su vista mientras el golpeteo del motor de dos cilindros se adentraba en el bosque.

Randolph no levantó la vista cuando oyó a su hermano disparar. No sabía nada de la mujer que estaba en el suelo y, sin embargo, él había arraigado en ella y ella le había dado un hijo. Eso lo sintió en aquel momento en plenitud: era un sentimiento que finalmente había llegado, porque ahora estaba muerta. Siempre había pensado en el niño como si fuera solo de ella, y no había sentido nunca la responsabilidad. Pero entonces, cuando Walter empezó a llorar en el dormitorio trasero, supo que era él quien tenía que ir a coger al niño en brazos y echárselo sobre el hombro. Walter frotó la cara contra el cuello de Randolph, volvió la cabeza y dejó caer los brazos sobre el pecho de su padre.

Byron entró en la habitación, cogió de la cama una manta con la que cubrir el cuerpo de May y, cuando lo hizo, volvió junto a su hermano, que tenía los ojos húmedos.

—¿Por qué ella? —preguntó Randolph—. ¿Por qué no yo o tú, o Lillian?

Byron bajó la vista.

—Ya sabes por qué.

Randolph negó con la cabeza y puso una mano sobre el cuello del niño.

—No lo sé.

—Porque es de color y no van a hacer mucho por atrapar a ese tipo —dijo Byron como quien constata un hecho—. Si hubieras sido tú o yo o las mujeres, padre habría enviado dinero y abogados para obligar al *sheriff* a actuar. —Apoyó la mano suavemente sobre la espalda del niño—. Acuéstalo, Rando. Se ha quedado dormido.

Después de poner al niño en su cama, Randolph empezó a buscar motivos, y cuando recordó el día que Buzetti había llegado al porche trasero de la cocina y los había observado a través de la puerta mosquitera, sintió que un nuevo tipo de ira le brotaba bajo el esternón, como si fuera una falla de su corazón. Ella estaba muerta porque Buzetti había visto cómo él soltaba su mano, ese movimiento fuera de lugar que siempre llama la atención, como el que había hecho el primo de Vincente en la parte de abajo del mazo. Se volvió a su hermano.

—Quería herirme profundamente y en algo que formara parte de mi hogar.

Byron asintió con la cabeza, una vez.

—Es su modo de actuar.

Merville apareció después del amanecer, con el pelo blanco encrestado en ángulos inverosímiles y el bigote amustiado sobre la boca. Llegó en una lancha astillada que no tenía la madera pintada, sino teñida de verde oscuro con sulfato de cobre. Cuando se bajó, miró a Randolph con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo se ha enterado de que llegaba para salir a recibirme?

—Un vigilante lo vio subiendo por el canal y llamó por el teléfono a la casa.

Merville sacó un pañuelo blanco grande como una bandera y se secó los ojos con él.

—Teléfonos —dijo—. Lo van a cambiar todo.

—¿Dónde está LaBat?

—Me ha encargado que me ocupe del caso.

—Quiere decir que él no viene aquí para ocuparse de muertes de negros, ¿no?

Merville sacó una pipa de su chaleco y la encendió mientras se dirigían a la casa.

—No necesito ver nada. Con lo que usted me dijo anoche por el teléfono es suficiente.

—¿No puede encontrar al hombre del parche?

El *sheriff* hizo un gesto observando la cazoleta de su pipa.

—¿Lo vio usted?

Randolph volvió la vista hacia el canal.

—Usted no sabe nada, ¿verdad? Aparte de quién lo hizo y quién le pagó. —Randolph levantó los brazos y los bajó haciendo que chocaran contra sus costados—. ¿No rige aquí ningún tipo de ley?

Merville inspiró ruidosamente.

—Sí. Todos somos culpables y todos tenemos una sentencia de muerte. —Atravesó el porche, entró en la cocina, flexionó las rodillas, que chasquearon como astillas, las apoyó en el suelo y levantó la manta.

—¿Tiene familia?

—Me dijo que no.

—Pues encargue a alguien que le haga la caja, traiga a alguien para que limpie la sangre del linóleo y ponga a las mujeres a cocinar la comida. —Giró la cabeza y miró la cara de May—. Si las mujeres no lo hacen ahora mismo, en este mismo instante, no van a volver aquí nunca. Se van a obsesionar con el sitio. —El anciano se sentó en una silla de la cocina y fijó la vista en la manta—. La verdad es que era muy guapa.

Randolph lo fulminó con la mirada.

—Quiero atrapar a ese hijo de puta.

El *sheriff* se frotó los ojos con el pulgar y el índice de una mano.

—¿Sabe lo que pasa?, que a algunos hijos de puta no se los puede atrapar.

—Pagaré lo que sea necesario.

Merville bajó la mano y la apoyó en la rodilla.

—El dinero no puede hacerlo. Y la ley tampoco.

—¿Quiere que espere a que ese tipo se muera de viejo? —Randolph se levantó e hizo sonar la estrella del *sheriff* golpeándola con la uña de su dedo corazón— ¿Quiere *usted* morir con ese tipo por ahí suelto y matando gente?

El anciano dirigió a Randolph una prolongada mirada con gesto ofendido.

—¿Sabe usted...?, hay mucha gente muerta que nunca acabó de hacer su trabajo. —Bajó la vista al suelo.

—Lo siento.

Merville se levantó con cuidado.

—Deje que vea de qué me puedo enterar en el pueblo —dijo. Se acercó renqueando al cadáver y volvió a levantar la manta, hasta que la herida quedó al descubierto—. Es una bala pequeña —dijo—. Son las que utilizan ahora los que hacen este tipo de encargos.

Los dos hombres bajaron la vista. Si hubieran hablado de ello, ambos habrían admitido que

estaban pensando en el futuro, en todo lo que ya no sucedería después de la muerte de May. Ella había creído que podía escapar. Randolph sospechaba que ella estaba atrapada de por vida, pero ahora ya no había esperanza de ver qué podría haber hecho, y eso era lo más triste. Él siempre había querido estar equivocado.

Después de un rato largo, Merville sacó un codo hacia fuera y Randolph lo ayudó a incorporarse, de forma que no fuera tan intenso el dolor de las rodillas, que le hacía ver las estrellas.

A mediodía, Lillian estaba en la cocina: el rostro, serio, y las manos, de acá para allá, veloces como pájaros, para encender el fuego, mover pucheros y sartenes..., para exorcizar la cocina con una actividad frenética.

Unos minutos después, llegó Ella, recelosa, con el delantal colocado como una armadura sobre un amplio vestido de estar en casa. Cogió una patata y comenzó a pelarla con rabia. Al cabo de un minuto, preguntó:

—¿Has pensado por qué no fue a ti a la que disparó?

Lillian cerró la puerta del hogar con el gancho para levantar las arandelas de los fogones.

—Sabía a por quién iba. Ya oíste lo que dijo Randolph.

—Aun así, creo que deberías llevar una pequeña pistola en el bolsillo del delantal. —Acabó de pelar la patata y cogió otra rápidamente, ansiosa por mantenerse ocupada.

—No sabría ni siquiera dónde tengo que apuntar para matar a un hombre. ¿Y de verdad piensas que un asesino que tiene todo planeado, un experto que sabe cómo hacer estas cosas, no podría entrar aquí ahora mismo y matarnos a las dos, aunque lo estuviéramos esperando con las pistolas amartilladas en la mano? —Arrastró una sartén de hierro forjado encima del fogón—. Yo no tengo ni idea de esas cosas.

—Al menos, tendrías alguna posibilidad...

Lillian puso una tapa sobre la sartén con una energía que la hizo sonar.

—Con gente como esa no hay ninguna posibilidad. Te engañas, si piensas lo contrario. —Relajó los hombros y miró al suelo por primera vez—. Además, se ha acabado. El primo de Buzetti, o quienquiera que fuera ese horrible tipo, ya ha sido vengado.

Ella comenzó a cortar las patatas en círculos.

—Así que se ha acabado...

Al escuchar estas palabras, Lillian comenzó a imaginar a su marido y a su hermano fumando puros, bebiendo, hablando, señalando con el dedo para enfatizar sus hechos, de esa manera que acostumbran los hombres, maldiciendo cualquier cosa que sea contraria. Pensó en los intensos aromas que desprendía el cuerpo de su marido, el olor dulce y tostado a serrín, a humo, a tabaco, y el olor a tierra de sus zapatos mojados.

—Si de mí dependiera, se habría acabado —dijo finalmente—. Pero los hombres actúan como huelen. —Se rio y golpeó un puchero con el borde trasero de la hoja de un cuchillo—. Oye, ¿por qué no picas una cebolla encima de esas patatas antes de echar el queso?

Ella secó su cuchillo con un trapo y le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Una cebolla?

—Es lo que hacía *ella* —dijo Lillian con las manos temblando sobre un puchero del que empezaba a salir un fantasma de vapor—. Y estaba buenísimo.

Aserradero de Nimbus
15 de mayo de 1925

Padre:

He recibido tu última carta y he de decirte que no me hicieron ninguna gracia tus críticas. Yo no estaba intentando hacer el trabajo de Byron la noche en que murió el crupier. Por el amor de Dios, ¡intentaba ayudarlo! Si tú hubieras estado en esa sala con las balas volando junto a tu cabeza como si fueran abejas, dudo que hubieras reaccionado mejor que yo. Solo hubo tiempo para apretar una vez el gatillo. Y por lo que respecta a la pérdida de nuestra criada en venganza, es algo que me ha enfurecido enormemente. No hay testigos y los sheriffs de la zona no pueden, o no quieren, encontrar ninguna pista. A veces parece que aquí no hay otra ley que la de la pala de Byron.

El trabajo de la criada lo hace ahora una afable mujer irlandesa de mediana edad que vive en la zona de los blancos y que viene temprano y se va tarde.

Los sicilianos han puesto a otro crupier en el saloon, pero es tan malo haciendo trampas que no creo que los leñadores tarden mucho en reventarle el juego.

Mi salud física está soportando el calor, pero a veces me siento descorazonado. Últimamente, Byron se dedica con mayor intensidad a su fonógrafo. Le pregunto qué planes tiene y me dice que personalmente tiene un único plan: llegar a la hora de irse a dormir. Lo positivo es que él y su mujer se han propuesto en serio tener un hijo y, a ese respecto, Lillian y yo estamos en una situación similar. Algo tendrá que salir de nosotros, además de tablas.

Los pedidos bajaron la semana pasada, excepto los de número uno para revestimientos exteriores. Creo que, a estas alturas, la mitad de las casas de veraneo de Nueva Inglaterra deben de haberse construido con nuestro ciprés.

Recuerdos,
Randolph

La luz de la luna iluminaba su cama y, después de hacer el amor, Randolph y su mujer estaban tendidos, secándose el sudor con una toalla y buscando las partes frescas del colchón. Durante toda la tarde se había estado preparando para lanzar la pregunta que le flotaba en la boca como un jadeo. Por fin, tragó saliva y preguntó:

—¿Qué te parecería que adoptáramos a Walter como hijo nuestro?

En la oscuridad, imaginó los ojos de su mujer moviéndose hacia él, incrédulos.

—Cariño —susurró ella—, es un niño de color.

Él se mordió el interior de la mejilla y respondió:

—Pero cuando volvamos, cuando acabemos de cortar la madera y volvamos, nadie allí arriba lo sabrá. Ese niño es tan blanco como tú.

Ella se giró hacia él, haciendo que le llegara un fragante calor, y cruzó un brazo sobre su pecho.

—Byron y su esposa lo saben.

—Bueno, ellos no dirían nada —dijo él, poniendo la mano sobre su brazo.

—O puede que sí, algún día. Quizás, cuando tenga dieciocho años y corteje a una Highsmith o a una Vandervoort. Sería un desastre en ciernes.

Esperó un momento e intentó enfocar las juntas de las tablas del techo, mientras calculaba el riesgo de lo que iba a decir a continuación.

—Pero es que cuando lo cojo siento que es mío.

Ella suspiró y se volvió a apoyar sobre la espalda.

—Lo sé. Es listo y muy guapo, para venir de donde viene.

Él frunció el ceño.

—¿Así que no crees que haya ningún modo?

—Yo no he dicho eso. Podríamos cogerlo en custodia, sin más. Llevarlo a colegios. Cuando llegue el momento, podríamos decir que no sabemos quiénes eran sus padres. Ya se han hecho cosas así. —Ella se volvió otra vez hacia él y giró la cabeza sobre la almohada—. ¿Pero por qué quieres adoptarlo, darle tu nombre?

Él se sintió de pronto perdido en un paisaje oscuro, a punto de caer por un precipicio y, para alejarse del borde, dijo:

—Hablaba sin pensar. —Y añadió—: Es solo que sería bonito criarlo, que estuviera con nosotros.

Después de un prolongado silencio, ella preguntó, con voz temblorosa:

—¿Tienes miedo de que nunca me quede embarazada?

—No, no es eso. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Nos está costando más que a la mayoría, pero eso es todo.

—Meter a Walter en nuestras vidas no es ninguna tontería, Rand. Puede que él crezca pensando que es blanco, y eso no es malo. Pero si le decimos que es nuestro y algún día, por lo que sea, descubre que no, eso lo destrozaría, lo heriría en lo más profundo.

—Sí —dijo él—, supongo que sí.

—Pero si él *supiera* que sus padres son un misterio, incluso si a Byron o Ella se les escapara algo sobre su raza..., bueno, claro, sería malo, pero no sería como haber estado viviendo en una gran mentira. ¿No te parece?

—Sí —dijo él, y sonrió al entender que el niño iba a estar con él.

Durmieron durante una hora y entonces Walter comenzó a llorar.

—Ya me levanto yo —dijo él, separándose del hombro de su mujer y bajándose de la cama.

Cogió un biberón limpio que había encima de la fresquera, lo llenó de leche y rebuscó por la cocina hasta que encontró la caja de las tetinas. La primera que intentó encajar en la boca del biberón se le resbaló entre los dedos y fue a parar detrás de la cocina. Como los lloros se volvían más insistentes, cogió otra tetina y esta vez consiguió encajarla. Walter ya tenía edad suficiente para agarrar el biberón y tomarse su leche fría, así que se lo dio y le cambió el pañal, que limpió en el nuevo baño y dejó extendido sobre el cubo con tapa que había en una esquina. Con el trasero seco y empolvado con talco, Walter mordió la tetina con fuerza y estiró los brazos. Randolph lo cogió y se sentó en la vieja mecedora de May. El niño separó la tetina de la boca y soltó un «guuu», y Randolph balanceó la mecedora, aspirando el olor del talco y acariciando el camisón de franela y la suave piel que este cubría. Observó entonces cómo a Walter se le

cerraban los párpados de color lavanda y empezaba a flotar en un sueño. El niño inspiró, comenzó a mover la boca con un movimiento de succión y siguió bebiendo del biberón en sus sueños.

Randolph sabía que debía sentirse como un padre, aunque en secreto. El contacto del niño dormido en su regazo a media noche tendría que haberle proporcionado algo de paz; y sin embargo, pensaba que Walter era el hijo de su madre y que en la carita del niño había tanto de ella que no podría olvidarla nunca; ni a ella ni la forma en que la habían arrebatado de sus vidas. Buzetti la había robado con la misma indiferencia con la que habría cogido una ciruela del carro de un vendedor de fruta ambulante; y Randolph se preguntaba si lo haría de nuevo, con alguien de su familia, o con algún otro. Después de que el asesino huyera en la lancha, Byron había querido ir esa misma noche al pueblo en el tren para matarlo, y a Randolph le había llevado toda la noche calmarlo. El gerente lo había acompañado a su casa, se había quedado con él y le había preguntado por sus discos y cómo había conocido a Ella, para tranquilizarlo y mantenerlo distraído con otras cosas, cosas buenas. Ahora se preguntaba si debía haberlo dejado solo.

Miró a través de la puerta de la cocina y se imaginó a May de pie junto a los fogones. Sintió el regusto de la furia de su hermano, pero en cuanto pasó ese momento, solo sintió frustración por estar rodeado de cientos de hombres que hacían lo que él decía, pero que no podían tocar a Buzetti impunemente. El bebé suspiró, levantó un párpado, y el gerente volvió a acunarlo, sonriendo como quien ha perdido el control de su cara. Comenzó entonces a tararear la melodía de uno de los melancólicos discos de su hermano.

CAPÍTULO DIECISIETE

A comienzos de junio de 1925, llegó un telegrama en el que se comunicaba que el padre de Lillian había fallecido. Cuando estaban preparando el equipaje para viajar a casa, la criada, la señora Scott —una mujer alta y robusta, con unos brazos como jamones— cayó enferma de gripe, por lo que decidieron dejar a Walter al cuidado de Byron y Ella. Cuando Randolph se acercó a entregar el niño a su hermano, percibió en los ojos de Byron el destello de algo que no había visto hacía años, la antigua luminosidad de su mirada de antes de la guerra. Los dos hombres estaban de pie en el porche, sin hablar, cuando salió Ella e intentó coger al niño.

—Un momento, nena, que ahora lo tengo yo —se quejó Byron. Acercó los labios a la mejilla del bebé y le dio un sonoro beso.

Randolph tosió.

—Espero que podamos volver antes de diez días. Si necesitas cualquier cosa, te acercas a casa y la coges.

—Nos apañaremos muy bien —dijo Byron—. Te puedes quedar un año, si quieres. Y dile al viejo de mi parte que se vaya al carajo.

—Ya se mueve bastante rápido. Ten cuidado, no se te vaya a caer del porche.

Byron se sentó en una mecedora y el niño alargó el brazo y le agarró una oreja.

—Descuida.

El gerente y su esposa se subieron al tren muy temprano. Era una desvencijada mezcla de vagones de pasajeros y de transporte de ganado. Cruzaron a Nueva Orleans en el transbordador ferroviario y cogieron un tren de la Southern Railroad rumbo a Atlanta. Después de dos días de cambios de tren y de compañía, se bajaron en la estación de Pittsburgh. Como llegaron tarde a la casa familiar de ella, tuvieron que darse prisa para prepararse para el funeral. El padre de Lillian llevaba tres días muerto y los familiares y amigos, que se habían congregado en una iglesia de piedra a cincuenta kilómetros al sur, esperaban ansiosos la sensación de alivio que el entierro trae consigo. Durante el servicio religioso, Randolph observó atentamente a su mujer, pero no hacía mucha falta que se preocupara: no estaba afectada. Su padre había sido un funcionario de la Pennsylvania Railroad, un hombre cuya vida eran los números y la economía y que no había pasado mucho tiempo con ninguno de sus hijos. Lillian le había dicho una vez que nunca había tenido interés por entender lo que hacía su padre, porque fuera lo que fuere era algo que lo había alejado de la familia. A Randolph siempre le había parecido un tipo gris e inexpresivo, y sabía que su Lillian, sentada junto al pasillo de aquella pequeña y oscura iglesia, buscaba en las reflexiones del ministro alguna clave sobre quién había sido en realidad su padre. Hacia el final

del servicio religioso, alargó su mano enfundada en un guante negro, tocando casi el barnizado ataúd.

Al día siguiente, visitaron al padre de Randolph en un pueblo de las afueras de Pittsburgh. Su padre no era un hombre distante o especialmente duro, y disfrutaba un buen vaso de *whisky* con agua. Pero su único tema de conversación eran los aserraderos. Asaeteó a su hijo a preguntas durante hora y media, hasta que Randolph se excusó cuando vio que su mujer había salido a pasear al jardín. Se acercó a ella, caminaron ladera abajo hasta un cenador cubierto de rosales y se sentaron juntos en el banco esmaltado que había bajo un emparrado con forma de arco.

Lillian desvió la vista hacia una línea de oscuras colinas, sobre las que, incluso a esa distancia de la ciudad, flotaba un halo de parda calima.

—Da gusto poder estar al aire libre sin el temor de que vayas a romper a sudar. —Se rio y se apoyó contra él—. O que vayas a pisar una serpiente.

—Volveremos pronto —dijo él distraídamamente—. De todas formas, ya no quiero construirme una casa en la parte de arriba de una colina.

—No —admitió ella—. El lugar ideal es al sur de una hilera de colinas. A resguardo del viento.

—Quizás podríamos buscar un lago. Creo que me he acostumbrado al agua.

—La finca Lemmon.

Él movió un poco la cabeza hacia un lado.

—Es un poco grande.

—Si viniera Byron podría quedarse la parte este. Los dos solíais ir allí a montar a caballo y a acampar. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

Él se quedó callado. Movié la vista de una colina a otra y hacia los canalones de cobre verdoso de la casa de su padre y, de repente, se sintió abrumado, sintió que su vida estaba en otro sitio. En Pensilvania nunca había dirigido un aserradero él solo, nunca se había adentrado en la oscuridad de la noche para buscar a un hombre al que se ha llevado un caimán, no había matado a un hombre y nadie había concebido un hijo suyo.

—Dios mío —dijo en voz alta.

Su mujer no abrió los ojos.

—Sí, el aire es muy seco, ¿verdad?

Por la noche, Randolph y su padre fueron a la sala delantera de la casa para tomarse una copa antes de ir a dormir. El anciano era un hombre delgado y llevaba un traje oscuro con chaleco en el que se veían las arrugas que le había dejado el largo día. Se peinaba el corto pelo blanco hacia un lado, por encima de unos ojos azul pizarra. Su hijo pensaba que no era un hombre malo o superficial, pero disfrutaba, por encima de cualquier otra cosa, los intrínquilis de convertir árboles en cifras de una cuenta bancaria. Su padre pensaba que hacer dinero era muy americano, la patriótica obligación de prosperar. En realidad, Randolph había sido moldeado a su imagen, pero era en su hermano mayor en quien el señor Aldridge continuaba poniendo obstinadamente sus esperanzas. Así eran las cosas; Randolph lo aceptaba e incluso compartía esa visión. Tomaba el mucho o poco amor que su padre le asignaba y se conformaba con ello.

El anciano se arrellanó en la butaca y formuló de otro modo la pregunta de siempre:

—¿Cuál es el estado de Byron? ¿Hay algún cambio?

Randolph se sentó en el banco del piano y observó las teclas.

—Tiene días peores que otros. A veces, estoy con él, y por cualquier simpleza, no sé..., un pitido o un petardazo en alguno de los conductos de vapor, de pronto ya no está allí.

—¿Que no está allí?

—Está allí de pie, pero su mente está a miles de kilómetros de allí.

—En una trinchera. —El anciano frunció el ceño—. Debería haber superado todo eso.

Randolph se movió incómodo en el banco del piano.

—No hay forma de que tú o yo sepamos lo que ha sufrido.

Su padre meneó el vaso al alargar el brazo en un gesto.

—Muchos que han ido a la guerra han vuelto bien.

—Quizás eso es lo que parece desde fuera.

Su padre dio un trago largo a su vaso.

—Sé que quieres volver a casa. Pero si pudieras hacer algo por él para devolvérselo, para ayudarle con su estado mental...

Su padre se detuvo y Randolph vio que estaba a punto de llorar.

—Lo intento y seguiré intentándolo —dijo casi enfadado por la emotividad que llenaba la habitación.

—Lo sé, chico —dijo su padre, enderezándose en la butaca—. Eres un buen hijo.

—Pero Byron es el mayor —le espetó—. Es fornido y guapo y el que estará al frente de todos los aserraderos algún día, ¿no?

Confiaba en hacer entender a su padre que Byron había llegado a un punto en su vida del que nunca podría volver. Lo observó detenidamente e imaginó las palabras penetrando y la espera para ver si lo había entendido.

El anciano resopló y colocó el vaso en el suelo. La ventana estaba abierta y el gemido de alma en pena del silbato de un tren de la Pennsylvania Railroad entró con el aire fresco.

—Si al menos se hubiera distinguido en el campo de batalla —dijo su padre.

Randolph miró por la ventana a la oscuridad y no supo qué contestar.

* * *

Llegaron a Poachum a mediodía y la locomotora del aserradero los estaba esperando. Por la ventanilla de la cabina, se asomó la cara de calabaza de Rafe Sommers, grasienta y congestionada por el calor.

—Habría traído algo de brisa fresca en la maleta, ¿no? —gritó mientras Lillian se acercaba a la locomotora.

—No, señor Sommers, pero sí que traigo carbonilla por todo el cuello, cortesía de L&N, por si la necesita.

Cuando llegaron al asentamiento y llevaron las maletas en un carro a la casa del gerente, Lillian se acercó a la zona de los blancos para ver cómo estaba la señora Scott y Randolph fue a recoger al bebé. Ella estaba en una mecedora del porche con Walter en el regazo. El niño miró a Randolph, sonrió y se escurrió hasta el suelo manteniéndose de pie sobre sus vacilantes piernas, agarrado a los dedos de Ella. Randolph le alargó el dedo corazón para que se cogiera.

—¿Dónde está By?

—Está en el barracón, tranquilizando a dos mecánicos.

—¿Cómo ha estado?

La mujer se ahuecó la falda de su anticuado vestido de estar en casa.

—Bastante bien. —Parecía confusa, como si hasta ese momento no hubiera pensado en Byron—. La verdad es que bastante bien. Hubo una buena pelea en el *saloon* una noche, pero lo arregló sin un solo golpe. Volvió con un borracho y lo dejó esposado al volante de inercia toda la noche. Pero no, no ha habido grandes problemas.

El gerente cogió al niño en brazos y lo observó mientras le metía el dedo en la boca.

—¿Y qué tal le ha ido de niño?

—Llevaba a Walter a todos lados como si fuera el reloj. Hasta se levantaba por la mañana con él, que eso sí que me sorprendió. No es normal en un hombre, ya me entiendes. El caso es que ha pasado tanto tiempo con el niño que no ha usado mucho el Victrola.

Randolph la miró.

—¿Se ha quedado sin agujas?

Ella apoyó una mano en uno de los postes del porche. Miraba al niño fijamente.

—No. Jugaba con el pequeño Walter, trabajaba algo con los papeles. Ya sabes...

El niño se revolvió y dijo algo en su lengua.

—Bueno, sí, ya sé —dijo Randolph—. ¿Ha habido algún problema con los sicilianos?

—Una noche vino un crupier nuevo. De Chicago, seguro. Le dijo a Byron que le iba a cortar el cuello como interfiriera en sus asuntos.

—¿Y qué hizo By? —Bajó al niño a un trozo de tierra seca y lo sujetó por las manos.

—Volvió a casa —dijo Ella, mirando hacia el *saloon*, como si de pronto estuviera sorprendida—. Sin más, volvió a casa.

Merville estaba en su oficina del muelle colocando cacerolas sobre las pandeadas tablas del suelo, mientras una tormenta lanzaba remolinos de agua contra las ventanas empapadas. La artritis lo doblaba por las caderas y las rodillas, y el pecho le dolía como si un mulo le hubiera dado una coz. Sentado en su escritorio, firmó el último impreso que tenía que rellenar esa noche. Estaba atrapado por la tormenta y la inmovilización le hacía pensar. Cerró los ojos y se acordó de su mujer, que siempre había odiado los rayos, y de su padre, al que le pasaba lo mismo. En ocasiones, cuando las noches se hacían largas, la vida de Merville volvía a proyectarse como una película de cine mudo mal empalmada: una larguísima saga que siempre concluía con él sentado en aquella oficina que el agua había cubierto de manchurroneos o, a veces, en la casa vacía que estaba a dos manzanas. Levantó la vista hacia la temblorosa bombilla colgada de un cable con cubierta de tela, cuya luz a duras penas dejaba ver las esquinas del techo, donde las telarañas cubiertas de hollín todavía tenían carcasas llenas de patas que llevaban muertas desde la Guerra de Cuba.

Le temblaban los brazos y miró la escopeta de dos cañones, que había empezado a hacérsele muy pesada para sus rondas. Incluso su revólver hacía que le acabara doliendo la tripa. Los cartuchos se habían puesto verdes en el tambor, así que rebuscó en los cajones de la oficina hasta que encontró un revólver Colt Lightning de calibre 38, pequeño, de cañón corto, pero suficiente para derribar a un borracho.

Quizás fuera la lluvia lo que le hacía temblar. Merville era consciente de que la mayoría de los hombres no duraban tanto como había durado él, y se preguntaba por qué lo seguía manteniendo en este mundo quienquiera que estuviera por encima de las nubes. La mucha edad hacía, al menos, que le buscara el sentido a las cosas. Y pensó que quizás le quedara todavía algo por hacer.

A veces se preguntaba cómo moriría y cuándo, y si justo antes de la muerte habría un momento en que sabría cómo de bien o de mal lo había hecho, porque, sinceramente, no estaba muy seguro. Sabía que quería a sus hijos, aunque nunca lo decía. Minos era capaz de hacer que una máquina de vapor marchara más fina que el corazón de un conejo y, aunque sus otros hijos no hablaban mucho con él, sabía que no andaban por ahí haciendo nada malo. ¿Los había visto en el último año, a Ralph, Aubrey, Etienne y Maude? Se puso la mano cubierta de lunares en la frente. Sus hijos habían cruzado por él como quien cruza una puerta, y no habían mirado atrás.

El teléfono de manivela empezó a sonar: un largo, un corto, un largo... Tuvo la esperanza de que pararía y que la señora Aucoin lo cogería. Pero otra vibración larga se arrastró desde la pared. Se levantó y rodeó una vigorosa gotera.

—¿Hola?

—Merville, soy Jimmy. Ha pasado algo muy malo.

—¿Quoi?

—*Mais*, Ralph LeBoeuf iba andando hacia su barco-casa y encontró a Ada Bergeron en el dique. Tienes que venir.

—¿Qué le pasa?

—La han matado.

—¿Dónde?

—Un poco más abajo de donde está el nuevo local de Buzetti.

Merville sacó el reloj y miró la hora.

—¿Esa Ada es la chica que se metió a puta?

—Dios mío, creo que sí.

—Voy.

Colgó, cogió su revólver habitual, descolgó un impermeable de un clavo y se lo puso. No le gustaba nada el blando sombrero de goma, pero sin él la lluvia le empaparía la espalda. Probó la linterna, pero las pilas estaban gastadas y el condado no enviaba pilas hasta el mes siguiente. Encendió un enorme farol de cuadra y reguló la mecha. Al otro lado de la calle, donde el río discurría bajo una alfombra de jacinto, resonaron las gárgaras de un silbato de vapor que liberó varios litros de agua de condensación antes de empezar a emitir una serie de pitidos. Por el sonido, se dio cuenta de que el piloto llamaba al *sheriff*. Merville se sentó en una silla y se puso unas botas de goma que le llegaban a la rodilla. La campana de cubierta de un vapor de arrastre de troncos empezó a sonar también.

—Ya voy, ya voy —gritó, y cogió un saco de arpillera que colgaba de un gancho junto a la puerta.

Salió, se metió en el palmo y medio de agua que inundaba la calle y se dirigió al muelle, donde los gritos de una violenta pelea competían con el ruido que producía la lluvia. Cuando estuvo suficientemente cerca para poder ver, levantó el farol. Sobre un amplio embarcadero de madera que se extendía entre barcos de vapor, dos tripulaciones resoplaban, se daban puñetazos

y soltaban juramentos. El anciano miró río abajo, hacia el local de Buzetti y volvió a fijar la vista en la pelea. Empuñó el Colt y disparó al aire, lo cual hizo que tres o cuatro hombres se levantaran y se alejaran de la refriega, pero el resto continuaron bramando como *pitbulls*. La luz del farol mostraba destellos de dientes, trozos de tubería que se agitaban en el aire y ojos enrojecidos. Merville se dio cuenta de que todos eran negros, excepto un blanco obeso. Merville cerró un ojo, apuntó y le disparó en el muslo.

—¡Qué coño...! —gritó el hombre. Se arrancó hacia el anciano, pero la bala le había quebrado el fémur y se desplomó como un árbol.

La pelea cesó y los hombres comenzaron a retirarse, mirando hacia el lugar donde yacía el marinero agarrándose la pierna y chillando. Un borracho tambaleante con la camisa hecha jirones sobre su piel de color ébano sacó una navaja y Merville le disparó unos centímetros por encima de la cabeza una bala que arrancó un balaústre de la segunda cubierta del Cecil N. Bean.

El *sheriff* lanzó el saco de arpillera sobre las tablas del muelle y levantó el farol.

—Solo lo voy a decir una vez. Meted en el saco cualquier cosa metálica que llevéis encima y al primer hijo de puta que vuelva a sacar un arma le voy a pegar un tiro en el escroto.

Apuntó con el revólver a cada uno de los hombres y pronto acabaron en el saco un par de trozos cortos de tubería cubiertos con cinta en el extremo que hacía de mango, un puño americano, cinco navajas, un machete, dos porras y un sacacorchos. El piloto bajó por la pasarela con un paraguas y se paró en seco.

—¡Mierda, hombre! ¿Por qué tenía que disparar precisamente a mi blanco, *sheriff*?

Merville escupió junto a la bota del piloto.

—Porque el médico no iba a atender a los negros. Vete a por la camilla y llevadlo al dispensario.

Cogió el saco, lo arrastró por la calle hasta la oficina, lo lanzó al interior y lo dejó allí empapado y cubierto de barro. El *saloon* de Buzetti estaba a un kilómetro de distancia, junto al río. Pensó en ir en el Ford T del condado, pero no conseguiría arrancarlo con esa lluvia. Merville sabía que su superior no quería que ejerciera con demasiado celo su trabajo, porque alguien capaz de imponer la ley podía causar problemas a las autoridades locales.

Cruzó las vías en la estación de tren y siguió río abajo junto al dique, hacia el sitio donde destelleaba la luz de una linterna. La lluvia empezaba a remitir cuando llegó y levantó el farol. El hombre que lo había llamado le señaló la hierba y Merville se agachó.

—Sí que ha tardado... —dijo el hombre, quitándose un puro apagado de la boca.

Merville miró a Ada Bergeron, al profundo corte en la garganta y la recordó cuando era una muchacha de buen ver que vivía con su familia en un barco-casa en el norte del pueblo. Unos años después de que su padre se ahogara, comenzó a trabajar de camarera en River Street y cuando Buzetti abrió su negocio se fue a trabajar para él. Alargó el brazo, le cerró los párpados y, antes de retirar la mano, pellizcó la brillante tela de su ajustado vestido, como si quisiera hacerle daño. Lo que había bajo la tela se levantó como carne dentro de un paquete y él retiró entonces la mano.

—¿Sabe alguien algo?

LeBoeuf, el hombre que la había encontrado, se apartó del círculo de luz.

—Vamos a cubrirla, por lo menos —dijo.

—¿Qué sabes?

—Nada. Yo iba andando a casa y ahí estaba.

Merville dirigió la vista a su alrededor y miró a los otros hombres.

—¿Alguno ha escuchado algo de esto en el local de Buzetti? —Ninguno respondió. En el río, un pequeño vapor de arrastre soltó un pitido para que levantaran el puente del tren. Merville sabía que el hombre que la había encontrado hablaba francés y que los otros no, así que empezó a hablarle en cajún—. Vamos, tú sabes que era una de las putas de Buzetti. Tú vas ahí dos o tres veces por semana.

El hombre giró la cabeza hacia el norte.

—Estuve ayer, y Buzetti le dijo que se fuera con su primo gratis. Ella estaba un poco borracha y le dijo que no quería. No se lo dijo de muy buenos modos.

—¿Y...?

El hombre se encogió de hombros.

—Es todo lo que oí. La cogió del brazo y la llevó a su pequeño... —Buscó en su cabeza la palabra en francés, pero al no encontrarla, la dijo en inglés—: despacho.

—¿La viste después?

—Sí, sí. Estuvo ocupándose de uno de los tramperos de rata almizclera de Sugarhouse Bend.

El anciano examinó la herida. Era un único corte hecho con una hoja bien afilada. Ada Bergeron habría llegado a ser cualquier cosa que le hubiera permitido su fortuna, si su padre no hubiera muerto, dejándola a ella y a su madre con seis niños más pequeños. Él sabía que la pobreza no era el único motivo por el que una mujer se prostituía. De ser así, la mayoría de las mujeres del pueblo se dedicarían a eso. Agarró las manos del cadáver y orientó las palmas hacia la luz del farol. Eran unas manos suaves y llevaba las uñas sin pintar. Se acordó entonces de que el padre de su madre era Bergeron y, cerrando un ojo, recorrió mentalmente el elenco de sus primos hasta que identificó al padre de Ada: el muchacho con el que había cargado pacas en el vapor de Giror después de la guerra.

—¿No era esta hija de Sydney? —dijo con sorpresa.

LeBoeuf le contestó:

—Sydney, de Pierre Part.

—Maldita sea, me había olvidado de quién era.

—Sí claro, Sydney era pariente suyo —dijo el hombre—. Tanto tiempo metido en la oficina del *sheriff*, se le olvidan las cosas.

Merville giró la cabeza cuando se oyeron unas risotadas que llegaban por el dique, y sus ojos enfocaron el *saloon* de Buzetti: un edificio de tablas y listones pintado de rojo, construido sobre la base en la que se había asentado el anterior negocio. Cuando soltó las manos de la chica, estas se quedaron levantadas, como un gesto suplicante.

—¿Quiere que vaya a buscar al enterrador?

El *sheriff* se levantó lentamente, bajó el brazo y se masajeó la rodilla.

—Sí. Y llama también al cura.

Atravesó entonces la hedionda banda de conchas que había delante de la puerta del local de Buzetti y entró. El enorme matón que estaba en la puerta puso una mano sobre el impermeable abierto de Merville, junto a su placa, una estrella de un apagado tono plateado que colgaba de varios hilos.

—No puede entrar aquí.

Merville le apartó la mano.

—Como tenga que matarte, me voy a quedar sin balas para el resto de la noche.

El hombre dio un paso atrás.

—¿Qué quiere?

—Ya sabes lo que quiero. ¿Dónde está?

El hombre apretó su bovina mandíbula.

—La puerta de la derecha.

El matón lo acompañó, abrió una puerta de seis paneles, asomó la cabeza, dijo algo en italiano e hizo un gesto al *sheriff* para que pasara.

Cuando Buzetti vio quién era, hizo un gesto de contrariedad, se arrellanó en la silla y escupió en el cubo de la basura.

—Estoy ocupado. ¿Qué quiere?

Merville sacó la pistola, la amartilló, apuntó a la cabeza de Buzetti y alargó su temblorosa mano izquierda.

—Dame tu cuchillo.

Buzetti se quedó inmóvil.

—Lo que tengo en la chaqueta es una pistola.

—Me importa un carajo la pistola.

Lentamente, Buzetti sacó una larga y fina navaja de la zona de su tobillo derecho y se la entregó.

—¿Qué?

—Te voy a decir qué en un minuto. —Abrió la navaja y la puso bajo la luz de la lámpara del escritorio. La hoja estaba limpia. El anciano se la acercó a la nariz y la olió. La cogió por la hoja, golpeó el mango contra la mesa y pasó un dedo por las gotas de agua que habían quedado sobre la madera. —La has lavado.

Buzetti abrió los brazos.

—¿A qué viene toda esta mierda?

—Ada Bergeron. —Miró a Buzetti a los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—Alguien la ha degollado.

Buzetti ladeó la cabeza.

—Lo siento. Es lo que tiene el trabajo con el que se ganaba la vida. Cuando cambias de novio cada noche, corres esos riesgos, ¿no?

—Debería hacerlo ahora mismo. —El Colt temblaba, pero seguía cerca de la cara brillante de Buzetti, cuya sonrisa retrocedió sobre una hilera de dientes amarillentos.

—No tiene pruebas y no tiene cojones. Y sabe que, si me pega un tiro, su jefe lo meterá en chirona. —Se levantó, cruzó los brazos, se puso de puntillas y volvió a apoyar las plantas de los pies en el suelo—. Pero el verdadero motivo es que usted es un puñetero imbécil.

Merville hizo un gesto de dolor, desamartilló el revólver y, después de dos intentos, lo metió en la pistolera bajo el impermeable. Acercó la cara a la de Buzetti.

—¿A ti quién te afeitó cuando los del zoo te soltaron de la jaula?

—¿Qué? Eh, ¿qué significa eso? —Buzetti dio un paso hacia atrás.

Merville clavó en él sus ojos, que eran del gris de las balas viejas.

—¿Qué pasa, que a Ada no le gustaba tu primo? Quizás es que no quería aparearse con individuos que no fueran de su especie. —Se giró hacia la puerta.

Buzetti se inclinó hacia delante y empezó a hacer aspavientos.

—¡Eh, eh! Llegamos a una edad en que estamos por encima de todo, ¿eh? ¿Ya no le importa nada? ¡Escúcheme! Yo le voy a enseñar a que le importen algunas cosas.

Merville agarró el pomo de la puerta.

—Tú no serías capaz ni de enseñarle a un gato a besarse el culo.

Buzetti bajó las cejas.

—¿Y qué lo va a salvar a usted? —susurró indignado.

El anciano se volvió y se burló de él con una amplia sonrisa y entrechocando la parte de arriba de su dentadura postiza con la de abajo.

El *sheriff* emprendió el camino a través de las vías del tren y de los nublados charcos de River Street, donde el viento soplaba como un mal aliento sobre las conchas de ostra amontonadas en las rodadas de la calzada. En su oficina, cogió el saco con las armas y continuó andando hacia su casa, bajo los mirtos de crespón, que se inclinaban con los gemidos del viento y dejaban caer la lluvia acumulada en sus hojas, haciendo que los goterones tabletearan contra el raído impermeable. En su casa de madera, entró en el dormitorio, abrió el saco en el suelo y lanzó las armas, una a una, detrás del alto armario que tenía cruzado delante de una de las esquinas. Observó brevemente el machete antes de lanzarlo y pensó en los centímetros de carne humana que ya no cortaría, en los forcejeos en el barro y en los chillidos bajo la luz de la luna, llamando a Jesús y a la mamá, que aquel filo ya no provocaría. Sopesó el puño americano con sus pinchos, lo arrojó por encima del armario y escuchó su ruido al chocar con los años de armas que se acumulaban detrás. Hacer aquello le producía un especial placer. Lo liberaba de todo el mal que había hecho y que sentía.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Comenzaba a atardecer en el porche delantero. Randolph observaba al niño, mientras este señalaba la locomotora, que estaba enganchando vagones cargados de tablones de uno por doce que ya habían pasado por la cámara de secado. La boca húmeda de Walter formó una «o» y por ella salió el pitido del tren.

El gerente se inclinó sobre él desde la mecedora.

—¿Cómo hace la locomotora, Walt?

El niño meneó la cabeza.

—Chuuu, chuu, chuu, *de ibato*.

—Muy bien.

Los dos miraron cómo la locomotora tiraba de los vagones entre tosidos de carbonilla y chorros de vapor. Walter se sentó y se puso a jugar con su tren de madera, un regalo que Byron le había traído del pueblo. Randolph vio a su mujer salir de la escuela, plantarse en el camino, hacerse sombra con la mano sobre los ojos para mirarlos y volver a entrar en la escuela. El pitido que indicaba el final de la jornada acababa de sonar y se veían trabajadores por las calles del asentamiento, dirigiéndose a sus casas, a los barracones o al adusto *saloon*. Vio a un negro que avanzaba por el camino que llevaba a la zona de los negros; el hombre se quitó el sombrero y paró a un capataz, quien lo escuchó un momento y señaló a continuación la casa del gerente. Se volvió a poner el sombrero y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, vio que era Clarence Williams, por cuya cicatriz caía el sudor como por una carretera en cuesta.

—¿Cómo estás? —le preguntó al niño, quien levantó la vista hacia él y lo miró en silencio.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó el gerente.

Se acercó al porche y se quedó de pie sobre un charco que había bajo la balaustrada.

—Señor Aldridge, corren rumores por nuestra zona.

—¿Qué clase de rumores?

—El negro que vive junto a mí estuvo con la puta esa del *saloon*. —Aquí el hombre desvió la vista e hizo como si observara la escuela—. La escuchó decir que la deuda no se ha saldado.

—¿Qué deuda?

—Ella dice que una criada no vale lo que vale un caballero siciliano. Señor Aldridge, ojalá supiera yo qué más dice.

Randolph apoyó las manos en la barandilla y miró hacia la izquierda, a un grupo de cipreses y, a continuación, por encima de los árboles, a un ruiseñor que perseguía a un cuervo. No miró a Clarence Williams.

—¿Estaba borracha?

—Las putas siempre están borrachas —dijo él—. Nadie bebe más ni llora más que una puta. La última vez que estuve con una le dio por mordirme la nariz y me dejó sangrando. Pillé el veneno ese de la sangre y me pasé dos semanas en cama, con fiebre y respirando por la boca. —Miró al niño y desvió la vista—. Las putas casi siempre dicen la verdad. Son muy malas para mentir.

—¿Es eso todo lo que oíste?

—Ojalá no hubiera oído lo que oí.

El gerente miró el sombrero manchado de sudor que caía sobre la cara de Clarence y percibió el olor de todo un día de trabajo que exhalaba su cuerpo.

—Si te enteras de algo más, me lo dices.

—Entendido —dijo Clarence, dando unos pasos hacia el camino y comenzando a andar hacia la zona de los negros.

Antes de que amaneciera, Lillian oyó el pitido del silbato Buckeye de tres pulgadas que estaba instalado sobre la sala de calderas: era la señal para que los fogoneros se despertaran e hicieran que el vapor comenzara a rugir antes del desayuno. Se levantó de la cama, encendió una lámpara en la cocina y encendió el fuego del hogar para calentar el agua para el café. El jardín comenzaba a tener el color del níquel deslustrado y ella se acercó a la puerta mosquitera para buscar alguna pista sobre qué tiempo haría ese día, y se sorprendió un poco de que el pestillo estuviera descorrido. Salió al porche trasero y observó con recelo una estriación algodonosa de neblina que se extendía como una blonda sobre el húmedo terreno. Al volverse, su aguda vista detectó que en la rejilla de la puerta mosquitera había una incisión a la altura del pestillo cuidadosamente disimulada. Solo le había llamado la atención el brillo que la hoja del cuchillo había dejado sobre la rejilla al punzarla. De pie en la cocina, entrecerró los ojos mientras pensaba y observaba.

Randolph estaba soñando que tocaba el piano, una pieza de *ragtime* en el ornamentado piano vertical de su casa. Arpegios y trinos fluían sin dificultad y la mano izquierda se separaba enérgica de la derecha haciendo sonar la música de una forma que le sorprendía y entusiasmaba. Estaba a punto de romper a cantar cuando sintió que unas manos le agitaban los hombros haciendo que perdiera el ritmo y que las notas se desbarataran bajo sus dedos, sustituidas por la voz sorda y quebrada de su esposa. Se despertó y giró la cabeza, que sobresalía por el borde de la cama. Lillian se había separado unos pasos y estaba de pie con las manos apretando las sienes y los ojos iluminados por el miedo.

—¿Qué? —Él pestañeó como un nadador que sale del agua a la inmisericorde luz del sol.

—Walter. —La palabra tembló en el aire.

Se levantó de la cama y se dirigió torpemente a la parte de atrás de la casa, al dormitorio del niño, donde miró la cuna y no vio nada fuera de lo normal, aunque seguía enredado en su sueño y la vista todavía era algo borrosa. El niño estaba dormido sobre la espalda, entre tres bloques de madera, un perro salchicha de trapo que le había hecho Ella y su manta verde. Randolph comenzó a frotarse la cara y, al levantar la mano, algo de color apagado se movió en la cuna y, en ese instante, vio el ámbar partido por la pupila vertical y retrocedió. Todos sus sentidos se despertaron de golpe y escuchó la respiración de Lillian junto al marco de la puerta detrás de él.

—¿Quieres mi pistola? —susurró ella.

La cabeza triangular estaba sobre el pie de Walter y el abrasador filamento de su lengua lamía el aire. Randolph negó con la cabeza lentamente. La interminable lista de sus empleados comenzó a pasar por su cabeza, y tuvo la esperanza de que en algún sitio hubiera un nombre al que poder acudir para que viniera a sacar de la cuna la serpiente, que se deslizó levemente bajo sus ojos, cuando el niño se llevó el dorso de la mano a la nariz. Se acordó de las hinchazones que producía el veneno en hombres a los que dejaba fuera de combate durante semanas, del escuálido tronizador que había muerto el año anterior y de, al menos, tres leñadores que habían perdido la cabeza. Randolph abrió la palma de la mano y pensó cómo podía agarrar a la serpiente, y cuando alargó el brazo lentamente oyó que su mujer caminaba hasta la parte delantera de la casa y abría la puerta. Escuchó entonces sus pies descalzos golpeando el suelo en su carrera, hacia la casa de Byron, supuso. Walter emitió un sonido de media sílaba y bostezó con la boca muy abierta; la serpiente levantó la cabeza y curvó el cuello como un signo de interrogación. Randolph entendía que debía agarrar la cabeza entre el pulgar y el índice y presionar las mandíbulas para mantenerlas cerradas. Era una cuestión matemática, de rapidez, de saber qué había que hacer, de dominar la lógica de todo aquello; y al sentir en la mano el pulso, la sangre y la rapidez, supo que podía hacerlo. Pero en ese momento lúcido, el niño dio una patada, destelleó el relámpago de una boca blanca y Randolph sintió una eléctrica descarga de horror al ver al reptil enganchado al pie del niño y por el grito que siguió. Lanzó la mano sobre el músculo escamoso, que se abrió para morderle, pero agarró a la serpiente por la cola y la sacó de la cuna. No era una serpiente grande —poco más de medio metro de largo—, pero estaba furiosa. La arrojó contra el suelo, donde se volvió en busca de sus pies, mientras él retrocedía marcha atrás, bailando en dirección a la cocina. En ese momento, Byron entró en el dormitorio como un ciclón y con el tacón de su bota convirtió la cabeza de la serpiente en una mancha roja.

Randolph pasó por encima del cuerpo del reptil, que se agitaba con un movimiento sinuoso, y cogió a su hermano por el brazo.

—Ha mordido a Walt.

El niño no paraba de berrear. Byron lo cogió, observó las marcas que tenía en el talón, volvió a dejarlo en la cuna de inmediato y sacó su vieja navaja, de la que abrió la hoja pequeña, la que utilizaba como si fuera una cuchilla. Randolph recordaba aquella navaja, y cómo habían cortado con ella el bramante de sus cometas cuando eran niños. Su hermano entró corriendo en la cocina, cortó el cordón de las persianas venecianas, levantó las arandelas de uno de los fogones con el gancho y mantuvo la hoja de la navaja sobre una llama amarilla. Corrió entonces a la cuna hizo un torniquete con el cordón en la pierna de Walter, por debajo de la rodilla, y con la navaja le hizo dos incisiones en forma de equis encima de cada una de las marcas de colmillo. El niño soltó un chillido y Byron chupó la herida y escupió en el suelo, una y otra vez, como si fuera a secar la pierna. El niño levantó la vista y lo miró como a una pesadilla: el hombre al que adoraba le infligía dolor; y Byron cerró los ojos para no tener que soportar esa mirada.

Cuando acabó, pidió *whisky* y, para sorpresa de su hermano, no lo vertió sobre la herida, sino que dio un buen trago y corrió hacia la puerta trasera, donde lo escupió sobre las tablas del porche como si fuera un atomizador.

El médico entró precipitadamente en el dormitorio, sin sombrero, con los cordones de los zapatos sin abrochar y dejando marcas de agua en el suelo. Se inclinó sobre la cuna para observar el pie de Walter, que había empezado a hincharse y a girarse hacia dentro.

—La han chupado.

—Sí.

—¿Tu hermano?

Cuando Randolph asintió con la cabeza, el doctor atravesó la cocina y salió al porche trasero, donde encontró a Byron haciendo gárgaras y escupiendo.

—¿Has tragado algo? ¿Tienes alguna llaga en la boca?

—Lo que he tragado no es ni una cabeza de fósforo.

—Ya estás bebiéndote esa botella y metiéndote el dedo en la garganta —le dijo el médico—. Tienes que vomitar el desayuno.

El anciano volvió dentro y le dijo a Lillian que cogiera al niño en el regazo y le mantuviera el pie bajo. Se arrodilló, puso pomada en las heridas y apretó encima dos ventosas rojas de goma para succionar el veneno. El niño empezó a chillar y él hizo un gesto de dolor.

—Tenemos que mantenerlo así durante media hora, por lo menos. A veces la cosa esa se queda ahí metida como si fuera pegamento.

Aflojó el torniquete un momento y volvió a apretarlo. Cogió el pie, lo acercó a la luz que proyectaba la lámpara del techo y observó el líquido amoratado que salía de las heridas. Nadie dijo nada cuando el ritmo del llanto del niño cambió, impulsado por una respiración entrecortada

—Ay, Señor... —dijo el doctor.

—¿Qué pasa? —Randolph se inclinó sobre su hombro.

—Nada. —Miró la serpiente y su cabeza aplastada contra una tabla del suelo—. Una puñetera mocasín boca de algodón.

Desde la parte de atrás llegó el sonido de Byron vomitando.

* * *

A mediodía, el niño estaba pálido y una de las piernas tenía el doble de volumen que la otra. Byron, débil y mareado, estaba tumbado en un sofá de la sala de estar de Lillian, en la parte delantera de la casa. Cuando Jules se acercó para recibir las instrucciones del día, Randolph lo agarró por el brazo y lo sacó al porche.

—Me importa un carajo cómo despachéis hoy los tablones de seis por seis, ¿me entiendes? Por mí como si los lanzáis con un cañón. Los enviáis como sea y ya está. Pero antes que nada quiero que te enteres de si ha habido algún intruso merodeando por el aserradero antes del amanecer.

Jules desvió la vista.

—¿Cree que esa serpiente la puso ahí alguien?

—Sí.

—Ya, es tremendo, pero he oído que eso lo han hecho otras veces. —Miró al gerente detenidamente—. Le recomiendo que le diga a Lillian que le prepare un buen café.

Aquella noche, según el médico, el niño tenía unas pulsaciones aceleradas y débiles, como la gotera de un tejado cayendo sobre un puchero. La señora Scott —quien normalmente hacía notoria su presencia en la cocina por los golpes de fogones, cajones y cacerolas— flotaba silenciosa por la casa, llevando bebida y comida a los que esperaban a que Walter se recuperara.

Su sigilo espantaba a Randolph, que rezaba sentado en el porche, tan asustado que era incapaz de pensar en venganzas, sentir rabia o pensar en otra cosa que no fuera el vacío que el niño dejaría en todo, para siempre, si moría. Se imaginó al chico como un hombre hecho y derecho, educado y culto, y comprendió que alguien intentaba arrebatárles todo aquello. Al amanecer, Byron salió por la puerta mosquitera y encontró a su hermano dormido en el porche en una mecedora. El rocío había plateado el vello de sus brazos. Se sentó a su lado y le dio unos golpecitos en el hombro. Randolph abrió los ojos lentamente.

—¿Cómo está Walt?

—Fíjate en lo que una pizca de veneno me ha hecho a mí. —Levantó un brazo tembloroso—. Estoy asombrado de que todavía siga vivo.

—¿Estás mejor?

La cara de Byron mostraba varias capas de enfermedad.

—Si hubiera estado mínimamente bien anoche, hubiera ido al pueblo a comer unos espaguetis.

—Te habrían juzgado y te habrían ahorcado.

—Lo sé.

Randolph se dio cuenta de que su hermano estaba dispuesto a inmolarse, como una estrella que muere. Una lluvia fina comenzó a caer sobre el asentamiento y el humo de las chimeneas de la sala de calderas bajaba y se extendía por la explanada.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer. No quiero volver a despertarme con sorpresas como esta.

El silbato principal soltó un profundo acorde de do mayor que debió de alcanzar los límites del condado. El sonido despejó sus mentes y los permitió pensar. Cuando habían pasado unos diez minutos, fue Byron el que dijo:

—No lo sé.

—Es fácil matar a alguien, si no tienes alternativa.

Aquello sonó como el falso entusiasmo de un hombre enfermo.

—Nunca es fácil —dijo Byron—. Pero cuando te lo ordenan y te explican que es lo correcto, al menos no tienes que pensar mientras lo haces.

—Es duro hablar de esto sentado en un porche. —Randolph se levantó y entró en la casa.

La vieja criada levantó la vista y lo miró con una cara que era como la luna sobre el sitio donde dormía el bebé. Levantó la mano de la frente del niño y le dijo:

—Le he puesto agua y parece que, al menos, se le ha bajado la fiebre. —Desvió la vista hacia la derecha de la cara de Randolph—. Pero no abre los ojos todavía. Seguro que tiene un dolor de cabeza horrible. A mi marido lo mordió una vez una boca de algodón y decía que se pasó tres días como si la cabeza se le saliera de los hombros.

—Se debe de sentir igual —dijo Randolph—, como puedes ver.

Ella juntó las manos sobre el delantal y él agradeció el gesto.

—Es un pecado y una pena —dijo ella.

—Sí que lo es.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El padre Schultz caminaba en el jardín junto a la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, leyendo su breviario. Dentro de la iglesia de ladrillo, las mujeres de la Altar Society hacían la limpieza semanal de la sacristía detrás del altar, ordenaban los ornamentos, se preocupaban de que hubiera suficiente vino y hostias y cotilleaban entre los objetos sagrados. El principal defecto del sacerdote era su afición a escuchar a hurtadillas las conversaciones de otras personas. Le parecía que el cotilleo era el sonido más interesante que producía el alma, no tanto por la verdad que pudiera contener como por lo que decía del carácter del que hablaba. Era un día cálido y las ventanas de bisagras pivotantes de las vidrieras estaban abiertas, con la parte de abajo hacia fuera y la parte de arriba hacia dentro. En la primera pasada, dos mujeres cajunes, la señora LeBlanc y la señora Dorgenois, estaban doblando los manteles del altar y hablando de lo mal que trataba a su madre el señor Olson, el que vivía junto al puerto pesquero. Quince minutos después, dos de las sicilianas salieron, se sentaron en las escaleras con latas de limpiametales y cuatro candeleros y comenzaron a charlar animadamente sobre la enfermedad de una vecina. Dejaron de hablar cuando el sacerdote se acercó a ellas andando, las saludó con un movimiento de cabeza y siguió de largo con la vista fija en su lectura y el paso sigiloso que le permitían sus finos zapatos de cuero negro. Al doblar la esquina de la iglesia, volvió a su paso apresurado y renqueante y desapareció detrás de un ramoso y elevado aligustre. Las mujeres reanudaron su conversación — en inglés, porque una de ellas era joven—, y la joven hablaba de los veinticinco dólares que había prestado a su hermano y que este le iba a devolver.

—¿Y de dónde va a sacar el dinero? —preguntó la mayor.

—Ah, Buzetti tiene trabajo para él el domingo por la mañana —dijo ella—. Va a descargar cajas de un barco para meterlas en un tren, en la fábrica de tejas.

—Esas cajas, quién sabe qué tendrán dentro... —dijo la mayor con retintín.

—Tratándose de Buzetti, no creo que lleven libros, ¿no te parece?

Las dos mujeres se echaron a reír mientras movían las manos enérgicamente sobre el metal cada vez más brillante. Dijeron otras cosas y el sacerdote, que seguía detrás del aligustre, sintió vergüenza por estar escuchando, pero decidió convertir un acto vergonzoso en una buena acción. Cuando salió de detrás del seto, las mujeres volvieron a callarse y él les sonrió.

Merville se afanaba en redactar su informe sobre la muerte de Ada Bergeron, con la preocupación de saber que se trataba de un asunto en el que no podía meterse. Dejó el lápiz sobre la mesa y levantó la vista hacia una densa tela de araña que orlaba el agujero por el que los cables del teléfono entraban en la oficina. Al fondo del agujero, una araña negra del tamaño de

un dólar de plata acechaba como la mala suerte. Se preguntaba dónde se encontraría ahora la muchacha y si le estaría pasando algo malo por las cosas que había hecho cuando estaba viva. Si estaba en un lugar de tormento, Buzetti había contribuido a enviarla allí. El *sheriff* no era muy dado a pensar en el más allá, pero la idea rondaba en algún lugar de su cabeza y sospechaba que eso era algo que le pasaba a todo el mundo. Había tanto castigo en esta vida que la posibilidad de que continuara en la siguiente había que tomársela en serio. Merville volvió a acordarse de Ada: una chiquilla baja, aunque fornida, con aspecto de niña buena y la piel morena de mucho jugar en la calle. El recuerdo hizo que se dirigiera a la ventana para observar las nubes y preguntarse si habría algo detrás de ellas, pero cuando levantó la persiana solo vio al enorme sacerdote que pasaba caminando lentamente con la mano ya extendida para agarrar el pomo de la puerta.

—¿Qué sabe? —preguntó Merville.

El padre Schultz se sentó junto al escritorio del *sheriff* y sacó dos botellas de cerveza casera de una bolsa de papel.

—Todo y nada.

Merville se sentó, abrió una botella y echó un trago.

—No le sale mejor esta cerveza, ¿eh?

—Pues yo cuanto más bebo más me gusta.

—Se está acostumbrando a beber porquería.

—Eso debe de ser, *ja*.

El *sheriff* se frotó los dedos para activar en ellos la circulación y abrió un estrecho cajón de su escritorio. Cuando sacó una baraja, el sacerdote meneó la cabeza.

—¿Qué?

—Tengo algo que contarte. —El padre Schultz miró al suelo—. Y creo que es algo que va a doler.

Merville empezó a sacar las cartas del mazo y a disponerlas sobre la mesa para jugar un solitario.

—¿El dolor va a compensar lo que va a curar?

—Eso espero.

Cuando acabó de colocar las cartas, levantó la vista.

—Dígalo, si quiere.

El sacerdote echó un trago de cerveza y puso la cara que correspondía a su verdadera calidad.

—Buzetti va a cargar tres vagones de *whisky* en el cambio de agujas de Cypress Bend, pasado mañana, por la mañana.

El *sheriff* dio la vuelta a un diez y lo puso sobre una jota.

—¿Desde dónde los va a cargar? Allí no hay más que una nave derruida. La fábrica de tejas se incendió hace mucho. —Cuando el sacerdote se encogió de hombros y echó otro trago, Merville se levantó y puso la mano en la manivela del teléfono, se quedó pensativo y se acercó al mapa del condado que tenía clavado en la pared detrás de la estufa. Se inclinó hacia el papel amarillento y deslizó una gruesa uña por una línea negra—. Me olvidaba de que las tejas las sacaban también en barcasas. —Miró al sacerdote y vio que tenía la cara más larga de lo habitual, como si le pesara la noticia que había traído—. Tres vagones, ¡coño! —Cogió la cerveza y bebió media botella—. Usted quédese aquí tranquilo, que yo tengo que ir a dar un paseíto.

El sacerdote levantó la mano como para darle la absolución y la dejó caer sobre su botella.

—¿Cuándo piensas venir a la iglesia a estar con Dios?

Merville comprobó los cartuchos que tenía en el revólver, quitó tres vainas vacías y buscó en una caja de puros que tenía en el escritorio.

—¿Cómo sabe que Dios no está en esta oficina?

—Sí, quizás lo hayas encarcelado alguna vez...

El *sheriff* se puso su sombrero cubierto de manchas y salió al sol, que sintió como vapor sobre los hombros. Después de varios intentos, el coche arrancó, y se dirigió hacia el sur por el paso subterráneo que atravesaba la vía por debajo hacia algo que creía recordar: una colección de símbolos ferroviarios con la pintura ampollada sobre un fondo de madera roja. En la tercera bocacalle que salía de la avenida principal, próximo al dique, había un almacén de paredes pandeadas, cubierto en la parte de arriba y en los laterales con una tela asfáltica verde, junto a una vía secundaria. Al fondo, se veían tres vagones de madera, de mercancías, con las ruedas moteadas de óxido, tras las plantas silvestres que crecían a su lado. Merville frunció los labios y siguió con el coche por Poisson Street hasta que vio un vagón cisterna junto a la planta conservera de pescado. Entonces, dio la vuelta y dirigió el traqueteante Ford rumbo a la estación.

Le tocaba el turno a Laney, quien al ver a Merville entrar por la puerta cambió de lado el tabaco que tenía en la boca y lo escupió en una caja llena de serrín.

—¿Qué hay?

—Hay un vagón cisterna que bloquea un poco la calle.

Laney miró por la ventana.

—¿En Bayer Street, con códigos de Santa Fe?

—Ese mismo. ¿Quién lo arrienda?

—Está junto a la puñetera planta de pescado. ¿A usted quién le parece que lo arrienda?

El *sheriff* puso las manos encima del mostrador del agente, una encima de la otra.

—Si los voy a empapelar, tengo que estar seguro. Si el vagón está a nombre de otro, no puedo conseguir una orden para que lo muevan ellos.

Laney cerró el libro de contabilidad que tenía encima de su escritorio, se levantó y cogió otro de una estantería.

—Aquí está. —Volvió al mostrador y giró el libro—. Lo ha arrendado Oscar Molaison. Les dije a los muy cabrones que lo remolcaran ellos a su parcela con su camión. La vía muerta que llega hasta allí está tan mal que la locomotora de maniobras no puede acercarlo más.

Merville abrió el libro y miró lo que estaba anotado.

—¿Caffery Mill ha arrendado quince vagones de plataforma?

Y mientras Laney soltaba improperios y explicaba la lamentable situación de Caffery Mill, el *sheriff* pasó la página y recorrió con la vista los nombres de los arrendadores y vio que había un arrendamiento abierto de tres vagones de mercancías de la Southern Pacific y que el arrendatario era J. Buzetti. Que el contrato fuera de arrendamiento abierto significaba que Buzetti podía haber estado usando los vagones durante meses, delante de las narices de todo el mundo. Giró el libro de contabilidad y salió de la estación mientras el agente seguía quejándose. Merville cruzó la calle en dirección a su coche, salió del barro, se quitó el que se había adherido a las suelas de sus zapatos en el borde de las tablas de la acera, se metió bajo el toldo de la tienda de ultramarinos y desde allí observó las vías. Dos días después era domingo. Cerró los ojos y repasó el movimiento

de trenes. Tres trenes de pasajeros en cada uno de los sentidos; el primero llegaba a las diez quince de Nueva Orleans. No había trenes mixtos ni trenes locales de pasajeros el domingo, pero había cuatro trenes de mercancías sin parada en cada uno de los sentidos, que pasaban entre el mediodía y la medianoche. El único tren de mercancías local era el 36, un tren que recogía el sábado la producción de los aserraderos, para que la llevara a Nueva Orleans un tren rápido el lunes por la mañana. El 36 iba enganchando vagones sueltos a lo largo de todo el camino hasta Rick, que solo estaba a ocho kilómetros de Cypress Bend. Para el personal de una locomotora de maniobras no supondría nada desviarse de la vía principal con los vagones de Buzetti en el ramal de Cypress Bend, para cargarlos con el *whisky* traído hasta Green Bayou en lugres o en una barcaza pequeña.

Se acordó de que el 36 llevaba el mismo personal todos los domingos. George Robinson, un jugador empedernido que pegaba a su mujer y al que había arrestado más de una vez, era el maquinista. Andy Ledge, el fogonero, era más tonto que una mata de habas y pensaba que Robinson era el hombre más extraordinario que había existido nunca. Iban también Aldus y Mumphrey LeBlanc, uno era guardagujas y el otro, revisor; eran primos que vestían como si fueran gemelos y Merville los conocía de toda la vida. No se los imaginaba aceptando dinero por servicios ferroviarios no programados, pero eran de carácter sumiso y cederían fácilmente a las amenazas de un Robinson rojo de ira. Supuso que los dejaría en el furgón de cola en Rick, ocupándose de todo el papeleo, mientras un poco más allá se cargaban los vagones.

El *sheriff* volvió en el coche a su oficina y vio que el sacerdote no había esperado. En el centro de su rayado escritorio, había dejado una estampa de san Esteban protomártir. La cogió y se fijó en la torturada expresión de la cara del santo.

—¿De qué te quejas? —preguntó a la estampa—. ¿Qué esperabas?

Los nervios en el dormitorio estaban a flor de piel. El niño había vuelto a dejar de respirar — esta vez durante quince segundos— y Byron había metido los brazos en la cuna y lo había agitado. Walter hizo un ruido como de pájaro, inspiró una buena bocanada de aire, la retuvo y la dejó salir lentamente. Randolph bajó la cabeza cuando oyó que el soplido salía como un suave final del espíritu, pero su hermano se inclinó sobre la cuna y dijo:

—Ha inspirado otra vez.

Y era verdad. Cuando soltó esa bocanada, inspiró otra vez y los hermanos lo observaban y contaban, como si cada inspiración fuera una vida, tan valiosa como todo lo que ellos habían vivido. Nunca habían estado tan asustados. El doctor había enfriado el pie con hielo y había puesto sobre la herida carne en salmuera para que absorbiera el veneno. Les dijo que no podían hacer otra cosa que esperar y confiar en la fortaleza del corazón del chico.

Lillian humedecía la cara de Walter cada media hora e intentaba que tomara algo de agua. Alguna vez tragaba una cucharada, pero a continuación le daba una arcada y la vomitaba sobre la almohada, arqueando la espalda como en los espasmos de un animal agonizante. Una vez, ella había preguntado entre lágrimas:

—¿Quién puede hacerle esto a una criatura? ¿Qué clase de alma hay que tener?

Byron, sentado al lado de la cuna, juntó las manos, entrecruzó los dedos y apoyó en ellos su rostro curtido.

—Yo lo sé —dijo suavemente—. Yo los he visto.

Lillian apretó con fuerza una mano contra la otra.

—¿Dónde has visto gente así? ¿En la guerra?

Byron deslizó un dedo sobre la mano del niño inconsciente, y Walter, al sentir el tacto, la cerró.

—La he visto en la ferretería —dijo él—. La he visto en las escaleras de una iglesia.

Ella se mordió el pulgar, se apoyó sobre la desnuda pared y bajó la mano.

—Ojalá no hubieras matado a ese hombre.

Lo dijo sin mirar a su marido, pero no hacía falta. Él se levantó y salió de la habitación.

Byron meneó los dedos del niño.

—No empezó él.

Lillian entrecerró los ojos mirando a la puerta.

—Parece arrepentido de haberlo matado, pero no del todo.

—Supongo que está contento de seguir vivo —dijo el alguacil muy serio—. Es buena cosa estar contento de seguir vivo.

Las manecillas del barato reloj Waterbury de sobremesa, que había pertenecido a May, se movían como si lo hicieran a través de pegamento. Pero aquella tarde, cuando la temperatura de la habitación cayó por debajo de treinta grados, la respiración del niño se estabilizó y el médico meneó la cabeza.

—Míralo. Hace todo lo que puede por volver.

Palpó la pierna hinchada, que se sentía caliente, cambió el vendaje y cambió el trozo de carne en salmuera por uno recién cortado. Lillian acercó a la boca del niño un biberón de agua y, por primera vez, chupó.

Randolph y Byron salieron al porche, donde la ceniza de las calderas flotaba como mosquitos en la penumbra del crepúsculo. El gerente esperaba empezar a sentir alivio, pero al disminuir el miedo, empezó a invadirlo la rabia.

—By, ¿te sientes aliviado?

—Sí. —Miró a través de la explanada hacia su casa, donde se veía una luz en la sala delantera—. Aliviado como el cañón de una pistola.

—Puestos a mandar a alguien, ¿por qué no hizo que le cortaran el cuello? ¿Por qué no asegurarse de que acababan con él? —Randolph dio un manotazo a uno de los postes que sustentaba el porche—. Una serpiente, ¡por el amor de Dios!

—Es para hacernos sufrir a nosotros. No hay mejor venganza que el sufrimiento.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo Byron, con media cara en la sombra—. Pero, ¿a que sientes los efectos?

El *sheriff* no salió esta vez de Tiger Island por la estación, sino que fue al muelle, donde cogió el ferri —un vapor de ruedas— y, para no hacerse notar, se metió en la sala de máquinas, donde saludó al maquinista, un hombre de mediana edad al que había salvado de morir ahogado unos años antes. Cuando llegó a la otra orilla del anchuroso río, se dirigió a la pequeña estación de Beewick y le pidió al agente que parara con la bandera al tren local que iba en sentido oeste y que ya estaba entrando por el puente. A los cuarenta minutos, volvía a estar sumido en el sofocante calor de Moreau, el centro administrativo del condado, esta vez camino del despacho

del *sheriff* del condado.

Octave LaBat llevaba una camisa blanca almidonada, remangada por encima de los codos. Se apartó de la boca su bigote de hierro forjado con dos pasadas del dedo índice y no le ofreció asiento a Merville, que se quedó apoyado contra el marco de la puerta, sudando y sujetando en la mano su manchado sombrero de paja.

—¿Puedo cerrar la puerta? —Merville se volvió para dirigir la vista a un ceñudo ayudante con el uniforme arrugado, que afilaba una caja de lápices, haciendo girar la manivela del sacapuntas con notable parsimonia. Después de varios giros, sacaba el lápiz para valorar el resultado de su trabajo.

—No, por favor —dijo LaBat—. Hace un calor de mil demonios.

—Es que es un poco confidencial...

—Yo no tengo secretos.

—*Alors, nous allons parler français.*

El *sheriff* del condado parecía ofendido.

—He perdido la costumbre de hablar en francés. Cuéntemelo en inglés.

Merville se puso el sombrero en la cabeza, cerró la puerta de una patada y se sentó.

—Quiero que hablemos de Buzetti.

LaBat se enderezó en la silla, miró la puerta y la expresión de Merville.

—Pues hable.

El *sheriff* sabía que LaBat trataba a todo el mundo como a insectos que se cruzaban en su campo de visión.

—Escúcheme. He trabajado para usted, trabajé para el gusano que estuvo aquí antes que usted y trabajé en tiempos para Dorsieu. Y no me gusta que me traten como si fuera una mierda de perro.

LaBat lo señaló con el dedo.

—Le he permitido cerrar la puñetera puerta.

—Sé que usted no habla con nadie a no ser que le traigan algo. Así que le he traído algo que lo va a dejar en muy buena posición. Incluso en Nueva Orleans.

El *sheriff* del condado hizo girar la silla y bajó la voz.

—Decía usted que quería hablar de Buzetti.

Merville cruzó sus entumecidas piernas a la altura de los tobillos y le contó al *sheriff* lo del cargamento de *whisky* de Cypress Bend.

—Es motivo suficiente para que lo asuman los muchachos de la policía federal. Usted organiza la emboscada y los rodea, los tribunales federales se encargarán de lo demás y usted no tendrá ni que encarcelarlos aquí. Se hará famoso.

LaBat levantó la vista hacia el alto techo, meneó la cabeza, se inclinó hacia delante y se levantó de la silla. Era pura barriga, una palangana sobre su soporte, y los pantalones de pinzas le colgaban como una falda. Se acercó a la silla de Merville.

—Es difícil que disfrute de mi fama, si estoy preocupado por que un espagueti de *saloon* me queme la casa o azuce a algún monstruo contra una de mis hijas.

—*Mais*, envíe a sus ayudantes allí la noche antes. Cuando aparezcan los contrabandistas, no sabrán ni quién se les ha echado encima.

El *sheriff* del condado se quedó pensativo un momento e inspiró a través de su poblado bigote.

—Contrata a veteranos de guerra que han matado más gente de la que uno pueda contar. ¿Qué le parece que harán con mis ayudantes de plantación como empieza el tiroteo?

—Tiene que echarle el guante.

LaBat separó las manos, como si estuviera mostrando el tamaño de un pez.

—Merville, todo lo que ese tipo hace es vender alcohol y comerciar con unos pocos chochitos.

A Merville le vino a la mente la imagen de la segunda boca que le habían abierto a Ada Bergeron en el cuello y ladeó la cabeza. Pensó en lo fácil que sería ir a casa, acostarse y levantarse a la mañana siguiente para tomar un buen desayuno en Breau's Café y quedarse después por allí, sacándose restos de comida de la dentadura postiza con un mondadientes. Podía volverse un vago y acabar con una panza como la de su *sheriff*. Podía dejar de jugar a las cartas con un cura preocupado por él e intentar ganar dinero con las partidas amañadas de los tugurios de Buzetti. Entonces, dijo:

—Está haciendo pasar un infierno a los Aldridge, allí en Nimbus.

LaBat volvió a sentarse en su silla.

—¿Quiere usted que yo me meta en el mismo tipo de infierno? ¿Por unos yanquis que van a coger su dinero y largarse de aquí en pocos años? Déjeme que le diga una cosa: ese Buzetti es un perfecto hijo de puta y la gente que él conoce en Chicago vendrán aquí a arrancarle a usted los ojos para jugar con ellos a las canicas.

Merville levantó las manos y se ajustó el sombrero, como si acabara de tomar una decisión.

—De acuerdo. Entonces, comisioneme a mí para actuar en nombre del condado.

El *sheriff* del condado se rio.

—Vamos, hombre, un viejo como usted...

—Quiero una estrella del condado. —Señaló al escritorio—. Firme un escrito que me autorice a arrestar gente en Cypress Bend. Y quiero otras diez estrellas con las que yo pueda nombrar mis ayudantes.

LaBat, que miraba por la ventana el tráfico de la calle polvorienta, suavizó la voz:

—No sea imbécil. Seguramente saben dónde está usted ahora mismo.

—No, no lo saben. Me he asegurado de eso.

LaBat parecía no haberlo oído.

—Es probable que sepan a qué hora sale de su oficina a River Street todos los días. Lo que le intento decir es que, como interfiera en sus asuntos, le partirán las piernas y lo dejarán tirado en cualquier acequia. —Miró a Merville por encima del hombro—. Si tiene suerte...

—Bueno, eso es asunto mío.

—Pero yo no voy a permitir que hagan daño a un montón de gente solo porque a un viejo como usted se le ha metido en la cabezota que quiere convertirse en un puñetero héroe.

—Pues si no me comisiona, me subiré al tren, iré a Nueva Orleans y contaré a los del *Picayune* lo mucho que le gustan a usted las casas de putas y las máquinas tragaperras.

LaBat dejó de mirar por la ventana y se giró.

—No lo van a escuchar. Usted no es más que uno de esos cajunes bajitos. ¿Cómo llamaban a la gente como usted? ¿*Petits habitants*?

—Al menos, yo no soy un chulo de putas manejado por Buzetti. —LaBat abrió los ojos de par en par y los clavó en Merville, como si tratara de interpretar su semblante por primera vez en su vida—. Los tiempos están cambiando —le dijo el viejo *sheriff*, meneando un contrahecho dedo—. Puedo coger el teléfono y hacer que la gente sepa lo que usted está haciendo. Ya no es posible esconderlo todo. Puede que Buzetti me esté vigilando *a mí*, pero no le quepa duda de que alguien puede vigilarle *a usted*.

—Puede subirse a una banqueta y besarme el culo.

—Comisióneme y firme.

LaBat abrió uno de los cajones con tanta fuerza que casi se cayó la lámpara del escritorio. Merville, tenso en su silla, pensó que iba a sacar del cajón una enorme pistola. Sin embargo, lo que sacó fue una pequeña bolsa de tela que lanzó contra el pecho de Merville y sonó como a monedas cuando este la agarró. Era una bolsa de estrellas niqueladas.

—Ponga esas placas a gente sin la que podría vivir.

—Quiero que me escriba la autorización.

El *sheriff* del condado enarcó una ceja.

—Le diré a Jeansomme que se la escriba a máquina.

—No. Escríbala usted y no se lo cuente a nadie.

LaBat frunció el ceño y sacó un papel.

—¿No se fía de mis ayudantes?

Merville se puso en pie y empezó a meter las baratas estrellas en los bolsillos de su chaqueta.

—Si usted se fía, es su problema.

El *sheriff* del condado se colocó unas gafas de montura dorada, se inclinó hacia delante y se puso a escribir lentamente, mientras sujetaba la parte de arriba del papel con el antebrazo.

—Esto es una mala idea.

Merville alargó el brazo para coger el documento.

—*Non, pas plus mauvaise qu'une autre.*

CAPÍTULO VEINTE

El sábado por la mañana, Randolph observó cómo el niño abría los ojos y en ellos vio que algo seguía mal. La hinchazón había bajado, pero el niño lloraba, movía el talón y tenía siempre en su mirada el gran interrogante.

Desde el jardín de la casa de Byron, oyó cómo se elevaba el sonido del Victrola, que reproducía una canción que no había escuchado antes, algo lenta y muy aguda.

*Cogió un vapor rumbo a Memphis
Y aquí nos abandonó
A mí y a nuestras dos hijas
Por una vida mejor.
Ella creía imposible
Aguantar tanto dolor
Y al despedirse en la puerta
Nos dijo: «Hasta nunca, adiós».
Así que hemos apagado
La luz para terminar
Una noche interminable
Que no ha hecho sino empezar...*

El silbato de la locomotora estalló en una señal de cruce y el final de la canción no se escuchó. Randolph volvió a preguntarse por qué su hermano escuchaba ese tipo de música. Que alguien que afrontara la vida con fortaleza y serenidad pudiera encontrar algo, para variar, en un poco de tristeza manufacturada, podía entenderlo. Pero que alguien sumido en una profunda melancolía buscara afanosamente semejantes amarguras le resultaba incomprensible.

Entró en la casa y encontró a su hermano sentado en la butaca Morris, con una mano agarrada a la madera mohosa y un vaso de *whisky* en la otra, que levantó con gesto de saludo. En el Victrola sonaba una melodía barata.

—¿Qué, el desayuno?

Byron observó su vaso como lo hubiera hecho un químico.

—No te parece curioso, Randolph, que sea yo el tipo al que han contratado para arrestar a los que beben demasiado de esta cosa. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Para traer la cordura a la gran ciudad-estado de Nimbus, Luisiana. Un bastión del comedimiento, eso

soy..., y un baluarte contra la venganza.

Randolph puso la mano en el brazo de su hermano.

—Nunca entenderé cómo Buzetti pudo encargar a alguien que...

—Y yo no entenderé nunca cómo el gobierno de los Estados Unidos me dio carta blanca para acribillar con balas del calibre 30 a niños patriotas alemanes, cuando la ley o los remordimientos o el destino no me van a permitir dar caza y mandar al infierno a un tuerto que asesina bebés con serpientes.

Randolph se apartó y se estremeció al pensar en el infierno como una posibilidad real, porque por primera vez se veía afectado por alguien que podía merecerlo.

—No tenemos testigos y no sabemos con certeza quién lo ha hecho.

Byron volvió a levantar el vaso.

—Ahí te equivocas. El agente acaba de enviar un chico con una nota. A ese cíclope hijo de puta han vuelto a verlo por Tiger Island. —Se levantó, dio cuerda al gramófono, guardó el disco en su funda y cogió otro del armario que había debajo del plato—. Ojalá volviera a entrar ese tipo una vez más en mi pequeño reino.

La canción comenzó con el tintineo de una mandolina y una estridente voz de hombre que cantaba sobre una niña de cabellos de oro que iba en un tren para conseguir un indulto para su padre, que se había quedado ciego en la cárcel. Había perdido el billete, pero el revisor comenzó a llorar y le dijo que podía ir en su tren gratis cuando quisiera. A pesar de que no había conocido en su vida a ningún revisor de tren compasivo, a Randolph lo enterneció la canción y, después, sintió vergüenza de sí mismo, porque la letra había hecho que estuviera contento de no ser ni un recluso ciego ni una niña sin blanca.

—By, si esta música te pone triste, ¿por qué la escuchas?

—Quizás esté esperando a que cambie la letra.

—¿Qué?

—Puede que un día esté escuchando y la canción cambie a mejor. El padre de la niña de cabellos de oro recupera la vista. Quizás nunca hizo nada para que lo metieran en la cárcel.

Randolph frunció el ceño.

—Eso es absurdo.

—Es verdad —dijo su hermano—, el disco no puede cambiar. Lo mismo que tú y yo. Estamos diseñados para interpretar nuestra canción, y ya está. —A lo lejos, en el bosque, el silbato del vapor de arrastre de troncos chilló como una mujer que acaba de cruzarse con una rata, y Byron bajó la cabeza—. Ya sé que las canciones son mentiras ñoñas, Rando. Supongo que las escucho por la misma razón por la que un médico te da un poco de veneno para que te cures. Ya sabes..., mercurio para la sífilis y ese tipo de cosas. —Levantó los ojos y miró hacia el Victrola—. Pero sigue siendo veneno. Como esas canciones patrióticas sobre lo dulce y gloriosa que es la guerra. Escuchar eso hizo que murieran muchos voluntarios, te lo aseguro. Todo ese sentimentalismo lleva a la inconsciencia. —Dejó el vaso vacío en el suelo.

El ruido de pasos en el porche hizo que ambos miraran hacia la puerta mosquitera, tras la cual estaba un niño negro con las manos apoyadas en los costados de la cara para mirar dentro. Tenía los pies grises de polvo y su pequeño pantalón de peto se sujetaba con un único tirante.

—El señor Julius dice que tiene usted una llamada de teléfono.

Randolph se puso en pie.

—¿Hay alguien esperando en la línea?

—Dice que le diga que es línea directa. Al exterior. —El chico describió un círculo con el brazo, para señalar el exterior, el mundo, y el movimiento expresó lo atrapados que estaban todos allí: cómo el barro y los árboles los aislaban de todo.

En el despacho se encontró el auricular apoyado en su escritorio.

—¿Hola? —gritó. Debajo, la sierra de cinta estaba cortando vigas de doce por doce.

—¿Señor Aldridge? Soy Merville.

Randolph estaba contrariado por haber tenido que cruzar el aserradero para llegar hasta el teléfono, pero la voz del viejo representante de la ley le hizo olvidar que estaba sudando.

—¿Qué puedo hacer por usted, *sheriff*? —Escuchó durante un tiempo prolongado sin hablar, sin sentir la vibración del suelo ni oír el rugido de la válvula al hacer su diaria comprobación. Al cabo de un rato dijo únicamente—: Sí, por supuesto. —Y a continuación—: Venga en el tren. Es más seguro que la carretera.

Colgó, se peleó con la puerta —como se había hinchado, se quedaba encajada en el marco—, bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió a su casa para ver cómo estaba el niño. Cuando entró en la habitación, su mujer se puso en pie y le dio un beso delante del médico.

—La hinchazón ha bajado mucho —dijo ella—. Hasta se ha sentado un par de veces.

Él miró el pelo alborotado de su esposa, aspiró el olor de su blusa, en la que el almidón se había agriado, y pensó que nunca la había admirado tanto. Se acercó a la cuna, donde la mujer de Byron estaba cambiando la funda de la almohada, pronunció el nombre del niño y Walter levantó la vista y parpadeó, exhausto.

—Está agotado, el granujilla.

Se quitó su sombrero fedora y pasó el dedo por la badana, mientras miraba al niño. Al ver cómo se volvía a poner el sombrero, Ella le preguntó:

—¿Vas a salir?

—Me voy con Byron. Tenemos cosas que preparar.

—Voy contigo.

Él rodeó a Lillian con los brazos.

—Lo sé —dijo ella—. Es un consuelo.

—¿Has cambiado de sitio el acordeón?

Su mujer lo miró.

—Está detrás de nuestra cama. ¿Por qué?

Él fue a por el acordeón y lo sacó de su estuche. Al caminar hacia casa de Byron le rebotaba en las pantorrillas y, en el porche, metió los brazos por las correas, antes de entrar. Su hermano levantó la vista y lo miró, con el gesto inexpresivo de quien está bebido.

—Oh —dijo Ella, alargando el brazo para acariciarle el hombro.

Randolph la miró a los ojos.

—¿Puedes prepararnos café? —Pulsó los registros del instrumento.

—Por supuesto. Oye, ¿en serio que sabes tocar esa cosa? —Ella sonrió al acordeón y él se puso en posición de tocar.

—Veremos. —Comenzó con «My Bonnie Lies Over the Ocean», saltándose varias notas.

Las lengüetas, como todo en el asentamiento, habían empezado a oxidarse y, atrapados bajo las badanas de las lengüetas, había insectos muertos; pero el instrumento sonaba alegre y bobalicón, mientras le exhalaba su aliento mohoso en la cara—. Esto sí que es música de verdad —dijo, elevando la voz por encima de las notas.

Dio unos pasos hacia delante, se plantó junto al Victrola, de cara a su hermano y presionó el fuelle con más energía, hasta que Byron comenzó tímidamente a seguir el ritmo con el pie. Tocó «Moonlight Bay» hasta el final y la acabó con un sonoro arpeggio que hizo reír a Byron; y cuando se puso a tocar «My Indiana Home», los dos hermanos comenzaron a cantar: era una canción que su madre les había hecho aprender cuando eran niños. Ella llegó con una cafetera, tazas metálicas, azúcar y nata fresca, y los tres se sentaron a tomar café, en medio del calor. Byron — que parecía haber vuelto de dondequiera que hubiera estado— le contó a Ella una historia sobre el profesor de música polaco que habían tenido cuando eran niños: un circunspecto caballero que iba a su casa conduciendo una calesa inclinada y que les enseñaba a llevar el ritmo, dándoles golpecitos en el dorso de las manos con unos palillos de comida china, cuando tocaban el piano. Randolph se puso en pie e intentó tocar una polka. Tocaba demasiado lento y la mano izquierda iba un poco por detrás de la derecha, pero, aun así, era una polka suficientemente buena —eso decía él— para un aserradero.

Después de una hora y dos cafeteras, se quitó las correas, dejó el acordeón, se inclinó hacia delante, apretó un segundo la cara de su hermano entre las manos y le habló entonces de la llamada de teléfono que le había hecho Merville.

Hacia las dos de la tarde, habían hecho sus planes. El gerente había dibujado un mapa en el escritorio de su hermano: una serie de líneas de lápiz que mostraban el punto en el que el ramal de Cypress Bend se desviaba de la vía principal, cinco kilómetros al oeste de Poachum. Merville aparecería con su autorización y comisionaría un número de hombres suficiente para efectuar los arrestos.

Byron estudió un horario de trenes y se dio cuenta de que, dado que no pasaba ningún tren por Poachum hasta las nueve y media, podían salir a la vía principal con la locomotora del aserradero, parar antes de la curva del ramal de Cypress Bend y caminar para situarse en el lugar adecuado antes de que amaneciera. Fijó la vista en el mapa e intentó enfocarlo; se frotó los ojos y se pasó las manos por la barba de tres días.

—No lo sé. Recuerdo que hay buenos sitios para esconderse ahí, pero es un riesgo.

Randolph se balanceó sobre los talones.

—Puede funcionar del mismo modo que la emboscada que preparé en la estación de Poachum. Puedes darles a los comisionados esos cañones que compraste en Shirmer. Los hombres de Buzetti retrocederán cuando vean las armas y entonces les diremos que están arrestados.

Byron miró el mapa fijamente y se pellizcó el labio inferior con los dedos.

—Puede ser.

Randolph se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, ¿y tú qué piensas que pasará? —Intentó no imaginarlo él.

—Los chicos del pueblo probablemente salgan corriendo. Y Buzetti, una vez que calcule sus opciones, quizás decida que sea su abogado el que dé la batalla.

Randolph puso un dedo sobre el mapa.

—¿Y si no?

—Si lo hacemos bien —dijo Byron—, no van a combatir con un grupo grande. No están locos y no van a estar esperándonos. Estarán allí para cargar cajas de *whisky*, no para enfrentarse a comisionados.

Randolph empezó a frotarse las manos.

—Los pequeños detalles os los dejo a vosotros. A ti y al viejo *sheriff*. —Quiso pensar que el arresto no era una venganza por lo de Walter, pero se le hacía difícil no desear que el tuerto estuviese allí y que le sacara la pistola a un aserrador con un rifle semiautomático—. Pero no quiero que nadie resulte herido —dijo rápidamente.

Byron miró a su hermano.

—¿Te dijo Merville si el hijo de puta del tuerto estaba metido en esto? ¿Cómo se llamaba? ¿Crouch?

—El *sheriff* me dijo que aquí estaban metidos todos. Debe de haber cosa de mil cajas para cargar.

Byron se acercó al Victrola y sacó del armario un platillo redondo repleto de agujas usadas.

—El chico de la estación, el agente ferroviario, me dijo que declararía ante un tribunal que el tuerto había pasado junto a la estación unas horas antes de la mordedura de Walter.

—¿Lo vio andando por el camino que viene al aserradero?

Byron negó con la cabeza.

—Negativo. Pero vio que llevaba un saco. Se bajó de un coche con él, empezó a andar delante de los focos del coche y el coche se fue.

—¿Un saco? ¿Qué tipo de saco?

—Arpillera —dijo Byron, dejando caer una cascada de agujas en una papelera junto a la puerta—. Y dentro se movía algo.

A las cinco, estaban esperando en la amarilla estación de Poachum. El gerente miraba detrás del empinado tejado metálico de la casa de un trampero, hacia un frondoso bosque de ciprés que no pertenecía a su explotación. Ocupaba el tiempo calculando los metros de tablón.

Byron seguía el movimiento de sus ojos.

—¿Quieres acabar con todo árbol que se mueva?

—Hay un montón de dinero ahí.

—Un bosque sirve para algo más que para acabar convertido en tablas y contraventanas.

El gerente lo miró sorprendido.

—¿Como qué?

—Pues no sé..., para contemplarlo, simplemente.

Randolph volvió a fijar la vista en los árboles.

—¿Contemplarlo? ¿Para qué?

Pero antes de que Byron pudiera decir nada, un silbato de locomotora chilló por el oeste y sus cabezas se volvieron hacia las vías.

Merville se bajó de lado del vagón de madera y atravesó el andén arrastrando los pies hasta llegar donde estaban ellos. Su piel tenía una polvorienta palidez. Balanceó los hombros bajo su

ajada chaqueta y dirigió la vista hacia la sala de espera.

—Vamos hacia allá, junto a su locomotora. No quiero que cualquier hijo de puta pueda verme por aquí.

Recorrieron el andén hasta llegar a la escalera que bajaba a la vía que llevaba a Nimbus. Del bolsillo de su arrugada chaqueta sacó el documento firmado por el *sheriff* del condado y una de las estrellas.

Byron asintió.

—La autorización sí que la tiene.

Con gran dificultad, consiguieron que Merville subiera la escalera de la locomotora y Randolph lamentó no haber enganchado el vagón de transporte de personal.

Byron se mostró preocupado:

—No lo veo demasiado ágil...

Merville se palpó la garganta, bajo el cuello abierto de su camisa.

—La verdad es que me siento como tabaco de mascar usado. Me alegraré cuando todo esto haya pasado.

Cuando el gerente soltó el freno y accionó el regulador, la locomotora estornudó y comenzó a moverse marcha atrás en dirección a Nimbus, a través de un túnel de maleza y pequeños sauces que crecían en la tierra talada.

—Espero que su *sheriff* pueda retenerlos más tiempo que al otro tipo que le enviamos.

Merville se apartó para que Byron echara un trozo de madera al hogar.

—Bueno, desde que ha empezado a haber líneas de teléfono por todas partes, cada vez uso más ese cacharro. Puedo incluso llamar a Nueva Orleans, directamente a la oficina del fiscal federal. No sabía que se podía hacer eso. Ahora, te acuerdas de alguien, digamos un tipo que no has visto en diez años, y puedes llamarlo. El cable te lo encuentra. —Miró fuera, mientras la locomotora atravesaba marcha atrás un tramo oscuro por la frondosidad de los cipreses. Junto al camino, unas garcetas azules asaeteaban cangrejos de río, ajenas al paso de la locomotora—. Todo está enganchado a ese cable.

Byron echó más madera, se quitó los guantes y los lanzó sobre la bandeja de la parte de arriba de la caldera.

—¿Y qué le dijo el fiscal ese?

—Dijo que si vivimos para contarlos, podemos llevar a todos los que arrestemos directamente a Nueva Orleans y ponerlos bajo su custodia en una prisión del condado. Cuando agarremos a esos muchachos mañana, los llevaremos allí en el tren. LaBat me puede besar el culo. —Empezó a toser y se echó hacia atrás en el asiento del fogonero—. El teléfono... —dijo un poco después—. No he tenido que coger ningún tren para ir a ver a nadie. Le das a la manivela y le dices a la operadora que te busque a quien tú quieras.

Randolph miró por la ventanilla de la cabina el cable de la nueva línea de teléfono, que discurría paralelo a la vía sostenido por postes descortezados. El hombre que había puesto el cable le había dicho que en cinco años casi todo el mundo en el país tendría un teléfono, y pensó en lo que eso podría significar. Cualquiera que fuera testigo de un delito podría llamar a un *sheriff* o a un periodista. La gente lo sabría todo, porque los teléfonos no eran solo oídos y voces, sino también ojos. Volvió a mirar el cable de cobre. Como las venas, pronto recorrería el cuerpo del mundo de la cabeza a los pies.

Aquella noche, en la oficina del aserradero, Byron decidió no usar más de diez hombres. Jules se sentó en su escritorio y escuchó el plan, con su sombrero de *cowboy* ligeramente ladeado.

—No lo sé —dijo—. Me fui de Texas para alejarme de tipos que están todo el día liándose a tiros. ¿Y qué va a hacer mi mujer si me acaban acribillando?

Hablaba con la mirada baja, y a Randolph le quedó claro que se trataba de un empleado, no alguien a quien aquel problema afectara por una cuestión de dinero y lazos de sangre. Un empleado no asumía riesgos por la compañía después de que sonaba el silbato de fin de jornada. El gerente no dijo nada y miró al suelo, sorprendido al principio, pero consciente después de que ni el capataz, ni el mecánico, ni el jefe de sierras iban a acceder a ser comisionados. Los trabajadores de rangos superiores tenían mucho que perder. Esos iban a Tiger Island y algunos tenían familia allí. Pero quería estar seguro.

Pidió a Merville y a Byron que lo acompañaran y se dirigieron juntos a la casa del maquinista, en la zona de los blancos. Cuando subieron al pequeño porche, el maquinista salió, subiéndose los tirantes a los hombros. Había acabado su turno, pero todavía no se había limpiado el aceite y el hollín de la locomotora. Observó a los visitantes y parpadeó. El gerente se acercó a él, le dio la mano y dijo:

—Rafe, necesitamos comisionarte.

El maquinista volvió la vista hacia su mujer, que estaba plantada tras la puerta mosquitera, mientras Randolph explicaba el proceso de comisionado.

—Quieren que les ayude a detener al espagueti que pagó para que metieran el hierro en el tronco aquel —le dijo Rafe.

La mujer se estaba limpiando la harina de las manos con el delantal.

—¿Va a haber armas? —preguntó ella.

—Sí —respondió el gerente.

—Si lo matan, ¿va usted a alimentarnos a mí y a nuestros hijos el resto de nuestras vidas? Si va al pueblo y le abren un boquete, ¿lo va a coser usted y nos va a seguir mandando la paga hasta que se recupere?

La voz de aquella mujer era un arma de veterana, y el maquinista se volvió hacia los hombres para ver qué efecto había tenido.

Randolph dio un paso hacia atrás.

—No quiero que te sientas obligado, Rafe. Solo tienes que dar una respuesta y nos iremos.

El maquinista meneó la barbilla.

—Si vinieran al aserradero para causar problemas, yo estaría con ustedes. Pero este asunto del *whisky* no tiene nada que ver con el aserradero, ¿no?

Randolph oyó cómo, detrás de él, Merville y Byron bajaban del porche. Saludó a la mujer de Rafe tocando la punta de su sombrero y los siguió por la calle llena de surcos.

Detrás de ellos, Rafe gritó:

—Los llevaré a todos allí con la locomotora. Pero no voy a coger una pistola.

Byron se quitó el sombrero de paja, levantó la vista hacia el sol y se lo volvió a poner.

—Esto no se parece mucho al reclutamiento de un ejército, ¿verdad? Los únicos que van a venir con nosotros son los que nos deben algo y los que no tienen familia.

—Y los locos —dijo Merville—. ¿Tienen algún loco que sepa disparar? —Señaló el

Winchester automático que llevaba Byron—. Enséñeles ese rifle para matar osos y se apuntarán como si fueran a ir a una fiesta.

Un perro leonado de orejas recortadas se acercó a ellos y Byron levantó la bota para que la oliera.

—No podemos andar rogando, por el amor de Dios. Tenemos que ir y decirles lo que tienen que hacer para nosotros.

—Pues del siguiente te encargas tú —dijo Randolph—. ¿Dónde está Clovis Hutchins, el borracho que me prometió que se haría predicador si no lo echaba? —Sacó su reloj—. Está en la primera cuadrilla de caldereros, así que ya ha acabado su turno.

Anduvieron hasta el barracón donde vivían los hombres solteros, un edificio rectangular de dos plantas, perforado a intervalos regulares por ventanas que se mantenían abiertas mediante mangos de hacha. Entraron en el vestíbulo de la planta baja y avanzaron a través del olor a tabaco, linimento, sudor y orinales sin vaciar, hasta que encontraron a Hutchins, lavándose en la esquina de su pequeña habitación. Byron le lanzó una estrella y él la recogió en su toalla.

—¿Por qué me concede una medalla?

—Es una placa —le dijo—. Te quiero a las cuatro de la mañana en la locomotora. Te cuelgas eso y ya te explicaré lo que hay que hacer.

Hutchins miró la brillante arma que Byron sujetaba en su mano derecha.

—Eso es un 401, ¿no? —Se secó las manos, cogió el rifle con veneración, comprobó el cerrojo y quitó y puso el seguro.

—¿Dónde quiere que me ponga la placa, señor Byron?

—Por mí como si te la pones en los calzoncillos. Eso sí, asegúrate de que estás a la hora. Vamos a arrestar a unos tipos, y eso es todo lo que necesitas saber. No le cuentes esto a nadie.

Hutchins le devolvió el arma.

—Allí estaré, jefe. Haré lo que me dice. —Pasó sobre el pecho desnudo la mano en la que sujetaba la estrella por una de las puntas, y la colocó encima del pezón derecho.

Al salir, Randolph pisó una boñiga de mulo y paró para limpiarse el pie.

—Bueno, tenías razón. Ya somos cuatro.

—Cinco —dijo Merville—. Minos hará lo que yo le diga.

—¿Está seguro de eso? —El *sheriff* lo miró y el gerente asintió con la cabeza—. De acuerdo, pues. Cinco.

En el *saloon*, Norbert, el joven fogonero de la pequeña locomotora de vía estrecha, acababa de pedir algo para beber. Recién llegado al aserradero, era listo y su trabajo se le quedaba pequeño. Byron pensó que no correrían riesgos hablando con él. Lo sacaron fuera y hablaron un buen rato antes de que accediera a ser comisionado, y al gerente le costó un aumento de sueldo de cinco dólares. Byron observó cómo aquel grandullón metía la estrella en el bolsillo y se alejaba camino de su cabaña y dijo:

—Seis.

Merville sacó un pañuelo y se secó el sudor del cuello.

—Necesito ir a sentarme en su porche un rato. Estoy agotado.

—Entre en la casa —dijo Byron—. Póngase cómodo. Ella le dará algo para beber.

Randolph se inclinó hacia delante y lo observó. Merville tenía la mirada perdida y sus ojos estaban nimbados de rojo.

—Descanse, *sheriff*, y nosotros nos encargaremos de esto.

Byron tocó el hombro del anciano.

—Dígale a Ella que le ponga un disco.

—A mí se me ha pasado la época del baile —dijo, dándoles un puñado de placas. Y comenzó a alejarse, bordeando con cuidado un profundo surco.

Byron lo siguió con la mirada.

—Bueno, tendremos que acercarnos adonde los negros.

Comenzaron a andar, cruzaron la vía estrecha y atravesaron la serrería por su interior, para evitar la rampa de troncos y su avalancha de cortezas y barro. Las cuadrillas de hombres que cogían la madera y la clasificaban los miraron, pero no dejaron de trabajar, porque las tablas volaban por un aire en el que flotaba denso el cegador polvillo color canela de la madera de ciprés. Siguieron por la explanada de secado de madera, entre las altas pilas, y llegaron a la parte baja del asentamiento, donde patos de color pardo y serpientes de agua se movían por charcas verdes y todo olía a humedad, madera quemada, estiércol de gallina y jabón Ivory. En los barracones de los negros encontraron la habitación de Clarence Williams, pelada como el ataúd de un pobre. Un hombre que estaba al otro lado del vestíbulo se levantó de su hamaca y les dijo que estaba trabajando. Volvieron a la explanada de secado y lo encontraron lanzando tablas de dos por cuatro a un hombre subido a lo alto de una pila, quien las agarraba cuando llegaban a su altura.

Byron levantó un dedo y los dos hombres lo miraron.

—Descansa un rato —le dijo al hombre subido a la pila.

Williams estaba empapado en sudor y dio un par de pasos para ponerse a la sombra que proyectaba la pila.

—Señor Byron.

—Clarence, te necesitamos para que seas comisionado mañana y nos ayudes a detener a unos de esos contrabandistas de Tiger Island. —Byron le mostró una placa y la puso en los largos dedos de Williams.

El apilador levantó los ojos.

—Usted no me va a dejar hacer prácticas de tiro con esos tipos, ¿no, señor Byron?

—Tú ten los oídos atentos a lo que yo te diga y no saldrás herido. Te quiero en el tren a las cuatro de la mañana.

Williams miró la aguja que había en la parte de atrás del metal.

—Yo no he estado nunca a este lado de la estrella.

Byron le pasó el Winchester.

—Te daré uno como este, cargado. No tienes más que quitar el seguro y apretar el gatillo.

—¿Seguro? ¿No hay que hacer nada? ¿Se monta él solo?

Byron miró a su alrededor en busca del otro hombre.

—Tu compañero, ¿es de los que disparan o de los que salen corriendo?

Williams se rio, mostrando una hilera de dientes torcidos.

—Es tan bizco que, como dispare, la bala rodea al conejo y vuelve.

Randolph levantó la mano y lo miró muy serio.

—¿Puedes encontrar a tres hombres como tú a los que podamos comisionar?

Una gota de sudor bajó por la cicatriz de Williams cuando volvió la cabeza hacia los barracones.

—Le puedo mostrar tres caballeros negros a los que no hay que animar a saldar cuentas.

Al último que visitaron fue a Minos. A las seis, lo encontraron en la sala de calderas, desconectando un inyector de un tubo de vapor, sin camisa y con unos gruesos guantes de cuero, desde los que goteaba el sudor cuando alargaba el brazo para girar una válvula. Hizo un gesto a los hombres para que salieran fuera, incapaz de escuchar lo que decían por el ruido de los hogares y la fuga de vapor de una válvula con un vástago defectuoso. Salieron de la pasarela al sol de media tarde. Unos minutos después, salió Minos abotonándose una empapada camisa de mezclilla, y Byron le contó lo que su padre había planeado.

Minos sacó un pañuelo y se secó la cara con energía.

—Estuve hablando con papá hace un par de días y estaba furioso.

—Dice que vendrás con nosotros.

—Pues entonces, supongo que eso será lo que haga.

Randolph le dio una palmada en el hombro.

—Tú eres el último. El grupo está completo.

—¿Quiénes son los demás?

El gerente le dio la lista. Se escuchó el golpe de un tubo en la sala de calderas y Minos dirigió una mirada de sospecha hacia el ruido.

—No sé si el viejo va a poder con esto.

—Tiene que ir. Toda nuestra autoridad viene de él.

Minos meneó la cabeza y miró sus botas cubiertas de amianto.

—Coño, tiene casi ochenta años...

CAPÍTULO VEINTIUNO

Merville se sentó en una mecedora en el porche de Byron y observó cómo, de repente, la explanada que tenía delante se doblaba por la mitad como un periódico y se embutía en sí misma: las chimeneas se ponían horizontales y los trabajadores y los mulos entraban y salían de la doblez de la tierra. Los oídos le pitaban, los ojos se morían y volvían a la vida; volvía a ver el aserradero, pero distorsionado, como si todo hubiera comenzado a fundirse. Sintió ruido y un leve aliento en el oído, y su cabeza comenzó a dar vueltas al escuchar la voz de una mujer que decía algo amable. ¿Era su esposa? Abrió la boca con la sensación de que nunca podría volver a articular palabra y se sorprendió al escucharse pedir aspirina y agua.

—Por supuesto —dijo Ella. Su falda agitó el aire y enseguida estuvo de vuelta junto a él. Después de tragar las pastillas, vio cómo ella lo miraba y sintió el contacto de sus manos—. Venga dentro, que está un poco más fresco.

Lo siguiente que supo es que ella lo había sentado en la butaca de Byron y había puesto delante de él un ventilador eléctrico. Se estremeció cuando la vista volvió a comprimirse y a combar y decolorar la habitación, como si estuviera viéndola a través de una capa de barniz. Delante de él había un objeto de caoba que no reconocía, pandeado y anguloso, como un tabernáculo de madera; y la mujer le decía que podía ponerle música. Merville se desvaneció y comenzó a soñar con hombres a caballo que quemaban el granero de su padre porque él no quería decirles dónde había enterrado sus monedas. Los desertores colgaban a su hermano de un pie en un roble y le decían que lo bajarían cuando su padre cediera. El pequeño Etienne ni siquiera lloraba; era tan delgado que la cuerda apenas le cortaba los tobillos, y allí estaba, balanceándose pacientemente como un pollo que no entiende lo que le espera. Su padre les dijo que no había monedas y un desertor sacó de su camisa salpicada de barro una vieja pistola de un solo tiro. Su padre se dejó caer sobre las rodillas y les dijo que, si de verdad querían hacerle daño, lo que tenían que hacer era pegarle un tiro a su mulo. Aquellos desertores habían matado tantos hombres que pensaron que, efectivamente, la muerte de un buen mulo era una tragedia mayor, e hicieron lo que les pedía. Merville pensó entonces que, aunque viviera doscientos años, nunca sería como aquellos apestosos forajidos, y no dejaría que en él anidara un perverso deseo de sangre como el que había visto brillar en los ojos de aquellos ladrones, antes de que sus armas estallaran y el mulo de su padre, acribillado por las moscas, cayera sobre sus remendadas guarniciones.

Los oídos de Merville zumbaban con un sonido como el de los estertores de un agonizante acosado por las pesadillas. Abrió su ojo derecho a la fricción de un violín y palabras sobre el esplendor del amor, el crepúsculo, tortolitos de cabello plateado que viajan en un tren a la tierra

de sus sueños y la ternura de los besos de antaño. La quejumbrosa melodía hizo que su mente se abriera de par en par, como una contraventana que deja al descubierto un amanecer, y vio a su amigo el cura, esperando en un oscuro confesionario la verdad de un hombre de dulce semblante que le contó que había robado, una mujer que quería sentir las manos de su médico en su cuerpo, la esposa que soñaba con ver a su marido muerto...; y entonces se vio a sí mismo, arrodillado delante del padre Schultz y sintiéndose de pronto iluminado por una luz dorada como una ventana en la mañana, porque no se le ocurría nada de lo que confesarse. La imagen se desvaneció al hacerse más intensa la música a su alrededor, como un zumbido de sierra, con un quejido nasal tan empalagoso y falso que el *sheriff* se puso en pie tambaleante y alargó las manos hacia la oscura madera, para poner fin a las mentiras cantadas que salían del lustroso aparato.

Ella se lo encontró tendido boca abajo junto al Victrola, con una mitad del disco en cada una de sus manos cubiertas de lunares, y salió corriendo mientras gritaba para que fueran Byron y el doctor. Un grupo de hombres entró apresuradamente en la casa; uno de ellos era Minos, que tenía la cara sudorosa e inexpresiva. Se acercó a su padre y acarició su pelo blanco, lo puso boca arriba y lo agitó, como si fuera un motor al que se pudiera volver a poner en marcha. Se sentó en el suelo y cerró los ojos de Merville, pero cambió de opinión, los volvió a abrir, acercó la cara y los miró fijamente.

—Bueno —dijo Minos, volviendo a bajar los párpados—, el suyo ha sido un recorrido largo.

El médico entró y se arrodilló junto a él para poner dos dedos en el cuello del *sheriff*. Levantó la vista hacia Minos.

Ella se tapó la boca con la mano y comenzó a llorar.

—Estaba aquí hace un minuto y ya no está...

—Así suele suceder —dijo el médico, levantándose y saliendo al porche.

La mujer apoyó la cabeza contra el pecho de Byron y empezó a sollozar.

—Le había puesto una canción de amor en el fonógrafo para que la escuchara.

Minos se inclinó y leyó el título en los trozos del disco.

—Está mejor roto —dijo.

Randolph y Minos estiraron el cuerpo de Merville y pusieron las manos cruzadas sobre el pecho. Cada vez había menos luz y los hombres fueron saliendo al porche uno tras otro y dejaron a Minos solo con el cuerpo. Nadie dijo nada durante un tiempo prolongado, hasta que Randolph estalló con amargura:

—Todo al carajo.

Minos salió por la puerta mosquitera, se dejó caer en una mecedora y levantó la vista hacia él.

—¿Qué quiere decir?

Randolph hizo un respetuoso gesto hacia el salón.

—Sin tu padre, no tenemos ninguna autorización escrita para ir contra Buzetti.

Byron cruzó los brazos y escupió fuera del porche.

—Mañana, cuando desvíen esa locomotora en el ramal, les voy a dar yo autorización.

Su hermano meneó la cabeza.

—Lo que hemos organizado es una detención, no una emboscada.

—Pues entonces, los detendré.

—Te refieres a que vas a hacer que se detengan a base de balas del calibre 401. By, no voy a

permitir que te la juegues con esto.

—¡Voy a hacer lo que dijimos que íbamos a hacer! —gritó Byron.

Randolph señaló al interior de la casa a través de la mosquitera.

—Ya no tienes jurisdicción.

Byron fijó la vista en la explanada un momento largo.

—Si la autoridad nos la da el viejo —dijo suavemente—, podemos llevarlo con nosotros.

—¿Qué? —Randolph dirigió la mirada a Minos, quien se quitó la gorra de marino, la encajó en la rodilla y la observó con los ojos entrecerrados.

Byron abrió los brazos.

—No hay más que montarlo en el tren y llevarlo. Nadie puede saber exactamente cuándo ha muerto. Le podemos decir a LaBat que murió después de los arrestos.

—By, eso es de locos.

Su hermano lo miró con dureza.

—Un tipo le vuela el cráneo a May y luego mete una serpiente en la cuna de su hijo, ¿y tú me llamas *a mí* loco?!

Byron dio un paso al frente, pero Minos se levantó y se interpuso entre los dos. Hizo un gesto con la cabeza señalando el salón.

—¿Saben qué les digo? Que a él le habría gustado la idea. Sería su última cabalgada, algo así como seguir trabajando cuando ya se ha acabado la jornada. A él le iba eso. —Sacó el reloj—. Salimos en menos de diez horas. —Y con esa frase quedaba zanjado todo lo que podía haberse dicho sobre el calor y la descomposición.

—¿Quieres que lo llevemos? —preguntó Randolph con incredulidad.

Byron se dio la vuelta y entrechocó el puño y la palma de la mano.

—Lo pondremos en una camilla al fondo del vagón de personal, con la cara descubierta. Diré a los hombres que está enfermo y que no se le puede molestar.

Minos asintió con la cabeza.

—Más vale que los convenza. Como alguno crea que está muerto, no se va a subir nadie a ese vagón.

Randolph dirigió la vista hacia el interior a través de la mosquitera.

—Siento mucho todo esto.

Minos puso la cara junto a la del gerente y miró también al interior del salón.

—Durante toda mi vida, yo he sido el caballo y él era la espuela. Y no sé si eso es lo que debe ser, pero lo era.

A Randolph le llegaba su olor, un olor dulce y compuesto, como de junta de tubería: a tabaco, a sudor y a humo de leña. Olía a trabajo.

—Cuando acabemos —dijo—, les podemos contar que murió durante las detenciones.

Minos asintió con la cabeza.

—Nadie creará otra cosa.

* * *

Rafe, el maquinista, se levantó a las dos de la mañana para encender el hogar y que la caldera

empezara a producir vapor. A las cuatro menos diez Randolph oyó el siseo de las válvulas de seguridad. Habían girado la locomotora en el triángulo de giro, para que pudiera avanzar marcha atrás y empujar el vagón de transporte de personal hasta la línea principal de Poachum. Las estrellas se habían deslizado detrás de una marisma de nubes y el aserradero se había quedado vacío de luz. Uno a uno, fueron llegando los hombres y, al acercarse a ellos, el gerente se preguntó si alguno habría conseguido dormir algo. Después de llegar a casa y observar cómo Walter se sentaba como un borracho y señalaba su pie, todavía hinchado, intentó quitarse a Buzetti de la cabeza. La mala cara del niño le recordaba las facciones de May; y volvió a verla, al alma de aquella casa. En la cama se movió a un lado y a otro, como un tronco, y cuando pasó el tiempo que había previsto para dormir, se dejó caer despacio, como la rueda de un automóvil que se sale del borde de una carretera asfaltada; y vio entonces el semblante duro y justo de Merville clavado en él, y sus ojos le pedían que imperara la ley.

Clovis Hutchins y Minos subieron al *sheriff* al vagón en una camilla. Byron repartió los ocho rifles semiautomáticos y se reservó para él su Winchester de palanca. Reunió a los comisionados bajo la luz del faro de la locomotora y les explicó detalladamente lo que iban a hacer y cómo, de forma que nadie tuviera que disparar un tiro. Les habló de las armas, y los hombres las giraban en sus manos y tocaban botones y gatillos. Mientras su hermano aleccionaba, Randolph miró a través de la negrura de la explanada y le pareció ver una difusa figura en camión, apoyada en uno de los postes de su porche y observando. En aquel momento solo quiso acercarse a ella, quitarse la ropa e intentar allí mismo, una vez más, engendrar un hijo. Pero entonces el maquinista soltó los frenos de aire, el vagón dio una sacudida hacia atrás con un movimiento pesado, como el de una nube, y todos comenzaron a subir a bordo. Randolph se agarró a los asideros de hierro y se subió a la cabina, en el momento en el que la locomotora empezaba a traquetear sobre los hundidos raíles.

Cuando el tren llegó a Poachum, el fogonero bajó de un salto con la barra de hierro que utilizaban para quitar los clavos de anclaje de las vías y rompió el candado de la palanca del cambio de agujas. Abrió el cambio de agujas y el tren entró marcha atrás en las vías de la Southern Pacific. En cuanto el fogonero volvió a cerrar el cambio de agujas, la locomotora comenzó su traqueteo rumbo al oeste, todo lo rápido que podía ir —treinta kilómetros por hora—, con la grasa de bielas y pistones haciendo guiños en la posluminiscencia del faro delantero. Randolph salió a la pasarela y recordó el paisaje invisible: los troncos cubiertos de musgo que surgían de un manto flotante de lenteja de agua, la ciénaga, plagada de reptiles, que todavía hacían que se le erizara el vello del cuello, si pensaba mucho en ellos... Se preguntó si las fauces de aquella fiera geografía no desgastaban a la gente y la hacían primitiva y depredadora. ¿Lo habían cambiado a él? ¿Por qué, si no, iba a haberse embarcado en aquella misión, en la que se arriesgaba a acabar a tiros? ¿Qué le había afectado a él, sino la tierra misma que enfermaba y ahogaba a sus trabajadores, una tierra que acabaría también devorándolo vivo a él, si le daba la más mínima oportunidad?

Cuando el tren redujo la marcha y se aproximó a la gran curva que había antes de Cypress Bend, el maquinista apagó el faro y dejó que la locomotora se deslizase entre el blanco susurro del humo. En un punto en el que un maquinista que se acercara al cambio de agujas de Cypress Bend en sentido contrario no podría ver la Shay, accionó los frenos, y la sacudida hizo que el corazón de Randolph se acelerase. Comenzó a preocuparse por todos los hombres y armas de ambos bandos y llegó a la conclusión de que hubiera preferido estar en su porche tocando el

acordeón. Se bajó por el lado del fogonero, se alejó unos pasos de la vía y ya no veía la negra locomotora, e inmediatamente se sintió perdido. Fuera de Nimbus el mundo era un lugar más oscuro y más salvaje. Y cuando Clarence Williams le tocó el brazo por detrás, se volvió y solo vio una mancha en la noche.

—¿Qué le pasa al señor Merville? ¿Por qué está echado ahí atrás, en el suelo?

Randolph alargó el brazo para tocar al hombre y saber adónde dirigir sus palabras.

—Está muy enfermo. De hecho, está inconsciente.

—¿Y por qué no está con el doctor?

—Esto no lo podemos hacer sin él. —Byron se acercó, encendió la linterna y dirigió el haz de luz hacia el vagón, donde Minos y Big Norbert estaban bajando al anciano por las escaleras en la camilla, con Norbert abajo levantando en alto las agarraderas. El gerente observó la luz moverse como un fantasma sobre la cara de su hermano. No había dicho una palabra—. ¿Estás bien, By?

—He hecho esto con cien mil hombres —susurró, llevando la mano al bolsillo de la camisa y sacando un silbato de policía—. Un pitido y todos en pie.

—Sí.

—Sí, señor.

Byron comenzó a andar por la vía en sentido oeste, seguido por su hermano, Clarence y otros tres peones negros, y detrás, Clovis, con Minos y Norbert.

Rafe, el maquinista, que acababa de encender una cerilla para su pipa, miró la camilla que pasaba por debajo de la ventana de la cabina.

—Parece que andamos escasos de *sheriffs*...

Minos escupió en una de las ruedas.

—Hay alguno que no es capaz de tomarse un día libre —dijo, y desapareció por delante de la humeante locomotora.

Había unos cuatrocientos metros hasta el ramal de Cypress Bend. Rafe había predicho que George Robinson llevaría la locomotora de maniobras de Tiger Island hasta el triángulo de giro de Rick y volvería por la línea principal hasta el ramal, de manera que al entrar marcha atrás los vagones quedaran pegados al embarcadero. Todos llegaron a la palanca del cambio de agujas y enfilaron el ramal por el centro, alejándose de la vía principal e internándose en un bosque sin talar. Por el lado izquierdo les llegaba el runrún de una zanja de drenaje llena de ranas toro. El ruido que hacían las arañas y los grillos daba textura a la oscuridad, pero después de caminar un kilómetro, aquel muro de ruido se fue quedando atrás. Byron encendió la linterna e iluminó una zona abierta, una ancha banda de conchas a la izquierda y, casi al final de la vía, el prominente tejado de un muelle de almacenaje, en el que la glicinia y el zumaque venenoso apretaban sus vigas podridas, formando puños vegetales. Quince metros por detrás de las conchas y paralelo a la vía, había un dique de poca altura cubierto de maleza y Byron indicó con la luz a los hombres que se distribuyeran como les había explicado, con una separación de unos cinco metros entre ellos, camuflados por los árboles de sebo y el ligustro y parapetados tras el dique. Minos y Big Norbert se alejaron con Merville hasta una zona resguardada por unos juncos, lo depositaron allí y cogieron sus rifles de la camilla. Randolph se acuclilló en la oscuridad y escuchó cómo se preparaban los hombres, cómo metían cartuchos en la recámara y ponían y quitaban los seguros, clic, clic, otro sonido de insecto más.

No sabía qué hora era, pero cuando vio que el contorno de un cardo se empezaba a perfilar junto a él, supuso que serían las cinco. La luz comenzaba a dar textura de cristal a las copas de los árboles por el este y, un momento después, pudo ver los juncos de color plomizo apoyados contra el cañón de su rifle y un roble que surgía sobre el cielo nocturno al otro lado de la vía. Le preocupaba el momento de ponerse en pie cuando su hermano hiciera sonar el silbato de policía, el intento de arrestar a todos en una demostración de fuerza y si la sorpresa y el instinto de supervivencia paralizarían efectivamente a los hombres de Buzetti.

Al escuchar el golpeteo de un motor, se puso en pie para mirar hacia el *bayou* de color pizarra, donde al cabo de un minuto apareció el fantasma de un pequeño remolcador que empujaba una barcaza hacia el muelle. El barco se dirigió al atraque en ángulo, como un borracho cuidadoso, hasta quedar abarloado contra las tablas del embarcadero. Dos hombres saltaron al muelle con unos rifles que llevaban agarrados con una mano y paralelos al suelo. Randolph retrocedió para hundirse tras la maleza cuando los hombres comenzaron a andar por la vía con la mirada dirigida al norte. Podía escuchar qué decían —intentaban adivinar la hora—, mientras llegaban a un punto de la vía y daban la vuelta para volver al barco, donde otros dos hombres habían puesto una pasarela que iba del barco al muelle y empezaban a descargar cajas de madera.

Un chochín soltó un agudo gorjeo y un cuervo pasó volando por encima de su cabeza. El gerente se quedó petrificado cuando vio moverse la densa hierba a su derecha, donde apareció, entre la vegetación, la cabeza sin sombrero de su hermano.

—Recuerda —dijo Byron jadeante y con los ojos muy abiertos—: es un arresto. Nada de tiros a no ser que uno de ellos dispare primero.

Randolph se echó hacia atrás, alarmado.

—No hace falta que me lo digas.

—Los mosquitos hacen que todos estén inquietos. Cuanto antes llegue el tren, mejor.

—Sí.

—Rando.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

Randolph miró hacia el muelle.

—¿Cómo te sentías tú antes de salir de la trinchera en Francia?

—Siempre había un momento en el que me preguntaba si estaba cometiendo un error.

—Lo decía en broma.

Byron se chupó los labios y miró a través de la hierba.

—En broma. Ya. Pues veremos quién se ríe, ¿no? —Entonces se volvió por el sendero que había hecho en la hierba húmeda y, cuando estuvo a tres metros, el gerente no vio nada de su movimiento.

Los mosquitos lo abrasaban como gotas de ácido en los brazos y el cuello, pero no hizo nada. Los oídos le ardían por las picaduras, y entonces oyó en la lejanía el pitido del tren al llegar al paso a nivel de Rick. Diez minutos después, le llegó el pesado tableteo de los vagones reduciendo la marcha en la vía principal, y el ladrido del vapor de la locomotora cesó cuando el fogonero se bajó para mover la palanca del cambio de agujas. Poco después, a través de los cipreses, escuchó el chirrido de las ruedas del tren, que avanzaba marcha atrás por la curva hacia

Green Bayou. Se oyeron cuatro golpes de vapor de la locomotora de maniobras y a continuación un chirriante traqueteo que crecía en intensidad a medida que el tren se aproximaba. El gerente se quitó el sombrero y lo puso en el suelo, levantó la vista por encima del dique y, cuando vio que el primer vagón entraba en el claro que había a cien metros, quitó el seguro del Winchester y juntó las piernas. Una hilera de mosquitos le taladraba las orejas, pero no los sentía. El maquinista empujó los vagones hasta el final de las vías, siguiendo las desgastadas indicaciones del fogonero, quien gesticulaba con una mano, aferrado con la otra a la agarradera de hierro del último vagón. El tren se detuvo con un resoplido de aire comprimido, la puerta corredera de uno de los vagones se abrió con un quejido de ruedecillas oxidadas y Buzetti saltó fuera con otros cuatro hombres, todos con revólveres en sus pistoleras. Randolph miró por debajo de los vagones y no vio a nadie al otro lado del tren, así que esperó a que su hermano hiciera sonar el silbato para que los comisionados se pusieran en pie. Estaba seguro de que Byron gritaría con su voz profunda y musical que estaban todos arrestados y que ahí se acabaría todo. Randolph sentía el alivio en la lengua y mantenía los oídos atentos a la señal.

Quizás el silbato estaba en la boca de su hermano, pero Byron debía de haber visto lo mismo que Randolph acababa de distinguir: un sombrero negro atravesó el rectángulo de luz del amanecer que formaba el hueco entre dos vagones. No sonó ningún pitido, solo el chirrido de otra corredera de vagón que se abría y el jadeo de un hombre que acarreaba trabajosamente una caja de *whisky* desde el muelle hasta las vías. A pesar del zumbido de los mosquitos en sus oídos, el gerente solo pensaba en sorprender por completo y de manera segura a todos los hombres de Buzetti a este lado del tren. Contuvo la respiración y observó cómo unas piernas se movían y se detenían por debajo del extremo más alejado del último vagón; el hombre debía de estar orinando o, simplemente, eludiendo el trabajo. A Randolph le pareció lamentable que varias vidas pudieran depender de que la vejiga de un hombre estuviera llena.

La primera caja de *whisky* llegó al vagón y alguien desde su interior la arrastró dentro. Siete hombres formaron una cadena entre la barcaza y el tren. Veinticinco, cincuenta..., hasta cien cajas de madera de doce botellas cada una se cargaron en el tren, y el gerente empezó moverse a un lado y a otro, porque las piernas le ardían y se le acalabraban. Estaba ajeno a todo, pero el movimiento de un saque que estaba delante de él al otro lado de la vía cautivó su atención; pensaba en cómo describiría aquel movimiento en los años por venir y, de repente, un escalofrío le recorrió la espalda ante la perspectiva de que podría no haber años por venir; se fijó entonces por primera vez en la hierba que lo rodeaba y en la mancha que formaba el tren detrás de ella.

Un hombre apareció desde la parte de atrás del tren, rodeando el último vagón. Era bajo, de bigote negro y un parche en el ojo más negro todavía; tanto, que parecía mostrar la profunda oscuridad del interior de su cabeza. En ese momento, sonó entre la maleza el silbato de policía — el silbato que, como le había dicho Byron, había pertenecido a su sargento en el frente de Chateau Thierry— y los nueve se pusieron en pie y avanzaron a la vez sobre el terraplén. Byron, que iba un poco adelantado, gritó:

—¡Estáis todos arrestados! ¡Manos arriba!

Por un momento, el rostro de Buzetti se contrajo en un gesto de enfado y su mano se movió hacia su costado; pero el sol ya había salido del todo y hasta el hombre del parche pudo ver las enormes bocas de los cañones y los cargadores de los lustrosos Winchester y cómo estos estaban dispuestos para matar. Las manos de Buzetti se levantaron con un ligero temblor en la luz amarilla. A continuación, los hombres que estaban cargando dejaron las cajas en el suelo y

levantaron dubitativos las manos, como si solo estuvieran imitando lo que hacía su jefe. Los barqueros fueron los que más alto subieron las manos, y Randolph miró aquello como si haber capturado a todos sin un solo tiro fuera un sueño; hasta el hombre del parche se acercó a la luz con la chaqueta abierta, dejando ver una pistola automática en el cinturón, pero llevaba las manos pegadas a la parte de atrás de la cabeza, como un prisionero militar. Los trabajadores del aserradero los apuntaban nerviosos. Todos ellos temían la muerte, y si permanecían firmes era solo por lealtad a su jefe, por una paga o por algún misterioso lazo que los unía a aquellas calderas, chimeneas y sierras que roían las ciénagas y hacían que la luz del sol penetrara en ellas. Randolph apuntó a la frente de Buzetti y acarició la curva del gatillo con el índice, pero no vio resistencia en los ojos del criminal. Se había rendido, como todos, y probablemente ya estaba pensando en sus abogados y en que pagar unos miles de dólares al presidente de un jurado era más fácil que intercambiar plomo con una panda de leñadores, tan poco versados en el arte de matar que podrían acabar teniendo la suerte de conseguirlo. Parecía que todo había concluido. Byron fue el primero en acercarse a ellos y gritar a los contrabandistas que se agruparan, asegurándoles que se había acabado su trabajo de aquella mañana.

Pero entonces, el maquinista que pegaba a su mujer, aquel hombre repugnante, de calva incipiente y piel agrietada y con manchas, que anhelaba el favor de los *gangsters*, asomó por la ventana de la locomotora un enorme revólver de cañón basculante, lo amartilló, disparó y derribó a Byron. La detonación cayó sobre todos como un rayo, los hombres que estaban junto al tren bajaron inmediatamente las manos para empuñar sus armas y el pánico se adueñó de los comisionados, que apretaron el gatillo como un solo hombre y lo siguieron apretando una y otra vez, sin acabar de comprender por qué los rifles automáticos se cargaban solos. Los hombres del aserradero parecían haber perdido la cuenta del número de veces que habían disparado y no pararon mientras los rifles siguieron respondiendo.

El cráneo del maquinista se abrió como una sandía y las pesadas balas rompían las tablas de los vagones, hacían sonar las ruedas de hierro como campanas de iglesia y atronaban al chocar contra el ténider, mientras los hombres de Buzetti caían sin dejar de disparar a todo y a nada, como si fuera impensable morir sin haber gastado las balas.

Mientras los comisionados llenaban el aire de vainas de latón, el gerente disparó a Buzetti y el retroceso hizo que la siguiente bala acabara en la parte de arriba de un vagón, y cuando notó el latigazo de una bala en el cartílago de la oreja izquierda, bajó el cañón y apretó el gatillo hasta que la última vaina salió girando por el aire y el percutor se introdujo en la recámara vacía. Se tambaleó hacia la derecha, escuchó cómo el rugido se desvanecía entre los árboles y aspiró el aroma paradójicamente agradable de la pólvora sin humo. Pasó un momento impactante hasta que se dio cuenta de que no iba a haber más disparos. Todo había cambiado para siempre, y el tiroteo había durado seis segundos.

Corrió hacia donde estaba su hermano, sentado en el suelo sobre las conchas, y vio su destrozado codo izquierdo. Intentaba mover la mano izquierda y gritaba:

—¡No, no...!

Randolph vio cómo le colgaba y sangraba el antebrazo y que se había quedado sin codo. El rifle de Byron estaba a sus pies. No había disparado ni un tiro.

—Tranquilo, By. Quédate quieto —dijo, arrodillándose junto a él. Clovis Hutchins se acercó y juntó el antebrazo con el brazo, pero en ese momento Byron perdió el conocimiento y se desplomó. Randolph levantó la vista y vio las botas del fogonero en la pasarela de la locomotora

y entonces el claro del bosque comenzó a dar vueltas a su alrededor. Al final del tren había un hombre tendido boca abajo con el cuello sobre un raíl. Ninguno de los que habían cargado el *whisky* se movía y Buzetti estaba encogido sobre sí mismo como un bebé, abrazándose el cuerpo y meneando los labios. Randolph se puso en pie y se acercó adonde Buzetti yacía con la mirada perdida y mascullando algo en italiano, mientras la sangre empapaba su chaqueta por un jirón que tenía en el costado. El gerente apoyó una rodilla en el suelo como si fuera a pedir perdón o a rezar.

—Si vives lo suficiente —dijo por fin—, te traeré un cura.

Buzetti dejó de mover los labios y giró la cabeza, temblando, hacia la voz.

—Tú... —dijo, y el brillo vital de sus ojos se empañó como el plomo al enfriarse.

Clarence Williams se acercó nervioso con el rifle vacío agarrado por el cañón.

—Señor Aldridge, esto ha ido muy mal. Yo no pensaba que iba a ser así. Seguro que alguno viene a por mí por matar a un blanco.

Randolph miró hacia donde estaba Big Norbert, sentado en el suelo, con un agujero rojo en el tirante de sus pantalones de peto.

—Nadie va a venir a por ti.

—¿Está usted seguro?

—Mira a tu alrededor —dijo, señalando con la cabeza a derecha e izquierda los cuerpos retorcidos—. ¿Quién queda?

Clarence meneó la cabeza y empezó a cargar el rifle.

—El tipo con un ojo se ha largado.

El gerente se levantó de un salto y el miedo sacó de su interior toda la culpa y la pena. Se acercó rápidamente a Norbert y vio que la bala había atravesado limpiamente por debajo del omóplato.

—¿Dónde está Minos?

—Está bien. —Norbert levantó la vista—. Compruébelo usted mismo.

Randolph miró la sangre que empapaba su propio hombro, se palpó la oreja ensangrentada y comenzó a andar hacia donde estaba Minos, ileso, sentado en la hierba junto al cuerpo de su padre, observando el tren que silbaba.

—Hemos matado a la tripulación de la locomotora —dijo.

A Randolph empezó a dolerle la oreja y sacó el pañuelo, que presionó sobre la herida.

—¿Has visto al tuerto?

Minos negó con la cabeza.

—He estado bastante ocupado con lo mío.

El gerente, ligeramente mareado, permaneció de pie junto a él mientras se anudaba el pañuelo alrededor de la oreja. Clarence Williams se acercó a él y los dos anduvieron hasta más allá de donde se acababa el tren, para registrar el remolcador, la barcaza y la maleza que rodeaba las ruinas del muelle de almacenaje; pero Crouch se había ido y el gerente no sabía si lo había hecho por el terreno de aluvión del *bayou*, a través de la ciénaga o si había volado con alas de cuero.

Envió a Clarence a la vía principal, para que le dijera a Rafe que llevara hasta allí el vagón de personal, y fue adonde estaba su hermano, que había vuelto en sí y estaba tendido sobre las conchas, cuyos bordes se le clavaban en la espalda.

—Voy a perder el brazo —dijo llorando.

—Tranquilo —dijo Randolph, considerando, por primera vez, lo mucho que puede influir la mala suerte en la vida de un hombre. Miró a su alrededor y se sintió bien, a pesar de todo.

—Me han disparado medio millón de soldados —dijo Byron—, con los fusiles más precisos del mundo y ninguno pudo hacerme lo que me ha hecho un maquinista asqueroso con una pistola de quince dólares. —Cerró los ojos y las lágrimas rodaron hasta las orejas—. Pensaba que la guerra se había acabado para mí —dijo entre sollozos—, pero este maldito mundo se ha convertido en otra.

El gerente volvió la vista hacia los árboles y quitó el seguro del rifle. No se giró hasta que escuchó el estrépito de los acoples, cuando la locomotora del aserradero entró marcha atrás en el claro del bosque. A cincuenta metros, Minos y Clovis Hutchins sacaban al viejo *sheriff* de entre la maleza y uno de los trabajadores negros, que conocía a Merville, se acercó a ellos, observó el cuerpo rígido que yacía en la camilla, levantó los brazos por encima de la cabeza y comenzó a chillar y a proferir lamentaciones de sorpresa y miedo.

Los vivos se subieron al tren, que partió hacia Poachum. Cuando llegaron, el ferroviario salió al andén gritando por el candado roto del cambio de agujas, pero Rafe lo ignoró y solo se fijó en si los raíles estaban bien alineados para poder pasar a la vía que se adentraba en la vegetación rumbo a Nimbus.

Cuando el traqueteo salió del bosque e irrumpió en el claro del aserradero, Randolph saltó del tren, pero tuvo que sentarse en un barril de tirafondos para rieles, porque la cabeza empezó a darle vueltas. Lo llevaron junto con Byron y Big Norbert al doctor Rosen, que atendió en primer lugar a Byron, al que puso una inyección para dormirlo. Sentado en su banqueta, examinó despacio la herida, la vendó para detener la hemorragia, apoyó la espalda contra la pared, los antebrazos en los muslos y comenzó a menear su cabeza blanca mirando al suelo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jules estaba sentado en su mesa, afilando el tercer lápiz de la mañana, cuando Minos abrió la puerta, entró y se sentó en la mesa del gerente.

—No me lo cuentes —dijo Jules, dejando el lápiz sobre un libro de contabilidad abierto—. No quiero ni oírlo.

—Al final, matamos a todos.

El ayudante del gerente levantó las manos como si lo estuvieran encañonando por la espalda y salió de la oficina. Minos escuchó el ruido de las botas sobre los peldaños que bajaban a la serrería y cogió el auricular del teléfono. Miró por la ventana y pidió educadamente línea con la oficina del *sheriff* del condado. Después de dos conexiones, le contestó un ayudante grandullón que tenía su mesa junto a la puerta del despacho del *sheriff*.

—Soy Minos, el hijo de Merville. Quiero hablar con LaBat.

—Puedes hablar conmigo.

—No quiero hablar contigo.

—Entonces no vas a hablar con nadie.

Minos respiró hondo.

—Cuando LaBat se entere de que no me has pasado con él, te va a meter su puntiaguda estrella por el culo, diamantes y rubíes incluidos.

Hubo una pausa, el ruido que hizo el auricular al caer y lo siguiente que se escuchó fue la voz de LaBat:

—¿Qué?

Por el teléfono se escuchaba el ruido de hojas de papel que alguien cogía y ponía en un montón. Minos hizo un gesto de desagrado al pensar que alguien tuviera que ganarse la vida moviendo pequeños cuadrados de papel.

—Merville y varios tipos que comisionó fueron a Cypress Bend a arrestar a Buzetti y su banda. Un hombre de Buzetti disparó primero y le reventó el brazo al señor Byron, así que los comisionados abrieron fuego y mataron a todos los que disparaban. —Se calló, convencido de que ya había dicho suficiente.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó LaBat—. ¿Quiénes son *todos*? —Minos le dio la lista de nombres—. ¿Qué coño me estás diciendo? ¿Que os habéis cargado a la tripulación de la locomotora...?

—Robinson disparó al alguacil del aserradero con una pistola. Él y el fogonero estaban metidos en el negocio.

LaBat gritó algo incoherente y mezquino y se hizo el silencio en la línea.

—¿Y qué hay del tipo del parche, Crouch? —preguntó entonces el *sheriff*.

—Ese se escapó.

—¿Se escapó? ¿Cómo que se escapó? Ese es el único al que compensaba matar.

—Seguramente estará nadando hacia Cuba, después de ver lo que les pasaba a los otros.

—¡Y una mierda! Ese tuerto hijo de puta es primo hermano de Buzetti. Os aconsejo que os pongáis unos buenos anteojos en el culo.

—No es posible estar más en guardia de lo que hemos estado.

Hubo otro silencio en la línea y, a continuación, ruido fuerte de papeles, como si el *sheriff* los estuviera esparciendo con un palo.

—¿Se puede llegar a Cypress Bend en coche?

—Qué va. Llame a la compañía de ferrocarril y dígales lo que ha pasado. Quizás puedan retener el tren que va al oeste para que usted pueda mandar allí a sus ayudantes en la locomotora de maniobras de Beewick.

—¿Habéis dejado a todos allí?

—Menos a mi padre. Se murió cuando empezó el tiroteo. —El maquinista imaginó la interrogación en la cara del *sheriff*.

—¿Y por qué no os llevasteis más que a él?

Minos miró por la ventana el vagón de personal cubierto de hollín, donde todavía estaba su padre.

—Era el único que me importaba.

Una nube de pequeños mosquitos llegó desde la ciénaga y punteó el cuello de Randolph, mientras este ayudaba a subir la camilla de su hermano al vagón de equipajes del tren que iba hacia el este y lo llevaría a Nueva Orleans. El médico del asentamiento subió junto a él, con su traje de color tostado. Ella se subió al vagón de pasajeros que iba delante y espantaba los mosquitos con un pañuelo húmedo. El tren se puso en marcha y su silbato bramó para ahuyentar a un buey que estaba en medio de la vía. Randolph se sentó en el banco de la estación y esperó pacientemente por el *sheriff* del condado.

LaBat y su chófer llegaron a las cinco en un coche patrulla salpicado de barro y aparcaron junto a la estación. El *sheriff* se bajó lentamente, se sacudió unas gotas de barro seco que tenía en las perneras del pantalón y se quitó el barro que llevaba pegado a las botas contra el borde del andén. Se sentó en el banco, junto al gerente y comenzaron a hablar mientras espantaban los mosquitos con movimientos de la mano. Randolph escuchaba con el oído que no tenía vendado.

—Voy a tener que hablar con sus hombres.

—Pues vaya y hable con ellos.

El *sheriff* lo miró fijamente.

—Supongo que ya habrá hablado usted con todos.

El gerente levantó la vista hacia el chófer, que restregaba la suela de sus botas contra el parachoques del coche.

—¿Cuánta mierda va a levantar este asunto?

El *sheriff* se encogió de hombros.

—La gente va a preguntar por qué no estuve yo allí para arrestar a Buzetti. —Meneó la cabeza—. No había visto tanto alcohol junto en mi vida. Y cumple con los requisitos legales de elaboración. Hay incluso *whisky* canadiense.

—Pero bueno, usted *sí* estuvo allí.

—No, no estuve. ¿Por qué dice eso?

—Estuvo allí un agente autorizado por usted, Merville Thibodeaux, y fueron sus comisionados, los comisionados *de usted*, los que hicieron la redada. Usted se ha incautado del mayor cargamento que se había visto nunca en estos *bayous*.

El *sheriff* se quedó inmóvil un momento y entrecerró los ojos.

—No. No quiero que me relacionen con este asunto. No, mientras el peor de todos ellos siga suelto.

—Es un hombre solo.

—El demonio también. Ese cabrón medio ciego no es un loco. Es un hombre destruido.

—Destruído. —Randolph repitió la palabra lentamente.

—El propio Buzetti me contó que lo capturaron los austriacos y que un estrambótico oficial le puso una pistola en la cabeza y lo obligó a matar de un tiro a italianos heridos. Después de matar a veinte o quizás veinticinco, se derrumbó y comenzó a vomitar. —El *sheriff* levantó la palma de la mano y meneó una vez la cabeza con gesto de incredulidad—. No me mire así. Ya sé que es terrible. Un oficial le dio una pistola y le dijo que podía librarse de matar al resto, si se mataba a sí mismo. Y entonces, se puso la pistola en la boca y cuando disparó, le abrasó la garganta por dentro. Todos los austriacos empezaron a reírse, porque era un cartucho de fogueo.

Randolph levantó una mano y cerró los ojos.

—Ya he escuchado suficiente.

LaBat le dirigió una mirada hostil.

—Usted tiene que saber con quién está tratando. Los austriacos le dijeron lo que pensaban de los italianos y entonces cogieron un trozo de pan, lo empaparon en la sangre de uno de los hombres que acababa de matar, lo pincharon en la bayoneta de un fusil Carcano e hicieron que lo pusiera en las bocas de los heridos. Le iban trayendo los heridos uno a uno, y cuando estaban comiendo, le hacían que...

El gerente se levantó de un salto.

—¿Cómo perdió el ojo? —preguntó con la voz quebrada.

LaBat miró al gerente de arriba abajo con ojos brillantes y mezquinos.

—Me cae usted bien, señor Aldridge, así que creo que eso no se lo voy a contar. Es peor todavía...

—¿Por qué le caigo bien? ¿Qué quiere decir usted? —Randolph pensó que otra pregunta podría hacer que dejara de seguir contando aquella historia.

LaBat señaló con la mano hacia el bosque.

—Usted viene aquí, compra esta ciénaga asquerosa a cincuenta centavos el acre y gana dinero con ella. Y además, contrata a unos tipos que durante una temporada no se van a morir de hambre. Sin gente como usted, esto no sería más que un puñetero bosque. —Miró a su alrededor—. Los bosques no sirven para nada, a no ser que seas un pájaro carpintero.

Randolph tragó saliva y miró las vías hacia el este.

—¿Qué le va a contar a los periódicos de Nueva Orleans?

—Si se enteran, me limitaré a decir que todo se hizo dentro de la legalidad.

—¿Cómo no se van a enterar?

—Piense en el sitio donde pasó. No lo vio nadie. No hay líneas de teléfono para que alguien pueda llamar y contar algo justo en el momento en que se ha producido. —Se puso en pie—. Voy a mandar a Buzetti y a sus tres hombres a Nueva Orleans para que les hagan una autopsia rápida y los entierren en el cementerio de pobres, en la parte húmeda, donde los gusanos están más activos. Respecto a los tres babosos de Tiger Island, seguramente sus familias no querrán que se sepa a qué se dedicaban. Puedo hacer que el periódico local diga que se ahogaron.

Mientras escuchaba, Randolph sintió que, efectivamente, vivía al final de una carretera de miles de kilómetros, metido en la jungla, donde las personas eran anónimas y no figuraban en los registros.

—¿Y los del remolcador?

LaBat se encogió de hombros.

—Forasteros. De Florida. Los embalsamaremos, los enviaremos a su casa por correo y dejaremos que los periódicos de allí digan lo que les dé la gana. Lo que no sé es qué pasará con los ferroviarios. Pero no creo que la Southern Pacific lo pregone demasiado, teniendo en cuenta lo que hacía esa tripulación en horas de trabajo.

—Imposible. Hay demasiadas formas en que la información puede salir de aquí.

El *sheriff* levantó la vista hacia el único cable que discurría hacia Nimbus sobre los postes.

—No tantas. Todavía no. —Entonces miró a su chófer, que estaba apoyado sobre el radiador—. Eh, Percy, tráenos un trago de ese *whisky* tan bueno que tenemos ahora.

Randolph giró la cabeza hacia el automóvil y un escalofrío le subió por el cuello.

—Tranquilo, hombre —dijo LaBat—, que era una broma.

* * *

Al día siguiente, el gerente convirtió una cuadrilla de aserradores en un equipo de vigilantes para su casa y la serrería, pertrechados de pistolas y linternas nuevas. Se puso a trabajar en los pedidos pendientes y, cada vez que colgaba el teléfono, esperaba que sonara; pero no lo hizo..., hasta las dos. Era un juez de Nueva Orleans que preguntaba por la autoridad del *sheriff* que había dirigido la redada, y Randolph habló con sumo cuidado, calibrando cada hecho que expresaba su voz. A las cuatro, llamó un periodista de Baton Rouge y el gerente le dijo que no podía proporcionarle ninguna información sobre lo sucedido, que debía llamar al *sheriff* LaBat. El periodista le dijo que eso es lo que llevaba haciendo todo el día. A la mañana siguiente, el agente ferroviario de la estación de Poachum le llamó para decirle que dos tipos de dos periódicos estaban en el andén y querían saber cuándo iba a llegar el tren que transportaba la madera de Nimbus. El gerente le dijo que no iban a mandar ningún tren ese día, ni seguramente el siguiente, y envió a Jules a decirle a Rafe que no moviera el tren y que dejaran la madera apilada en los vagones de plataforma. Durante esa semana, cada día estuvo marcado por llamadas de teléfono y respuestas muy medidas. Un hombre con un traje tostado y maldiciendo la nube de mosquitos que rodeaba su cabeza llegó andando por la vía al punto en que se encontraba apostado Judgment, a un par de kilómetros del aserradero. Estaba sentado en un tocón, a la sombra de un cinamomo, cuando el reportero intentó seguir su camino.

—Está prohibido pasar —dijo Judgment, sin levantarse.

El reportero, al que el calor tenía muy contrariado, le preguntó con chulería:

—¿Quién lo dice?

Sin pronunciar palabra, Judgment levantó el mango de un hacha Blue Grass nueva y el reportero se volvió sobre sus pasos.

El agente de Poachum envió un ejemplar del *Picayune* que publicaba en la página tres la noticia de un enfrentamiento entre comisionados y contrabandistas, con el resultado de dos muertos —uno de ellos, Merville— y un número sin especificar de heridos. Randolph metió el periódico en la fría estufa de leña y lo quemó. Al día siguiente, él, Lillian y Jules fueron a Tiger Island al funeral del *sheriff*. Aunque no era un parroquiano habitual, Merville tuvo una misa de funeral en la que el padre Schultz cantó en latín con una voz firme pero sentida, que debería haberse quebrado, pero que no se quebró. Se trasladaron al cementerio, en las afueras, para el entierro; y cuando este concluyó y Randolph y su esposa se estaban subiendo al taxi que los iba a llevar a la estación, Minos se acercó a ellos. No parecía él, embutido en un traje, con el cabello bien peinado y sin sombrero.

—Es como si hubiera algo que todos deberíamos decir, pero que no se ha dicho todavía... —Dirigió la vista hacia el montón de tierra y los hombres apoyados en las palas detrás de él—. La verdad es que lo mío no son los discursos, pero ¿podrían acompañarnos al padre Schultz y a mí a casa de mi viejo? Queremos mostrarles algo que lo dice todo.

Volvieron al pueblo y aparcaron delante de una casa de madera con la pintura cuarteada, que tenía una galería y las ventanas cubiertas por unas contraventanas verdes. Randolph se bajó y le dijo a Lillian que, si lo prefería, podía esperar en el taxi. El padre Schultz y Minos entraron primero y sujetaron la puerta. El suelo del recibidor crujía bajo sus pasos mientras avanzaban hacia el dormitorio del *sheriff*, y Randolph sintió que el olor era ya el de un sitio vacío: un aroma que recogía la historia de todas las comidas que se habían cocinado allí, mezclado con tabaco, sudor y el polvo que emanaba de la propia madera de la casa.

—¿Ve aquello? —Minos señaló un ancho armario de madera de nogal, de tres metros de alto, encajado en la esquina de la habitación—. Ayúdeme a moverlo.

El sacerdote empujaba con el hombro por un costado del armario, mientras Randolph y Minos tiraban de una esquina. El armario estaba incrustado en el barniz del suelo, hundido en la capa de barniz original y pegado al suelo por las manos posteriores. Finalmente, consiguieron moverlo y lo giraron para separarlo de la pared.

—Dios mío —dijo el gerente, alejándose de la avalancha de armas que se vino hacia él.

Era un cúmulo de cosas tan abigarrado y polvoriento que le costó distinguir lo que allí había: un sinnúmero de navajas, cuchillos de desollar, puños americanos, revólveres de cañón basculante Smith & Wesson, pistolas Iver Johnson y Hopkins & Allen, pistolas de bolsillo, machetes, picahielos, cuchillos para llevar en el sombrero, cuchillos para recolectar verduras, sacacorchos, rifles de palanca, porras, escalpelos, escopetas de bombeo manual, tijeras gigantes, varias pistolas de un solo tiro que habían atado juntas con cable y cintas hombres que carecían de todo menos de sed de venganza, trozos de metal a los que habían dado forma para apuñalar o rebanar, inocentes tubos y ejes afilados para matar.

Minos bajó la vista hacia el enorme montón.

—Todas las semanas echaba cosas de estas ahí detrás. Cuando éramos críos, si intentábamos asomarnos para verlo, nos daba con el cinturón, ya lo creo.

El padre Schultz se agachó y cogió una bayoneta.

—¿Qué vas a hacer con todo esto?

Minos devolvió al montón de una patada un gancho de recolectar algodón.

—Hace mucho tiempo, me dijo lo que tenía que hacer. Cogeré a un par de hombres que me ayuden a cargarlo en botes y lo tiraré en el centro del río.

El gerente se sentó en el borde de la cama de Merville. «Un arsenal», pensó, «suficiente para armar a un ejército de locos con instintos primarios». Miró cómo el sacerdote ponía un dedo en el afilado borde de un hacha y se estremeció al imaginar todo lo que nunca había sucedido.

Al cabo de diez días, el teléfono solo sonaba por los pedidos de madera, no por las preguntas de jueces y periodistas. Randolph comprendió el tópico de que las noticias, como el pescado, se devalúan con el tiempo.

LaBat llamaba todos los días para informar de sus esfuerzos por encontrar a Crouch, el tuerto de las serpientes y asesino de criadas. También le explicó al gerente que la investigación sobre la redada que estaba llevando a cabo la compañía de ferrocarril había entrado en vía muerta, cuando uno de los contables de la Southern Pacific había descubierto que las cuentas bancarias de los miembros de la tripulación del tren sumaban un total de 52 000 dólares. La mañana que LaBat no llamó, Randolph se sintió en cierto modo aliviado; como si empezara a creer que aquel asunto ya no requería un informe diario. Pero al levantarse de la mesa después de comer, se quedó pensativo, con la vista fija en las volutas del linóleo del suelo de la cocina, delante del horno. Entonces decidió que era él el que iba a llamar al *sheriff*, con el nuevo teléfono que habían instalado en el escritorio de Lillian. Un ayudante le dio la triste noticia de que LaBat se había caído rodando por las escaleras de su casa y se había partido el cuello.

—¿Un accidente? —preguntó el gerente, con un volumen de voz ascendente.

—Pues resulta curioso —dijo el ayudante—. Un hombre sube y baja por las mismas escaleras durante veinte, treinta años, y entonces un día parece que no acierta con el peldaño de arriba y... ¿Cómo lo explica usted?

Cuando Randolph llegó al porche de Byron, lo encontró allí sentado con las piernas cruzadas y el muñón vendado apoyado en la rodilla. Su expresión no se alteró cuando escuchó la noticia. Se giró en su mecedora y gritó a través de la puerta mosquitera. La voz nasal de canción *country* que comenzó a escucharse en el Victrola hablaba de cómo la cabeza de un maquinista de tren ardía en el hogar de su locomotora. Randolph imaginó una cabeza en un hogar, con llamas en el lugar de los ojos.

Ella se acercó a la puerta mosquitera.

—Es la sexta vez —dijo, girando la cabeza hacia Randolph, en el momento en que este se acomodaba en una silla—. Ha llorado con las tres primeras. Supongo que se está acostumbrando.

—He ido a ver a Walter —dijo Byron—. Se ha recuperado casi por completo. Es increíble la fortaleza que tienen a esa edad. —Miró a su hermano por primera vez—. Lo sostuve en mi brazo bueno.

—By, ¿tú qué piensas?

—¿Sobre qué?

—El hombre que escapó. —El mero hecho de pronunciar esas palabras lo agotaba, porque quería que todo aquello acabara para poder pensar únicamente en su mujer, en Walter, en la madera que tenían que serrar y en volver a casa. Lo asustaba el modo en que su hermano hablaba del niño.

—Sacaré lo que lleva dentro.

—¿Y eso qué va a ser?

Byron frunció el ceño.

—Me pides que adivine lo que va a hacer, como si fuera el estribillo de una canción que no he escuchado nunca. —Cerró los ojos y se concentró en los lamentos que salían del disco.

Desde el bosque llegó el pitido del silbato de un vapor de arrastre, lejano, doliente, como una garceta blanca atrapada en las mandíbulas de un caimán.

Diez días después, llegó agosto —húmedo, plomizo— y sumió al asentamiento en un calor sofocante. La maquinaria sudaba al amanecer y las gotas de condensación corrían como insectos por todo lo que fuera de hierro. Los mecánicos de la serrería tenían que lubricar con más frecuencia porque la humedad del aire se llevaba el aceite de los innumerables engranajes. Había que poner más arena en las vías para que las locomotoras pudieran avanzar por los resbaladizos raíles. Las mujeres pasaban más tiempo lavando, porque las toallas y sábanas cogían un olor acre por la noche y parecían no secarse nunca cuando las colgaban en los tendederos mojados. Había días en que los desgarrados petos sujetos por pinzas absorbían del ambiente más agua de la que dejaban. Jules y el gerente trabajaban en los pedidos y números en mangas de camisa, rodeados de tuercas de motor barnizadas que utilizaban como pisapapeles para combatir a la batería de oscilantes ventiladores que amenazaban con hacer volar su trabajo. Randolph estaba felizmente distraído con los cálculos de un inesperado pedido de madera para depósitos de agua. Estaba inmerso en su trabajo como la maquinaria de una fábrica: un engranaje del proceso que iba desde los tocones hasta una granja de Minnesota. Su trabajo lo aislaba de la preocupación y volvía a convertirse en la auténtica aventura de su vida. Estaba alerta, pero nada podía suceder en el aserradero, que, a fin de cuentas, estaban protegiendo como si fuera una fortaleza.

Un día a mitad de mes, se dirigió a casa para comer, hambriento, despreocupado y con ganas de conversar con su mujer. Entró silbando en la cocina, por la puerta trasera de la casa, en el momento en que Crouch salía de detrás de esa misma puerta y decía: «Por Buzetti», mientras disparaba un tiro sobre la espalda del gerente con una Luger de calibre 30. Randolph sintió una ligera punzada de fuego en el corazón y a continuación el suelo lo golpeó como un tren que pasara por encima. El complicado estampado del linóleo, que empezaba a desdibujarse, conectaba los fragmentos que formaban el decorado de su catastrófico final. Arqueó la espalda y volvió la cabeza para ver cómo otra bala le atravesaba el antebrazo izquierdo y oír la rítmica retahíla de palabras en italiano que profirió su agresor y a la que puso punto final con otro tiro ensordecedor que hizo saltar astillas de la madera que sustentaba el linóleo. El gerente sabía que había fallado a propósito, para prolongar su sufrimiento durante unos breves momentos de esperanza. Randolph vio entonces en la puerta de la habitación de Walter un leve movimiento de blanco algodón al que siguió una mancha roja, cuando su mujer disparó sobre el hombre del parche con su pequeña pistola de calibre 32 cargada con cartuchos de pólvora negra. Disparó cuatro veces y una de las balas acabó en el dorso de la mano izquierda de Randolph, causándole la herida más dolorosa de todas. Sintió por un momento el calor de la seguridad, pero escuchó

entonces a Crouch aullar de dolor, enfrentarse a alguien y maldecir con palabras como «zorra», «estúpida puta de mierda» e insultos peores, mientras su mujer chillaba bajo los golpes. Intentó girarse y, después de dos intentos en los que el aire salió por su boca con una buena cantidad de sangre, lo consiguió, para ver al hombre del parche inclinado sobre él, riéndose como si fuera el rostro de la muerte y apuntándolo con la Luger.

—Échale un vistazo al sitio al que te voy a mandar —dijo Crouch inclinándose más y levantando el parche negro con sus dedos ensangrentados.

El globo ocular era de aspecto torturado y céreo y en la superficie tenía un grueso gusano amarillento, una cicatriz infectada por una quemadura, de pólvora, quizás, que habría echado y prendido un hombre con un uniforme de charreteras absurdas y espada dorada. Randolph observó el ojo, aquel dolor icterico que Crouch llevaba consigo como un carbón encendido para quemar a todo el que pudiera. No sintió miedo, sintió pena. La mano le dolía tanto que en ese momento no pensó en su inminente muerte, y abrió la boca para hablar —de qué, no lo sabía—, cuando se escuchó una campanada, el ojo amarillo giró completamente hacia atrás y el primo de Buzetti se desplomó sobre él y rodó hacia el suelo, flácido como la gelatina.

Randolph vio aparecer ante él el semblante pétreo de la enorme criada irlandesa, quien sostenía en sus manos agrietadas una sartén Griswold de veintiocho centímetros de diámetro.

—He mandado al infierno a ese pobre diablo —gritó, volviéndose hacia Lillian, a la que Randolph podía ver tendida sobre la espalda.

El doctor llegó una vez más atraído por los disparos, entró cauteloso por la puerta mosquitera, miró a su alrededor y se acarició la barbilla.

—Veamos —dijo, arrodillándose junto a Randolph y abriéndole la camisa, mientras observaba el cuerpo inmóvil que estaba a su lado—. Tiene la cabeza plana. ¿Qué ha hecho esa mujer? ¿Ha soltado una estufa encima de él?

El gerente abrió la boca e intentó responder, pero el aire que necesitaba su voz estaba saliendo por otro sitio. El médico se concentró en su trabajo: abrió los párpados de su paciente con el pulgar, le midió el pulso y observó la sangre que salía de su hombro y se esparcía por las volutas verde oliva y rojas del linóleo. Randolph podía oír el saludable llanto de su esposa, el ruido de las puertas que se abrían, el de las botas y un flujo de voces indignadas que flotaban sobre él en una luz cada vez más tenue. Sintió entonces que escuchaba, pero que no veía, y que el gran dolor que crecía en su interior nada tenía que ver con una bala.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Muchos trabajadores del aserradero parecían empantanados en una implacable resaca, como si los atenazara la desgracia de las personas que controlaban sus vidas. Minos fue al almacén a por queso y pan y, cuando salió, se sentó en las escaleras junto al médico, que estaba comiendo las sardinas y las galletas saladas que tenía en un papel encerado que lo cegaba con sus reflejos. Ninguno de los dos hombres decía nada, mientras comían y echaban tragos de unas botellas de refresco húmedas por la condensación. Desde el *saloon* les llegó el aullido prolongado de un borracho. El médico entornó sus ojos cetrinos.

—Mierda. —Mordió una galleta como si quisiera hacerle daño—. Es un trampero que está allí con el primo de Big Norbert. Los vi ir hacia allí hace un rato.

Minos tiró el queso debajo de las escaleras y se puso en pie.

—Me sorprende que no hayan reventado todavía ese sitio a base de peleas, ahora que no hay nadie que represente la ley.

Se acercaron a la esquina del almacén y dirigieron la vista hacia el *saloon*, conscientes los dos de que aquel apestoso local de techo bajo había perdido su invisible poder en el mismo momento en que murió Buzetti. Solo lo mantenía abierto el impulso que le daban los grandes bebedores del asentamiento.

El médico se metió las manos en los bolsillos.

—Ese sitio es una amenaza para la salud.

El maquinista escupió en una rodada.

—A Galleri se le han acabado el *whisky* y la cerveza. Solo le quedan un par de barriles de destilado ilegal. —Volvió la vista hacia su casa, que estaba en la misma fila que la de Byron—. Espere aquí, que voy a por una cosa.

Al cabo de diez minutos volvió con una llave inglesa Coe de veinticuatro pulgadas. Desde el *saloon* llegó otra sucesión de gritos.

—¿No sería mejor una pala?

—Es todo lo que he encontrado en mi casa. Si no funciona, llevo el revólver de mi viejo en los pantalones.

En la puerta del *saloon* se encontraron a un mecánico que salía, que observó la llave inglesa con mango de madera.

—Mejor no, señor Minos.

—Bueno, vamos a echar un vistazo —dijo, deslizándose hacia el interior, seguido por el doctor.

El trampero era un indio de tez oscura que, sentado a horcajadas sobre la espalda del primo de Big Norbert, le estaba haciendo marcas en el cuello con un cuchillo de desollar. Varios hombres intentaban separarlos, pero cuando alguno tiraba del brazo del indio, se encontraba con el silbido del cuchillo.

—¡Ya está bien! —estalló el médico, con el rostro enrojecido—. Estoy harto de suturar vuestros jodidos culos. —Cogió la llave inglesa de Minos, la levantó en el aire y se dirigió al indio—: Suelta ese cuchillo o tendré que acabar desincrustándote esto del cráneo.

El indio volvió los ojos enrojecidos hacia el doctor y se puso en pie. Cuando la llave inglesa cayó sobre él, el indio la agarró por el mango con la mano izquierda y la lanzó haciéndola girar por el aire, como si fuera un naipe.

—No podrías pegarme ni con dos llaves inglesas —dijo, empujando al médico por la puerta y fuera del porche, donde cayó de espaldas al suelo.

Intentó levantarse, pero notó una suave pisada en el hombro y, al levantar la vista, vio una cara seria que lo miraba bajo una gorra de marino.

—Quédese ahí —le dijo Minos. Se giró y gritó al trampero, que estaba en el porche y se dirigía al interior del *saloon* para seguir ocupándose del primo de Big Norbert—. ¡Eh, tú! ¡Rata almizclera! —El trampero volvió la cara y clavó la vista en él. Era bizco: uno de los ojos miraba torcido, como si lo hubieran descentrado de un mazazo—. ¿Qué vas a hacer con ese cuchillo? —preguntó Minos.

—Desollar una piel.

—No, ni hablar.

—¿Y cómo vas a pararme?

Minos sacó el Colt Lightning de su padre y disparó varias veces a la espinilla del trampero, justo encima de sus botas cubiertas de barro seco. El hombre soltó un alarido y alzó los brazos de golpe, como si estuviera resbalando en el hielo. El cuchillo salió volando y se clavó en la parte interior del tejado del porche.

El médico se levantó, atravesó la nube de humo de revólver y entró en la parte de los negros, donde cogió a un afilador de sierras por un tirante de sus pantalones de peto, lo arrastró afuera y le dijo que fuera al almacén a por dos latas de queroseno, de las de veinte litros.

Galleri salió al porche y empezó a gesticular con las manos, dibujando preguntas en el aire:

—¿Qué está pasando?

—Saca a todas esas cabezas de chorlito de esa cloaca —le dijo el doctor.

—¿Qué? ¿Qué va a hacer? —Su cara sebosa iba del médico a Minos y de Minos al médico.

—Tus suelos son antihigiénicos —dijo el doctor—. Vamos a limpiarlos para que la gente pueda decir que regentas un establecimiento saludable.

Minos cacheó al trampero, que se retorció en el suelo, y bajó del porche.

—Queroseno. Creo que con cuarenta litros podremos hacer algo de limpieza.

Galleri miró a los dos hombres a la cara.

—Es una broma, ¿verdad?

Se quedó parado un momento, entró corriendo al *saloon* y se empezó a oír el ruido de cristales que se rompían. El médico y Minos arrastraron al indio ensangrentado fuera del porche y lo lanzaron al camino junto a un montón de excrementos de mulo.

Cuando llegó el queroseno, entraron en la parte de los blancos y vieron que Galleri había roto

los cristales de las máquinas tragaperras y que estaba llenando un sombrero de monedas de cuarto de dólar y de cinco centavos. El afilador colocó una de las latas en el centro de la estancia y Minos la agujereó de un tiro cerca de la base; a continuación, pasaron a la parte de los negros e hicieron lo mismo, y la bala, que salió rebotada por el otro lado de la lata, hizo añicos un espejo que había detrás de la barra.

Una prostituta salió de la parte de atrás, descalza, caminando de puntillas y con un frasco de pomada en la mano, para ver qué estaba pasando. Cuando olió el queroseno, se quedó como petrificada, mirando el charco plateado que se extendía por el suelo.

—¿Qué estáis haciendo, blancos locos?

El doctor le dirigió una sonrisa.

—¿No tendrás un pitillo ya liado, cariño?

Ella sacó un cigarrillo arrugado del corpiño y lo sostuvo como si esperara que alguien se lo encendiera.

—¿Me vais a quemar o qué...? —preguntó con voz temblorosa.

Minos rodeó el charco de combustible y cogió una cerilla de una caja que había encima de la barra.

—Ven aquí, niña.

La condujo a la puerta de salida y encendió la cerilla. El médico los siguió y agarró el pomo. Ella se inclinó, aspiró ruidosamente y echó el humo por la nariz y la boca.

—¿Queréis algo, caballeros?

Cuando Minos retrocedió un paso y tiró la cerilla al suelo, una lengua de fuego amarilla avanzó sobre las tablas, como si siguiera una mecha gigante. La mujer —experta en evitar problemas— salió al porche sin hacer ruido. Los hombres se quedaron dentro, cerraron la puerta detrás de ella y se dirigieron corriendo, pegados a la pared, a la puerta de muelle de la parte de atrás. Salieron como si no pasara nada y caminaron sin prisa en dirección al canal, donde se sentaron en un muro de protección. Durante un buen rato, pareció que nada estaba sucediendo en el interior del *saloon*, pero entonces el fuego comenzó a resonar y chasquear, y un humo gris empezó a salir por las rendijas de las ventanas cerradas. Algo estalló en el interior con un ruido sordo y, después de esta detonación, el humo salía por todas las grietas y juntas del *saloon*. El silbato de fuego de la serrería empezó a sonar escala arriba y escala abajo y los dos rodearon el local para contemplar el espectáculo con la gente que había llegado, fingiendo sorpresa por lo que estaba sucediendo. Dos hombres con una camilla se acercaron a recoger al trampero herido, mientras la prostituta se retiraba disimuladamente en dirección a su cabaña, intentando adoptar un aire despreocupado.

Minos la señaló.

—Me parece que esa va a hacer las maletas.

—No va a tener ningún problema —dijo el doctor—. No creo que le llegue ninguna factura por el incendio de un *saloon*.

Un grupo de hombres llevaron un carro con una manguera desde la sala de calderas y comenzaron a engancharla a la boca de incendios que había en la explanada. Minos se acercó, agarró a uno de los hombres por el brazo y dijo:

—Tomaos vuestro tiempo.

El hombre miró hacia el edificio, que se había convertido en una enorme flor de humo negro.

—Si usted se ha hecho baptista, ¿qué culpa tenemos nosotros, señor Minos?

—Vete a la serrería y trae una llave inglesa grande que hay colgada junto a mi silla. Hay que apretar bien la manguera. —Dirigió la vista hacia los demás hombres—. Id todos a por una llave inglesa.

Decidieron hacer lo que se les pedía y se dirigieron a la serrería sin darse mucha prisa. Entre tanto, el *saloon* silbaba y ardía, la savia rezumaba como si fuera agua por los nudos de las tablas de madera y el tejado de chapa se combaba y estallaba, como si alguien desde el interior lanzara bolas de billar contra él. De pronto, el aire entró por una pared lateral que se estaba quemando y todas las tablas se encendieron con una llama roja y amarilla. Los que presenciaban el incendio se echaron hacia atrás precipitadamente, para apartarse del mazazo de calor y las notas sincopadas de *ragtime* que producían las botellas al romperse. El edificio ardía como una bolsa de papel, oculto tras un fuego atronador. Los hombres de la manguera volvieron con sus llaves inglesas y se pusieron a humedecer el tejado del almacén, las dos cabañas de prostitutas que había detrás del *saloon* y tres retretes que despedían vapor cuando el agua caía sobre ellos. Los postes del porche ardían verticales, los marcos de las ventanas se caían y seguían ardiendo en el suelo y el *saloon* despedía cada vez más calor, convertido en un gigante tulipán del que emanaba un crepitante resplandor anaranjado, hasta que el tejado se hundió en medio de un tornado de chispas. Todos los que no tenían turno de trabajo estaban en la explanada, observando respetuosamente, como si el incendio fuera una función cuya entrada les había costado un buen dinero.

En la noche cerrada solo se veían un montón de brasas rojas, y la luz de la mañana descubrió un rectángulo de cenizas sobre las que se esparcían copos gigantes de chapa oxidada y la estructura medio fundida de ocho máquinas tragaperras que se alzaban sobre los rescoldos como torsos con un solo brazo. Al pasar junto a los escombros, un tronzador que iba camino de su trabajo dijo que parecía el día después de que ardiera el infierno.

Aquella tarde, varios hombres sedientos se congregaron alrededor de las cenizas como perros a los que han quitado los bebederos y Galleri, manchado y enfermo, se presentó en la oficina del aserradero con su sombrero de paja en la mano. Jules le preguntó qué podía hacer por él.

—No tenía seguro —dijo, girando el sombrero delante de él.

Jules tiró el lápiz.

—¡Coño! Tú eres el único tipo que hay por aquí con una cuenta bancaria.

—Vale, sí, y estaba a punto de marcharme, pero tendrás que admitir que el local tenía un valor. Tienes que admitirlo.

—Anda, hombre, vete a Shirmer o a Tiger Island. Abre una barbería o una tienda de ultramarinos.

—Eh, tú sabes lo que pasó...

—No sé de qué me hablas.

—¿No me vas a dar madera?

El ayudante levantó la vista y lo miró detenidamente.

—De acuerdo. Te puedo dar algo de madera de segunda, tablas de revestimiento y viguetas.

Galleri desplazó el peso de un pie al otro.

—¿Y chapa?

Jules entrecerró los ojos con malicia.

—Ni hablar. Ese antro tuyo era un forúnculo en el trasero de este asentamiento. Si solo te diera un clavo de cuatro centavos, deberías estar más que agradecido.

Galleri se puso el sombrero. Con la mano en el pomo de la puerta, dijo:

—Una vez, Buzetti me ofreció mil dólares para que matara al señor Byron.

La cara del ayudante se tensó.

—¿Y por qué no los aceptaste?

—La verdad es que, viviendo aquí apartado con los búhos, uno se lo acaba pensando. Y me lo pensé un poco..., bueno, tampoco demasiado en serio..., ya sabes. Es algo que ni se me habría pasado por la imaginación, si hubiera estado viviendo en un pueblo. —Hizo vibrar el pomo—. Mil dólares es mucho dinero. —Galleri se rio—. Eso es lo que acaba pensando uno cuando su trabajo es venderle alcohol a una panda de animales en el culo de un bosque.

Jules comenzó a rellenar los huecos de un impreso de factura.

—Supongo.

—¿Trabajar en el bosque te acaba volviendo loco? —preguntó Galleri—. ¿Tú qué opinas?

Jules no levantó la vista.

—Opino que te alegras de no haber aceptado ese dinero.

* * *

El gerente recuperó la consciencia del mismo modo en que un ataúd de Luisiana sale a la superficie a través del barro después de una semana de lluvias. Lillian estaba allí agarrándole la mano. Su mujer tenía un ojo morado, un pequeño cardenal en el puente de la nariz y catorce puntos de sutura que le atravesaban la mejilla. Randolph intentó hablar, pero sentía la boca como si estuviera taponada con cera.

—No —dijo ella—. No lo intentes más.

Por el modo en que se lo dijo supuso que lo había intentado durante días sin conseguirlo, y esto lo asustó. Detrás de ella vio una figura del tamaño de Byron y, detrás de él, pegado a la pared, un hombre que sostenía un libro y que debía de ser un pastor. La habitación se descomponía y parecía evaporarse, y Randolph comenzó a rezar, pidiendo perdón por todo lo que había hecho mal en su vida, hasta que, de repente, sintió el tacto y la voz de su hermano y las paredes volvieron a su sitio, su cerebro comenzó a registrar de nuevo la luz y sus ojos empezaron a ver las cosas como a través de agua turbia. Pensó en cosas que todavía tenía que hacer, cientos y cientos de cosas; pero sumido en su profunda debilidad, se dio cuenta de que lo sensato era pensar únicamente en las dos o tres más importantes. Abrió los labios y dirigió el único ojo que consiguió mover hacia su mujer, que acercó su cara a la de él.

—Te quiero —masculló él. Ella lo besó en la mejilla y puso un dedo sobre sus labios, pero él siguió hablando—. By —dijo, como si lo estuviera llamando.

Su esposa retrocedió y Byron se acercó a él, con los ojos muy abiertos por algún medicamento contra la tristeza que le había dado el doctor.

—Rando —susurró—. La señora Scott mandó al otro barrio al hombre que lo hizo. Estoy pensando en darle mi placa.

El gerente inspiró a duras penas.

—No.

—¿Qué pasa?

—Walter —dijo lentamente.

—Está a salvo, hermano. Y estará a salvo.

Tenía que hacer un enorme esfuerzo para articular las palabras:

—Mentí.

Byron enarcó las cejas por encima de unos ojos que parecían lunas negras.

—¿Qué? ¿Qué mentira?

—May me lo dijo. —Sentía que la habitación empezaba a combarse, así que inspiró y dijo—: Es tuyo.

Byron se volvió y miró tras de sí, y Lillian se puso la palma de la mano en la frente. Cogió al pastor por el brazo, lo condujo al pasillo y volvió a entrar sola. Miró a su marido, que había cerrado los ojos y dormía profundamente, y a continuación miró a Byron.

—Me considero una esposa fiel, pero no soy estúpida. Me imaginaba que podía haber sido uno de vosotros dos. —Miró a la ventana, donde un cielo de lluvia oscurecía la puesta de sol—. Solo procuraba no pensar en ello.

Byron puso la mano en el hombro de Randolph.

—Deja que duerma. —Lillian lo apartó de la cama y él se sentó junto al frío radiador.

—Necesito entenderlo. —Señaló la cama con el muñón—. ¿Por qué me mintió?

—Quizás pensó que tú ya tenías suficientes problemas. —Bajó la vista hacia su propio vientre—. O quería el bebé para él —dijo con amargura.

—Esto sí que es una noticia.

Lillian lo miró despacio.

—¿Qué tipo de noticia, Byron?

Él levantó la cara hacia ella y le dirigió una sonrisa sincera.

—Un titular increíble —le dijo a ella con voz queda—. Como los que utilizaban al final de la guerra.

El gerente soltó un gemido y se movió bajo las sábanas. El tubo de goma que serpenteaba hasta una botella ensangrentada que había en el suelo temblaba al ritmo de sus pulsaciones, y los dos siguieron esperando a que se muriera.

Una semana después de que su hermano ingresara en el hospital, Byron volvió a Nimbus y encontró a su mujer esperándolo en el porche con Walter en su regazo. Se acercó con un nudo en el estómago y se paró delante del porche.

Ella bajó la vista hacia él y abrazó al niño.

—Bonita cosa para escucharla por el teléfono.

Él subió al porche.

—Ya te dije lo que pasó, cómo y por qué. No sé qué más puedo hacer, pero si quieres que diga o haga algo que pueda arreglarlo, lo haré.

Walter se zafó de los brazos de Ella, se bajó de su regazo y agarró la mano de Byron.

—*Vamo a ve* —dijo el niño, tirando de Byron hacia el extremo del porche—. Llévame al *ten*.

Byron levantó la vista hacia donde Rafe estaba ajustando las tapas hidráulicas de los cilindros.

—Por supuesto. Vamos en un minuto.

—Aclarar esto puede llevarnos más de un minuto —dijo Ella. Se estaba mordiendo el pulgar, con la mirada ausente.

—Lo siento. Fue solo esa vez y ya te dije cómo se echó sobre mí.

Por un lado de la boca ella dijo:

—Una especie de emboscada, ¿verdad?

A él le dolió aquello, y apretó la mano de Walter.

—Eso creo. —Se acercó a ella y observó su piel cubierta de pecas, su cabello cobrizo y los rizos que le caían sobre los hombros—. ¿Me podrás perdonar? —Veía que ella estaba haciendo esfuerzos por no echarse a llorar y que por eso no le contestaba. Cuanto más se prolongaba su silencio más miedo le daba a él lo que pudiera acabar diciendo. Ella observaba al niño—. ¿Ella?

—Si estuviéramos en la ciudad en la que nacimos y nos criamos, sería muy duro hacer como si no hubiera pasado nada. —Miró a su alrededor, recorrió el asentamiento con la vista y levantó un brazo—. Pero aquí... ¿Adónde demonios hemos venido a parar...? —Se levantó y acarició la cabeza de Walter—. Quizás algún día podamos tener uno que sea mío también. Dicen que uno de estos puede hacer que venga otro.

Byron dirigió la vista hacia el manto de ceniza en que se había convertido el *saloon*.

—Me pregunto por qué nunca me dijo la verdad.

—¿Y hace falta que te lo preguntes?

Se bajó del porche y dejó que Walter tirara de él en dirección a las vías.

—Supongo que no.

Randolph Aldridge no se murió. Durante dos meses, un fluido le presionó el corazón como si fuera un esponjoso puño. La bala había atravesado el centro de su pecho y había abrasado todo el tejido que había encontrado a su paso. Como nadie esperaba que se recuperara, después de treinta días, un joven médico español comenzó a experimentar y a reducir el número de inyecciones de fluidos. Como un barco al que achican el agua con un dedal, muy poco a poco, Randolph empezó a salir a flote.

Su padre, a quien sus propios problemas de salud habían retrasado, llegó en tren y se dirigió directamente al hospital, donde recorrió renqueante el pasillo, fijándose en los números de las habitaciones. Llegó por detrás de Byron, que estaba fuera de la habitación, apoyado en la pared, lo cogió suavemente por el brazo y lo giró hacia sí.

—Hijo, qué alegría me da verte.

Lo que más sorprendió a Byron fue lo poco sorprendido que estaba: como si siempre hubiera esperado que su padre lo fuera a encontrar, agarrar y girar de ese modo. Cuando su padre lo abrazó, él dejó que su brazo colgara hacia el suelo, mientras aspiraba el olor a viaje en tren que impregnaba la ropa del anciano: a hollín y humo de vagón restaurante, reminiscencia de la dureza del largo recorrido que mediaba entre Pittsburgh y Nueva Orleans. Su padre estaba más débil, más viejo; por ello, le dio una palmada en el hombro y se separó de él.

—Cuánto tiempo —dijo.

Su padre abrió la boca y la cerró. Se quedó callado y, finalmente, dijo:

—No sé qué decir. Y no quiero decir nada que haga que te vayas lejos.

—No te preocupes. Yo ya estoy lejos.

El anciano asintió con la cabeza, enderezó la espalda y miró la puerta.

—¿Cómo está Randolph?

—Fuera de peligro, pero ha estado muy grave.

Byron giró el pomo de la puerta y los dos entraron. Después de saludar y animar a un pálido Randolph, el anciano se fijó en Walter, que estaba echado en el suelo, bajo la luz que entraba por la ventana, dibujando con un pizarrín en una pequeña pizarra.

—Byron —exclamó—, ¿por qué no me escribisteis para contármelo ni tú ni tu mujer? —Observó al niño detenidamente, su cara se iluminó con una sonrisa de abuelo y le acarició la cabeza—. Caramba, es clavadito a ti. Lo habría identificado en cualquier lugar del mundo.

El gerente presenció la escena desde su cama y sintió que le volvían a pegar otro tiro. En las últimas semanas había llegado al convencimiento de que iba a sobrevivir y se había planteado la posibilidad de decirle a Byron la verdad y recuperar a su hijo. Pero ahora, después de lo que había dicho su padre, sintió que la identidad de Walter y su lugar en la familia habían quedado sellados para siempre. Su padre nunca visitaría Nimbus ni descubriría que la realidad era otra. Y cuando talaran el último árbol y dismantelaran el aserradero, ni siquiera el lugar —el origen de Walter— existiría.

Su padre cogió al niño en brazos y lo acercó a la cama.

—Y tú, pillín —le dijo a Randolph—, deberías haberme dicho algo en tus cartas.

Walter alargó su manita y Randolph la cogió.

—Sí —dijo, cerrando los ojos—, debería haberte dicho algo.

—¡Tengo un nieto! —estalló el anciano, que meneaba al niño, mientras este lo observaba inexpresivo, intentando ubicarlo y mirando a Byron para que le diera alguna pista sobre cómo comportarse ante aquella nueva cara.

Randolph contempló el trío que se había formado delante de la ventana: el niño había metido el pulgar en la nariz de su abuelo y la sonrisa de antaño había vuelto a iluminar la cara de su hermano.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A principios de octubre de 1925, cuando el agua negra de la ciénaga sangraba hacia el sur y las copas de los cipreses ardían en iridiscencias de cobre, el gerente volvió a Nimbus. En una mecedora del porche delantero de su casa, escuchaba a su esposa contarle lo que había estado haciendo en la iglesia y en la escuela y cómo había estado ayudando a Byron a contratar gente decente. Como no había *saloon*, tampoco había mucho trabajo para un alguacil, aunque, después de curarse la herida del hombro, Big Norbert se había puesto una estrella y hacía rondas nocturnas. Jules había pedido a Byron que le ayudara con las tareas administrativas de la oficina, un tipo de actividad que este había detestado toda su vida. Después de una semana de trabajo, se equivocó con un pedido y envió tres vagones de listones a un cliente de Misuri que quería madera para contraventanas. Cuando lo llamaron por teléfono para informarle de su error, cogió la máquina de escribir Remington con su única mano y la lanzó por la ventana. Volcó su escritorio, y los lápices, libros de pedidos y libros de contabilidad estallaron contra el suelo. Jules le abrió la puerta de la oficina como si fuera un ujier, cuando salió en tromba, escaleras abajo, hasta la explanada, donde se paró y miró la casa del gerente, delante de la cual Lillian había puesto unas macetas con flores. Dirigió entonces la vista a su propia casa y, en cuanto vio los pantaloncitos que la brisa mecía en el tendedero de la parte de atrás, se dio la vuelta y subió las escaleras de dos en dos hasta la oficina, donde Jules y él levantaron el voluminoso escritorio. Se agachó y recorrió el despacho de rodillas, recogiendo papeles y libros, sujetapapeles y sellos de caucho, mientras Jules bajaba a la explanada para recuperar la máquina de escribir. Juntos, quitaron con sus navajas el barro que había entre las teclas.

—Escríbale una carta insultante a alguno de esos cabrones que deben dinero al aserradero —dijo Jules—, y ya verá cómo acaba de salir toda la tierra.

Byron pasaba nueve horas al día en la oficina y, cuando llegaba a casa, se sentaba en el suelo con Walter o lo ponía en su regazo sentado en la butaca Morris para leerle alguna cosa. La mayor parte del tiempo, estaba demasiado cansado para escuchar el Victrola. El trabajo exorcizaba la música triste y la vena sensiblera de su vida y, cuando decidía utilizar el gramófono, la humedad del asentamiento había oxidado los engranajes metálicos y había convertido la grasa en barniz. Cada vez bebía menos, porque no quería tener que hacer su trabajo de oficina de la mañana con la cabeza martilleándole como un yunque, pero, sobre todo, porque, desde que no tenían *saloon*, el alcohol de cualquier tipo se había convertido en un artículo difícil de conseguir. La verdad era que estaba demasiado ocupado para beber.

A las cinco semanas de haber empezado su nuevo trabajo, fue en tren a Tiger Island para que

le hicieran un par de trajes. Tenía que viajar a Misisipi para reunirse con directivos de la Vicksburg, Shreveport and Pacific Railroad. El viaje le sirvió para volver a familiarizarse con el mundo fuera de Nimbus y el día que atravesó Nueva Orleans se sintió como un mono al que han soltado de su jaula. En el tren, el camarero del vagón restaurante lo sentó entre desconocidos y, cuando un hombre que estaba enfrente de él le preguntó a qué tipo de negocios se dedicaba, no supo qué contestar durante un prolongado momento. Iba a decir que era el hermano de Randolph Aldridge y que lo estaba sustituyendo en su trabajo hasta que este se recuperara o se muriera, pero lo pensó mejor y estrechó la mano del hombre con excesiva energía por encima del azucarero, mientras le decía:

—Me dedico al ciprés, la madera eterna.

En Vicksburg se dio cuenta de que a los directivos de la compañía de ferrocarril les había resultado extraño aquel tipo de la manga doblada y sujeta con alfileres. Él sabía que había sido poco afable, pero no se le ocurría nada de que hablar, aparte del asunto que lo había llevado allí. Lo que importaba es que sus cálculos habían conseguido bajar el precio de la traviesa un centavo por debajo de sus competidores. En el tren de vuelta, con un contrato firmado de doscientas mil traviesas en la chaqueta, un oficial del ejército de tierra vestido de uniforme se sentó en el asiento del pasillo junto a él e intentó trabar conversación, pero Byron quería evitarlo y desvió la vista del uniforme, que solo vio reflejado en la ventana del vagón, tras la que ya había oscurecido. Cerró los ojos y vio a dos hombres muertos junto a él: una única bala de Mauser había atravesado un corazón y había continuado hasta el otro. Se encontraba reprimiendo el deseo de levantar la ventanilla de guillotina y sumergirse en la oscuridad de una noche que pasaba veloz y salpicada de carbonilla, cuando, de repente, el oficial dijo:

—Discúlpeme. ¿Lo hirieron a usted en la guerra?

Byron se volvió hacia el hombre y le dijo con aspereza:

—Sí.

—¿Chateau Thierry?

Byron miró al joven militar a los ojos y vio que nunca había estado en combate.

—El bosque de Nimbus —le dijo.

—Ah, sí. —La sonrisa del oficial era jovial, completamente absurda.

Byron se volvió hacia la ventanilla, por la que vio una multitud de tocones que asomaban por encima del agua oscura de una ciénaga recién talada.

A mediados de octubre, el gerente seguía muy delicado, capaz únicamente de subir las escaleras de la oficina un par de veces a la semana, y solo porque Lillian lo animaba. Jules y Byron conseguían dirigir el aserradero entre los dos y eso hizo que Randolph pudiera disponer de tiempo y se acercara a casa de Byron todos los días para ver a Walter. Sacaba fuerzas de flaqueza para enseñarle nuevas palabras y leerle. El niño solo se sentaba si le contaba un cuento, pero, si no, prefería bajar a la maleza de la explanada para jugar. Randolph no tenía fuerzas suficientes para perseguirlo, así que Ella tenía que estar pendiente de los dos, lo que hacía que él se sintiera también como un niño.

A finales de mes, una brisa fresca atravesó el aserradero durante unos días y, después de comer, él y Lillian se sentaban en el porche delantero, mirando a su alrededor, al aire seco, como si pudieran verlo. Meses antes, ella había encargado a una cuadrilla de hombres que limpiaran

parte de la maleza del asentamiento y que cortaran los tocones que había en él. En las partes que no estaban convertidas en barro por el paso de ruedas o cascos de caballos y mulos, había empezado a crecer una hierba dura de tallo largo, y el claro del bosque comenzó a tener un aspecto civilizado y verde. La zona de juego detrás de la escuela-iglesia estaba cubierta con arena de albañilería que Lillian había hecho traer en tren desde Tiger Island.

Lillian puso una mano sobre el brazo de él.

—Te vi allí con Walter.

—Ya dice frases completas. Y algunas bastante buenas.

Ella levantó la mano para espantar un mosquito y él se dio cuenta de que estaba pensando cómo preguntarle algo. Al cabo de un rato, dijo:

—Cuando estabas en el hospital, ¿por qué le dijiste a Byron lo del niño? ¿Pensabas que yo no habría cuidado de él?

Él volvió la silla hacia ella, alarmado.

—No, no es eso. No estoy muy seguro de en qué estaba pensando, pero no fue por eso.

—Yo lo habría cogido en custodia. Eso te lo había dicho.

—Por supuesto. —Con un gesto de dolor, le alargó la mano que ella había atravesado con una bala—. Y lo habrías hecho muy bien.

—En aquel momento, pensé que no era bueno que le dijeras aquello. A lo que me refiero es que él no está bien para criar a un hijo. Pero cuando veo a Ella andando con el niño hacia el almacén, y cuando veo a Byron llegar a casa y llevarlo a caballito de un lado a otro, no sé...

—Mira. —Randolph señaló la casa de Byron en el momento en que Walter corría desnudo por el porche y Ella lo perseguía con una toalla de baño que se hinchaba con el aire. Observaron la persecución y escucharon las súplicas de Ella y la aguda risa del niño.

Lillian puso una mano sobre la boca.

—Menudo diablillo —dijo ella—. Casi desearía que *fuera* tuyo.

Randolph se mordió el interior de la mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre bajo un colmillo. Siguió mirando hasta que Ella lo acorraló contra un poste, lo envolvió en la enorme toalla, lo levantó en brazos y lo llevó dentro con la cara metida en aquel fardo que no dejaba de retorcerse. Se quedó un buen rato contemplando la puerta por la que habían entrado, incluso después de que Lillian se levantara, lo mirara despacio y deslizará un dedo por la cicatriz del dorso de su mano.

CAPÍTULO VEINTICINCO

En enero de 1926, el gerente hacía inspecciones diarias montado en el caballo ciego, gestionaba por teléfono algún pedido y ayudaba a Lillian con lo que ella llamaba «el personal». Era la época en la que el agua estaba baja, y una mañana de sábado se fue a Cypres Bend a lomos del animal, que hacía tabletear los palmitos a su paso. Recorrió andando la zona del tiroteo, de arriba abajo, intentando recordar quién había matado a quién y contemplando los raíles, que se oxidaban entre la maleza seca. El caballo estaba cansado y un casco se le quedó enganchado entre dos traviesas torcidas; Randolph se pasó media hora arrodillado, hablándole, hasta que consiguió desengancharlo con una navaja. A mediodía, el silbato del aserradero sonó a través de la espesura como un acorde tocado en un lejano y gigantesco órgano, y él se sentó bajo el voladizo del muelle de almacenaje, invadido por plantas trepadoras. Apretó con los dedos debajo del esternón, en el punto donde todavía le dolía cuando inspiraba profundamente o al empezar a reírse. Durante un buen rato estuvo mirando el sitio donde había matado a Buzetti y se preguntó si Dios lo castigaría por las muertes que había causado o si la propia matanza era el castigo.

Le asaltó el pensamiento de que ya no era necesario que continuara en Nimbus, que no estaba haciendo mucho y que podía volver a Pensilvania, pero allí tampoco podría hacer más y Lillian no había mencionado la posibilidad del retorno. Sentía que todavía había cosas con su hermano que debía rematar. El caballo empujó suavemente su espalda, como si hubiera leído sus pensamientos y no los considerara dignos, y Randolph se montó en él y lo guio entre los jóvenes árboles que empezaban a crecer sobre la tierra devastada.

En 1927, llegaron las lluvias y no se fueron. El suelo de la serrería estuvo cubierto de agua durante meses y, cuando los principales diques del Misisipi se rompieron, Nimbus quedó completamente inundado durante sesenta días. Randolph observaba cómo subía el nivel del agua, que entraba por el norte a través del drenaje de las vías. La zona de los negros fue la primera en quedar anegada, lentamente, después de que el agua subiera cuatro o cinco centímetros cada día. Cuando la inundación llegó a su culmen, la única casa seca era la del gerente, aunque él podía oír el batir del agua contra la parte de abajo. Por la noche, él y Lillian escuchaban los caparazones de las tortugas chocar contra las tablas del suelo o el ruido sordo de los peces aguja atrapados entre los rastreles.

En casa de Byron, había más de dos palmos de agua y las capas del enchapado del Victrola se habían separado y caído como oscuros trozos de piel; el aparato seguía funcionando, pero estaba torcido, y el mueble, deshecho. Cuando el agua apagó el fuego de los hogares de las calderas, cerraron todo. Los trabajadores se alojaron en tiendas de campaña junto a las vías de

Poachum, en la planta de arriba de los barracones, en áticos y en vagones de personal. El tren todavía funcionaba y varias familias se rindieron y se marcharon a Nueva Orleans. Para sorpresa de Randolph, la de Byron fue una de ellas. Se habían producido cinco casos de fiebre tifoidea en el asentamiento y decidió irse con Walter y Ella a un hotel de Canal Street, donde comían en restaurantes todas las noches, paseaban junto al crecido río y se sentían como si estuvieran en París. El gerente admiraba la lógica decisión de irse de su hermano, aun cuando él y Jules se quedaron en aquella pesadilla de barro y agua, para controlar a los animales de la explotación y toda la madera que salía flotando de la explanada de secado. Agradecía el exceso de trabajo, porque lo agotaba y hacía que cada noche cayera en un profundo sueño, como una piedra lanzada a un estanque, demasiado cansado para soñar con los rostros de los hombres que había matado. A veces, cuando se tomaba un respiro —apoyado en una pared o subido al caballo, solo para estar en un lugar seco—, observaba el agua de olor a huevo que lo rodeaba y pensaba en el primo de Buzetti desplomándose muerto en el *saloon*, o en el propio Buzetti, retorciéndose resentido, antes de quedar sumido en el olvido.

En cuanto el nivel del agua bajó lo suficiente como para que Minos pusiera en funcionamiento las calderas, comenzaron a talar árboles y a responder a los pedidos, con turnos más largos y trabajando incluso en turnos de noche. Los apiladores, con las botas hundidas en el barro, llevaban lámparas frontales y algunos de ellos, provistos de pistolas, vigilaban los límites de la zona de luz, por si aparecían los ojos luminiscentes de los caimanes.

Siguieron talando la explotación desde los bordes exteriores hacia el interior, donde se encontraba el aserradero. A principios de 1928, el gerente hizo un estudio de los mapas y, al ver el punto al que habían llegado, despidió a dos cuadrillas de leñadores. En mayo vendió el vapor de arrastre a una azucarera, porque toda la madera que se podía transportar en balsas de troncos ya había sido cortada. Los cabrestantes de vapor barbullaban en sus plataformas y arrastraban los árboles desde las cuadrillas de leñadores hasta los canales, donde el nuevo y pequeño remolcador de gasolina los empujaba hasta la serrería. El asentamiento empezó a poblarse de garzas, garcetas, búhos, gallinetas..., cualquier cosa con alas a la que hubieran desprovisto de su casa en un ciprés. Los zanates se alineaban en las cumbreras de los tejados y observaban los árboles que quedaban en pie, atestados de cuervos y gavilanes. Se contrató a tres indios para que mataran a los caimanes y los mantuvieran alejados de debajo de las casas, donde se resguardaban del sol del mediodía y acechaban a perros y gallinas. No se podía dejar nada comestible fuera de las casas, porque los hambrientos mapaches, zarigüeyas, conejos y ardillas comían hasta el cuero de las sillas de los porches, las botas que se dejaban en las escaleras, las revistas de los retretes y los vistosos contenidos de las macetas.

En julio, se prescindió de más cuadrillas de leñadores, porque el anillo de bosque que rodeaba el aserradero tenía poco más de un kilómetro de ancho. La vía estrecha de ferrocarril se desmanteló y la pequeña locomotora se trasladó en un vagón de plataforma a otro aserradero; los vagones para transportar madera se apilaron y se quemaron, y el hierro de las ruedas y los engranajes se vendió como chatarra. Lillian se preocupó de que los hombres solteros fueran los primeros en irse; los barracones —los de los blancos y los de los negros— se cargaron en barcasas con la ayuda de los cabrestantes y el vapor de una compañía petrolífera tiró de ellas por el canal hasta el río. Randolph y Byron observaban desde el talud de la orilla cómo los hastiales de los barracones arrastraban a su paso el musgo de los pocos cipreses que quedaban por talar en la ribera. Una rama hizo que los pájaros negro azabache que estaban en una de las cumbreras

salieran volando, describieran un círculo por encima de la poco prometedora ciénaga y volvieran a posarse en aquella percha móvil. El gerente volvió la vista hacia sus menguantes dominios.

—Bueno —comenzó a decir—, Oregón va a ser todo un cambio para ti.

—Es un buen aserradero —dijo Byron—. Anoche me leí todo el contrato de compraventa. Es una de las mejores explotaciones que ha comprado padre. —Se movió dos pasos para ponerse bajo la sombra de un irregular sauce—. Puedo cortar y vender más abeto allí que ciprés hemos vendido aquí.

—Te has vuelto de lo más productivo...

Byron sonrió, consciente de la velada referencia al embarazo de Ella.

—¿Piensas que nos podremos haber ido de aquí antes de que dé a luz?

Randolph escupió en el oscuro canal.

—¿No quieres que tenga nada que ver con este pintoresco lugar?

—¿Tú qué crees?

Se oyó una detonación en la serrería y gritos, y un largo trozo de sierra de banda atravesó el tejado como una serpiente metálica. Los dos hombres se quedaron petrificados, escucharon el agudo pitido del silbato que indicaba la parada de la máquina y, un minuto después, dos cortos gemidos del silbato grande, una señal que significaba que la línea se había cerrado, pero que no había heridos. El gerente meneó la cabeza.

—Está todo muy gastado. La sierra principal necesita correas y rodamientos nuevos.

—Minos me ha dicho que tiene tantas fugas taponadas con madera en los tubos de la caldera que le está costando mantener la presión.

—A estas alturas no pienso pagar un trabajo de reparación de tubos. —Hizo un gesto señalando el tejado metálico atravesado de vetas de óxido—. Será mejor que vayas a ver qué daños ha habido.

Byron asintió con la cabeza y se fue. Cinco minutos después, Randolph estaba en la cocina de Ella, enseñándole a Walter cómo clavar un clavo en un trozo de madera para la estufa, con el martillo de niño que Byron había comprado. El niño levantó las manos.

—Tío Rando, el clavo se resbala todo el tiempo.

Cogió un clavo de acabado del cuatro y, al darle un par de golpes con el martillo rojo, se inclinó hacia un lado, escapándosele entre los dedos. Randolph cogió la herramienta y observó la cabeza.

—Claro, es que todavía tiene esmaltada la cara, Walt. Así resbala mucho. —Alargó el brazo y frotó la cara del martillo contra la oxidada pata de la estufa—. Y además, tienes que practicar con clavos que tengan una cabeza más grande. —Cogió un clavo de caja de la cajita de herramientas del niño y dio los primeros golpes sobre un trozo de tabla de uno por cuatro, enseñándole cómo tenía que poner los dedos. Se paró entonces al recordar con un leve estremecimiento el tacto de los dedos de Byron sobre los suyos, la primera vez que clavó un clavo.

Ella comenzó a sacar platos de un aparador.

—Espero que llegue a ser algo más que carpintero de aserradero —dijo ella.

Randolph se sentó, observó la cabeza del niño y pensó en los años venideros, en los que no lo vería.

—Tú y Byron tenéis que aseguráros de eso —dijo él—. Tiene que haber buenas escuelas en

Oregón, en... ¿Qué ciudad era?

—Portland.

—La escuela es la clave. Y llévalo a la iglesia.

—Está yendo a la escuela dominical. —Bajó la vista hacia él—. Randolph Aldridge, tú si que estás hecho un niño: ¡mira cómo estás poniendo de ceniza los pantalones del traje!

El gerente se levantó y sacudió el asiento de la silla. Walter dio un martillazo al clavo y lo metió hasta la mitad en la madera, e intentaba sacarlo con los dedos.

—Mira —le dijo Randolph—, déjame que te explique para qué sirve el otro lado de la cabeza de ese martillo.

Un día, avanzada la mañana, salió por la puerta principal de su casa y, al comenzar a andar por el borde del embarrado camino que iba a la serrería, algo inusual en el aire hizo que se detuviera: había algo distinto que no conseguía identificar. Miró a su alrededor, hacia las casas de la zona de los blancos y a la serrería, y llegó a la conclusión de que era la luz. El bosque que rodeaba el asentamiento no era ya más que una barrera contra el viento, una cortina de árboles de menos de cien metros de ancho. La primera vez que pisó Nimbus, no había sido capaz de imaginar qué habría más allá de aquella impresionante ciénaga de ciprés, y ahora podía ver a través de los árboles la vasta planicie de tocones que se extendía al otro lado. Al este del asentamiento había gigantescas columnas de luz que le hicieron comprender que, muy pronto, el humo de la serrería flotaría sobre un enorme claro y que Poachum sería visible en la devastada distancia. El gerente se cuestionaba ahora todo y se preguntaba si, de haber empezado a talar desde el aserradero hacia afuera, habría habido tanta violencia; si la luz y una visión más amplia habrían sido un freno a tanto derramamiento de sangre.

Se acercó al almacén, entró y se quedó de pie junto al largo mostrador. Byron estaba allí y el encargado, que llevaba una camisa blanca con las mangas subidas y sujetas con unos elásticos, contaba en silencio pastillas de jabón.

—Bien —suspiró Randolph.

El encargado del almacén levantó la vista.

—Sé por qué está aquí. No es la primera vez que me toca hacer un cierre.

—Aún así, tengo que decirlo. No hagas más pedidos. Vende todo lo que te quede a precio de coste. Lo siento. —El hombre asintió con la cabeza y siguió contando el jabón. Randolph se volvió hacia su hermano—: ¿Estás metido en la apuesta?

—Me importa un bledo cuándo talan el último árbol.

El gerente bajó la vista y observó las manchas del mostrador.

—Puede que sea la semana que viene.

—¿Lo sabe padre?

—Por supuesto. Quiere que suba después para ayudarlo a retirarse.

—Bien sabe Dios que los dos os merecéis un descanso.

La única cuadrilla de aserradores que quedaba se congregó alrededor del último árbol —un gigante que medía casi dos metros de diámetro a la altura de la cintura—, con la neblina que acompañaba a la primera luz del día. Estaba entre la serrería y las vías que iban a Poachum, metido en el asentamiento, y era el único ciprés en pie que quedaba a la vista. Era un árbol muy

bello: la madera rojiza asomaba por debajo de la rugosa corteza y la copa —una densa masa de follaje verde manzana— se elevaba hasta tal altura que la garceta que estaba posada en una de las ramas de arriba parecía del tamaño de un arrendajo. El gerente se subió a un tocón y pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, dijo que el aserradero había alimentado y vestido a todos durante unos años y que tenían que estar agradecidos por lo que la ciénaga les había dado. La mayoría de los que lo escuchaban no parecían muy convencidos por sus palabras, y él sabía que ninguno de los trabajadores de a pie del aserradero tenía una cuenta corriente y que casi todos se iban con las mismas pertenencias con las que habían llegado. Al ver a los niños descalzos y los desgastados pantalones de peto de los hombres, su perorata se volvió prolija y se refirió al modo en que la industria contribuía a la construcción del país, como si aquello pudiera hacer que su audiencia se sintiera mejor. En aquel momento no se le ocurrió otra cosa.

Dos leñadores negros comenzaron a golpear el tronco acompasadamente con sus hachas, para abrir la muesca que haría caer el árbol en el sitio en el que ellos querían: sobre un barril vacío situado a treinta metros. Esa era la apuesta que los aserradores habían hecho con los caldereros. Al cabo de veinte minutos de hacer saltar astillas del tronco, los leñadores se separaron del árbol y apoyaron sus hachas de doble filo en las puntas de sus botas empapadas. Dos hombres rociaron una sierra Disston Cougar con aguarrás y se colocaron a ambos lados del árbol. El serrín caía en largos lazos de color claro. Cuando el borde exterior de la sierra estuvo bien metido en el tronco, un hombre se acercó, colocó en el corte cuatro cuñas —pintadas de purpurina para la ocasión— y las encajó golpeándolas con un mazo, de modo que la incisión se abrió y la sierra pudo entrar sin atascarse en la otra mitad del tronco. En cierto momento, un sentimiento místico e inevitable invadió a los que allí estaban y todos se situaron en el lado seguro del árbol y levantaron la vista hacia la parte de arriba del tronco. El gerente hizo lo mismo y se preguntó si lo que se había empezado a mover eran las nubes o la copa del árbol. Sintió entonces la presión del brazo de Byron sobre sus hombros, aspiró el aroma a jabón de su camisa limpia y rodeó con el brazo la espalda de su hermano, como si los dos estuvieran posando para una fotografía, ambos mirando hacia el cielo. La larga sierra susurraba al atravesar la médula del tronco. Los aserradores, acostumbrados a aquello, apenas sudaban mientras movían la sierra adelante y atrás y dejaban que fueran sus nervudos brazos los que hicieran el trabajo.

—¿Cómo estás, By? —preguntó Randolph con la cara orientada todavía hacia la parte de arriba del árbol.

—No estoy mejor —dijo—, pero sí más contento de estar aquí. —Él también seguía con la cara hacia arriba—. ¿Y tú?

—Al final, la madera no es más que un negocio.

Cuando se oyó el primer leve crujido del tronco, Byron retiró el brazo.

—Mejor que nada...

—Eso lo he oído antes.

Del tronco salió un crujido sibilante y los aserradores pararon un momento para escuchar; entonces dieron varios golpes rápidos con el mazo en una de las esquinas del corte y se retiraron hacia atrás, dejando la sierra en el árbol. Byron y Randolph imaginaron una leve inclinación de la copa, que poco a poco se convirtió en un movimiento real, lento y pesado —que daba a la menudencia del peso de un hombre su verdadero significado—, y la plumosa copa del árbol comenzó a agitarse, como si el árbol estuviera batiendo sus alas para mantenerse erguido. El crujido alcanzó la intensidad de las maderas de un puente al romperse y el árbol cayó sobre el

estiércol como un rayo e hizo estallar el barril, convirtiéndolo en mondadientes. Lillian aplaudió débilmente, miró a los melancólicos trabajadores que la rodeaban y cruzó las manos detrás de la espalda. El gerente sintió como si un gigantesco interruptor se hubiera apagado y todo en su vida se hubiera detenido. Los tronzadores se subieron al tronco como hormigas, cargados con pesadas sierras de corte transversal, mientras otros leñadores cortaban las ramas, y en media hora llegó un mulo renqueante tirando del cable metálico de un cabrestante. Arrastraron los trozos del árbol talado al estanque, donde esperarían con otro centenar a que los convirtieran en tablas que secarían y transportarían para la construcción de iglesias y burdeles, de hospitales y de cárceles.

Dos días después, empujaron el último árbol hasta la banda de sierra que lo atravesó y, después del último estridente mordisco de sus dientes, el encargado de la serrería hizo sonar el silbato de parada. El enorme motor de vapor que había bajo el suelo se ralentizó, el tono al que gemían las correas se hizo cada vez menos agudo y las poleas, los ejes de transmisión y los tensores comenzaron a girar cada vez más lentos, hasta que se hizo un silencio sepulcral que percutía en las cabezas de los hombres como si les hubieran aplicado a los oídos una potente máquina de vacío. Los trabajadores de la serrería comenzaron a deambular por el recinto, aturridos por la quietud, hasta que uno a uno se quitaron los guantes y salieron a la luz del sol, como quien se va después de un funeral. Fueron a sus casas, donde la mayoría ya habían desmontado estufas y cocinas y metido las gallinas en jaulas. Limpiaron el aserradero de su presencia y se prepararon para el tren que los sacaría de allí al día siguiente. Solo quedaron unos pocos para trabajar en las tareas de cierre.

Minos mantuvo la presión del vapor una semana más, para secar la madera en el horno de secado; después, giró la enorme rueda de la válvula para cortar el flujo de vapor, hizo que el silbato de la serrería emitiera una prolongada y sentida nota, echó sus guantes dentro del hogar y subió a la ventanilla de pago con el resto de la cuadrilla de caldereros. El gerente estaba repasando el libro de contabilidad cuando subió Minos.

—Si necesitas referencias —le dijo Randolph—, diles que me llamen. —Alargó la mano por debajo de la reja de la ventanilla para estrechar la de su maquinista.

—Tengo trabajo en la central eléctrica de Tiger Island. He estado estudiando los libros sobre el diésel y me he sacado la licencia.

—¿Dejas el vapor?

Minos cogió su paga y contó el dinero.

—Sí, los tiempos cambian.

—Dudo que cambien tan rápido.

Minos sacó su reloj, lo miró y se rio.

—Mire a su alrededor. Este maldito aserradero ha convertido todo un bosque en marcos de ventana y depósitos de agua en seis años.

Randolph bajó la vista al libro de contabilidad y trazó una línea sobre «Minos Thibodeaux».

—Puedo decir que has sido el mejor maquinista de vapor que he contratado nunca. Lo que siento es que perdieras aquí a tu padre de ese modo.

Minos dio cuerda a su reloj.

—El cura vino a verme y me dijo que no me preocupara por su alma. Yo le dije que, coño, si él no había entrado en el cielo, de la parroquia no iba a entrar nadie.

El maquinista se volvió hacia la puerta.

—Tómate las cosas con tranquilidad —le gritó el gerente desde la ventanilla.

—La tranquilidad no existe —replicó él.

Dos días después, los compradores de maquinaria y los chatarreros llegaron en el vagón de personal y recorrieron el aserradero, marcando con tiza amarilla todas las máquinas que quedaban en el asentamiento. Hubo uno que llegó a marcar el nombre de su compañía en un vagón de plataforma, mientras unos trabajadores cargaban madera en él. Una semana más tarde, el aserradero comenzó a deshacerse como una tarta de cumpleaños comida por las hormigas. Algunas de las mejores casas *shotgun* las subieron con ayuda de los cabrestantes a los vagones de plataforma y las enviaron a Shirmer; el resto fueron derribadas y la madera vendida a tramperos que se la llevaron en forma de pequeñas balsas que amarraban a sus barcas con una cuerda. Desmontaron los tubos que conducían el vapor hasta el horno de secado, pero dejaron intacta la estructura de ladrillo y el gerente imaginó que unos cazadores la encontraban al cabo de un siglo y se preguntaban si aquello había sido una pirámide.

No era necesario que Byron y Randolph se quedaran allí hasta el final, pero lo hicieron. Habían mandado a Jules a un nuevo aserradero en Arkansas, a pesar de que podían haber hecho que se quedara para el cierre de Nimbus. Los hermanos sentían que no podían abandonar el lugar donde habían luchado, matado y procreado hasta que no se produjera su total desaparición. Sus esposas y Walter se habían trasladado a un hotel de Nueva Orleans la semana anterior a que las cuadrillas comenzaran a dividir las mejores casas en habitaciones, para cargarlas en los vagones de plataforma. El soleado día en que la locomotora se llevó las casas desmanteladas del asentamiento, Randolph vio pasar ante él el interior de su cocina, abierta por un lado. La cocina de hierro con sus fogones todavía estaba en su sitio, atornillada al suelo de brillante linóleo donde May había muerto y él había yacido ensangrentado.

Un día tras otro, los hermanos habían visto irse alguna cosa. Las calderas las arrastraron hasta el canal y allí las deslizaron a bordo de una barcaza de acero. Los mulos se los llevó un vapor cubierto de hollín y con una cerca para ganado clavada alrededor de la despintada cubierta. Los retretes los cortaron en trozos para que sirvieran de combustible a la locomotora en su camino hacia el oeste, rumbo a Shirmer y a su comprador, un mes antes de que la Southern Pacific desmontara sus vías.

Byron y Randolph dormían en la habitación libre que tenía el agente ferroviario en Poachum, y el último día cogieron una vagoneta de tracción manual y recorrieron la vía hasta Nimbus, que en aquel momento no era más que un terreno en el que podían verse bancadas para maquinaria, pilotes de cimentación para las casas, tablas rotas, pilas de muebles desechados, vigas, cable, barro revuelto y la bóveda hueca del horno de secado irguiéndose sobre una vasta extensión de tocones. Iban a recibir el cheque de un comprador por la venta de los cabrestantes de vapor, que eran lo último que quedaba. Cuando estaban llegando al final de la vía, el gerente se dio cuenta de que también habían desmontado el establo del caballo ciego para llevarse las tablas, y le sorprendió ver que el animal estaba sobre el rectángulo de tierra gris sobre el que se había levantado el cobertizo. Cuando el caballo oyó el chirrido de las ruedas de la vagoneta, se giró como la aguja de una brújula y quedó con la cara hacia los hombres.

Byron hizo un gesto con el puño.

—Pensé que lo habían vendido con los mulos.

El gerente miró al caballo y se sintió acusado.

—El arriero no lo quiso, cuando vio los ojos. Uno de los apiladores dijo que él podía llevárselo, pero supongo que cambió de opinión.

El animal había escuchado cómo dismantelaban todo y sabía lo que estaba sucediendo: el mundo de los humanos era algo temporal, un trozo de chatarra que consumía la tierra y que acababa siendo engullido por el mundo que intentaba destruir. Cuando Randolph entendió que el animal sabía lo que pasaba, una infinita tristeza se arrastró sobre él, como la niebla invernal que sube desde la ciénaga al caer la noche. Pensó en las casas y en las contraventanas que se habían hecho con la madera del aquel bosque y en el dinero de la cuenta de su banco en Pensilvania, pero al mirar al caballo no pudo ver el valor de nada de eso.

—Si tuviéramos una pistola —dijo Byron—, podríamos acabar con su sufrimiento.

—No estoy seguro de que sufra —dijo Randolph con aspereza—. Solo está ciego. —Silbó, pero el caballo hizo caso omiso, como si la obediencia no tuviera ya ningún sentido.

—No es posible llevárnoslo por la vía —dijo Byron—. En cuanto llegáramos a esos pequeños puentes de caballetes, se le colarían las patas y se las partiría. —Miró a la orilla del canal, donde los marineros habían amarrado con cuerdas las dos barcasas y tres plataformas en las que habían cargado los cabrestantes de vapor, para que tirara de ellas el remolcador de gasolina—. ¿No podrían llevárselo en una barcaza?

—No van a un sitio muy distinto de este, By.

El comprador —un hombre con barba que venía de la frontera de Texas, donde estaban talando pino de hoja larga— se acercó a ellos, les pagó los cabrestantes y el remolcador e hizo un gesto a los marineros para que soltaran amarras. El remolcador aumentó las revoluciones de su motor y tensó la sirga, y la grasienta flotilla se estiró y se alejó por el canal, hasta que desapareció por el oeste en el primer recodo.

Byron miró el silencio que se extendía a su alrededor.

—Se parece a Francia, cuando me fui de allí.

—Dios mío, ¿es un chiste?

—A veces, la realidad es el chiste.

Randolph recorrió el terreno con la vista.

—Volverá a crecer —dijo.

—Seguro. En mil quinientos años estará igual que como lo encontramos.

Randolph metió el cheque en el chaleco y se quitó la chaqueta, porque estaba sudando. Empezó a andar hacia la vagoneta y rodeó una serpiente mocasín de agua que estaba al sol, enrollada sobre sí misma, encima de un volante de inercia roto. Él y su hermano se subieron a la vagoneta y se pusieron uno frente al otro, detrás de los mangos de la manivela. Los dos miraron al caballo cuando este volvió la cabeza aguzando el oído para escucharlos. Permanecieron en silencio y observaron cómo el caballo giraba.

—Se puede meter en el horno de secado para guarecerse —susurró Byron—. Y aquí no le van a faltar cosas verdes para comer.

—No me vengas ahora con sentimentalismos...

Byron recorrió la vía con la vista hasta el lugar donde se perdía entre los tocones.

—Vámonos, ese pobre bicho está intentando mirarnos.

Empujó hacia abajo su mango, poniendo todo el peso del cuerpo sobre su único brazo y la vagoneta comenzó a tintinear al desplazarse por la vía. El caballo lo oyó y fue trotando hacia

ellos. Se pararon y el caballo hizo lo mismo y se puso a escuchar. Los hombres comenzaron a pensar qué podían hacer para evitar que el caballo los siguiera y acabara matándose. Entonces, Byron se bajó de la vagoneta, hizo un gesto a su hermano para que lo siguiera y anduvo doscientos metros hasta un montón de tablas rotas, armarios de cocina destrozados por el agua y banquetas de porche, cubiertos por los trozos de chapa retorcida que habían arrojado encima.

—¿Qué buscas? —preguntó Randolph, secándose la cara y el cuello con un pañuelo.

—Aquí está. Ayúdame a quitar esta chapa de encima. —Debajo, entre unas sillas de cocina y una jaula de conejos, estaba el mueble del Victrola. Al ponerlo derecho, las cuatro patas se hundieron en el barro y escucharon cómo los discos se movían en su interior. Las puertas estaban hinchadas por la humedad y Byron tuvo que utilizar su navaja para abrirlas y levantar la parte de arriba—. Veamos..., vamos a necesitar uno largo para que nos dé tiempo de alejarnos por la vía. —En el armario encontró «Love's Perfume», un disco de Columbia de doce pulgadas, y leyó la duración de la canción en la mohosa etiqueta—. Este nos va a dar cuatro minutos.

El gramófono se paró al principio, pero cuando le dio cuerda hasta el final, los estertores de un vals comenzaron a salir por la rejilla, una solemne música de clarinetes y trompetas, tubas y trompas, que iba cobrando intensidad. El caballo, que había seguido a los hombres a menos de veinte metros, levantó la cabeza y giró las orejas hacia la música. Los hermanos se alejaron describiendo un arco y haciendo el menor ruido posible, se subieron a la vagoneta y comenzaron a empujar con fuerza los mangos de la manivela. La última visión que Randolph tuvo de Nimbus fue por encima de la cabeza de su hermano, que subía y bajaba. Vio al caballo con los ojos clavados en el aparato, engañado y abandonado, pero con la brillante luz del sol reflejada en el pelaje y unos brotes de junco entre sus patas, retoñando sobre un mundo asolado.

El gerente descargó toda su energía sobre el mango y lo empujó hasta que los pies se le levantaban de la plataforma, como si quisiera ganar a su hermano. Al darse cuenta del juego, Byron empujó el mango hacia abajo y luego tiró de él hacia arriba lo mejor que pudo con su único brazo. Al cabo de cien metros, los hombres subían y bajaban como si fueran pistones, haciendo que la vagoneta cogiera velocidad y apoyando el ritmo con el movimiento de sus espaldas para que cogiera más; las ruedas cantaban rítmicamente por la vía y la maleza y el sotobosque se convirtieron en una borrosa masa verde; los golpes de las ruedas contra las uniones de los raíles sonaban como disparos y los dos hombres siguieron, igualados en fuerza, sonriendo o gesticulando de dolor —quién sabe—, poniendo a prueba sus corazones y aumentando sin parar la velocidad durante un par de kilómetros, hasta que los dos a la vez soltaron los mangos, empapados en sudor, congestionados, jadeantes y agotados, mientras la vagoneta salía de la ciénaga. Byron echó la cabeza hacia atrás y gritó como un silbato por la vía que iba a Poachum, donde las principales líneas ferroviarias llevaban al este y al oeste del país, rumbo a sus odios y a sus amores, a todo aquello que poseerían y a lo que los poseería.